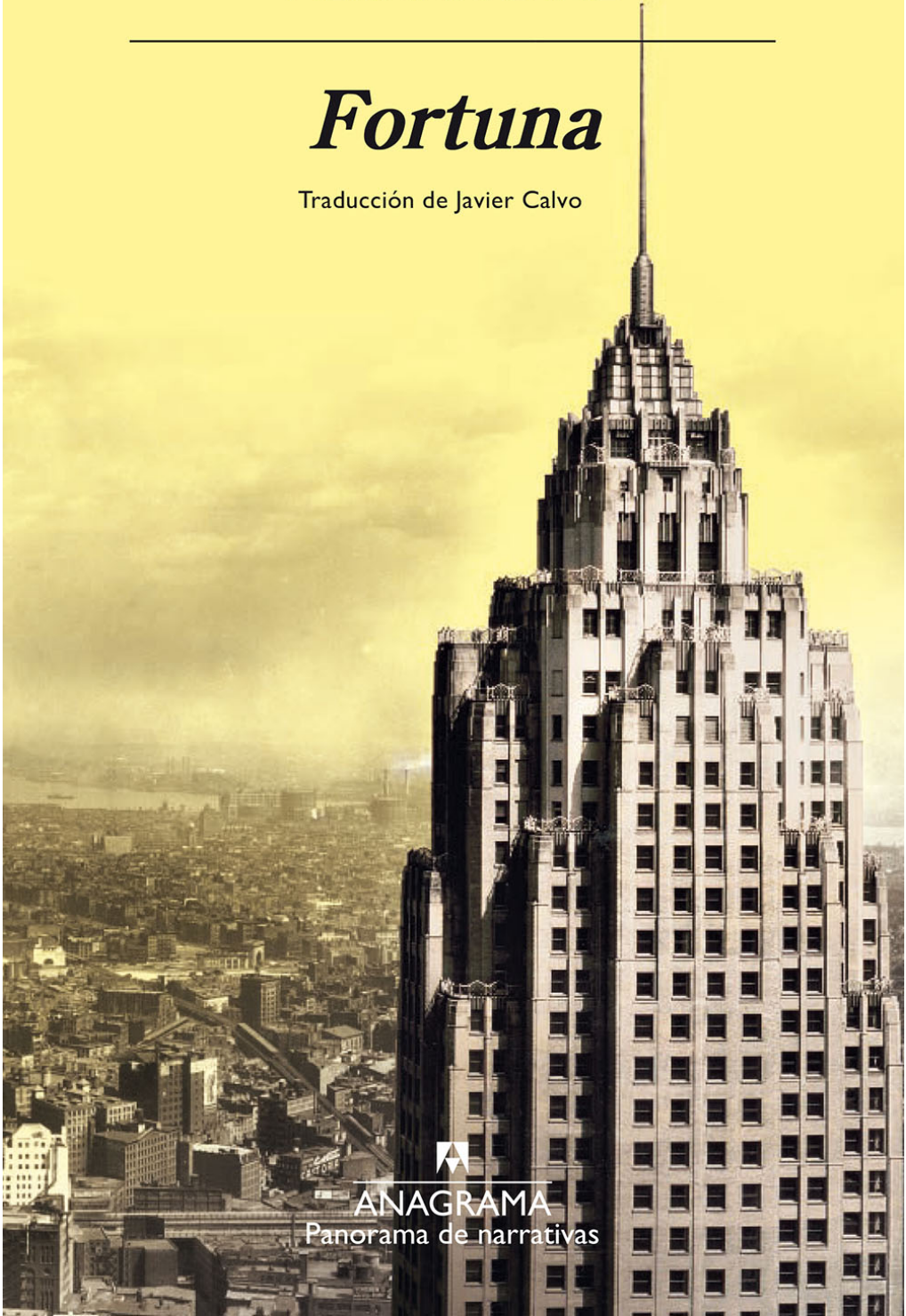
HERNÁN DÍAZ

Fortuna

Traducción de Javier Calvo



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Obligaciones . Harold Vanner
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Mi vida. Andrew Bevel
Prefacio
I. Antepasados
William
Clarence
Edward
II. Educación
Infancia
Universidad
Aprendizaje
III. Negocios
IV. Mildred
Una Nueva Vida
El Hogar
Benefactora
Despedida
V. La prosperidad y sus enemigos
Destino Realizado
Método
Destino traicionado
VI. Restaurar nuestros valores
VII. Legado
Recuerdos de unas memorias. Ida Partenza
I
2
3
4
5
6
7
8
9
10
II
2
3
4
5
6
7

8
9
III
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
IV
Futuros. Mildred Bevel
Agradecmientos
Créditos

Para Anne, Elsa, Marina y Ana

Obligaciones

Una novela

por
HAROLD VANNER

UNO

Como desde su nacimiento había disfrutado de casi todas las ventajas posibles, uno de los pocos privilegios que le estaban vedados a Benjamin Rask era el del ascenso del héroe: la suya no era una historia de resiliencia y perseverancia, ni la crónica de una voluntad inquebrantable que le había forjado un destino del más noble de los metales a partir de poco más que escoria. Según la contraportada de la Biblia familiar de los Rask, en 1662 los antepasados de su padre migraron de Copenhague a Glasgow, donde empezaron a importar tabaco de las Colonias. Durante el siglo siguiente, su negocio prosperó y se expandió hasta el punto de que parte de la familia se trasladó a América para supervisar mejor a sus proveedores y controlar todos los aspectos de la producción. Tres generaciones más tarde, el padre de Benjamin, Solomon, compró las acciones de todos sus parientes y de los inversores externos. Dirigida ya solo por él, la compañía siguió floreciendo, y Solomon no tardó en convertirse en uno de los tratantes de tabaco más importantes de la Costa Este. Quizás fuera cierto que sus productos provenían de los mejores plantadores del continente, pero más que en la calidad de su mercancía, la clave del éxito de Solomon estaba en su capacidad para sacar partido de un hecho obvio: por supuesto, el tabaco tenía un lado epicúreo, pero la mayoría de los hombres fumaban para poder conversar con otros hombres. Solomon Rask, por consiguiente, no solo era proveedor de los mejores puros y mezclas para pipa, sino también (y por encima de todo) de excelentes conversaciones y conexiones políticas. Ascendió a la cumbre de su profesión y se afianzó allí gracias a su sociabilidad y a las amistades cultivadas en el salón de fumadores, donde a menudo se lo veía compartiendo uno de sus *figurados* con sus más distinguidos clientes, entre los cuales se contaban Grover Cleveland, William Zachary Irving y John Pierpont Morgan.

En el punto más alto de su éxito, Solomon se construyó una casa en la calle 17 Oeste, que estuvo terminada a tiempo para el nacimiento de Benjamin. Sin embargo, se lo veía muy poco por la residencia familiar de Nueva York. Su trabajo lo llevaba de una plantación a otra, y siempre estaba supervisando casas de curado o visitando a socios comerciales en Virginia, Carolina del Norte y el Caribe. Incluso poseía una pequeña hacienda en Cuba, donde pasaba la mayor parte de los inviernos. Los rumores acerca de su vida en la isla le valieron una reputación de aventurero con gusto por lo exótico, lo cual era una ventaja en su línea de negocio.

La señora Wilhelmina Rask nunca llegó a poner un pie en la finca de su marido en Cuba. También ella pasaba largos periodos ausente de Nueva York, de la que, en cuanto regresaba Solomon, se marchaba para alojarse temporadas enteras en las casas de veraneo que tenían sus amigas en la ribera este del Hudson, o en sus mansiones de Newport. Lo único que compartía visiblemente con Solomon era la pasión por los cigarros, de los que era fumadora compulsiva. Como se trataba de un placer muy poco común en una dama, solo se entregaba a él en privado, en compañía de sus amigas. Pero eso no le suponía ningún impedimento, dado que siempre estaba rodeada de ellas. Willie, como la llamaban sus allegados, formaba parte de un grupo muy unido de mujeres que parecía constituir una tribu nómada. No solo eran de Nueva York, sino también de Washington, Philadelphia, Providence, Boston, y hasta de Chicago. Se movían en manada, visitando las residencias y casas de veraneo de las demás según las estaciones: la casa de la calle 17 Oeste se convertía en la morada del grupo unos meses al año, a partir de finales de septiembre, cuando Solomon se marchaba a su hacienda. Aun así, daba igual en qué parte del país residieran las señoras en aquel momento, el clan nunca dejaba de formar un círculo impenetrable.

Confinado la mayor parte del tiempo en su habitación y en las de las ayas, Benjamin solo tenía una vaga noción del resto de la casa de piedra rojiza de su infancia. Cuando estaba su madre con sus amigas, no se le permitía acceder a las habitaciones donde fumaban, jugaban a los naipes y bebían Sauternes hasta bien entrada la noche. Cuando no se quedaban allí, los pisos principales se convertían en una sucesión en penumbra de postigos cerrados, muebles cubiertos y arañas envueltas en mortajas esféricas. Todas sus ayas e institutrices consideraban que era un niño modelo, y todos sus instructores lo confirmaban. Jamás se habían combinado modales, inteligencia y obediencia de forma tan armoniosa como en aquel niño encantador. El único defecto que le pudieron encontrar a Benjamin algunos de sus primeros mentores, después de mucho buscarlo, era la reticencia que mostraba a relacionarse con otros niños. Cuando uno de sus tutores atribuyó la falta de amigos de su alumno al miedo, Solomon le restó importancia al asunto y afirmó que lo único que pasaba era que el niño se estaba haciendo un hombre independiente.

Su crianza solitaria no lo preparó para el internado. Durante el primer trimestre, fue objeto de humillaciones y pequeñas crueldades a diario. Con el tiempo, sin embargo, sus compañeros de clase descubrieron que su impasibilidad lo convertía en una víctima poco satisfactoria y terminaron por dejarlo en paz. No se relacionaba con los demás y sus resultados eran desapasionadamente excelentes en todas las asignaturas. Al final de cada año académico, tras otorgarle

todos los honores y distinciones disponibles, todos sus profesores le recordaban sin falta que estaba destinado a reportarle una gran gloria a la Academia.

En su último año de internado, su padre murió de un fallo cardiaco. Cuando volvió a Nueva York para el servicio religioso, tanto parientes como conocidos se quedaron impresionados ante la compostura de Benjamin, pero la verdad era que el luto solo le había otorgado una forma socialmente aceptable a la disposición natural de su carácter. En un despliegue de gran precocidad que desconcertó a los abogados y banqueros de su padre, el muchacho solicitó examinar el testamento y los estados de todas las cuentas asociadas a él. El señor Rask había sido un hombre ordenado y concienzudo, y su hijo no encontró defecto alguno en la documentación. Concluido aquel asunto, y sabiendo ya qué podía esperar cuando alcanzara la mayoría de edad y entrara en posesión de su herencia, Benjamin regresó a New Hampshire para terminar sus estudios.

Su madre pasó su breve viudez en Rhode Island con sus amigas. Llegó allí en mayo, poco antes de la graduación de Benjamin, y a finales de verano ya había muerto de un enfisema. Los familiares y amigos que asistieron a aquel segundo y mucho más apagado funeral apenas supieron qué decirle al joven, que había quedado completamente huérfano en el espacio de unos pocos meses. Por suerte, había muchas cuestiones prácticas que discutir: fideicomisos, albaceas y las dificultades legales que entrañaba liquidar el patrimonio.

La experiencia de Benjamin en la universidad fue un eco amplificado de sus años de colegial. Tenía las mismas deficiencias y talentos, pero ahora daba la impresión de haber desarrollado una especie de afecto frío hacia las primeras y un desprecio silencioso por los segundos. Algunos de los rasgos más destacados de su linaje parecían haber tocado a su fin con él. No podía parecerse menos a su padre, que en cuanto entraba en una habitación hacía que todos los que la ocupaban gravitaran en torno a él, y tampoco tenía nada en común con su madre, que seguramente jamás había pasado un día de su vida sola. Aquellas discrepancias con sus padres se acentuaron todavía más después de su graduación. Volvió a la ciudad desde Nueva Inglaterra y fracasó allí donde la mayoría de sus conocidos prosperaban: era inepto en el deporte, apático en sociedad, poco entusiasta en el beber, indiferente en el juego y desapasionado en el amor. Le debía su fortuna al tabaco y ni siquiera fumaba. Quienes lo acusaban de frugalidad excesiva no entendían que, en verdad, carecía de apetitos que reprimir.

◆

El negocio del tabaco no le podía interesar menos a Benjamin. Le desagradaban tanto el producto –esas caladas y volutas tan primitivas, la fascinación salvaje por el humo, el hedor agridulce de las hojas podridas– como la sociabilidad de los fumadores, que tanto había gustado a su padre y que tan bien había explotado. Nada lo asqueaba más que las neblinosas complicidades del salón de fumar. A pesar de sus esfuerzos más sinceros, no lograba defender, con nada parecido a la pasión, las virtudes de un puro lonsdale frente a un diadema, y era incapaz de ensalzar, con ese vigor que únicamente puede conferir el conocimiento de primera mano, los robustos de su finca de Vuelta Abajo. Las plantaciones, las casas de curación y las fábricas de puros pertenecían a un mundo remoto que no le interesaba conocer. Habría sido el primero en admitir que era un embajador espantoso de la empresa, y por tanto delegaba las operaciones diarias en el gerente que había trabajado fielmente a las órdenes de su padre durante dos décadas. Y fue contraviniendo el consejo de ese gerente que Benjamin, a través de unos agentes a los que no conocía en persona, vendió a la baja la hacienda de su padre en Cuba y todo lo que contenía, sin siquiera hacer inventario. Su banquero invirtió las ganancias en bolsa, junto con el resto de sus ahorros.

Pasaron unos cuantos años de estancamiento, durante los cuales hizo intentos poco entusiastas de empezar colecciones diversas (de monedas, de porcelana, de amigos), coqueteó con la hipocondría, intentó desarrollar una pasión por los caballos y fracasó en su intento de convertirse en dandy.

El tiempo se volvió un incordio constante.

Contra sus inclinaciones verdaderas, se puso a planear un viaje a Europa. Todo lo que le interesaba del Viejo Continente ya lo había aprendido en los libros: experimentar aquellas cosas y lugares no era importante para él. Y tampoco le atraía mucho verse confinado en un barco en compañía de desconocidos durante días y días. Pese a todo, se dijo a sí mismo que si alguna vez había de ir, aquel era el momento oportuno: la atmósfera general de Nueva York era de lo más lúgubre como resultado de una serie de crisis financieras y de la recesión económica resultante que se había tragado al país ya hacía dos años. Como aquella caída no lo afectaba de forma directa, Benjamin solo conocía muy vagamente sus causas: todo había empezado, creía recordar, con el estallido de la burbuja ferroviaria, que de alguna

manera había llevado a la posterior caída de la plata, que había hecho que, a continuación, le llegara su turno al oro, lo cual derivó en numerosas quiebras bancarias que pasaron a ser conocidas como el Pánico de 1893. Independientemente de cuál hubiera sido la secuencia de acontecimientos, Benjamin no estaba preocupado. Tenía la convicción general de que los mercados subían y bajaban, y no le cabía duda de que las pérdidas de hoy serían las ganancias de mañana. En vez de disuadirlo de su expedición a Europa, la crisis financiera –la peor desde la Gran Depresión de dos décadas atrás– fue uno de los mayores incentivos que encontró para marcharse.

Cuando Benjamin ya estaba a punto de ponerle fecha a su viaje, su banquero lo informó de que, aprovechándose de ciertos «contactos», había podido suscribirse a unos bonos emitidos para restaurar las reservas de oro del país, cuyo agotamiento había llevado a la insolvencia a tantos bancos. La emisión entera se había vendido en apenas media hora, y en menos de una semana Rask ya había cosechado unos beneficios considerables. Así pues, la suerte inesperada, en forma de cambios políticos y fluctuaciones de mercado favorables, llevó al crecimiento repentino y en apariencia espontáneo de la ya respetable herencia de Benjamin, que él nunca se había esforzado por acrecentar. En cuanto el azar lo hizo por él, sin embargo, descubrió un ansia en su corazón cuya existencia no había sospechado hasta que recibió un cebo lo bastante grande como para despertarla. Europa iba a tener que esperar.

El capital de Rask se encontraba en las conservadoras manos de J. S. Winslow & Co., la gestoría que siempre había llevado los negocios familiares. La empresa, fundada por uno de los amigos de su padre, estaba ahora en manos de John S. Winslow junior, que había intentado sin éxito trabar amistad con Benjamin. En consecuencia, el trato entre ambos jóvenes era un tanto incómodo. Pese a todo, tenían una relación profesional estrecha, aunque la mantuvieran a través de mensajeros o por teléfono, dos métodos que Benjamin prefería a los redundantes y trabajosamente sociales encuentros cara a cara.

Pronto, Benjamin dominó el arte de leer la cinta de cotizaciones, de encontrar patrones, trazar intersecciones y descubrir vínculos causales entre tendencias en apariencia inconexas. Winslow, consciente de que su cliente estaba aprendiendo deprisa, hizo que todo pareciera más hermético de lo que en realidad era e hizo caso omiso de sus predicciones. Aun así, Rask empezó a decidir por sí mismo, por lo general en contra de los consejos del bufete. Lo atraían las inversiones a corto plazo y dio instrucciones a Winslow para que comprara opciones, futuros y otros instrumentos especulativos de alto riesgo. Winslow siempre le pedía cautela y protestaba contra aquellos planes temerarios: se negaba a poner a Benjamin en una posición donde

pudiera perder su capital con negocios arriesgados. Pero más que los bienes de su cliente, lo que parecía preocupar a Winslow eran las apariencias, y su deseo era siempre mostrar cierto decoro financiero: a fin de cuentas, como dijo una vez, riéndose falsamente de su propio ingenio, él era tenedor de libros, no corredor de apuestas, y estaba a cargo de una empresa financiera, no de un casino. Había heredado de su padre la reputación de encontrar inversiones seguras, y estaba decidido a honrar aquel legado. Con todo, al final siempre terminaba siguiendo las instrucciones de Rask y quedándose con su comisión.

En menos de un año, cansado de su parsimonioso y mojigato gestor, Rask decidió empezar a realizar operaciones mercantiles por su cuenta y despidió a Winslow. Romper sus lazos con la familia que tan estrecha relación había mantenido con la suya durante dos generaciones solo acrecentó la satisfacción genuina que Rask había experimentado, por primera vez en su vida, al tomar las riendas de sus negocios.

◆

Las dos plantas inferiores de su casa se convirtieron en sus oficinas improvisadas. La transformación no fue fruto de un plan, sino el resultado de tener que afrontar una necesidad imprevista tras otra, a medida que surgían, hasta que, de forma inesperada, ya contaba con algo parecido a un espacio de trabajo lleno de empleados. Empezó con un mensajero, a quien Benjamin mandaba a recorrer la ciudad con certificados de acciones, bonos y otros documentos. Al cabo de unos días, el muchacho le hizo saber que necesitaba ayuda. Además de un mensajero adicional, Benjamin contrató a una telefonista y a un secretario, que pronto le informó de que tampoco se las podía arreglar solo. Tratar con sus empleados le estaba quitando un tiempo que era vital para su negocio, de manera que Benjamin contrató a un asistente. Y como llevar la contabilidad simplemente se había vuelto demasiado trabajoso, se hizo con los servicios de un contable. Para cuando su asistente trajo a un asistente, Rask perdió la cuenta de los nuevos empleados y dejó de molestarse en recordar la cara y el nombre de nadie.

Ahora las secretarias y los recaderos movían de forma irreverente los mismos muebles que se habían pasado años intactos y cubiertos con sábanas. En la mesa de servicio de nogal se instaló un ticker bursátil; la mayor parte del empapelado con motivos florales repujados en oro quedó cubierto de pizarras llenas de información financiera; montones de periódicos habían ensuciado de tinta el terciopelo amarillo pajizo de un canapé; una máquina de escribir había dejado una muesca en un secreter de madera satinada; tinta negra y roja manchaba la tapicería bordada de los divanes y los sofás; los cigarrillos habían quemado los bordes sinuosos de un escritorio de caoba; las idas y venidas apresuradas habían llenado de arañazos las patas de garra de roble y estropeado, para siempre, las alfombras persas. Las habitaciones de sus padres permanecieron intactas. Él dormía en el piso de arriba, que de niño ni siquiera había visitado.

No le costó encontrar comprador para la empresa paterna. Benjamin animó a un fabricante de Virginia y a una sociedad mercantil del Reino Unido a que pujaran entre sí. Deseoso de distanciarse de aquella parte de su pasado, le alegró ver como los británicos se imponían en la puja, lo cual mandaba a la compañía tabacalera de vuelta a casa. Pero lo que más lo satisfizo fue que, con los beneficios de aquella venta, pasó a poder trabajar en un plano superior, gestionar un nuevo nivel

de riesgo y financiar transacciones a largo plazo que en el pasado ni siquiera se habría podido plantear. Quienes lo rodeaban veían con perplejidad como sus posesiones se reducían de forma directamente proporcional al crecimiento de su riqueza. Vendió todas las propiedades que le quedaban a la familia, incluyendo la casa de la calle 17, y todo lo que había en ellas. Su ropa y sus papeles cupieron en dos baúles que se enviaron al Hotel Wagstaff, donde reservó una suite.

Le fascinaban las contorsiones del dinero: que se lo pudiera obligar a doblarse sobre sí mismo para forzarlo a comerse su propio cuerpo. La naturaleza aislada y autosuficiente de la especulación apelaba a su carácter y constituía motivo de asombro y un fin en sí mismo, con independencia de lo que representaran o le proporcionaran sus ganancias. El lujo era un vulgar engorro. El acceso a nuevas experiencias no era algo que su espíritu monacal anhelara. La política y el deseo de poder no desempeñaban papel alguno en su mente antisocial. Los juegos de estrategia, como el ajedrez o el bridge, no le habían interesado nunca. Si se lo hubieran preguntado, seguramente le habría costado explicar qué era lo que lo atraía del mundo de las finanzas. Era su complejidad, sí, pero también el hecho de que Benjamin consideraba el capital un ser vivo de existencia aséptica. Se mueve, come, crece, se reproduce, enferma y puede morir. Pero es limpio. Eso le fue quedando claro con el paso del tiempo. Cuanto mayor era la operación, más lejos estaba él de sus detalles concretos. No le hacía falta tocar un solo billete ni relacionarse con las cosas y la gente a las que su transacción afectaba. Lo único que tenía que hacer era pensar, hablar y quizás escribir. Y el ser vivo se ponía en marcha, dibujando hermosos patrones de camino a una abstracción cada vez mayor, y a veces siguiendo unos apetitos propios que Benjamin jamás se habría esperado: eso le proporcionaba a él un placer adicional, el hecho de que la criatura intentara ejercer su libre albedrío. La admiraba y la entendía, incluso cuando lo decepcionaba.

Benjamin apenas conocía el downtown de Manhattan: lo justo para que le desagradaran sus cañones de edificios y sus inmundos callejones llenos de hombres de negocios pavoneándose, ocupados en exhibir lo ocupados que estaban. Pese a todo, como entendía la conveniencia de estar en el Distrito Financiero, trasladó sus oficinas a la calle Broad. Poco después, a medida que se ampliaban sus intereses, consiguió un asiento en la Bolsa de Nueva York. Sus empleados no tardaron en darse cuenta de que le tenía la misma aversión al dramatismo que a los arranques de euforia. Las conversaciones, reducidas a sus elementos esenciales, tenían lugar en voz baja. Si había algún remanso en el ruido de las máquinas de escribir, se podía oír desde la otra punta de la sala el crujido de una butaca de cuero o el susurro de una

manga de seda sobre un papel. Aun así, unas ondas silenciosas trastornaban constantemente la atmósfera. Todos sus empleados tenían claro que eran simples extensiones de la voluntad de Rask, y que era su deber satisfacer sus necesidades e incluso anticiparse a ellas, pero jamás plantearle las suyas. A no ser que tuvieran información vital que transmitirle, esperaban a que él les hablara. Trabajar para Rask se convirtió en la ambición de muchos jóvenes agentes de bolsa, pero en cuanto se desvinculaban de él, convencidos de haber absorbido todo lo que podían aprender, ninguno de ellos era capaz de replicar del todo el éxito de su antiguo patrón.

Muy a su pesar, su nombre empezó a pronunciarse con admiración reverencial en los círculos financieros. Algunos viejos amigos de su padre acudieron a él proponiéndole negocios que a veces aceptaba y dándole consejos que siempre rechazaba. Comerciaba con oro y con guano, con divisas y con algodón, con bonos y con carne. Sus intereses ya no se limitaban a los Estados Unidos. Inglaterra, Europa, Sudamérica y Asia se convirtieron para él en un territorio unificado. Inspeccionaba el mundo desde su oficina en busca de audaces préstamos con alto interés y negociaba con los valores gubernamentales de una serie de naciones cuyos destinos se entretejían de forma inextricable gracias a sus actividades. A veces incluso se las ingeniaba para quedarse con emisiones enteras de bonos para él solo. A sus escasas derrotas les seguían grandes triunfos. Todos los que estaban en su lado de las transacciones prosperaban.

En aquello que, cada vez más y en contra de su voluntad, se estaba convirtiendo en el «mundo» de Benjamin, no había nada que llamara más la atención que el anonimato. Aunque nunca le llegaran las habladurías, Rask –con su apariencia impecablemente anodina, sus hábitos abstemios y su vida monástica en el hotel– era consciente de que lo debían de considerar una especie de «personaje». Mortificado por la idea de que lo tuvieran por excéntrico, decidió cumplir con lo que se esperaba de un hombre de su posición. Se construyó una mansión de piedra caliza estilo *beaux arts* en la Quinta Avenida con la calle 62 y contrató a Ogden Codman para que se la decorara, convencido de que su talento ornamental sería publicitado en todas las páginas de sociedad. Una vez terminada la casa, intentó celebrar un baile, pero en última instancia no fue capaz: renunció al entender, mientras trabajaba en la lista de invitados con una secretaria, que los compromisos sociales siempre se multiplican de forma exponencial. Se unió a diversos clubes, comités, organizaciones benéficas y asociaciones, en los que apenas se lo veía. Y todo esto lo hizo a su pesar. Pero le habría desagradado todavía más que lo consideraran una persona «original». Al final se convirtió en un hombre rico que representaba el papel de hombre rico. El hecho de que sus

circunstancias coincidieran con su disfraz no lo hizo sentirse mejor.

◆

Nueva York rebosaba de ese bullicioso optimismo de quienes creen haberse adelantado al futuro. Por supuesto, Rask se había beneficiado de aquel crecimiento vertiginoso, pero para él se trataba de un acontecimiento estrictamente numérico. No se sentía obligado a viajar en las líneas del metro que se acababan de inaugurar. Había visitado algunos de los muchos rascacielos que se estaban levantando por toda la ciudad, pero nunca se le había ocurrido trasladar sus oficinas a uno de ellos. Veía los automóviles como una molestia, tanto en las calles como en las conversaciones. (Los coches se habían convertido en un tema recurrente y, para él, infinitamente tedioso, del que no paraban de hablar sus empleados y socios.) Siempre que podía, evitaba cruzar los puentes que unían las distintas partes de la ciudad, y no podían importarle menos las multitudes de inmigrantes que desembarcaban a diario en Ellis Island. Casi todo lo que pasaba en Nueva York lo vivía a través de la prensa, y, sobre todo, a través de la cinta de cotizaciones. Aun así, pese a su visión particular de la ciudad (que algunos podrían calificar de estrecha de miras), incluso él podía ver que, aunque las fusiones y consolidaciones habían causado que la riqueza se concentrara en un puñado de corporaciones de magnitud inédita, lo irónico era que reinaba un sentimiento colectivo de éxito. La envergadura de aquellas nuevas empresas monopolísticas, unas cuantas de las cuales valían más que todo el presupuesto del gobierno, era la prueba de la manera tan desigual en que se había repartido el pastel. Aun así, la mayoría de la población, fueran cuales fueran sus circunstancias, estaba convencida de que formaba parte del éxito económico, o de que lo haría pronto.

Luego, en 1907, Charles Barney, presidente de la Knickerbocker Trust Co., se implicó en un plan para acaparar el mercado del cobre. El intento fracasó, y se llevó por delante una mina, dos corredurías y un banco. Poco después, se anunció que dejaban de aceptarse los cheques de la Knickerbocker. Durante los días siguientes, el National Bank of Commerce se dedicó a atender las peticiones de los depositantes, hasta que Barney no tuvo más remedio que cerrar las puertas y, al cabo de un mes, pegarse un tiro en el pecho. La quiebra de la Knickerbocker desató el pánico en los mercados. La demanda masiva causó una insolvencia generalizada, la bolsa se hundió, las corredurías se declararon en bancarrota, se exigió la devolución de los préstamos, las compañías fiduciarias se declararon insolventes y los bancos

comerciales quebraron. Las ventas se paralizaron. La gente se amontonaba en Wall Street y exigía retirar sus depósitos. Escuadrones de la policía montada cabalgaban calle arriba y calle abajo intentando mantener el orden público. Ante la ausencia de dinero en efectivo, los tipos de interés de las operaciones a la vista se pusieron por las nubes, y en cuestión de días rebasaron el 150 por ciento. Se trajeron cantidades enormes de lingotes en barco desde Europa, pero ni siquiera aquellos millones que surcaron el Atlántico bastaron para paliar la crisis. Mientras se desplomaban los cimientos mismos del crédito, Rask, que contaba con reservas abundantes de dinero en metálico, empezó a sacar provecho de la falta de liquidez. Sabía qué empresas afectadas por el pánico eran lo bastante fuertes como para resistir a él, y se hizo con acciones a precios ridículamente devaluados. En muchos casos, sus estimaciones iban un paso por delante de las de los hombres de J. P. Morgan, que a menudo entraban en tromba después de Rask, haciendo subir el precio de los valores. De hecho, en mitad de la tormenta, recibió una nota de Morgan que mencionaba a su padre («Los *maduros* de Solomon fueron los mejores que fumé en mi vida») y lo invitaba a departir en su biblioteca con algunos de sus colaboradores de más confianza, «para contribuir a salvaguardar los intereses de nuestra nación». Rask rechazó la invitación sin ofrecer excusa alguna.

Rask tardó un tiempo en orientarse en las nuevas alturas a las que había ascendido después de la crisis. Allá donde iba, lo rodeaba un halo resonante. No había momento en que no sintiera un zumbido entre el mundo y él. Y notaba que los demás también lo sentían. Su rutina visible permanecía inalterada: hacía vida en su casa prácticamente vacía de la Quinta Avenida y, desde allí, mantenía la ilusión de puertas afuera de que llevaba una intensa vida social, aunque en realidad esta se limitaba a unas cuantas apariciones en los eventos donde creía que su presencia fantasmal resultaría más impactante. Con todo, el éxito que tuvo mientras cundió el pánico lo había convertido en una persona distinta. Lo verdaderamente sorprendente, hasta para él mismo, era que había empezado a buscar señales de reconocimiento en todo aquel con el que se cruzaba. Estaba ansioso por confirmar que la gente percibía aquel zumbido que lo envolvía, aquel temblor, la cosa misma que lo separaba de los demás. Por paradójico que fuera, ese deseo de confirmar la distancia que lo alejaba de los otros era una forma de comunión con ellos. Y esa era una sensación nueva para él.

Como ya le resultaba imposible tomar todas las decisiones relativas a sus negocios, Rask se vio obligado a desarrollar una relación estrecha con un joven de su oficina. Sheldon Lloyd, que había ascendido por las filas de la empresa hasta convertirse en su asistente de confianza,

realizaba la criba de las cuestiones diarias que exigían la atención de Rask y solo permitía que llegaran a su mesa las realmente importantes. También se hacía cargo de varias de las reuniones diarias: su patrón solo se unía a él cuando era necesaria una demostración de fuerza. En más de un sentido, Sheldon Lloyd encarnaba la mayoría de los aspectos del mundo financiero que Benjamin detestaba. Para Sheldon, igual que para el grueso de la población, el dinero era un simple medio para hacer cosas. Lo gastaba. Compraba cosas. Casas, vehículos, animales, pinturas. Hablaba ostentosamente de ellas. Viajaba y organizaba fiestas. Llevaba la riqueza en el cuerpo: la piel le olía distinto cada día; sus camisas no estaban planchadas, sino que eran siempre nuevas; sus abrigos relucían casi tanto como su pelo. Rebosaba de aquella cualidad tan convencional y embarazosa: el «buen gusto». Al verlo, Rask pensaba que solo un empleado se gastaría el dinero que le daba otro de aquella manera: en busca de alivio y libertad.

Era precisamente su frivolidad lo que hacía que Sheldon Lloyd le resultara útil a Benjamin. Su asistente era un comerciante astuto, sí, pero Rask también entendía que personificaba el estereotipo de lo que muchos de sus clientes y socios efímeros consideraban «un hombre de éxito». Sheldon Lloyd era el portavoz perfecto para su negocio, una presencia mucho más eficaz en muchos contextos que su patrón. De hecho, cumplía tan a rajatabla con todo lo que la gente esperaba del perfil de un financiero que Benjamin empezó a confiar en él para asuntos que iban más allá de sus deberes oficiales. Le pedía que organizara cenas y fiestas, y Sheldon estaba encantado de hacerlo, llenando la casa de Rask de amigos suyos y haciendo de anfitrión entusiasta para los miembros del consejo e inversores. El verdadero anfitrión se escabullía invariablemente temprano, pero la ficción de que llevaba una vida social activa salía reforzada.

En 1914, Sheldon Lloyd fue enviado a Europa para cerrar un acuerdo con el Deutsche Bank y con una compañía farmacéutica alemana, y también para hacer unos negocios en Suiza en nombre de su patrón. La Gran Guerra sorprendió a Sheldon en Zürich, adonde Rask lo había mandado para adquirir participaciones en algunos de los prósperos nuevos bancos locales.

En América, Benjamin dirigió su atención hacia los cimientos tangibles de su riqueza: las cosas y las personas, que el conflicto había fusionado en una única maquinaria. Invirtió en sectores relacionados con la guerra, desde la minería y la siderurgia hasta la manufactura de municiones y la construcción naval. Se interesó por la aviación, previendo el potencial comercial que los aviones tendrían en épocas de paz. Fascinado por los adelantos tecnológicos que definirían aquellos años, financió empresas químicas y proyectos de ingeniería,

patentando muchas de las piezas y fluidos invisibles de los nuevos motores que impulsaban la industria mundial. Y a través de sus representantes en Europa, negoció bonos emitidos por todos los estados que se habían visto envueltos en la guerra. Sin embargo, pese a lo formidable que estaba llegando a ser su fortuna, aquello no fue más que el punto de partida de su verdadera ascensión.

Su laconismo se incrementó a la par que su influencia. Cuanto más penetraban sus inversiones en el seno de la sociedad, más se retraía. Parecía que las mediaciones prácticamente interminables que constituyen una fortuna –acciones y bonos vinculados a corporaciones vinculadas a tierras y equipamientos y fuerzas multitudinarias de trabajo, alojadas, alimentadas y vestidas gracias al trabajo de otras multitudes repartidas por el mundo, pagadas con monedas distintas cuyo valor también era objeto de comercio y especulación, vinculadas a los destinos de las distintas economías nacionales, vinculados a su vez a corporaciones vinculadas a acciones y bonos– habían hecho que se volvieran irrelevantes las relaciones no mediadas. Aun así, mientras alcanzaba el supuesto punto medio de su vida y lo dejaba atrás, una vaga noción de responsabilidad genealógica, junto con una idea todavía más difusa de lo que era apropiado, le hizo plantearse el matrimonio.

DOS

Los Brevoort eran una familia antigua de Albany cuya fortuna había abandonado al apellido. Habían bastado tres generaciones de novelistas y políticos fracasados para reducirlos a un estado de precariedad decorosa. Su casa en la calle Pearl, una de las primeras que se habían construido en la ciudad, era la encarnación misma de aquel decoro, y la existencia de Leopold y Catherine Brevoort giraba en gran medida en torno a su mantenimiento. En la época en que nació Helen, ya habían cerrado los pisos superiores para asegurarse de poder dedicarle toda su atención a los de abajo, que era donde recibían a sus invitados. Su salón era uno de los centros de la vida social de Albany, y los recursos menguantes de los Brevoort no les impedían tener de invitados a miembros de las familias Schermerhorn, Livingston y Van Rensselaer. Si sus reuniones tenían tanto éxito era porque alcanzaban un poco común equilibrio entre la ligereza (Catherine tenía un don para conseguir que los demás se sintieran conversadores excepcionales) y la gravedad (Leopold era ampliamente reconocido como una de las autoridades intelectuales y morales de la ciudad).

En su círculo social, meterse en política se consideraba algo innoble, mientras que la literatura apestaba a vida bohemia. El señor Brevoort, sin embargo, había combinado el poco caballeresco amor de sus antepasados por el servicio público y la palabra escrita publicando dos volúmenes de filosofía política. Resentido por el silencio total con que se había recibido su obra, se había centrado en su hija de corta edad y había decidido hacerse cargo personalmente de su educación. Los primeros años de vida de la pequeña se los había pasado demasiado ocupado con la quiebra de sus asuntos personales como para atenderla demasiado, pero ahora que había decidido ocuparse de instruirla, empezó a disfrutar de todas las facetas de su personalidad. A los cinco años ya era una ávida lectora, y a su padre le sorprendió descubrir en ella a una interlocutora precoz. Daban largos paseos por el margen del Hudson, a veces hasta entrada la noche, y debatían sobre los fenómenos naturales que los rodeaban: los renacuajos y las constelaciones, la caída de las hojas y los vientos que se las llevaban, el halo de la luna y las astas de los ciervos. Leopold nunca había conocido aquella clase de felicidad.

Todos los libros de texto escolares que había le parecían insuficientes, y cuestionaba tanto su contenido como su método pedagógico. Por consiguiente, cuando no estaba impartiendo lecciones

o atendiendo a las obligaciones sociales que su esposa siempre parecía crear para él, el señor Brevoort se mantenía ocupado escribiendo manuales y redactando libros de ejercicios para su hija. Contenían juegos educativos, acertijos y problemas de los que Helen disfrutaba, y que resolvía casi siempre. Junto con la ciencia, la literatura era uno de los elementos destacados de su programa docente. Leían a los trascendentalistas americanos, a los moralistas franceses, a los satíricos irlandeses y a los aforistas alemanes. Con ayuda de diccionarios obsoletos, emprendían la traducción de cuentos y fábulas de Escandinavia, la Roma antigua y Grecia. Alentados por el resultado completamente absurdo de aquellos intentos (a menudo, la señora Brevoort tenía que entrar en su pequeño estudio para pedirles que dejaran de reírse «como caballos» cuando había invitados en casa), iniciaron una colección de mitos inventados y descabellados. Los primeros dos o tres años que Helen pasó estudiando bajo la tutela de su padre siempre serían los más felices de su vida, y aunque con el tiempo se desdibujaron los detalles y contornos de aquellos recuerdos, la sensación general de euforia y plenitud nunca perdió nitidez y luminosidad en su mente.

Siempre intentando ampliar su temario, los caprichosos métodos de investigación del señor Brevoort lo llevaron a encontrar teorías científicas difuntas, edificios filosóficos en ruinas, doctrinas psicológicas demenciales y dogmas teológicos impíos. En su intento de maridar religión y ciencia, se embebió de las doctrinas de Emanuel Swedenborg. Aquel fue un punto de inflexión en su vida, y también en su relación con su hija. Guiado por las enseñanzas de Swedenborg, se convenció de que la razón, y no la penitencia ni el miedo, era el camino a la virtud y quizás incluso a la divinidad. Los tratados matemáticos solo eran superados en importancia por las Escrituras, y el señor Brevoort estaba encantado de la facilidad elegante con que Helen, a los siete u ocho años, resolvía abstrusos problemas algebraicos y ofrecía exégesis detalladas de muchos pasajes bíblicos. También le pedía que escribiera meticulosos diarios de sueños, que luego ambos analizaban con fervor numerológico, en busca de mensajes en clave de los ángeles.

Una parte de la alegría de antaño del señor Brevoort se había marchitado a la sombra de su nueva pasión por la teología. Aun así, durante todo el tiempo que pudo, Helen mantuvo el espíritu jovial de sus años previos. Para aliviar el tedio creciente de sus lecciones diarias, aprendió a jugar con aquel padre cada vez más distante. Cierto: había muchos aspectos del temario mayormente improvisado que le gustaban y a los que se aplicaba –la aritmética, la óptica, la trigonometría, la química y la astronomía–, pero las partes más místicas del programa didáctico del señor Brevoort le resultaban

aburridas, hasta que descubrió cómo manipularlas y darles la vuelta para su disfrute. Creaba anagramas con profecías bíblicas para vaticinar el futuro de su familia; diseñaba sus propias interpretaciones cabalísticas de los textos del Antiguo Testamento, respaldadas por esotéricas argumentaciones matemáticas que siempre impresionaban a su padre, sin importar que las entendiera o no; llenaba las páginas de su diario de sueños de entradas escandalosas, muchas de las cuales bordeaban lo indecente. Leopold le había exigido que las crónicas de sus sueños fueran implacablemente sinceras, y a Helen le gustaba ver como a su padre le temblaba la barbilla de horror mal disimulado cuando leía sus invenciones vagamente obscenas.

Si la práctica de inventarse sus sueños había empezado como broma, con el tiempo se convirtió en necesidad. A los nueve o diez años, el insomnio empezó a alargar sus noches, privándola no solo de sus sueños, sino también de la paz. Las esporas heladas de la ansiedad le colonizaban la mente y se la reducían a un páramo de miedo. La sangre, diluida, parecía circularle demasiado deprisa por las venas. A veces le daba la sensación de que su corazón se ahogaba. Aquellas noches en vela llenas de terror se fueron volviendo cada vez más frecuentes, y los días que las seguían eran una neblina. Le resultaba casi imposible contribuir a la tarea de sostener la realidad. Sin embargo, era aquella versión atenuada de Helen la que preferían sus padres: su padre seguía con gran placer su trabajo carente de inspiración; su madre la encontraba más accesible.

Helen no tardó en darse cuenta de que, además de ser la pupila de su padre, también se había convertido en su objeto de estudio. Parecía especialmente interesado en los resultados concretos de sus enseñanzas y se dedicaba a seguir la manera en que daban forma a la mente y la moralidad de su hija. Cuando la examinaba, a Helen le parecía a menudo que había otra persona asomándose a través de los ojos de su padre. Solo con el paso del tiempo comprendió que todas aquellas injerencias la habían llevado a forjar un carácter discreto y modesto, un rol que representaba con fiabilidad impecable en presencia de sus padres y de las amistades de estos: discretamente cortés, nunca hablaba si podía evitarlo, contestaba con asentimientos de la cabeza y monosílabos siempre que le resultaba posible, evitaba que su mirada se encontrara con las de los demás y rehuía a toda costa la compañía de los adultos. El hecho de que nunca dejara de representar a aquel personaje le haría preguntarse, en épocas posteriores de su vida, si no sería aquella la persona que siempre había sido, o, al contrario, si con el paso de los años su espíritu no se habría amoldado a aquella máscara.

Las reuniones sociales en la calle Pearl siguieron bien pobladas pese a la mengua de recursos de la familia, lo cual daba fe del encanto y la

habilidad de la señora Brevoort. Ni el descenso de calidad de su té ni las múltiples deserciones entre su servicio doméstico habían disuadido a sus visitas. Ni siquiera su marido, cuya conducta se había vuelto tan errática como crípticas sus palabras, había sido capaz de ahuyentar a sus invitados. A base puramente de encanto –y de unas cuantas maniobras políticas habilidosas–, la señora Brevoort se aseguró de que su salón permaneciera en el corazón de la vida social e intelectual de Albany. Llegó un punto, sin embargo, en que se vieron obligados a reabrir los pisos superiores, amueblarlos lo mejor que pudieron y aceptar inquilinos. La señora Brevoort habría sido capaz de eludir la vergüenza de tener a empleados estatales subiendo y bajando ruidosamente las escaleras, pero a sus invitados regulares les pareció más discreto, por el bien de ella, trasladar sus reuniones a otra parte. Fue más o menos por entonces cuando los Brevoort decidieron que Albany se había vuelto demasiado provinciana para ellos.

Pasaron un mes en Nueva York antes de embarcar rumbo a Europa, alojados en casa de una de las amigas de la señora Brevoort, en la calle 84 Este, esquina con la Avenida Madison, a pocas manzanas de la mansión que nadie sospechaba que se convertiría en el futuro hogar de su hija. De hecho, años más tarde Helen se acordaría a menudo de aquel periodo en Nueva York y se preguntaría si, a los once, quizás había visto, durante uno de sus paseos con su madre, al ya exitoso hombre de negocios que con el tiempo sería su marido. ¿Acaso se habían visto alguna vez la niña y el hombre? Estaba claro, en cualquier caso, que de pequeña había pasado bastantes horas de aburrimiento en compañía de muchas de las personas que competirían por su atención y su amistad cuando estuviera casada. En el curso de aquel mes, su madre se dedicó a llevarla a todos los compromisos diurnos a los que podía asistir: almuerzos, charlas, meriendas, recitales. Lo que tenía ocasión de aprender en aquellos eventos era más esencial para su educación, le decía a menudo la señora Brevoort, que las lecciones de botánica o de griego que recibía de su padre. Tal como era su costumbre, Helen guardaba silencio durante aquellos encuentros: se dedicaba a mirar y escuchar, sin adivinar que una década más tarde reconocería muchas de aquellas caras y voces, y sin imaginarse lo mucho que le serviría a su encarnación adulta saber quién fingía recordarla o haberla olvidado.

◆

Sin la señora Brevoort les habría resultado imposible salir adelante en Europa. Al llegar a Francia, ocuparon unos modestos aposentos en Saint-Cloud, pero Catherine no tardó en descubrir que estaban demasiado alejados del centro de París. Como tenía numerosos recados por hacer, se fue unos días ella sola a visitar a los Lowell, que vivían en la Île Saint-Louis. Una vez allí, visitó a la gente a la que conocía o a la que le habían pedido que viera, llevándoles noticias, cartas y mensajes confidenciales de Nueva York. Antes de que terminara su primera semana allí, ya los habían invitado a alojarse en la casa que tenía Margaret Pullman en Place des Vosges. La situación se repitió casi en todas partes: los Brevoort llegaban a Biarritz, a Montreux o a Roma y se alojaban por un precio razonable en una *pension* o *albergo* de algún barrio apartado pero respetable de la ciudad. Luego la señora Brevoort pasaba una semana visitando a sus amistades, entregando mensajes y conociendo a gente entre la comunidad de expatriados americanos, hasta que alguno de ellos los invitaba a su familia y a ella a quedarse en su casa. Con el tiempo, sin embargo, se invirtieron los roles: si al principio había sido la señora Brevoort quien había dependido de la amabilidad de sus compatriotas más prósperos, al cabo de un par de años su compañía andaba tan buscada que tuvo que empezar a rechazar invitaciones, lo cual la hizo todavía más deseable. Allá donde iba su familia, Catherine se convertía en el nodo que conectaba a todos los americanos errantes a los que valía la pena conocer.

No era raro que los americanos residentes en el extranjero se evitaran entre sí. No solo porque era lo que dictaba el tacto, según cierto protocolo implícito, sino también porque nadie quería que lo percibieran como alguien que no tenía amigos en Europa y dependía provincianamente de sus conocidos de América. Consciente de este código, la señora Brevoort se aprovechaba de él y operaba como una especie de mensajera entre los extranjeros voluntariamente aislados, que agradecían de corazón sus servicios, ya que les permitían mantener su altiva simulación de autonomía. Era la persona a la que acudir si se necesitaba una muy codiciada presentación que en otras manos habría resultado incómoda: reparaba vínculos rotos y creaba otros nuevos; se las arreglaba para incluir a gente en círculos selectos y al mismo tiempo, de forma crucial, mantener la impresión de que aquellos círculos permanecían cerrados; todo el mundo estaba de

acuerdo en que era una contadora de anécdotas sin par y una casamentera consumada.

Bordeando montañas, recorriendo costas o atravesando ciudades (según la estación del año), y alojándose, demorándose o apresurándose (según resultara conveniente), los Brevoort fueron delineando el mapa de su peculiar Grand Tour. El señor Brevoort dedicaba la mayor parte del tiempo a hacer de tutor de su hija y a explorar distintos círculos místicos: el espiritismo, la alquimia, el mesmerismo, la nigromancia y otras formas de ocultismo se habían convertido en los intereses que lo absorbían por completo. Helen ya llevaba un tiempo apesadumbrada por haber perdido a un amigo y a su único compañero en Europa, su padre, pero fue por aquella época cuando su estado de ánimo cayó a simas todavía más profundas: estaba crecida y bien leída, y era lo bastante culta como para darse cuenta de que Leopold se estaba limitando a coleccionar supercherías, y estaba reemplazando a su hija por una serie de dogmas y credos que hacía unos años habrían sido objeto del ridículo de ambos y habrían servido de inspiración para sus cuentos absurdos. Ya era triste de por sí ver al señor Brevoort a la deriva, pero resultaba devastador descubrir que su respeto por el valor intelectual de su padre se estaba esfumando junto con él.

Pese a todo, Leopold no era completamente ciego a los talentos de su hija. Al cabo de unos años de viaje, se vio obligado a reconocer que la aptitud de Helen para los idiomas, los números, la hermenéutica bíblica y lo que él llamaba sus intuiciones místicas se habían desarrollado más allá de sus propias capacidades, de manera que empezó a planear una parte del itinerario de la familia de acuerdo a la ubicación de diversos académicos que pudieran hacer progresar sus estudios. Eso los llevó a una serie de humildes pensiones en pequeñas aldeas y albergues en los suburbios de ciudades universitarias, donde madre, padre e hija se veían obligados a pasar el tiempo sin compañía alguna. Aislados y fuera de su elemento, el señor y la señora Brevoort se volvieron mezquinos y beligerantes. Helen se retrajo todavía más, y su silencio despejó el terreno para las peleas cada vez más agrias de sus padres. Aun así, cuando por fin llegaba el momento de entrevistarse con algún ilustre profesor o autoridad en ocultismo, siempre se producía una transformación en Helen. De pronto adoptaba una confianza cristalina: algo en ella se endurecía, brillaba y se afilaba.

Ya fuera en el centro de Jena, en los alrededores de Toulouse o en los suburbios de Bolonia, la rutina siempre era, en líneas generales, la misma. Alquilaban habitaciones en una fonda, donde la señora Brevoort alegaba alguna indisposición que requería reposo en cama; entretanto, el señor Brevoort llevaba a su hija a visitar a la eminencia

a la que habían ido a ver. Las largas y en su mayor parte ininteligibles presentaciones que llevaba a cabo Leopold Brevoort siempre conseguían que su anfitrión los mirara a su hija y a él con aprensión y arrepentimiento. No solo sus doctrinas se habían vuelto considerablemente arcanas, sino que además las impartía en una mezcolanza de francés, alemán e italiano por lo general inventados. Algunos de aquellos académicos y místicos se quedaban impresionados por el conocimiento íntimo que tenía Helen de las Escrituras, por sus logros académicos y por su dominio de distintos dogmas esotéricos. Notando su interés, el señor Brevoort intentaba decir algo, pero ellos lo detenían levantando la palma de la mano y ya no le hacían más caso durante el resto de la entrevista. Unos cuantos de aquellos tutores incluso le pedían que se ausentara de la sala. Otros, llenos de calidez pedagógica, le tocaban la pierna a Helen, pero enseguida retiraban la mano, asustados por su letal impasibilidad y la firmeza de su mirada.

◆

Helen había dejado su infancia en Albany. Debido a que estaban en constante movimiento, apenas tenía ocasión de conocer a chicas de su edad, y sus encuentros casuales con ellas nunca alcanzaban a florecer en forma de amistades. Para pasar el tiempo, aprendía idiomas por su cuenta con la ayuda de libros que iba trasladando entre las distintas casas y hoteles: tomaba un ejemplar de *La Princesse de Clèves* de un estante de Niza y lo recolocaba en una biblioteca de Siena, después de sacar de ella *I viaggi di Gulliver*, con el cual llenaba el hueco que había dejado al tomar prestado *Rot und Schwarz* en Munich. El insomnio seguía reclamando sus noches, y usaba los libros como escudos para protegerse de las arremetidas de sus terrores abstractos. Cuando resultaban insuficientes, recurría a su diario. Los diarios de sueños que su padre le había hecho llevar durante unos años le habían inculcado el hábito diario de registrar sus pensamientos. Con el paso del tiempo, y a medida que su padre dejaba de leer sus entradas, su escritura se alejó de sus sueños y pasó a incluir reflexiones sobre libros, impresiones sobre las ciudades que visitaba y, durante las noches en blanco, sus miedos y ansias más íntimos.

En su primera juventud había vivido un episodio menor pero decisivo. Sus padres y ella se alojaban en la villa de la señora Osgood, en Lucca. Helen había estado paseando primero por los terrenos y después, aturdida por el calor, por la casa vacía. Eran los únicos invitados. Los sirvientes se escabullían al oír sus pasos. Había un perro despatarrado en el suelo fresco de terracota, que se miraba el interior del cráneo con los ojos entrecerrados y tenía sueños convulsos. Helen observó la sala de estar: su padre y el señor Osgood se habían quedado dormidos en sus sillones. Helen se sintió ligeramente cruel, poseída por un vago deseo de hacer daño. Fue consciente de estar mirando a través del fondo mismo del aburrimiento. Del otro lado había violencia. Dio media vuelta y volvió a salir al jardín. Cuando llegó al lugar a la sombra donde estaban bebiendo limonada su madre y su anfitriona, se limitó a anunciarles que se iba a dar un paseo por el pueblo. Quizás porque usó un tono tan perentorio, o quizás porque su madre estaba intercambiando susurros enfáticos con la señora Osgood, o quizás porque aquella tarde los tonos castaños y dorados de Lucca tenían un brillo tan benévolo, no le pusieron objeción alguna: la señora Brevoort se limitó a mirar de reojo a su hija y decirle que disfrutara de su *passeggiata* pero que no se alejara demasiado. Así, sin

más testigos que ella misma, empezó un capítulo nuevo para Helen. Por primera vez en su vida, estaba saliendo al mundo sola.

Apenas prestó atención al camino rural y sus inmediaciones, perdida como estaba en aquel sueño de independencia hecho realidad, pero sí la despertó el silencio de paredes remozadas que la recibió en el pueblo. El eco áspero de sus zapatos sobre los adoquines era lo único que podía oír en aquellas calles vacías. De tanto en tanto arrastraba ligeramente un pie, solo para sentir el hormigueo en la piel del cuello que le producía oír el murmullo del cuero sobre la piedra. Con cada manzana que recorría, el pueblo iba cobrando un poco más de vida. Intentando prolongar la sensación de euforia que había descubierto en la quietud inicial, siguió caminando, con un aplomo feliz, alejándose de las voces que retumbaban en los cruces de calles lejanos, alejándose del bullicio mercantil que venía de la plaza, alejándose del clop-clop líquido de los cascos de caballos que resonaba a la vuelta de la esquina, alejándose de las mujeres que se gritaban de ventana a ventana mientras recogían la ropa seca de las cuerdas de tender y adentrándose en callejones con las persianas cerradas para proteger las casas del calor, donde podía oír de nuevo sus propios pasos solitarios. Supo entonces que aquella forma solemne de placer, tan pura porque carecía de contenido, tan fiable porque no dependía de nadie más, era el estado que pugnaría por alcanzar en su vida futura.

Intentando eludir el bullicio de la plaza, donde estaba teniendo lugar alguna clase de jubileo o *festa* religiosa, Helen terminó en una calle donde había unas pocas tiendas. Una de ellas era un anacronismo por partida doble. Un estudio fotográfico solo podía ser una incongruencia en aquella ciudad tan pequeña, con su pasado etrusco que hacía que las iglesias medievales parecieran nuevas. Pero cuando la examinó más de cerca, aquella aparición disonante salida del futuro resultó ser, de hecho, antigua. Los retratos del escaparate, las cámaras en exposición, los servicios que se ofrecían... todo remitía a los albores de la fotografía. Y por alguna razón, Helen experimentó con más intensidad aquellos treinta o cincuenta años de antigüedad que tenía el estudio que los veinte siglos transcurridos desde la fundación de la ciudad. Entró.

La tienda, granulosa bajo la luz que entraba por las ventanas delicadamente sucias, revelaba una modalidad extraña de indecisión. Al principio, Helen pensó que los matraces, tubos de ensayo y vasos con formas extrañas, además de frascos, ampollas y redomas etiquetados, formaban parte del enorme surtido de atrezo fotográfico que abarrotaba el local: bicicletas y cascos romanos, sombrillas y animales de peluche, muñecas y accesorios náuticos. Pero poco a poco comprendió que el lugar estaba atrapado entre los reinos de la ciencia y el arte. ¿Era un laboratorio químico o el estudio de un pintor?

Parecía que ambos bandos se hubieran rendido hacía mucho tiempo, dejando la disputa sin resolver.

De detrás de una cortina en la parte trasera de la tienda salió un hombre bajito de rasgos amables o fatigados. Se quedó encantado al descubrir lo bien que hablaba el italiano aquella joven señorita extranjera. Tras una breve conversación, le sacó un álbum de retratos de estudio anticuados montados en cartón, como los que su madre solía coleccionar de niña. Helen reconoció muchos de los objetos que aquellos legionarios, cazadores y marineros sostenían en las fotografías. El hombre le dijo que quedaría imponente caracterizada de Minerva. Desplegó un fondo pintado del Partenón, colocó a Helen delante y hurgó entre la utilería en busca de un casco, una lanza y un búho disecado. Helen declinó el ofrecimiento. Pero antes de que la decepción se pudiera instalar en la cara del fotógrafo, le aseguró que le gustaría mucho que la retratara. Aunque sin disfraz. Sin fondo decorado. Solo ella, de pie, en el estudio. El fotógrafo, complacido y confuso en igual medida, procedió a registrar el primer día de la nueva vida de Helen.

◆

Cuando llegaron a su cuarto año en el Continente, los Brevoort ya habían estado en todas las capitales y destinos de vacaciones que frecuentaban los expatriados americanos, trazando al mismo tiempo lo que sobre el mapa parecía un itinerario demente destinado a impulsar la educación de Helen. Como habían viajado tan extensamente y durante tanto tiempo, en pos de sus metas sociales y también académicas, Helen –muy a pesar de su predisposición reservada, y principalmente debido a los esfuerzos infatigables de su madre para promover los éxitos de su familia– había terminado convertida en una especie de atracción. Siempre que Leopold estaba fuera en uno de sus breves viajes para visitar un salón literario que le interesara particularmente, asistir a una sesión de espiritismo, sumarse a una reunión de la Sociedad Teosófica o ver a unos cuantos de los individuos a los que consideraba sus colegas, la señora Brevoort se llevaba a su hija a alguno de sus compromisos sociales, alegando que ya tenía edad suficiente para empezar a aprender cómo funcionaba de veras el mundo. Pero según los dictados del protocolo, Helen era, por supuesto, demasiado joven para estar en sociedad. Así pues, la señora Brevoort se la llevaba no como una invitada más, sino como espectáculo.

Siguiendo las instrucciones de la señora Brevoort, una serie de hombres que daban vueltas a sus copas de coñac con escepticismo y señoras que bebían vasitos de jerez con perplejidad hacían que Helen leyera sendos pasajes de dos libros escogidos al azar, que a veces estaban en lenguas distintas, pasajes que ella memorizaba en un momento y repetía palabra por palabra a modo de pasatiempo de sobremesa. A los invitados, distraídos, aquello les resultaba moderadamente encantador. Pero cuando la señora Brevoort, después de aquella demostración inicial, le pedía a su hija que alternara frases de ambos libros, y que después hiciera lo mismo pero empezando por el final, las sonrisas petulantes se convertían invariablemente en asombro boquiabierto. Aquella solo era la primera proeza de su número, que incluía toda clase de proezas mentales y siempre terminaba en murmullos de ovación. Pronto se empezó a solicitar la presencia de Helen. Se volvió una especie de moda. No hacía ninguna falta que la señora Brevoort le pidiera a su hija que no le mencionara a su padre aquellas actuaciones, que tanto estaban beneficiando al renombre de su familia.

Pero no existe tal cosa como la publicidad confidencial, y al final, estando la familia de visita en casa de los Edgecomb en París, el señor Brevoort se enfureció al enterarse de que su esposa había estado usando los talentos de su hija como truco de salón. Desde hacía uno o dos años, a medida que sus inclinaciones divergían y su matrimonio se deterioraba en consonancia, Catherine y Leopold habían procurado evitarse el uno al otro siempre que podían, confiando en eludir las peleas con que terminaban la mayoría de sus conversaciones. Cuando salió a la luz la verdad sobre las actuaciones de Helen, sin embargo, la rabia que se había ido solidificando y sedimentando en forma de gruesos estratos de resentimiento sufrió un corrimiento de tierras y se desprendió. La señora Brevoort estaba completamente harta de la jerigonza ensimismada de su marido, de su ciencia cuestionable y de todos los disparates celestiales que le impedían hacer frente a las muy terrenales necesidades de su familia. Si la situación había llegado a un punto en que dependían de la amabilidad de unas amistades cada vez más lejanas, de cuya hospitalidad habían disfrutado gracias a los recursos y el duro trabajo de ella (y la señora Brevoort se señaló el pecho para darle a la palabra «trabajo» todo su peso), y si ahora necesitaba hacer uso de los talentos de Helen para mantener y expandir aquellas amistades, era solo porque no se podía contar con él para asegurar el bienestar de la familia. La señora Brevoort había hablado en un susurro ponzoñoso, consciente de que no debía discutir a gritos mientras se alojaban en la habitación de invitados de los Edgecomb. Pero el señor Brevoort no tenía aquellos reparos. El don que le había dado Dios a su hija para que conversara con Él, gritó, no se iba a convertir en un número circense sacrílego. Su hija no iba a verse arrastrada al fango de la frivolidad en el que tanto le gustaba revolcarse a su mujer. Su hija no iba a verse convertida en una meretriz intelectual.

Helen se pasó toda aquella pelea mirándose los zapatos. No era capaz de mirar a su padre: no quería ver como su boca formaba aquellas palabras absurdas. Sería la confirmación de que ahora había otra persona hablando a través de él. Si no lo miraba, no sería más que una voz que despotricaba, un grito incorpóreo, sin relación alguna con su padre. Más que el tono amenazador, lo que la aterraba era la incoherencia de su diatriba, porque Helen no creía que pudiera haber mayor violencia que la que se ejercía sobre el sentido.

Después de aquella disputa (haría falta una conversación avergonzada entre la señora Brevoort y la señora Edgecomb a la mañana siguiente, seguida de varias semanas de hacer campaña con sumo tacto por todo París en contra de las habladurías, para enmendar parcialmente los daños causados aquella noche), los talentos de Helen seguirían floreciendo, contra todo pronóstico, bajo la vigilancia más

estricta. Aunque no le gustaba verse sometida a la rigurosa y errática tutela de su padre, sus restricciones no le resultaban más opresivas que el gregarismo de su madre.

◆

Uno de los pocos rasgos que aunaban a todos los miembros de la familia Brevoort, aunque fuera por razones distintas en cada caso, era su desdeñosa falta de curiosidad hacia los acontecimientos actuales. La señora Brevoort consideraba una afrenta personal la irrupción de los asuntos públicos en su vida privada. Le interesaban los entresijos administrativos, financieros y diplomáticos que mantenían en marcha la sociedad en la misma medida que el motor que había debajo del capó de un automóvil o que la sala de máquinas que se escondía bajo cubierta en un barco de vapor. «Las cosas» debían «funcionar», sin más. No le interesaba que un mecánico le explicara cuál era el problema que tenía cierta válvula de pistón grasienta. En cuanto al señor Brevoort, ¿qué podían significar las noticias diarias para alguien centrado en lo eterno? Y como ambos vivían en los arrabales de la realidad política, no entendieron de inmediato las graves implicaciones del asesinato del archiduque Francisco Fernando.

Todo el mundo les dijo que tenían suerte de encontrarse en Suiza y les aconsejó que no salieran del país hasta que la situación se hubiera aclarado. De camino a Zürich –donde tenían planeado, desde hacía meses, encontrarse con unos amigos para emprender una excursión veraniega–, vieron movilizarse al Ejército Suizo y oyeron que se estaban militarizando las fronteras. Era el punto culminante del verano, lo cual significaba que había miles de americanos dispersos por montañas, valles y balnearios a orillas de lagos: desde convalecientes que se gastaban los ahorros en hospederías anexas a los baños municipales hasta potentados de Nueva York que tomaban las curas en hoteles majestuosos. Orme Wilson, por ejemplo, se encontraba en Berna, Chauncey Thorowgood en Ginebra, el cardenal Farley en Brunnen y Cornelius Vanderbilt en Saint-Moritz. Con independencia de su rango, sin embargo, todos los americanos a los que los Brevoort se encontraban por el camino se mostraban igual de frenéticos. Se hablaba de guerra. De guerra total.

A su llegada a Zürich, los Brevoort se alojaron con los Betterley, que acababan de hablar con el señor Pleasant Stovall, embajador de los Estados Unidos en Suiza. ¿Debían continuar con sus vacaciones o irse a casa? El señor Stovall les había explicado que los augurios de guerra eran bastante comunes en Europa. Sin embargo, todo diplomático experimentado era consciente de las desastrosas consecuencias de un conflicto abierto, así que confiaba en que la razón y las intervenciones

amistosas consiguieran evitar un desastre de primer orden como aquel. En cuestión de semanas, Austria, Serbia, Alemania, Rusia y el Reino Unido ya habían hecho declaraciones formales de guerra. Pronto el conflicto englobaría la mayor parte de Europa.

Durante los extraños meses siguientes, la comunidad improvisada de americanos en Suiza se vio arrastrada, en su conjunto, a algo parecido a lo que había sido durante años la realidad cotidiana de los Brevoort. No había ni dinero en metálico ni oro disponibles: los cheques, incluso los emitidos por sólidas entidades bancarias americanas, eran rechazados; las letras de crédito carecían de valor. Los millonarios dependían de la buena voluntad de los hoteleros y se veían obligados a pedirles prestado dinero de bolsillo. La gente se llevaba su propio azúcar cuando iba de visita a tomar el té. Todo el mundo había recibido cartillas de racionamiento, y durante las cenas, los invitados, con sus vestidos de noche y sus fracs, les entregaban las suyas a los anfitriones que servían la comida. Reinaba un estado generalizado de precariedad indigente. Y la señora Brevoort no se había sentido tan aliviada y relajada en toda su vida.

Aun así, la guerra era una realidad que se cernía sobre ellos: una realidad de la cual los aeroplanos beligerantes que pasaban rozando los Alpes de camino al frente eran un recordatorio constante. A la mayoría de las empresas navieras les habían inmovilizado los buques o cancelado las rutas. Obtener pasaje en alguna embarcación pequeña y abarrotada era un lujo que requería tener contactos en lo más alto. Mientras que la señora Brevoort hacía lo posible por conseguir un salvoconducto que sacara a su familia de Europa, el señor Brevoort parecía residir de forma permanente en una tierra remota gobernada por conspiraciones ocultistas, jerarquías místicas y leyes laberínticas. Las tareas cotidianas ya le resultaban imposibles de gestionar, y cada mañana se despertaba más desorientado. Hablaba, día y noche, en una mezcolanza de lenguas cada vez más imaginarias, esforzándose por entender las reglas que había creado para sí mismo y perdiéndose en las antinomias y paradojas que asediaban su mente. Se volvió irascible.

Helen intentaba reunirse con su padre en el territorio inexplorado de sus delirios. Se sentaba con él y lo escuchaba hablar ininterrumpidamente. A veces le hacía preguntas, más para demostrarle que le estaba prestando atención que porque le interesara la respuesta en sí. Sus esfuerzos para entenderlo eran sinceros y se basaban en la esperanza de que, si conseguía encontrar allí alguna pizca de sentido, algún hilo, sería capaz de aferrarse a él y sacar a su padre de su laberinto. Sus intentos, sin embargo, siempre terminaban igual: los pensamientos de Leopold se curvaban y se retorcían sobre sí mismos, formando un círculo en el que Helen no podía entrar y del que él era incapaz de salir. Como para demostrarse la posibilidad del

movimiento físico, después de experimentar aquella claustrofobia mental siempre se veía impulsada a dar largos paseos.

El estado del señor Brevoort hizo insostenible que la familia siguiera alojándose en casa de los Betterley, por lo que se vieron obligados a mudarse a una fonda cercana. Leopold llenaba un cuaderno tras otro de fórmulas alquímicas y cálculos expuestos con dígitos y símbolos de su invención. Siempre tenía la cara manchada de tinta, y su monólogo, que su mano obediente parecía dedicarse a transcribir eternamente, no se interrumpía para nada. A la señora Brevoort le quedó claro que le iba a ser imposible atravesar primero el continente infestado por la guerra y después el océano Atlántico con su marido en aquel estado. Gracias al señor y la señora Betterley, que habían presentado una petición en su nombre al embajador Stovall, pudo conseguir plaza para el señor Brevoort en el Instituto Médico-Mecánico del doctor Bally, en Bad Pfäfers, cuyas aguas, ricas en carbonato de calcio y magnesia, en conjunción con los masajes y la actividad física a gran altura, se sabía que eran beneficiosas para los pacientes con problemas nerviosos.

La señora Betterley estuvo encantada de hacerse cargo de Helen mientras la señora Brevoort llevaba a su marido al sanatorio. Helen se despidió de su padre en la fonda. Él ni siquiera levantó la vista del cuaderno en el que transcribía su propio dictado. Era la última vez que Helen lo vería.

Los días que Helen pasó sin sus padres en Zürich confirmaron la intuición que ya había tenido durante su paseo por la Toscana: que por alguna razón se sentía elevada por la soledad. Paseaba, eufórica y serena, por los senderos que bordeaban el lago. Tomaba tranvías al azar hasta el final de la línea y volvía caminando; iba al casco antiguo y visitaba museos y galerías de arte. Y siempre terminaba volviendo al jardín botánico, donde le gustaba sentarse con un libro a la sombra del arboreto. Fue allí donde, una tarde, un americano de modales afectados, atraído por el volumen en inglés que Helen estaba leyendo, se dirigió a ella con alguna vaga excusa hortícola. Se presentaron y al hombre le apareció un destello de interés en la mirada cuando ella mencionó su apellido: una chispa apenas disimulada de reconocimiento que muchos americanos mostraban, como para manifestar de forma discreta que conocían el pedigrí de los Brevoort. El hombre inició una conversación, alentado por el hecho fortuito de haber encontrado a otra neoyorquina en un sitio tan peculiar. Helen, serenamente molesta por la intrusión, respondió con monosílabos a sus cortesías. Durante un remanso de la charla, el hombre arrancó una flor para ponérsela en la solapa y después otra para Helen. Ella se la quedó mirando, pero no la agarró. Reprimiendo un arranque de confusión irritada, el hombre usó la flor para señalar varias partes distintas de la ciudad y explicarle a ella los distintos elementos históricos de cada

una de las vistas. No pareció molestarle que Helen apenas prestara atención, o que incluso apartara la mirada del panorama que él comentaba. Simplemente disfrutaba del hecho de explicar cosas, y, usando aquel pretexto, consiguió averiguar dónde vivía Helen e invitarse a sí mismo a acompañarla a casa a fin de poder enseñarle por el camino algunos de los tesoros escondidos de la ciudad. Cuando por fin llegaron, Sheldon Lloyd se presentó a los anfitriones de la señorita Brevoort. El señor Betterley intercambió una mirada cargada de intención con su mujer, invitó a Sheldon a cenar la noche siguiente y por fin lo acompañó a la puerta, donde los dos hombres se quedaron un rato conversando en voz baja.

Y en efecto, el señor Lloyd fue a cenar la noche siguiente, y llevó consigo a un mozo de carga de su hotel con dos cestas llenas de provisiones, y durante los cinco o seis días siguientes continuó presentándose a la hora del almuerzo, la cena o la merienda. Los Betterley se mostraron más que acogedores, y se aseguraron de proporcionarle a su invitado una hora de tiempo relajadamente supervisado con Helen después de cada comida. Lloyd dedicaba la mayoría de aquellos momentos a hablar de sus logros profesionales y del estilo de vida que le reportaban, describiendo hasta el último detalle sus astutos negocios, iniciados antes de la guerra en representación de su compañía, con el Deutsche Bank; de todas las pinturas de maestros europeos que tenía colgadas en su apartamento o prestadas al Metropolitan Museum; de hasta el último aspecto de las inversiones que le habían encargado que hiciera en la Krupp; de su casa en Rhinebeck, parcialmente construida y luego demolida y reconstruida en función de necesidades imprevistas; del hecho de que había sido más listo que su patrón, que a su vez creía haber sido más listo que el consejo de administración de Productos Farmacéuticos Haber; de la colección de caballos que tenía en sus establos y de su picadero con tejado de cristal; de los entresijos diplomáticos intrínsecos a la fundación del banco que su patrón estaba abriendo en Zürich, alentado por la floreciente industria financiera de la ciudad; y de su yate a motor, a bordo del cual navegaba por el Hudson para ir a trabajar en verano a Wall Street. Daba la impresión de que Sheldon confundía el silencio distraído de Helen con admiración muda.

Al cabo de casi dos semanas, la señora Brevoort regresó del sanatorio. La señora Betterley le concedió unos instantes para que mostrara su pesar por el estado de su marido y se lamentara de su futuro incierto antes de hablarle de la nueva amistad de Helen. La señora Brevoort se tomó un momento, como si estuviera rebuscando en su cerebro quién podía ser aquel tal Sheldon Lloyd, antes de preguntar, con un titubeo estudiado, si ese joven no sería por casualidad la mano derecha del señor Rask. La señora Betterley no se

dignó a responder a tan pobre actuación, lo que supuso una derrota poco habitual para la señora Brevoort.

Nada más conocerlo, la señora Brevoort ya pudo ver lo impresionado que estaba Sheldon con el linaje de Helen, así como su deseo de unir un apellido antiguo a su dinero nuevo. Y si Sheldon ya se había sentido halagado por el silencio de Helen, ahora le encantó encontrar en la señora Brevoort a alguien que expresaba su admiración de forma inequívoca, profería todas las exclamaciones de asombro esperadas y se sobrecogía en los momentos convenientes. Durante sus banquetes diarios, la mujer no solo se aseguraba de que el joven se sintiera todavía más importante de lo que ya se creía, sino también de que se sintiera a cargo de la situación, concediéndole, por encima de todo, la oportunidad de rescatarlas galantemente de las temibles garras de la guerra. Poco a poco, y por medio de pequeñas y triviales anécdotas, la señora Brevoort se dedicó a hablarle a Sheldon del desorden mental de su marido y de las circunstancias precarias de su hija. Sin embargo, esperó a que faltaran apenas unos días para la partida de Lloyd antes de confiarle, en toda su crudeza lacrimógena, la desesperada situación de la familia. Sheldon, incapaz de sospechar que su caballerosa espontaneidad había sido meticulosamente inducida, se ofreció para llevar a madre e hija hasta Génova y las invitó a embarcarse con él en el *Violeta*, buque de bandera portuguesa que los transportaría a Nueva York.

◆

La casa de Albany seguía alquilada, y lo cierto era que no tenía sentido someter a Helen a una atmósfera tan provinciana después del tiempo que habían pasado en Europa, ni tampoco subrayar la ausencia del señor Brevoort con la proximidad de sus parientes. Así pues, la señora Brevoort no tuvo problemas para admitir de nuevo a Sheldon en calidad de salvador y aceptar su generosa oferta de permitirles que se quedasen en el apartamento de una difunta tía suya en Park Avenue que no había encontrado el momento de vender.

Las amistades forjadas en el Continente le resultaron ahora muy útiles a la señora Brevoort. No satisfecha con tener abiertas la mayoría de las puertas de Nueva York, también quería abrir las suyas a la ciudad. Las veladas en su nuevo apartamento no tardaron en volverse habituales. Sin darle ninguna relevancia a este hecho, empezó a llevar a Helen a aquellas fiestas. Quienes desconocían sus talentos se preguntaban cómo era posible que alguien con tanto encanto y tan sociable como la señora Brevoort pudiera tener una hija tan reservada, e incluso pensativa: un rumor del que la anfitriona era muy consciente, y que manipulaba para asegurarse de que la inteligencia y complejidad de carácter de Helen causaran una impresión todavía más profunda.

Sheldon Lloyd nunca asistía a aquellos eventos. El hecho de que Catherine y Helen se alojasen en una casa de su familia, añadido a los rumores acerca de la relación estrecha que había desarrollado con madre e hija tanto en Europa como durante su posterior travesía del Atlántico, lo habían llevado a asegurarse –guiado, en parte, por los consejos de la señora Brevoort– de que la gente viera que su auxilio había sido desinteresado. Aun así, durante los paseos intensamente vigilados por chaperones que daban Sheldon y Helen por el parque, la señora Brevoort siempre se aseguraba de mencionar la virtuosa magnanimidad del señor Lloyd y de recordarle que estaban del todo en deuda con él por los actos heroicos con que les había salvado la vida, en el sentido más literal. Durante aquellos paseos, la señora Brevoort tampoco paraba de regresar una y otra vez, de una forma tan casual que su persistencia resultaba bastante imposible de detectar, al esquivo y mítico patrón del señor Lloyd. ¿Era cierto que el señor Rask era rico hasta la omnipotencia? ¿Y de verdad seguía soltero? ¿Cómo era posible? ¿Es que nunca salía? ¿Cuáles eran los gustos y placeres de un hombre tan único? Sheldon estaba encantado de contestar largo y

tendido a aquellas preguntas, entendiendo que su propia estatura crecía junto con la leyenda excéntrica y sobredimensionada del financiero. Fue, de hecho, su vanidad la que lo llevó a revelar que el señor Rask era demasiado misantrópo (o estaba demasiado inmerso en su trabajo, se corrigió a sí mismo) como para recibir a gente en su casa, de manera que recaía en él, Sheldon, la tarea de organizar suntuosas fiestas de las que el anfitrión casi siempre se ausentaba. Y fue su arrogancia la que lo llevó a invitar a madre e hija a la gala benéfica por la Cruz Roja que se iba a celebrar en casa del señor Rask. Sheldon quería que Helen viera por sí misma la magnificencia con que había organizado la fiesta.

Helen era perfectamente consciente de las maquinaciones de su madre, y se daba cuenta de que, en cuanto esta le encontrara el pretendiente ideal, a ella le iba a tocar aceptarlo. Pese a carecer de ambiciones maritales ni materiales, Helen creía que le debía a su madre un buen matrimonio: era la única oportunidad que tenían de dejar de vivir a expensas de los demás y asentarse de una vez. Sin embargo, aunque no se oponía a las maniobras casamenteras de la señora Brevoort, su aquiescencia laxa dejaba claro que se negaba a formar parte activa de ellas. Su silencio inaccesible, que algunos consideraban una exhibición de petulancia, y su perpetuo ensimismamiento, que se podía confundir con tristeza, no eran formas pasivas de desobediencia, sino manifestaciones de tedio. Era simplemente incapaz de manejar las cortesías y clichés que impulsaban la campaña matrimonial de su madre. Y aquella misma incapacidad la llevaba a darse cuenta de que los fanfarrones como Sheldon Lloyd, que se consumían contemplándose a sí mismos, podían otorgarle de forma paradójica cierto grado de autonomía. Sin embargo, en lugar de darle al obviamente deseoso señor Lloyd el empujón final para que se declarara, la señora Brevoort se dedicaba a mantenerlo a una distancia prudencial, sin dejar de alentarlo de muchas formas sutiles. Helen confiaba en que las argucias de su madre se prolongaran el tiempo suficiente como para acabar produciendo el efecto opuesto al deseado cuando a ella se le pasara la edad de casarse.

Los templos dedicados a la riqueza –con sus liturgias, fetiches y vestiduras– nunca habían conseguido transportar a Helen a un reino más elevado. No la extasiaban. Cuando entró por primera vez en la fastuosa morada del señor Rask, nada le infundió el cosquilleo del deseo, ni tampoco le hizo sentir aquella excitación indirecta y momentánea que producía imaginar una vida desprovista de restricciones materiales. Sheldon las estaba esperando a su madre y a ella junto al sirviente apostado al final de la alfombra roja que bajaba en cascada por las escaleras y discurría de lado a lado de la acera. Envalentonado por su rol de anfitrión por poderes de una de las

veladas más espléndidas de la temporada, tomó a Helen del brazo y entró con ella, seguidos por una señora Brevoort molesta por haber sido dejada atrás, y sin acompañante, cuya irritación, sin embargo, no tardó en diluirse en el resplandor de su entorno. Después de que le entregaran sus abrigos a un criado que estaba en la puerta, un mayordomo anunció su llegada, empleando una voz suave pero proyectándola hacia un hombre delgado que permanecía de pie en la orilla de la invisibilidad. La señora Brevoort se las arregló para transmitir una genuflexión por medio de un asentimiento casi imperceptible con la cabeza. Benjamin Rask le devolvió el saludo con la cabeza, o simplemente bajó la vista. Mientras le arreglaba el cabello a su hija en el recibidor de las mujeres, la señora Brevoort le comentó que al señor Rask se lo veía mucho más joven de lo que ella había esperado. ¿Y no era extraño lo incómodo que parecía estar en su propia casa? Supuso que era natural, a fin de cuentas: para llenar un espacio tan enorme hacía falta una personalidad igual de enorme. La llegada de otras invitadas interrumpió su monólogo. Madre e hija pasaron a la sala de estar, donde la señora Brevoort podría haber pasado perfectamente por la anfitriona. Sheldon les estaba contando una historia en voz baja a un grupo de hombres y haciéndolos reír a carcajadas. Helen se retiró a los márgenes en sombras de la sala y allí se quedó hasta que el mayordomo comunicó a Sheldon que la cena estaba servida.

A Helen y a Catherine las colocaron en extremos opuestos de la mesa, al lado del señor Lloyd y del señor Rask respectivamente. Mientras se sentaban, Sheldon le dijo a Helen que, a sabiendas de las ganas que tenía la señora Brevoort de conocer a su anfitrión, estaba seguro de que agradecería aquella oportunidad única de hablar con él (y disfrutaría de ser envidiada por su codiciado lugar a la derecha del señor Rask). Hasta que llegó el pescado, Sheldon se aseguró atentamente de que la conversación girara en torno a Helen y habló a todos sus vecinos de mesa de sus viajes, su talento para los idiomas y su valentía frente a los peligros de la guerra, que debía de haber heredado de sus ilustres ancestros revolucionarios. Para cuando llegó el asado, sin embargo, ya había vuelto su atención hacia sus amigos y colegas, deseoso de hacerlos reír otra vez, y había liberado a Helen para que se quitara de encima con respuestas breves las preguntas que le hacían las bienintencionadas mujeres que la rodeaban. En la otra punta de la larga mesa, su madre monopolizaba la atención del señor Rask. Helen reconoció perfectamente los ausentes asentimientos con la cabeza de su anfitrión, y por tanto le sorprendió, durante los postres, poder captar indicios de interés genuino en su cara, mientras su madre, que ahora parecía haber bajado la voz, seguía hablando. Por fin llegó el momento de que los caballeros se fumaran sus puros

mientras las señoras se reunían en la sala de estar. Helen aprovechó la oportunidad para escabullirse y deambular sola por la casa.

Cuanto más se alejaba del bullicio de la fiesta y de las estridentes disposiciones de Sheldon, más cambiaba la casa. Se estaba adentrando en un mundo ordenado y discreto. El silencio poseía una confianza serena, como si supiera que siempre iba a imponerse sin apenas esfuerzo. La ligera frialdad del aire también era un aroma. No eran las muestras visibles de opulencia lo que la impresionaba: los predecibles óleos holandeses, las constelaciones de lámparas de cristal francesas y los jarrones chinos que brotaban en cada rincón. Le llamaban la atención las cosas pequeñas. El pomo de una puerta. Una humilde silla en un recodo en penumbra. Un sofá y el vacío que lo rodeaba. Todas aquellas cosas la impresionaban con su intensa presencia. Se trataba en todos los casos de objetos comunes y corrientes, pero eran genuinos, los originales a partir de los que se habían fabricado todas las copias defectuosas desparramadas por el mundo.

Una sombra vaciló junto a la de ella en el umbral que daba a una sala de estar. Helen se dio cuenta de que su propia silueta proyectada en el suelo expresaba las mismas vacilaciones: el pesar por haber sido vista, la falta de coraje para marcharse, la poca voluntad de dar un paso adelante. Pareció que las siluetas sin rostro se miraban, como deseosas de resolver aquella situación entre ambas, sin tener que importunar a sus dueños. A Helen no le sorprendió ver emerger a Benjamin Rask de la sala de estar.

Incómodos, cruzaron algunas trivialidades. En el silencio que siguió, cambiaron de postura al mismo tiempo. Benjamin se disculpó y señaló un sofá orientado a una ventana. Se sentaron y parecieron más tensos todavía que cuando estaban de pie. Sus reflejos, hundidos a medias en el estanque oscuro que era la ventana del otro lado de la sala, les devolvieron la mirada. Benjamin le dijo a Helen que la señora Brevoort le había hablado de sus viajes. Lentamente, Helen arrastró la punta de su zapato por el grano de la alfombra de seda, dejando una pequeña estela. Benjamin pareció entender que ella no iba a responderle a menos que fuera necesario. Después de una pausa, empezó a contarle que él nunca había viajado ni había salido de la Costa Este; sin embargo, como sentía que no se expresaba con claridad, empezó a interrumpirse a sí mismo incesantemente y por fin dejó de hablar, como si se diera cuenta de que Helen, cuya mirada se dedicaba a examinar la sala por segmentos, no estaba escuchando su embrollada explicación.

Helen borró la estela que había dejado en la alfombra arrastrando el zapato en la dirección contraria. Benjamin la miró y luego desvió la mirada hacia la ventana.

–Yo.

Cuando la pausa fue lo bastante larga como para ser definitiva, Helen se volvió hacia él, sintiendo curiosidad por el resto de la frase. Su incapacidad para terminarla le había endurecido los rasgos.

Sentada en el crepúsculo de aquella sala en silencio, Helen entendió al instante que su madre había triunfado. Supo con total certidumbre que Benjamin Rask la tomaría como esposa, si ella lo aceptaba. Y decidió en aquel mismo momento que lo iba a aceptar. Porque vio que se encontraba, en esencia, solo. En su inmensa soledad, Helen encontraría la suya propia, y con ella la libertad que sus controladores padres siempre le habían negado. Dependiendo de si la soledad de Benjamin era voluntaria o no, su futuro marido le daría la espalda o se mostraría agradecido por la buena compañía que ella intentaría proporcionarle. De una forma u otra, no le cabía duda de que conseguiría influir sobre él y obtener aquella independencia que tanto anhelaba.

TRES

La intimidad puede ser una carga insoportable para quienes, al experimentarla por primera vez después de una vida entera de autosuficiencia orgullosa, de pronto descubren que era lo que le faltaba a su mundo. Encontrar la dicha se vuelve indistinguible del miedo a perderla. Cuestionan su derecho a responsabilizar a otro de su felicidad; se preocupan por que su ser amado pueda considerar tediosa su reverencia; temen que su anhelo les pueda haber distorsionado los rasgos de formas que ellos mismos no alcanzan a ver. Y así, vencidos por el peso de todas estas preguntas y preocupaciones, terminan por doblarse sobre sí mismos, y la felicidad que acaban de encontrar en la compañía se convierte en una expresión más profunda de la soledad que creían haber dejado atrás.

Era ese miedo el que Helen notaba en su marido poco después de su boda. Consciente de que la impotencia suele convertirse en rencor –igual que alguien que se infravalora siempre termina culpando a los demás de su depreciación–, hacía lo que podía para disipar las ansiedades de Benjamin. Por mucho que garantizar la paz de su marido significara en última instancia salvaguardar la suya propia, las motivaciones de Helen no eran del todo egoístas. No había tardado en desarrollar un apego genuino por Benjamin y por sus hábitos callados. Pero como ella también era callada, le costaba encontrar el vocabulario correcto, los gestos apropiados, o incluso los escenarios adecuados para expresar su cariño, que no era rival (y ella sabía que ese era el principal obstáculo) para la timidez de su ardor.

Después de un breve compromiso había venido una boda nada convencional en invierno. La señora Brevoort había intentado sin éxito retrasarla por lo menos hasta principios de primavera. Y sus exclamaciones indignadas también habían sido desestimadas en lo tocante a la ceremonia en sí y a la celebración. Benjamin y Helen se casaron en la misma sala de estar donde habían hablado por primera vez, con la única compañía de Catherine Brevoort y Sheldon Lloyd, que parecía ansioso por disipar cualquier rumor sobre su informal cortejo previo de la novia. Los pocos invitados al almuerzo que siguió a la ceremonia eran amigos o bien de Catherine, o bien de Sheldon. Desde el anuncio de su compromiso, Helen había percibido un cambio general de actitud en todos ellos. Quienes en el pasado se habían molestado en intentar salvar la distancia que Helen siempre había interpuesto entre sí misma y el mundo lo habían hecho sin ninguna ceremonia. Ahora, en cambio, aquella misma distancia se había

convertido en símbolo literal de su nuevo estatus. La gente cruzaba de puntillas aquella brecha, intentando confirmar con cada paso vacilante que ciertamente tenían permiso para acercarse a ella. Si antes su silencio se había confundido a menudo con timidez o arrogancia, ahora –ella misma se daba cuenta– se interpretaba como la actitud apropiada en alguien de su posición, y su mal disimulado tedio era repentinamente bienvenido como desapego sofisticado: habría resultado vulgar que mostrara interés por nada. Todo el mundo esperaba que resultara intimidadora, y hasta lo deseaba. Pero Helen no había experimentado plenamente la deferencia remilgada que la rodearía durante el resto de su vida hasta el almuerzo de la boda, donde hizo su primera aparición en calidad de señora Rask.

A la mañana siguiente, los recién casados se reunieron para desayunar casi en silencio. Helen echó un vistazo a su marido desde su lado de la mesa, aliviada tras cerciorarse de que podría soportar noches como la anterior sin dolor físico ni moral. Benjamin, sintiéndose observado, fue especialmente cuidadoso al cascar su huevo, intentando disimular el hecho de que estaba igual de desorientado y avergonzado que al salir del dormitorio de su esposa.

No tenían deseo alguno de viajar; aun así, Benjamin se había tomado dos semanas libres para pasar una breve luna de miel en casa, una circunstancia que les resultaba lo bastante ajena a ambos como para convertirla en unas pequeñas vacaciones. Había periodistas merodeando fuera a todas horas, y algunos habían montado sus cámaras en trípodes al otro lado de la calle, por si acaso la pareja se asomaba a alguna ventana. Helen y Benjamin se paseaban por las habitaciones, haciendo planes vagos y desganados para darles uso. Eso los llevó a la tercera planta. Después de examinar un salón, un estudio y unos cuantos dormitorios, se detuvieron en mitad de un pasillo: un túnel de madera y damasco que amplificaba hasta el más pequeño sonido y en cambio amortiguaba sus voces. Intentando alejar a Helen de la puerta del final del pasillo, Benjamin le dijo que era la única habitación en la que no debían entrar. Helen le preguntó por qué entrecerrando los ojos y ladeando la cabeza. Era una puerta lateral de su despacho, explicó él, e hizo una pausa. Helen no reprimió un ligero suspiro de impaciencia. Apartándose de la puerta, Benjamin le contó que, una vez entraba allí, siempre le costaba salir. Helen, sin embargo, lo rodeó y abrió la puerta para revelar uno de los espacios más grandes de la casa, diseñado para impresionar y abrumar, aunque no era ese el efecto que provocaba porque todo en él se veía inerte y en desuso. Era una sala grande, sí, pero no contenía papeles, archivos, máquinas de escribir ni ningún otro indicio de trabajo real. Y no era solo que el lugar se viera limpio, ya que cuando uno lo miraba de cerca le quedaba claro que no había nada que limpiar. Helen no alcanzaba a

entender cómo podía aquella ser la oficina de la que Benjamin afirmaba que no era capaz de salir, hasta que, en un discreto recodo del tamaño de un cuartito, divisó una mesa, y sobre ella, junto a un teléfono, una campana de cristal con un artefacto que al principio confundió con un reloj o un barómetro, pero que enseguida se dio cuenta de que era un ticker de cotizaciones bursátiles. El trozo de alfombra de delante estaba desgastado.

Una vez más, Benjamin intentó alejarse de la oficina, alegando que allí no había nada que ver; una vez más, Helen no se movió. Benjamin, sin mirar para nada a su mujer, se permitió preguntarle si no le resultaban opresivos su nuevo hogar y sus circunstancias. Quizás si hacía unos cuantos cambios en la casa para sentirla más suya, le costaría menos adaptarse a su nueva vida. Sí, seguramente tendrían que hacer algunas reformas, confirmó cuando ella no dijo nada. Helen le tocó el hombro, sonrió y le dijo con calidez serena que a ninguno de los dos les interesaban realmente aquellas cosas. Benjamin no supo cómo recibir el regalo inesperado de su afecto. Helen señaló con la cabeza el ticker y, antes de abandonar la sala, dijo que lo vería para la cena.

◆

Durante la guerra, Helen había sido incapaz de ponerse en contacto con su padre en la clínica del doctor Bally en Suiza. En cuanto se restablecieron las comunicaciones, poco después de su boda, se quedó petrificada al enterarse, gracias a una breve carta en alemán recibida en respuesta a su última petición de información, de que el señor Brevoort había abandonado el sanatorio poco después de que lo internaran. No había dejado ningún aviso, simplemente se había esfumado en pleno día, durante las actividades en el jardín. El personal había emprendido una búsqueda exhaustiva por las inmediaciones, pero no lo habían encontrado. El médico que firmaba la carta lamentaba comunicar con tanto retraso aquella triste noticia, y explicaba que, aun en el caso de que la guerra no hubiera interrumpido el servicio de correos, hasta el momento de recibir la carta de la señora Rask no habían tenido la dirección de ningún pariente.

Helen no se acordaba de la última vez que había llorado, y en ese momento lloró por razones que al principio no pudo entender. La parte de ella ajena al dolor comprendía que era natural llorar la pérdida de un padre, y casi pensaba que sus lágrimas eran resultado de un reflejo innato que en realidad no tenía nada que ver con sus emociones. Y a aquella misma parte de ella también le producía una clara sensación de alivio saber que su padre había desaparecido, junto con sus dogmas inflexibles y su molesta locura. Pero ¿adónde había ido? Y cuando se hizo esa pregunta, el dolor la envolvió por completo. Lo podía haber matado el fuego de obuses o una bala perdida; podía haber muerto de frío; podía haber sucumbido al hambre. Pero también podía estar vivo, deambulando como un loco babeante por la campiña o mendigando por ciudades cuyos idiomas no hablaba. O podía haberse recuperado de alguna manera y haber empezado una familia nueva, tomando el recuerdo confuso de su hija por una de las alucinaciones que lo habían atormentado durante su enfermedad. En el sentido más absoluto de la palabra, Helen había perdido a su padre.

En cuanto Benjamin se enteró de que el señor Brevoort había desaparecido, se puso en contacto con sus socios en Europa y les dio instrucciones para que contrataran a investigadores y peinaran el continente entero. Helen sabía que no serviría de nada, pero le dejó proceder como si la estuviera ayudando. Al mismo tiempo que le daba las gracias, también le pidió que no le contara la noticia de la

desaparición a su madre, que por fin estaba feliz y a salvo después de tantos años de incertidumbre. La intención oculta de Helen, sin embargo, era ver si la señora Brevoort volvía a sacar a colación a su marido alguna vez. No fue el caso.

Catherine Brevoort se había instalado de forma permanente en el apartamento de Park Avenue, que Benjamin le había comprado a Sheldon Lloyd para ella. Después de la boda de Helen, sus horizontes sociales se habían expandido de forma considerable, y sus fiestas se habían vuelto más exitosas. Estaba claro que la mayoría de los recién llegados a sus veladas asistían a ellas con la esperanza de conocer al esquivo yerno de la señora Brevoort. Y había que reconocerle a Catherine que aquellos invitados seguían frecuentando su salón aun después de que quedara claro que allí nunca iban a ver al señor y la señora Rask. Helen había dejado de ir a las reuniones de su madre tan pronto como se mudó con Benjamin, no solo porque nunca le habían gustado los eventos sociales, sino también porque desde el compromiso el trato con su madre le había resultado cada vez más difícil. Sabía que las excentricidades en las que estaba incurriendo en los últimos tiempos la señora Brevoort, su espléndida frivolidad, su calculada impertinencia y su conducta gratuitamente ostentosa no eran simples manifestaciones de felicidad desatada, sino actos de una especie de agresividad festiva dirigidos de forma directa contra Helen, tanto a modo de desafío como de lección: *«Esta* es la vida que deberías estar llevando». Las declaraciones más elocuentes de aquel monólogo implícito de su madre llegaban en forma de facturas y recibos. Las fiestas de la señora Brevoort (y su guardarropa, y su mobiliario, y sus arreglos florales, y sus coches de alquiler) se habían vuelto considerablemente extravagantes, y todas las facturas se mandaban a la oficina de Benjamin. Nunca se rechazaban, y ni siquiera se cuestionaban, pero Helen siempre se las reenviaba después de pagarlas, y las guardaba como si fueran una colección de cartas unilaterales de su madre.

En sus primeros años de casado, la fortuna de Rask experimentó un crecimiento inhabitual. Al frente de su compañía emprendió un volumen asombroso de operaciones en una gama amplísima de instrumentos, y haciendo gala de una precisión que a muchos de sus colegas les resultaba inaudita. No es que aquellas transacciones fueran necesariamente unos golpes maestros espectaculares, pero puestas todas juntas, sus márgenes a menudo estrechos de beneficios sumaban unas cifras formidables. Wall Street estaba perpleja ante el ojo clínico de Rask y ante lo sistemático de sus estrategias, que no solo conducían a ganancias continuas, sino que también eran un ejemplo de la elegancia matemática más rigurosa, de una forma impersonal de belleza. Sus colegas lo consideraban clarividente, un sabio provisto de

talentos sobrenaturales que simplemente nunca perdía.

Fue en aquella época cuando Helen empezó a entender algo en lo que Benjamin ya había reparado hacía mucho tiempo: que toda privacidad requiere una fachada pública. Como parecía inevitable mantener alguna apariencia de vida social, decidió hacer buen uso de la suya. En vez de seguir los pasos de su madre, muy acordes con el espíritu risueño de aquellos tiempos, se involucró en numerosas iniciativas filantrópicas. Durante los años siguientes, aparecieron por todo el país hospitales, salas de conciertos, bibliotecas, museos, refugios y departamentos universitarios que llevaban el apellido Rask.

Al principio la filantropía solo había formado parte de la fachada social de Helen. Con el tiempo, sin embargo, desarrolló un interés genuino por el mecenazgo cultural. Desde su boda, había gozado de libertad para dedicarse a su amor por la literatura, heredado de su padre y cultivado posteriormente durante sus viajes por Europa. Le interesaban en particular los autores vivos, aunque de entrada se negaba a conocerlos, consciente de que la distancia entre la obra y la persona solo la podía ocupar la decepción. Pero a cambio de su apoyo, muchos de aquellos escritores empezaron a ofrecerle sus consejos y a sugerirle causas dignas de su generosidad. No parecía razonable desoír aquellas recomendaciones. Con su ayuda, sacó el máximo partido de sus iniciativas filantrópicas, y de paso expandió su radio de acción. Le presentaron a los artistas, músicos, novelistas y poetas más destacados de su tiempo. Y para su gran sorpresa, empezó a esperar con ganas sus encuentros con aquellos recién conocidos. La conversación nunca había sido uno de los placeres de Helen. Ahora, en cambio, en presencia de los interlocutores adecuados, disfrutaba del ingenio verbal, de la erudición sagaz y del talento para la improvisación que se desplegaba en sus diálogos, pese a que prefería escuchar a unirse a los debates (para registrar más tarde los momentos más animados e inspiradores en su diario, que para entonces ya abarcaba varios gruesos volúmenes). No le pasaba por alto que, uniendo su pasión por las artes con sus iniciativas benéficas, estaba reconciliando el fervor intelectual de su padre con las habilidades sociales de su madre.

Por mucho que disfrutara trabajando con artistas, la causa que le resultaba más grata era la investigación y el tratamiento de las enfermedades psiquiátricas. Encontraba desconcertante e inexcusable que las ciencias médicas, que tanto habían progresado en todos los terrenos, se hubieran quedado tan negligentemente rezagadas en lo tocante a los desórdenes mentales. A este fin, trabajaba de forma estrecha con su marido, que siempre había manifestado un enorme interés por los sectores químicos y farmacéuticos y había hecho grandes inversiones en ellos durante la guerra. Era el accionista mayoritario de dos compañías farmacéuticas americanas y también

poseía una participación importante en la alemana Productos Farmacéuticos Haber, que Sheldon Lloyd le había ayudado a obtener poco antes de conocer a Helen en Zürich. El desarrollo de medicaciones eficaces para el amplio espectro de afecciones psiquiátricas, que hasta entonces se habían tratado con poco más que morfina, hidrato de cloral, bromuro de potasio y barbital, se volvió prioritario para aquellas compañías. La multitud de soldados que regresaban del frente con profundas cicatrices psicológicas y señales claras de trauma mental –y sin terapias adecuadas para tratar sus síntomas– le confería una urgencia especial a esa investigación.

Helen y Benjamin dedicaban un tiempo considerable a leer los informes de sus empresas y a reunirse con científicos. Como ambos poseían mentes depredadoras (ágiles, rápidas, voraces), aprendieron deprisa. Pronto fueron capaces de leer abstrusos trabajos de investigación y tratados académicos y de hablar de ellos con conocimiento de causa. Su deseo de aprender sobre las innovaciones más recientes en el campo de la química era sincero, pero también es cierto que ambos persistían en aquella dirección porque en la farmacología habían encontrado por fin un interés compartido, un tema del que podían conversar apasionadamente, maravillándose al mismo tiempo de la pericia intelectual del otro.

Ya desde los primeros días de su noviazgo, los dos habían admirado recíprocamente su inteligencia y, más todavía, aquel talento que compartían para entender los silencios y espacios vacíos que constituían el elemento natural de ambos. Mientras Benjamin se abstraía con su trabajo, Helen quedaba libre para ensanchar el horizonte de su mundo literario. Todas las semanas recibía cajas y arcas llenas de libros, para los que tuvo que hacer espacio. En una de las dos únicas reformas que hizo en su casa empezó por deshacerse de los libros con encuadernaciones decorativas de cuero marroquí de la biblioteca, cuyos lomos con baño de oro nunca se habían abierto. Helen llenó los estantes de sus volúmenes personales y creó una sala de lectura real. Cuando se le terminó el espacio, derribó dos paredes; cuando su colección se volvió imposible de gestionar, contrató a un bibliotecario. En aquella biblioteca ampliada, empezó a organizar lecturas, conferencias y reuniones informales.

El otro cambio que introdujo en la casa consistió en convertir una de sus salas de estar en un pequeño auditorio. Casi por azar, Helen y Benjamin habían descubierto que a los dos les gustaban los conciertos. Lo que había empezado como solución de compromiso –se habían dado cuenta de que la música en vivo era la estrategia perfecta para que se los viera «en público» sin tener que entablar conversaciones inanes para llenar vacíos incómodos– se transformó en pasión. Mientras ambos empezaban a desarrollar cierto gusto por la música de

cámara, tradujeron aquel principio a su propia relación. Organizaban recitales privados en su casa, y en aquellas ocasiones podían estar juntos, en silencio, compartiendo emociones de las que no eran responsables y que no aludían directamente a ellos dos. Y por el hecho mismo de estar tan controlados y mediados, aquellos se convirtieron en los momentos más íntimos de Benjamin y Helen.

Sus conciertos vespertinos se volvieron una especie de leyenda en la comunidad musical y fuera de ella, tanto por el calibre de los intérpretes a los que atraían como por lo limitado y selecto que era el público. A los recitales mensuales nunca se invitaba a más de dos docenas de personas, y sin embargo una gran parte de la sociedad neoyorquina afirmaba asistir a ellos con regularidad. Algunos de los invitados eran hombres de negocios que tenían que soportar a Brahms para que su anfitrión no tuviera que soportar las charlas informales. La mayor parte del público, sin embargo, se componía de las nuevas amistades de Helen: otros músicos y escritores. Durante las primeras temporadas, se desincentivaba claramente la socialización tras las actuaciones. Al apagarse los aplausos, Helen daba gracias a los intérpretes y al público, después de lo cual su marido y ella eran los primeros en marcharse. Sin embargo, a medida que se ampliaba la obra filantrópica de Helen, era inevitable que se solapara con sus series de conciertos. Al terminarse un recital de *lieder*, algún escritor del público buscaba a Helen para terminar una conversación sobre el programa de una biblioteca; después de un ciclo de sonatas, alguno de los intérpretes la abordaba para hacerle saber que había una orquesta necesitada de mecenazgo; tras un quinteto de clarinete, algún joven compositor, consciente de que era poco probable que fuera a poner un pie en aquella casa nunca más, hacía acopio de valor para pedirle su patrocinio. Con el tiempo, aquellas conversaciones se alargaron hasta integrarse en el programa. Helen empezó a servir jugos de frutas después de las actuaciones –la Prohibición no influía para nada en los hábitos inherentemente sobrios de la casa–, y la gente permanecía allí hasta la medianoche. Benjamin nunca se quedaba a aquellos cócteles abstemios, que llegaron a ser casi igual de míticos que los conciertos en sí, y era siempre el primero en dar las buenas noches a todos.

◆

La disciplina, la creatividad y una regularidad digna de una máquina eran factores esenciales en el nuevo nivel de éxito de Rask, aunque no los únicos. Su prosperidad iba a la par del bullicioso optimismo del momento. El mundo nunca había experimentado nada parecido al crecimiento de la economía americana en la década de 1920. La manufactura había alcanzado su punto culminante en la historia, y también los beneficios. Las cifras de empleo, ya pujantes, iban al alza. La industria automovilística a duras penas podía satisfacer la demanda insaciable de velocidad que se había adueñado de la nación entera. Los prodigios industriales de la época se publicitaban de costa a costa por esas radios que todo el mundo quería tener. A partir de 1922, la tasación de los valores financieros pareció ascender en sentido vertical. Si antes de 1928 poca gente creía posible que cinco millones de acciones cambiaran de manos en un solo día en la Bolsa de Nueva York, al acabar el segundo semestre de aquel año, aquel techo ya casi era el suelo. En septiembre de 1929, el índice Dow cerró con su máximo histórico. Más o menos por entonces, el profesor de Yale Irving Fisher, la mayor autoridad del país en economía, declaró que los precios de las acciones habían «alcanzado [...] una estabilidad permanente».

Gracias a la supervisión indulgente del gobierno, y a su reticencia a interrumpir aquel maravilloso sueño colectivo, había oportunidades para todo el que las viera y las deseara. A través de sus bancos, por ejemplo, Rask pedía dinero a la Reserva Federal de Nueva York a un cinco por ciento de interés, solo para prestarlo en los mercados concertados al menos a un diez e incluso a un veinte por ciento. Se daba el caso de que, por entonces, el comercio con márgenes de depósito –comprar acciones con dinero prestado de agencias de corretaje usando aquellos mismos valores como aval– pasó de mil a siete mil millones de dólares, señal obvia de que el público se había puesto a invertir en masa y de que la gente, que en su mayoría no conocía el mercado, estaba especulando con un dinero que no tenía. Pese a todo, de alguna forma Rask parecía ir siempre un paso por delante. Su primer fondo de inversión se constituyó por lo menos media década antes de que proliferara aquella clase de instituciones a finales de los años veinte. Como recompensa a su fama de genio financiero, Rask tenía una cartera valorada muy por encima del precio de mercado de las acciones que contenía. Y no solo eso, sino que,

gracias a su doble condición de banquero de inversiones y patrocinador de diversos fondos de inversión, tenía la capacidad de producir una parte de las mismas acciones que vendía, y emitía acciones ordinarias que compraba en su totalidad (o bien distribuía entre sus inversores de confianza) y después vendía al público por precios hasta un ochenta por ciento superiores al original de adquisición. Siempre que quería evitar el escrutinio de la Bolsa de Nueva York, negociaba en San Francisco, Buffalo o Boston.

Todo hombre y mujer se sintió con derecho a ser partícipe de la prosperidad que reinó durante los diez años posteriores a la guerra y a disfrutar de los prodigios tecnológicos que esta trajo. Y Rask contribuyó a fomentar aquella sensación de posibilidades ilimitadas creando nuevas instituciones de crédito y bancos que ofrecían dinero en condiciones tentadoras. Aquellos bancos (entre los cuales a veces se promovía una rivalidad ficticia para atraer clientes) no se parecían en nada a los augustos organismos marmóreos con sus empleados almidonados que llevaban generaciones intimidando a sus clientes. Al contrario, eran espacios acogedores con cajeros amables, y siempre existía una manera de conseguir un préstamo para comprar un automóvil, una nevera o una radio. Rask también experimentaba financiando líneas de crédito y planes de pago a plazos para tiendas, a fin de que estas pudieran ofrecer aquellas opciones de pago directamente a sus clientes. Con todas aquellas deudas incontables y a veces nimias (las de sus servicios de préstamo, pequeños bancos y distintas empresas de crédito) se hacían paquetes que se vendían al por mayor como valores. En suma, Rask vio que la relación con el cliente no se terminaba con la compra del producto: de aquella transacción se podía extraer más beneficio.

También creó un fondo de inversión diseñado exclusivamente para el trabajador. Para empezar bastaba una pequeña cantidad, los pocos cientos de dólares de una humilde cuenta de ahorro. El fondo cubría aquella suma (y a veces la doblaba o la triplicaba) para después invertirla en su cartera y usar aquellas acciones como aval. De aquella manera, cualquier maestro o granjero podía liquidar su deuda en cómodos pagos mensuales. Si todo el mundo tenía el derecho a hacerse rico, sería Rask quien se lo otorgaría.

En lo más alto y lo más bajo de aquel periodo de bonanza, es decir, durante las rachas de negocios frenéticos promovidas o bien por el optimismo, o bien por el pánico, no era infrecuente que los tickers no pudieran seguir el ritmo de los mercados. Si el volumen de compraventa era lo bastante grande, el retraso podía ser de más de dos horas, lo cual provocaba que la cinta de cotizaciones ya estuviera obsoleta cuando salía de la máquina. Pero era en aquellos momentos de oscuridad máxima cuando realmente prosperaba Rask, como si solo

pudiera alcanzar las mayores alturas volando a ciegas. Eso contribuyó en buena medida a su condición de leyenda.

La velocidad a la que Benjamin aumentaba su fortuna, y la sabiduría con que Helen la distribuía, se percibían como las manifestaciones públicas del estrecho vínculo que los unía. Esto, junto con su talante esquivo, los convertía en criaturas míticas en la misma sociedad de Nueva York que ellos tanto desdeñaban, y su indiferencia incrementaba todavía más su fantástica estatura. Su vida familiar, sin embargo, no se correspondía con la fábula de una pareja armoniosa. La admiración que sentía Benjamin por Helen bordeaba el temor. La veía tan insondable e intimidatoria que la deseaba con una modalidad mística y en gran medida casta de lujuria. La inseguridad, un sentimiento que antes de su boda jamás lo había visitado, ahora se incrementaba año tras año. Si en el trabajo siempre se mostraba resuelto y lleno de confianza, en casa se volvía indeciso y tímido. Urdía intricadas conjeturas en torno a ella, entretejidas con forzados vínculos causales que enseguida se expandían en forma de enormes redes de suposiciones, que luego deshilaba y volvía a tejer siguiendo patrones distintos. Helen notaba aquella inseguridad y trataba de tranquilizarlo. Pero por mucho que lo intentaba (que no era poco), era incapaz de corresponder plenamente a los sentimientos de Benjamin. Aunque la impresionaban sus logros profesionales y la conmovía su devoción, y aunque siempre se mostraba amable, atenta y hasta cariñosa con él, había una fuerza pequeña pero inevitable, muy parecida a la repulsión entre dos imanes, que la llevaba a apartarse de forma proporcional a los acercamientos de su marido. Jamás se mostraba cruel o despectiva con él; al contrario, era una compañera considerada y afectuosa. Aun así, desde el mismo principio, Benjamin se dio cuenta de que faltaba algo. Y, consciente de que él lo sabía, Helen intentaba compensarlo de muchas formas atentas pero insuficientes. En aquellas ocasiones, Benjamin siempre experimentaba una emoción incompleta.

Alrededor de aquel núcleo de incomodidad silenciosa, lograron construir un matrimonio fuerte. Quizás una parte de aquella fuerza venía precisamente de ese vacío disonante y de la voluntad que mostraban ambos de compensarlo. Los dos sabían que, a pesar de sus diferencias, estaban en gran medida hechos el uno para el otro. Hasta que se encontraron, ninguno de ellos había conocido a nadie dispuesto a aceptar sus idiosincrasias sin cuestionarlas. Todas las interacciones en el mundo exterior habían implicado siempre alguna solución de compromiso. Ahora, por primera vez, experimentaban el alivio de no tener que adaptarse a las exigencias y protocolos inherentes a la mayoría de esos intercambios, ni tampoco dedicar una parte de su atención a la incomodidad que prevalecía siempre que se negaban a

seguir aquellas convenciones. Y lo que era más importante, habían descubierto en su relación el placer del aprecio mutuo.

Aunque los Rask nunca dejaron de ser un enigma que cautivaba al círculo inmediato de personas que los rodeaban, la atención pública disminuía a un ritmo proporcional a la distancia a su centro. Las crónicas puramente ficticias de la vida de la pareja que se publicaban en las páginas de sociedad y en la prensa sensacionalista fueron menguando y volviéndose esporádicas y por fin se extinguieron; el enjambre de fotógrafos que merodeaba en torno a la casa familiar se dispersó; las escasas filmaciones llenas de grano de los recién casados, usadas una y otra vez en fantasiosos reportajes, desaparecieron de los noticiarios. Debido a sus intereses mercantiles en perpetua expansión, Benjamin aparecía de forma habitual en la prensa, pero al cabo de un año las menciones a la señora Rask habían desaparecido, excepto por alguna referencia a su obra benéfica. Sola en la casa (las horas que pasaba Benjamin en la oficina se alargaron todavía más), generalmente desapercibida en las calles, y tras encontrar por primera vez a un grupo de gente afín con quien parecía posible la amistad, Helen estaba viviendo por fin la clase de vida que siempre le había parecido inalcanzable.

A pesar de que inicialmente Benjamin había deseado un sucesor, no veían necesidad de cuestionar ni de discutir las razones por las que no tenían hijos.

◆

En general preferimos creer que somos los sujetos activos de nuestras victorias pero solo los objetos pasivos de nuestras derrotas. Triunfamos, pero no somos realmente nosotros quienes fracasamos: nos arruinan unas fuerzas que están fuera de nuestro control.

Durante la última semana de octubre de 1929, la mayoría de los especuladores –desde los poderosos financieros del downtown de Manhattan hasta el ama de casa aficionada que comerciaba con acciones en la Bolsa de San Francisco– tardaron apenas unos días en pasar de ser los agentes de su propio éxito, sin nada a lo que dar gracias más que su propia perspicacia y su voluntad infatigable, a ser víctimas de un sistema profundamente defectuoso y quizás incluso corrupto, el único responsable de su defenestración. Una caída en los índices, una epidemia de miedo, un frenesí de ventas impulsado por el pesimismo, una incapacidad generalizada para responder a las llamadas a reponer la garantía... Sea lo que sea lo que causó el desplome que a su vez se convirtió en pánico, una cosa estaba clara: ninguno de los que habían contribuido a inflar la burbuja se sentía responsable de su estallido. Eran las víctimas inocentes de un desastre que casi parecía natural.

Igual que había pasado en el Pánico de 1907, durante toda la semana del crac de 1929 los directores de los mayores bancos del país, junto con el director de la Reserva Federal de Nueva York y los presidentes y accionistas mayoritarios de los principales fondos de inversión y agencias de corretaje, celebraron reuniones secretas en busca de la mejor estrategia para apuntalar el mercado. Una vez más, como en 1907, la biblioteca de Morgan fue el escenario de noches enteras de conversaciones, esta vez presididas por el hijo de Pierpont, Jack. Una vez más, se convocó a Rask para que prestara su consejo y su ayuda material. Y una vez más, Rask rechazó la invitación.

Pese al apoyo organizado de los banqueros, la intervención de los industriales y las declaraciones de los políticos y académicos que aseguraban una y otra vez que las condiciones del mercado eran «fundamentalmente sólidas», las acciones se siguieron desplomando. El lunes 21 de octubre se vendieron más de seis millones de acciones, un récord absoluto que dejó los tickers del país dos horas desfasados. Aquel volumen histórico se quedaría en nada en comparación con la histeria de los días siguientes El jueves 24 se vendieron trece millones; el martes 29, más de dieciséis. Los tickers funcionaban con casi tres

horas de retraso. Las multitudes abarrotaron Wall Street y se congregaron en las puertas de bancos y corredurías de todo el país. A medida que los fondos de inversión naufragaban y se devoraban a sí mismos, se produjo un maremoto de órdenes de venta sin compradores. Aquella ola rompió de forma inevitable, dejando tras de sí un océano estancado de acciones invendibles y un mercado en ruinas.

Solo un hombre pareció salir indemne de la catástrofe. Los perplejos colegas de Rask tardaron unos días en darse cuenta de la magnitud real de su situación. Pronto les siguió la prensa. Rask no solo había capeado la tormenta sin sufrir daños: de hecho, se había aprovechado colosalmente de ella. De forma discreta y a través de sus subsidiarias, y durante los meses de verano previos al desplome, había empezado a liquidar sus posiciones y a comprar oro, un activo que, atraído y devorado por la especulación, se había vuelto tan escaso en Wall Street como en Londres. Lo que llamaba todavía más la atención era la forma tan precisa en que había estado vendiendo al descubierto cantidades enormes de acciones de las mismas empresas que más tarde se verían especialmente perjudicadas y hasta destruidas por la crisis. Había negociado préstamos fragmentados de acciones a una miríada de agentes de bolsa cuando estaban en sus valores máximos y las había vendido de inmediato, mientras aún seguían en la cúspide. Como si hubiera sabido que el mercado se hundiría, simplemente había esperado a que aquellas mismas acciones tocaran fondo, las había vuelto a comprar a precios irrisorios y se las había devuelto ahora sin valor a los mismos agentes, obteniendo unos beneficios colosales. Había algo escalofriante en el rigor sistemático con que había procedido, desde la elección de las compañías hasta los tiempos y la discreción de sus operaciones. Entretanto, mientras la operación estaba en marcha, se había desvinculado por completo de aquellas deudas convertidas en paquetes y vendidas como valores: todo ello se vendría abajo poco después. Incluso se había deshecho de todos sus fondos de inversión, incluido aquel que había diseñado para los trabajadores. El miércoles 23 de octubre, una avalancha descomunal de órdenes de venta inundó el recinto de la bolsa. Nadie sabía de dónde venía aquel alud, pero al cerrar Wall Street, solo dos horas más tarde, el mercado había caído más de veinte puntos. El día siguiente sería recordado como el Jueves Negro. Cinco días más tarde, el Martes Negro, el índice Dow cayó ochenta puntos; para entonces, las acciones ya se habían devaluado por una cantidad equivalente a la mitad del producto nacional bruto.

En medio de la desolación generalizada, entre los escombros, Rask era el único superviviente. Y más poderoso que nunca, ya que la mayor parte de las pérdidas de los especuladores habían sido

ganancias para él. Siempre se había beneficiado del caos y la confusión, tal como había demostrado una y otra vez con sus magistrales operaciones durante los retrasos de los tickers, pero lo sucedido en los últimos meses de 1929 no tenía precedente.

En cuanto quedó clara esta situación, el público no tardó en reaccionar. Era Rask quien había diseñado todo aquel hundimiento, dijo la gente. Con astucia, había fomentado un apetito temerario por unas deudas que él siempre había sabido que no se podrían pagar. Con sutileza, se había quitado de encima sus acciones y había hecho caer el mercado. Con picardía, había filtrado rumores y alimentado la paranoia. Sin piedad, había hundido Wall Street y controlado el hundimiento con su avalancha de ventas en la víspera del Jueves Negro. Todo –las caídas del mercado, la incertidumbre, el pesimismo que había llevado a vender por pánico y en última instancia el desplome que arruinaría a multitudes– había sido orquestado por Rask. La mano tras la mano invisible era la suya.

A pesar de los discursos incendiarios, de las caricaturas en las revistas y periódicos (donde a Rask lo representaban casi siempre como vampiro, buitre o cerdo) y de la proliferación de artículos de investigación turbios o directamente inventados sobre su carrera, nadie en su sano juicio creía que un solo hombre pudiera hundir la economía entera de un país, y de paso, también, la de la mayor parte del mundo. Sin embargo, a todo el mundo le resultaba conveniente tener un chivo expiatorio, y aquel excéntrico ermitaño daba el perfil perfecto. Aun así, aunque la crisis no la hubiera diseñado él, no cabía duda alguna de que Benjamin Rask había obtenido de ella unos beneficios incalculables. En los círculos financieros del mundo entero, e incluso entre las legiones de enemigos que se había ganado, aquello lo elevó hasta unas alturas divinas.

◆

Querida Helen:

Sabes lo ocupada que he estado con el trabajo: charlas, reseñas, artículos et tedious caetera. *Todo parece conspirar contra mi escritura. Y necesito terminar este manuscrito. Lo siento muchísimo, pero me voy a tener que retirar del programa de lecturas de tu encantadora biblioteca para el resto de la temporada. Por favor, deséame suerte con esta condenada novela mía.*

Un cordial saludo,

WINNIE

Querida señora Rask:

Confío en que estas líneas la encuentren bien de salud. Llevo unos tres años organizando una serie de conciertos para la clase trabajadora de Cataluña, con la intención de llevar a los mejores solistas y directores del mundo hasta los obreros, agricultores y estudiantes. Esa Asociación Obrera de Conciertos la financio dando recitales privados, como el que iba a ofrecer en casa de usted la semana que viene. Tras enterarme recientemente de más detalles de la terrible crisis que ha sacudido en los últimos meses su país, sin embargo, me parece que el silencio es más pertinente que la música. A través de este silencio, confío en rendir homenaje al sufrimiento de los hermanos y hermanas americanos de los obreros catalanes a quienes estaba destinado en última instancia el recital de la semana que viene. Confío en que usted y sus invitados me perdonen esta cancelación de último minuto.

Atentamente,

P. CASALS

Querida señora Rask:

Muchas gracias por su carta. Me encantaría poder pagarle por el apoyo que me ha brindado durante este último par de años. Pero, como ya sabe, mi editorial ha quebrado y en general no hay trabajo. Ahora que lo pienso, quizás a fin de cuentas YA LE HE PAGADO.

No me parece mala idea hacerme granjero y cultivar mi comida. Y si eso falla, albañil. Y si eso falla, me iré a Hollywood y escribiré para el cine.

Aunque quizás llegue antes la revolución.

Un saludo cordial a usted y a su marido,

PEP

Señora Rask:

Quizás tenga usted la amabilidad de ayudarme a resolver una disputa que tuve el otro día con unos colegas poetas. ¿Dónde cree usted que habría alojado Dante a los sabios de Wall Street? ¿En el cuarto círculo del Infierno o en el octavo? ¿Codicia o fraude? De hecho, este podría ser un tema interesante para uno de sus próximos salones literarios. Por favor, dígame lo que piensa, si le sobra un momento. Y si no le sobra un momento, aceptaré diez centavos.

Suyo de muchas maneras,

SHELBY WALLACE

Querida H:

Perdón por cancelar en el último momento. Resfriado terrible. Suerte con la lectura de mañana.

Con afecto siempre,

MAUDE

◆

Durante los meses siguientes al crac, todo el aire fue extraído de la casa, dejando tras de sí un vacío tenso y agudo. Era como si la realidad misma, con independencia de las percepciones de la gente, se hubiera quedado aturdida. Los que rodeaban a Helen simplemente se esfumaron. No todos. Quienes siempre habían intentado arrimarse a ella solo para estar más cerca de Benjamin vieron una oportunidad en la indignación pública y se presentaron a sí mismos como partidarios suyos a ultranza, lo bastante valientes y leales como para capear la tormenta del lado de sus difamados amigos. A Helen nunca le había importado aquel contingente servil, y tampoco le importaba ahora. Eran sus conocidos más recientes quienes se habían marchado en masa. Sin los escritores y músicos que habían ampliado su mundo en los últimos años, se volvió a encontrar en el silencioso escondite interior que la había cobijado durante su infancia y primera juventud, y obtuvo consuelo en sus antiguos hábitos solitarios, en sus libros, sus diarios y sus paseos. En el pasado había creído que aquel espacio interior suyo era igual de enorme y serenamente inexplicable que un cosmos. Ahora, en cambio, le parecía estrecho y plano. Ninguno de quienes impartían sus lecturas y conciertos, ni tampoco de quienes asistían a ellos, se había convertido realmente en amigo suyo, pero todos juntos, como grupo, habían llegado a ser una presencia necesaria en su vida. Le había perdido el gusto a la soledad.

Mientras la ciudad se hundía en la depresión posterior al crac, a Helen le empezó a costar cada vez más salir de casa. Sabía que apartar la vista de las familias sumidas en la miseria, las colas del pan, las tiendas cerradas y la desesperación presente en todas las caras demacradas era una forma burda de autocomplacencia, pero también entendía que la angustia que sentía al hacer frente a aquella siniestra realidad era otro de sus privilegios. Helen tenía que reconocer aquella paradoja cada vez que salía a pasear, hasta la que se convirtió en su última excursión al sur del parque. Aquella tarde experimentó algo distinto. Todo empezó con una opresión cóncava en el pecho. Una perturbación en el aire. Fue incapaz de entender qué le estaba provocando aquel terror hasta que se dio cuenta de que se sentía observada. Miradas. Ceños fruncidos. Susurros. Por todas partes. Muecas. Insultos. Palabras masculladas. Por todas partes. Resultaba verosímil, e incluso era de esperar, que hubiera gente que la reconociera y la despreciara. Pero ¿todo el mundo? El odio resonaba

en cada ruido: cada bocina, cada silbido y cada grito era un insulto. El odio manaba de cada ventana: sentía miradas de ojos entrecerrados que se clavaban en ella detrás de cada cortina y cada cristal tornasolado por el sol. El odio se retorcía en cada mueca y en cada ademán; todo transeúnte era un juez implacable y obsceno. ¿Acaso la mujer de las maletas de cartón la había escupido al cruzar la calle? ¿Acaso aquel vendedor de periódicos había mascullado aquellas palabras brutales entre un extra y un titular? ¿Acaso aquellos hombres se habían hecho señas para seguirla? Por primera vez, y a plena luz del día, la poseyó la misma clase de terror que tan a menudo había poblado sus noches desde la infancia. Sabía que una parte de la hostilidad que sentía al caminar por la Avenida Lexington debía de existir –como sucedía durante sus noches de insomnio– solo en su mente. Pero estaba claro que casi toda era real. Su incapacidad para distinguir entre ambas era lo que más pánico le causaba. El mundo se volvió borroso; todos los sonidos se tornaron ecos; la sangre se le diluyó; el aire se espesó demasiado. Todo era un hormigueo.

Más tarde tendría el vago recuerdo de haber vuelto a casa a toda prisa, con la falda y los zapatos obligándola a trotar ineficazmente sobre los charcos. Risas.

Helen estaba dispuesta a aceptar las causas reales del ataque de pánico que había estado a punto de pulverizarla aquella tarde, y también a expiarlas. Pagaría por el sufrimiento que había contribuido a enriquecer a su marido de forma desmesurada. Su confinamiento en casa formaba parte de su castigo, aunque era consciente de que aquella reclusión estaba motivada en gran medida por el miedo y la vergüenza, y por tanto le resultaba conveniente. Aun así, pese a que casi nunca salía, trabajaba sin descanso y se entregaba por completo a su obra filantrópica. Creaba incontables puestos de trabajo mediante la construcción de residencias nuevas por todo el país (que luego prácticamente regalaba a familias sin hogar), reabría fábricas y talleres cuya producción entera a veces compraba (y repartía de forma gratuita), concedía créditos sin interés a negocios que prometieran mantener las puertas abiertas (sin exigir nunca su devolución). Y todo esto lo hacía de forma tan anónima como le era posible.

La fortuna de Benjamin era tal que le permitía financiar las iniciativas altruistas de su mujer sin pensarlo demasiado. Completamente impasible a la realidad que lo rodeaba, no sentía necesidad ni tampoco obligación moral alguna de ayudar a nadie. Su vida, siempre circunscrita a su oficina y a su casa, permanecía inalterada. Para él, la recesión no era más que un acceso saludable de fiebre, tras el cual la economía se recuperaría, más fuerte que nunca. Creía que el crac había sido una lanceta aplicada a un absceso. Era necesaria una buena sangría para eliminar la hinchazón y que el

mercado pudiera encontrar su verdadero fondo y reconstruirse sobre unos cimientos sólidos. Incluso había declarado públicamente que, dado que no se había producido una sola quiebra bancaria como resultado de la crisis, todo había formado parte de una beneficiosa purga.

Si ayudaba a Helen con sus iniciativas, era solo porque se preocupaba por su bienestar. Su mujer había cambiado, e incluso se había deteriorado, de forma bastante visible en el curso de los meses previos. Helen le aseguraba que su trabajo era su único placer, de manera que él, no sin reticencias, seguía financiando sus empresas, atribuyendo su desmejora a la falta de sueño y de descanso. Y en parte tenía razón. Era cierto que Helen apenas dormía, pero no porque estuviera enfrascada en su obra benéfica. De hecho, el trabajo le suponía una distracción grata de las causas verdaderas de su insomnio. Los miedos que acometían su mente en la oscuridad ya no eran incoherentes ni abstractos. Y tampoco los disipaba la luz del sol. Ni siquiera sus incansables deberes humanitarios, centrados en las fuentes más concretas de su ansiedad, la reconfortaban. Porque lo que temía ahora, después de aquella caminata por la Avenida Lexington, era que pudiera estar afectando también a su cerebro la enfermedad que había poseído, transformado y consumido a su padre. Notaba que pensaba distinto, y sabía que en última instancia no importaba si aquella percepción se basaba en la realidad o en fantasías. Lo importante era que no lograba parar de pensar en sus pensamientos. Sus especulaciones se reflejaban sin cesar entre ellas, como espejos puestos en paralelo, y cada imagen que había dentro de aquel túnel vertiginoso miraba a la siguiente preguntándose si sería el original o una reproducción. Se decía a sí misma que aquello era el inicio de la locura. La mente se convertía en la carne destinada a sus propios dientes.

Dado que se sentía cada vez más perdida en la nueva arquitectura tiránica de su cerebro, y ya no confiaba en sus pensamientos ni en su memoria, empezó a recurrir a su diario, donde seguía escribiendo con tenacidad todos los días. Esperaba que la Helen del futuro, la que leería sus diarios, sería capaz de usar aquellos escritos para determinar cuánto se había adentrado en sus delirios. ¿Se reconocería en la página? En sus anotaciones nunca dejaba de dirigirse a sí misma, y de conminarse a creer que había sido efectivamente ella quien había escrito aquellas palabras en el pasado, por mucho que su futuro yo se negara a creerlo; por mucho que, cuando las leía, fuera incapaz de reconocer su propia caligrafía.

Helen nunca había compartido sus preocupaciones más íntimas con Benjamin, y ciertamente no iba a empezar a hacerlo ahora. Teniendo en cuenta cuán honda era su ansiedad, le resultaba un alivio que su

marido se encontrara tan abstraído en sus propias preocupaciones. Después del crac, el Senado celebró audiencias ante la Comisión de Finanzas «a fin de investigar de forma exhaustiva las prácticas de los mercados bursátiles en relación con la compra y venta y el préstamo de valores en bolsa, los precios de dichos valores y los efectos de dichas prácticas». La comparecencia de Benjamin Rask ante los miembros del 72.º Congreso es del dominio público, y la versión impresa de su declaración, incluida en un tomo de 418 páginas, se encuentra a la disposición de cualquiera que desee examinarla. Las sesiones del Senado cumplieron con la función ceremonial de presentarle un puñado de villanos obvios al ciudadano indignado para que pudiera mirar con indignación la portada del periódico, murmurar unas cuantas maldiciones y luego olvidarse de ellos. No se esperaba que nadie leyera las transcripciones en sí. Los pocos que lo hicieron, sin embargo, descubrieron que muchas de las sospechas acerca de las operaciones de Rask no se alejaban demasiado de la realidad. Sus respuestas a las complejas y acusadoras preguntas de los senadores se reducían, en la mayoría de los casos, a «sí, señor» y «no, señor», pero confirmaban que ciertamente se había deshecho de sus vehículos más volátiles en los meses previos al colapso, que había inundado el mercado de órdenes de venta en la víspera del Jueves Negro y que había provocado, de forma espectacular, el desplome subsiguiente. Pese a la retórica inflamada de sus interrogadores, se hizo evidente que ninguna de sus acciones había sido ilegal.

◆

Con simetría perversa, mientras Benjamin se elevaba a nuevas alturas, el estado de Helen empeoraba. Incapaz de dormir, se pasaba las noches deambulando por la casa. Benjamin intentaba hacerle compañía durante aquellos paseos, pero ella se lo negaba. Puso al servicio entero de la casa a trabajar por las noches, pero ella los hacía marcharse. Le trajo cajas llenas de libros de Europa, pero ella ni siquiera cortó las páginas. Las instrucciones que Helen impartía en relación con sus obras benéficas se volvieron erráticas y contradictorias. Solo había una tónica que no parecía cambiar: todas sus conversaciones llenas de impaciencia con sus ayudantes terminaban con la conclusión de que lo que hacían no bastaba. Empezó a firmar cheques por cifras extravagantes y a autorizar gastos que no tenían conexión alguna con la realidad. Benjamin interceptaba todas aquellas transacciones y dejaba que Helen siguiera impartiendo órdenes sin consecuencias a sus asistentes. Al final, sin embargo, parecía abrumada. Casi aplastada por las gigantescas cifras y las complejas operaciones que había inventado para sí misma, se retiró de su trabajo imaginario. La paralizó una especie de agotamiento excitado y empezó a hacerse llevar las comidas a su habitación. Pero no había día en que no le recogieran los carros del servicio con los platos todavía cubiertos. Se limitaba a beberse los mismos jugos de frutas que habían sido la marca de la casa de sus cócteles.

Benjamin y Helen llevaban mucho tiempo trabajando con médicos y químicos farmacéuticos en busca de mejores tratamientos para los desórdenes psiquiátricos. Ahora él entendió que quizás a su mujer no la habían movido únicamente el altruismo o el recuerdo de su padre. Aun así, no quiso implicar a nadie de fuera de la familia, sobre todo porque la forma callada de manía que sufría Helen no se correspondía con ninguno de los síntomas sobre los que había leído en el pasado. A veces escuchaba frente a la puerta de su esposa. El silencio activo del otro lado resultaba aterrador. Solo lo interrumpía un susurro esporádico de papeles, que confirmaba que Helen no estaba dormida sino escribiendo en su diario, llenando página tras página de un grueso cuaderno tras otro. Benjamin respetaba demasiado su privacidad para fisgar, pero en una ocasión, sabiendo que estaba en la otra punta de la casa, sí que examinó sus diarios. En todas las frases se entretejían el alemán, el francés, el italiano y quizás otros idiomas (se preguntó si serían realmente idiomas de verdad), formando unas trenzas que

Benjamin, limitado al inglés, no podía desenredar. En uno de los cuadernos encontró una fotografía de Helen de joven que no había visto nunca. La mostraba de pie en medio de un desorden de piezas de atrezo y animales disecados, mirando directamente a cámara, con el desafío temblándole en los ojos. Benjamin se quedó observando la foto durante un momento peculiarmente largo. Nunca había mirado tanto tiempo a los ojos de su mujer. Ni ella a los de él. Por fin salió del trance, se guardó la imagen en el bolsillo, se aseguró de que todos los papeles estuvieran tal como los había encontrado y salió de la habitación. Pero mientras cerraba la puerta tras de sí, se detuvo, la volvió a abrir y regresó al escritorio. Devolvió la foto al diario donde la había encontrado y, ahora sí, salió con pasos rápidos y silenciosos.

Fue más o menos por entonces –y Benjamin no podía evitar pensar que era porque había notado que él había hurgado entre sus papeles– cuando Helen escondió todos sus diarios y empezó a escribir mientras caminaba. A veces parecía murmurar, como si se estuviera dictando a sí misma. Su deambular por la casa se fue circunscribiendo a unos perímetros cada vez más estrechos, que terminaron limitándose a la planta de su dormitorio. Una mañana, Benjamin la vio asomarse hacia arriba por el hueco de las escaleras. Parecía que estuviera mirando a través del techo y viendo el cielo. Con cautela, tocó el primer peldaño y retiró el pie de inmediato, como si acabara de mojarse los dedos con agua helada o hirviendo. Esperó un momento y lo volvió a hacer. Esperó y lo volvió a hacer. Luego probó la escalera que bajaba al comedor. Su mirada se perdió en las profundidades de más allá del rellano de la planta baja. Por mucho que lo intentara, la punta de su zapatilla no consiguió pasar del borde del primer peldaño.

Si a Benjamin ya le había costado dirigirse a Helen durante sus años de mayor felicidad, ahora estaba completamente perdido. Cuanto más intentaba, tartamudeando, conectar con su mujer, más se retraía ella. Y si insistía demasiado o mostraba cualquier señal de preocupación, ella se retiraba a sus habitaciones y solo se la podía persuadir para que saliera dejándola absolutamente en paz durante varios días. Después de uno de aquellos intentos –Benjamin había venido con libros nuevos que se había ofrecido a leerle–, Helen se recluyó durante un periodo especialmente largo. El zumo permanecía intacto junto a su puerta. Se negaba a contestar a las súplicas de sus sirvientas. En el interior se oían pasos y un susurro de papeles.

Helen llevaba dos días enteros sin sustento alguno cuando Benjamin decidió pasar a la acción. A través de la puerta le dijo que, si no abría de inmediato, forzaría la cerradura. Tras algunas muestras audibles de vacilación, Helen abrió. Benjamin dio un paso atrás, aturdido en un primer momento por el olor y por la visión que tenía delante. Y peor que el tufo a podredumbre era el hedor floral y dulzón de los muchos

perfumes que Helen había rociado en un intento de camuflarlo. Benjamin parpadeó para sobreponerse al olor y por fin, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra de la habitación, vio que Helen tenía sangre en los brazos y en el pecho. No había duda acerca del origen de las heridas. Allí estaba plantada su mujer, demacrada y abstraída, sin parar de rascarse las ampollas purulentas. Las escamas y vesículas del eccema le subían por el cuello y el liquen rojo ya le había colonizado el mentón.

Aquello hundió a Benjamin. Solo entonces, viendo la violencia en la superficie, entendió el tumulto interior. Rompió a llorar, a solas, en su despacho.

El mejor rumbo que podía seguir, decidió, sería hablar con la señora Brevoort, que estaba en una posición inmejorable para comparar el estado de su hija con el de su marido y así determinar si la enfermedad de Helen era de naturaleza hereditaria.

Con el paso de los años, madre e hija se habían distanciado. Tras enterarse de la desaparición de su padre, Helen había dejado de esforzarse por soportar la bulliciosa forma de vida de la señora Brevoort. Apenas visitaba el apartamento de su madre y nunca la invitaba a la casa. Lo que hacía era llamarla por teléfono aproximadamente una vez por semana, y en aquellas conversaciones la señora Brevoort siempre se mostraba risueña, desenfadada y rebosante de anécdotas. Pero nunca le respondía, de manera que Helen, a modo de experimento, dejó de llamarla. Hacía casi un año de la última vez que habían hablado. En aquella ocasión, la señora Brevoort había descrito con gran detalle, y con la interrupción de sus propias risas, una broma que sus amigas y ella le habían gastado a un sombrerero. Esta vez, sin embargo, cuando Benjamin la llamó para hablarle de la situación en la casa, la mujer adoptó un tono trágico, decidió que tenía que ver a su hija de inmediato y no se dejó convencer de que su presencia podía trastornar todavía más a Helen. La señora Brevoort le colgó el teléfono a un suplicante Benjamin y al cabo de unos minutos ya estaba en su puerta, excitada por todo aquel dramatismo y visiblemente contenta de encontrarse agitada y un tanto jadeante.

Una vez más, Benjamin cuestionó que fuera buena idea enfrentarse a Helen: él solo había querido describirle los síntomas y confirmar si le recordaban a la afección de su marido. La señora Brevoort no quiso saber nada de aquello. Sin quitarse el abrigo ni el sombrero, subió corriendo, con aflicción resuelta, las escaleras que llevaban a las habitaciones de su hija. Benjamin le iba pisando los talones. La señora Brevoort ni siquiera se detuvo un momento ante la puerta: la abrió sin llamar, con un solo movimiento abrupto. Catherine y Benjamin se quedaron petrificados, estupefactos por la figura que tenían delante.

Helen estaba plantada en mitad de la habitación, mirando hacia la

puerta. Había algo regio en la simplicidad griega de su camisa de dormir, algo marcial en su pelo alborotado y sus cicatrices y algo angelical en su inmovilidad victoriosa.

Al cabo de un momento dio un paso adelante, buscó su reflejo en los ojos de su madre y le ofreció una hoja de papel. La señora Brevoort miró primero las manchas que le había dejado la tinta fresca en los guantes de piel de cabrito y por fin leyó las líneas garabateadas en la página.

He olido tu aroma.
He oído tus andares afectados.

Instituto Médico-Mecánico.
Me has de depositar en Suiza.

CUATRO

En efecto, Helen ingresó en el Instituto Médico-Mecánico, pero su madre no tuvo nada que ver con los preparativos del viaje a Suiza. De hecho, tras ver a su hija tan deteriorada, se marchó a toda prisa de la casa y ya fue incapaz de volver a visitarla: era simplemente demasiado doloroso, alegaba, sin secarse las lágrimas de la cara, y ella estaba simplemente demasiado desconsolada.

Fue Benjamin en persona quien se ocupó de los preparativos. De entrada, supuso que la petición que había hecho Helen de que la llevaran a Bad Pfäfers era una respuesta a la repentina aparición de su madre, que debió de agudizar el dolor que le causaba el que a su padre se lo hubiera llevado la misma enfermedad que ahora la estaba reclamando a ella. También sospechaba que solo había efectuado la demanda para atacar a la señora Brevoort, y de hecho como ataque había sido muy eficaz. A lo largo de las semanas siguientes, sin embargo, Helen se mostró inflexible en su petición. Era en Bad Pfäfers donde encontraría la paz y donde sabía que se curaría.

Benjamin hizo que sus socios de Productos Farmacéuticos Haber, en Berlín, examinaran hasta el último aspecto del Instituto: desde sus estados de cuentas y su infraestructura hasta los registros de todos los empleados y los perfiles de sus pacientes. Al principio su idea era llevar allí a Helen solo durante un periodo breve para satisfacer su capricho (pese a albergar en secreto la esperanza infundada de que el shock que le produciría visitar aquel lugar tan traumático para ella la curaría milagrosamente), pero tras recibir el informe de Haber se convenció de que, a fin de cuentas, Bad Pfäfers quizás fuera el lugar indicado para su mujer.

El doctor Bally, el director que había admitido al padre de Helen, había muerto unos cinco años después de la guerra, y ahora estaba a cargo del establecimiento el doctor Helmut Frahm. De acuerdo con los hombres de Benjamin, bajo la dirección del doctor Frahm el Instituto se había ganado una reputación excelente gracias al tratamiento de las enfermedades mentales, y en particular de los desórdenes emocionales: las distintas formas de neurosis, fobias, variedades agudas de melancolía y demás. Antes de la guerra, la clínica había sido más bien un balneario, con un acercamiento global y un tanto vago a las aflicciones nerviosas, basado en las curas de descanso y la hidropatía. Ahora, sin embargo, ofrecía tratamientos clínicos más específicos, y estaba llevando a cabo un estudio pionero sobre las aplicaciones psiquiátricas de las sales de litio, que Productos Farmacéuticos Haber

seguía con gran interés. En suma, las credenciales del doctor Frahm eran impecables, y se podían encontrar descripciones de sus modernos métodos y de su línea de investigación farmacológica en los muchos textos académicos que había publicado en alemán en toda una serie de revistas médicas revisadas por pares, varios ejemplares de las cuales se incluían en el informe. En suma, los informadores de Benjamin concluían que el Instituto Médico-Mecánico era un establecimiento que gozaba de buena reputación. Aun así, planteaban objeciones al sesgo ligeramente psicoanalítico del doctor Frahm y se tomaban la libertad de recomendar en su lugar al doctor Ladislas Aftus, de Berlín, cuyo trabajo conocían de primera mano. El doctor Aftus estaba desarrollando un prometedor fármaco nuevo para Productos Farmacéuticos Haber, y la señora Rask parecía ser exactamente el tipo de paciente que se podría beneficiar de su innovador tratamiento.

A Benjamin le resultó alentador el informe sobre Frahm y el Instituto. Por un momento se planteó recurrir al doctor Aftus y a su nuevo fármaco: habría sido conveniente mantener la enfermedad de Helen bajo el dominio de la Farmacéutica Haber, un entorno que él controlaba. Pero era reticente a mezclar aquella situación tan delicada con sus negocios. Y Helen se mostraba muy enfática acerca de Bad Pfäfers y el Instituto. Quizás también poseyera cierto valor terapéutico la ubicación misma, que apelaba a Benjamin por razones distintas. Bad Pfäfers estaba lejos de cualquier ciudad importante, y resultaba lo bastante inconveniente para cualesquiera conocidos con buenas intenciones que se pudieran plantear una visita mientras veraneaban en la región, y de acceso decididamente incómodo para la prensa.

Siempre a través de sus intermediarios alemanes, Benjamin pidió un ala entera del Instituto Médico-Mecánico. Tras estudiar los planos del sanatorio, llegó a la conclusión de que la sección norte del complejo, situada lejos de la capilla y de los baños, les concedería una mayor intimidad. Los representantes de Benjamin trazaron una propuesta para el Instituto que incluyera todas sus peticiones. El señor Rask deseaba se vaciara el pabellón de pacientes de inmediato, y prometía pagar el equivalente al alojamiento, la manutención y los tratamientos completos correspondientes a todas las habitaciones vacías durante el tiempo que fuera necesario. El edificio, sin embargo, debía mantener a todo su personal, y el señor Rask se reservaba el derecho a traer a médicos de fuera en cualquier momento para supervisar el estado de su mujer. Habría que llevar a cabo rápidamente unas cuantas renovaciones menores para que el pabellón fuera del todo autónomo respecto al resto del Instituto, y también para garantizar la comodidad de la señora Rask. Todas las modificaciones, que (no hacía falta decirlo) serían financiadas por el señor Rask, venían marcadas y descritas en los planos. El documento concluía ofreciendo al director

una cantidad sustancial a modo de compensación por cualesquiera trastornos que aquellas disposiciones pudieran causar.

El doctor Frahm rechazó la oferta de los agentes de Benjamin con unas pocas frases escuetamente corteses. El instituto no requería renovaciones, no buscaba el respaldo de médicos externos y, por suerte, tampoco necesitaba asistencia financiera. Benjamin, a su vez, respondió con una carta personal donde intentaba transmitirle al doctor Frahm la urgencia del caso y las connotaciones personales que tenía Bad Pfäfers para su mujer. A modo de conclusión, prometía una donación libre de restricciones de lo más generosa, así como la financiación de un edificio completamente nuevo destinado a cualquier rama de investigación que al director le pareciera adecuada. El doctor Frahm no contestó. Dos semanas después de que llegara la carta de Benjamin, apareció un artículo breve en la *Deutsche Medizinische Wochenschrift* donde se cuestionaba el protocolo de investigación desarrollado por el doctor Frahm en relación con las aplicaciones clínicas de las sales de litio y de otras sustancias nuevas sobre las que la comunidad científica disponía de información escasa y poco concluyente. La revista aseguraba que estaba llevándose a cabo una investigación sobre los métodos del doctor Frahm y prometía seguir el caso a medida que fuera habiendo informes disponibles. Poco después de la publicación del artículo, el Instituto experimentó escasez de muchos de los fármacos cruciales para los tratamientos que ofrecía. Todos estaban patentados por Productos Farmacéuticos Haber.

Antes de final de mes, el ala norte había sido vaciada de pacientes y ya estaban en marcha las reformas.

Igual que su mujer había intentado distraerse de sus síntomas iniciales trabajando sin tregua en sus obras benéficas, Benjamin huyó ahora de su pena obsesionándose con todos y cada uno de los detalles relativos al Instituto. Renovar el mobiliario del pabellón, conseguir al mejor personal disponible y preparar a Helen para el viaje se convirtieron en sus únicas preocupaciones. Por primera vez en su vida, sus negocios eran algo que estaba de más, una obligación tediosa: las operaciones diarias se las había delegado a Sheldon Lloyd, y se irritaba cuando alguien le venía con consultas relacionadas con el trabajo. Lo único que le proporcionaba cierto consuelo era su gestión activa de la enfermedad de su mujer. Siempre había tenido miedo de perder a Helen: de perder su interés, de que se la robara alguien. Y ahora había sucedido. Ella se había ido, lo había abandonado por algo que la llamaba con una vehemencia irresistible. Se descubrió a sí mismo celoso de la enfermedad, que exigía y obtenía toda la atención y energía de su mujer, y le avergonzaba admitir que estaba furioso con Helen por hacer todo lo que le ordenaba su oscuro amo.

Benjamin intentó no ceder a aquel resentimiento irracional y más

bien informe, reprimiéndolo en cuanto emergía e impidiendo que afectara para nada a su relación con Helen. Era un enfermero cariñoso que entendía que su amor se manifestaría mejor si lo inhibía: estaba presente pero de forma discreta; se mostraba solícito pero distante. Debilitada por su largo ayuno y por su incansable manía, Helen permanecía confinada en cama la mayor parte del tiempo. El implacable monstruo rojo y plano que le roía la piel la reducía constantemente al llanto. Ahora había médicos y enfermeras comprometidos con su cuidado, principalmente para tratar su malnutrición, vendarle el eccema con compresas y administrarle morfina, que le concedía cierta calma. Estaba aturdida, siempre a punto de dormirse o recién despierta, y aun así demasiado excitada y locuaz como para descansar de verdad. En las pocas ocasiones en que Helen solicitaba su presencia o se mostraba consciente de ella, Benjamin demostró cierto talento para seguir el hilo de sus incoherentes monólogos, sonriendo en los momentos indicados, mostrando indignación comprensiva cuando era pertinente y respondiendo a sus preguntas sin asomo de condescendencia. Siempre le tomaba la mano cuando hablaban. Y a veces Helen, aunque su mirada estuviera clavada en visiones lejanas, le acariciaba el pulgar con el suyo.

◆

La mañana reveló una blancura todavía más intensa en las nieves inmutables que coronaban las cimas de ambos lados del valle; una blancura que más tarde, bajo el sol de mediodía, se convertiría en esquirlas cegadoras. Por el cielo salpicado de pequeñas nubes sólidas resonó una bucólica campana, mientras que los pájaros invisibles se mostraron, una vez más, incapaces de romper su sometimiento a sus dos o cuatro notas. El aire traía un aroma a agua, piedra y cosas largo tiempo muertas que ahora encontraban oscuramente el camino de regreso a la vida en las profundidades de la tierra empapada de rocío. Durante aquella hora despoblada, los edificios dejaban de ser objetos artificiales e industriales para revelar la naturaleza fosilizada en ellos y manifestar su presencia mineral. La brisa se disolvió en un aire más inmóvil; las copas de los árboles, tan verdes que se veían negras sobre el fondo azul, dejaron de mecerse. Por un momento no hubo conflicto y todo quedó en paz, como si el tiempo hubiera llegado a su destino.

Luego una enfermera con una compresa, un jardinero con un rastrillo, un médico con sus notas y una sirvienta con una infusión lo volvieron a poner todo en marcha. El picor, el agotamiento, las palabras, los pensamientos que había tras ellas y el ruido de su misma existencia, mucho más intenso que el mundo.

En cuanto ingresó en el Instituto Médico-Mecánico, Helen había visitado la habitación de su padre. A fin de que pudiera recorrer las instalaciones acompañada de su marido y del doctor Frahm, se hizo salir al jardín a todos los pacientes alojados en el mucho más modesto pabellón este, siempre húmedo y cubierto de musgo por estar a la sombra perenne de dos escarpados barrancos. En la angosta habitación parecía poner siempre su mirada distraída un poco más allá de cada objeto. Eran sus dedos los que exploraban el espacio, deslizándose con suavidad por encima de las superficies o palpando de forma dubitativa una jofaina o el respaldo de una silla, como si no estuviera segura de su consistencia ni de su temperatura.

El doctor Frahm le hizo una seña a Benjamin para que saliera. Rask no pudo disimular la indignación y le dio la espalda al médico, fingiendo que no había visto su gesto. Pero no pudo pasar por alto la mano que le puso Frahm en el hombro, ni la petición expresada con su fuerte acento de que los dejara a solas un instante. Benjamin miró la mano blanda que tenía en el hombro; el doctor Frahm la retiró para mostrarle la puerta; Benjamin bajó la mirada indignada y anunció que

esperaría fuera.

En cuanto estuvieron a solas, Frahm invitó a Helen a tumbarse en la cama, puso una silla detrás del cabezal de hierro, se sentó y le preguntó en alemán qué imagen de su padre le evocaba aquella habitación. ¿El hombre que había presidido su infancia o el inválido de su adolescencia?

Helen aparentaba más serenidad en alemán. Aunque lo hablaba con una naturalidad notable, también tenía unas lagunas enormes, como suele suceder con quienes han aprendido un idioma por su cuenta y de cualquier manera. Como se veía obligada a menudo a hacer pausas y encontrar circunloquios para salvar vacíos gramaticales y ausencias léxicas, daba la impresión de que lograba aplacar su ansiedad, o de que cierta medida la controlaba. Pero su alemán, como todos los idiomas extranjeros que hablaba, procedía de unas fuentes inusuales, desconectadas del habla cotidiana: libros pasados de moda y el parloteo afectado de aristócratas desposeídos y diplomáticos de salón. Eso les daba a sus palabras una cualidad barroca y teatral que, hasta cierto punto, deshacía la ilusión de cordura creada por su ritmo más lento, puesto que, a pesar de su elegancia innata, sonaba como una mala actriz con demasiado maquillaje.

La pregunta del médico la hizo reírse por lo bajo. Había que ser tonto para hacer aquella distinción entre pasado y presente. El futuro irrumpe en todos los momentos, con el deseo de hacerse realidad en todas las decisiones que tomamos: siempre intentando, a toda costa, convertirse en pasado. Es eso lo que distingue el futuro de las simples fantasías. El futuro sucede. El Señor no arroja a nadie al infierno: los espíritus se arrojan a sí mismos, de acuerdo con Swedenborg. Los espíritus se arrojan ellos solos al infierno por elección propia. ¿Y qué es una elección sino una rama del futuro que se injerta en el tallo del presente? ¿Padre pasado? ¿Padre futuro? Helen se volvió a reír y pasó a hablar del tema de la jardinería en relación con la alquimia. El doctor Frahm, sin embargo, sabía que Swedenborg había jugado un papel importante en la educación de Helen, e insistió cortésmente en aquella vía de acceso a su infancia, retomando al mismo tiempo la insinuación que había hecho Helen de que su padre había elegido el infierno para sí mismo. Ella siguió hablando, con la mirada clavada en una mancha de moho que había en el techo y que parecía una peonía negra.

El doctor Frahm empezó a quitarle la medicación a su paciente poco después de que llegara al Instituto. Quería observar sus síntomas en su forma más pura, sin interferencias, dijo, y después probar una dosis mínima de sales de litio. Tras reducírsela gradualmente, y cuando ya estaba a punto de quitarle los sedantes, la manía de Helen alcanzó un punto crítico. Benjamin exigió que a su mujer se le restituyera la

medicación. El psiquiatra, sin dejarse amedrentar por su tono, dijo que necesitaba unos días más. Al cabo de una semana, y desmintiendo los peores miedos de Benjamin, hubo signos de una ligera mejoría. Helen seguía mostrándose incoherente y locuaz, sí, pero su incapacidad para encontrar jamás la salida de sus laberintos verbales la dejaba agotada, lo cual, a su vez, la tranquilizaba un poco. El doctor Frahm explicó que la paciente estaba revirtiendo su estado maníaco contra sí mismo: su insomnio y su actividad mental frenética, junto con la disminución natural de ciertas hormonas y su régimen físico, terminarían ejerciendo un efecto narcótico. Necesitaba vaciarse de energía; necesitaba ejercicio; necesitaba aire.

Y así fue como a Helen, después de cada una de esas noches de insomnio que se pasaba hablando con enfermeras silenciosas, empezaron a llevarle al jardín con las primeras luces del alba y dejarla a solas en una otomana orientada a las montañas. Quitándose de encima las mantas cuidadosamente remetidas, continuaba con su soliloquio. A medida que salía el sol, sin embargo, sus monólogos se reducían a murmullos esporádicos, que a su vez se disolvían en el silencio. Durante una hora más o menos, disfrutaba del éxtasis de la impersonalidad, de convertirse en percepción pura, de existir solo como algo que veía las cimas de las montañas, oía la campana y olía el aire.

◆

Benjamin estaba fuera de lugar, separado de su elemento natural por varias capas de extrañeza. Por primera vez en su vida era un extranjero, y aunque había reproducido su rutina en América de forma casi perfecta, tras haberse llevado con él a sus sirvientes más cercanos (junto con su chef y sus muebles y la mayoría de los accesorios que lo rodeaban en Nueva York), lo irritaban y hasta lo ofendían todas las peculiaridades «europeas» que conseguían infiltrarse en su entorno. El idioma alemán, con sus sonidos serrados e indescifrables, formaba parte de una conspiración generalizada en su contra. Las colinas deshabitadas, el horizonte vertical de los Alpes y la naturaleza a duras penas domesticada que rodeaba el Instituto le hacían sentirse náufrago. Y aunque su mujer seguía siendo su principal preocupación, estar lejos de su negocio le había empezado a pasar factura físicamente, provocándole una mezcla de aturdimiento y asfixia leve. Las líneas telefónicas todavía no llegaban al Instituto, las señales de radio eran demasiado débiles en aquel valle profundo rodeado de montañas altas y el sistema de repetidores que Rask había diseñado para transmitir la información de Nueva York y Londres a Bad Pfäfers resultaba demasiado lento. La evolución del mercado solo le llegaba en forma de «noticias», que es como la prensa se refiere a las decisiones tomadas por otra gente en un pasado reciente.

Reducido a espectador ocioso del mundo de los negocios, Rask centró toda su atención en el tratamiento de su mujer. Desde las negociaciones iniciales, cuando Benjamin había intentado conseguir un pabellón entero del instituto, el director le había dejado claro que no le intimidaba la riqueza del financiero. Por entonces, a Rask, harto de la aquiescencia servil de los lacayos y de los aduladores, aquella reacción le había resultado refrescante e incluso halagüeña. Respetaba la pasión que mostraba el doctor Frahm por su arte, su negativa a someterse a las exigencias externas y su indiferencia a las seducciones vulgares del dinero. Todo eso le había hecho creer que Helen estaba en buenas manos. Ahora, en cambio, cuando no tenía nada más en que ocupar la mente que la evolución diaria del tratamiento, aquella firmeza y aquella rectitud moral que antes había admirado en el médico se habían convertido en motivo constante de frustración y resentimiento. Frahm lo evitaba y solo le ofrecía informes breves y esquivos durante sus reuniones, que eran invariablemente interrumpidas por alguna enfermera o colega que requería la atención

de *Herr Direktor*, una artimaña patética que se les enseñaba a todas las secretarias de Nueva York. Se limitaba a rechazar sus sugerencias, sus referencias y sus contactos en el mundo farmacéutico con algo que Benjamin estaba seguro de que era desdén. A fin de que su mujer pudiera obtener el suficiente «aire», le habían reducido al mínimo el contacto con ella. ¿Y cuáles eran los métodos de aquel médico, a fin de cuentas? ¿No administraba fármacos? ¿Qué eran aquellas sales? Y todas aquellas conversaciones, ¿de qué trataban?

No había nada en los métodos del doctor Frahm que pareciera regular ni predecible. A veces tenía muchas reuniones con Helen en una misma tarde y otras veces suspendía sus sesiones durante varios días sin razón aparente. Las consultas podían tener lugar en cualquier parte –en la habitación de ella, en los jardines, en su despacho o en el gimnasio–, y podían terminar de golpe al cabo de pocos minutos. Todas aquellas anomalías desconcertaban a Benjamin, que las atribuía a una actitud caprichosa y poco profesional y a una ausencia generalizada de método. Frustrado, plantó cara al doctor Frahm y le exigió una explicación.

El doctor Frahm le habló en un inglés académico, imperfecto y brusco. En vez de reprimir las diatribas incontenibles de la señora Rask y redirigirlas al terreno de la normalidad (o bien amordazarla con sedantes), le explicó, deseaba promover sus monólogos. Si Helen no podía parar de hablar era porque no podía parar de intentar explicar su enfermedad: su deseo de entender su propia enfermedad *era*, en gran medida, la enfermedad misma. Si Frahm la escuchaba y la enseñaba a escuchar, pronto descubrirían que sus peroratas interminables estaban llenas de instrucciones en clave. Cada vez que se encontraba con uno de aquellos momentos reveladores del discurso de la señora Rask en los que su enfermedad arrojaba luz sobre sí misma, interrumpirla repentinamente servía para subrayar la epifanía y obligabarla a escucharse. Por eso había muchas sesiones que eran tan cortas. Y si tenían lugar en cualquier parte (y en cualquier momento), era para inculcarle a la paciente la idea de que su examen de sí misma no debíalimitarse a una oficina, sino que era un proceso continuo. Por medio de aquellas sesiones «por sorpresa», Frahm quería enseñarle a tenderse emboscadas a sí misma.

Rask acusó al médico de freudismo y le dijo que no pensaba tolerar que se expusiera a su mujer a semejantes charlatanerías. Frahm se rió y descartó aquella acusación con un gesto de la mano. Había conocido al profesor Freud, sí, y había aprendido un par de cosas de su método de terapia oral. Pero lo que el señor Rask estaba pasando por alto, explicó el director mientras lo reclamaba una enfermera, era el énfasis que hacía su Instituto en el cuerpo. Baños termales, calistenia, reposo inducido, caminatas, tratamientos con corrientes galvánicas y

farádicas, *Luftliegekur*, dieta vegetariana estricta, contrología, homeopatía y, por encima de todo, las sales. Como seguramente Herr Rask podía ver, en el Instituto Médico-Mecánico no reducían el cuerpo a una simple metáfora. Bad Pfäfers no era Viena.

Aparte de su hábito de dar largos paseos, Helen nunca había realizado ninguna clase de ejercicio físico regular. En cuanto le quitaron todos los tranquilizantes, sin embargo, su rutina diaria empezó a girar en torno a las actividades que Frahm le había enumerado a su marido, y ella las acometió con ganas. Cuanto más cansaba a su cuerpo, más tranquila estaba su mente. Disfrutaba en particular de las lecciones de boxeo que seguían a su calistenia. Cuando peleaba, sentía destellos de su antiguo yo en su confusa oscuridad interior. Todas las tardes antes de la cena, tomaba los baños y se quedaba adormilada mientras los músculos calientes se le derretían en las cálidas aguas curativas. Poco a poco, su cuerpo le estaba enseñando a guardar silencio de nuevo. A veces, después de un buen día, solo quedaba un silencio jadeante. Hasta la piel se le había tranquilizado. Quizás como resultado de las aguas, su eccema, que le había convertido hasta el último poro en una pequeña boca vociferante, había remitido. Ya no necesitaba que le pusieran cataplasmas y gasas todo el tiempo, y hasta se podía aplicar ella sola el alcanfor y el ungüento de caléndula.

El ajetreado horario de Helen incluía dos horas de visitas, una después del desayuno y otra durante la merienda, y ambas las pasaba con su marido. Al principio la presencia de Benjamin no parecía afectarla de ninguna manera. Apenas reparaba en él y se dedicaba a hablar sola, normalmente mientras escribía: el doctor Frahm se había enterado de la existencia de sus diarios y la había animado a retomarlos. A medida que pasaba el tiempo y la mente parecía asentársele, Helen empezó a sentirse segura sin necesidad de rodearse de un parapeto de palabras. Sus frases todavía tenían tendencia a convertirse en torrentes de asociaciones libres, pero ahora nacían de fuentes razonables, y a menudo llegaban a alguna clase de conclusión, a veces incluso seguida de una pausa. Empezó a ser posible tener algo parecido a una conversación con ella. Y junto con esa mejora, se restableció, y quizás incluso aumentó, la distancia que siempre había separado a Helen de Benjamin. Ella lo reconocía, sí, e incluso era cortés con él, pero de una forma que a su marido le resultaba escalofriante. Los esfuerzos que había hecho Helen antaño por intentar cerrar el espacio que los separaba ahora habían cesado. Aquellos intentos afectuosos habían estado en la base de su matrimonio, y a lo largo de los años a Benjamin lo habían conmovido sus esfuerzos, a los que atribuía aún más valor que al amor espontáneo (que, creía él, no era una cuestión de elección, ni tampoco el resultado de ningún

esfuerzo, sino simplemente una especie de hechizo fatídico que reducía a su víctima a un trance pasivo). Ahora, en cambio, lo que veía en los momentos más lúcidos de su mujer eran buenos modales y consideración cortés. Quizás le estuviera pidiendo demasiado a su precaria convalecencia, pero la corriente de su enfermedad parecía habérsela llevado lejos, y ahora Helen estaba emergiendo en una costa nueva y remota desde la que él solo era visible como contorno.

Si su apatía hubiera sido universal, Benjamin habría estado dispuesto a aceptar la lejanía de Helen como parte de su proceso de curación, o incluso como la circunstancia permanente bajo la cual había recuperado la cordura. A medida que mejoraba, sin embargo, su frialdad parecía estar reservada únicamente para él. En los últimos tiempos la había visto sonreír durante sus conversaciones en alemán con las enfermeras. Su tono con ellas, a pesar de la dureza del idioma, era más gentil. Las miraba a los ojos. Los gestos daban vida a sus palabras. Una vez, al volver de un breve paseo, la vio sentada en la hierba con el doctor Frahm. Se estaba riendo.

◆

Con discreción, los criados americanos de Rask empezaron a meter las cosas en los baúles y cajas que habían traído del otro lado del Atlántico. Benjamin decidió que ya había atendido la petición de su mujer con los dos meses que habían pasado en Bad Pfäfers: ahora le había llegado el momento de volver a tomar el mando y determinar la dirección de su tratamiento. Consciente de que Helen se opondría a su partida (y de que el doctor Frahm les aconsejaría que no se marcharan), continuó con sus preparativos en secreto. No revelaría su decisión a nadie hasta la misma víspera de su viaje. Ya se había puesto en contacto con sus socios de Productos Farmacéuticos Haber con la idea de llevarse a Helen a Alemania para que la examinaran y la diagnosticaran los médicos de su recomendación. Todo estaba casi listo: una casa amueblada en Berlín, las pocas cosas que se llevarían y las disposiciones para que la mayor parte de sus pertenencias fueran enviadas en barco de vuelta a Nueva York. Faltaban pocos días para marcharse cuando se enteró de que Helen había desaparecido.

Durante la media hora que quedaba entre su primer baño y el desayuno, se había producido un problema de comunicación entre la enfermera de guardia, que no hablaba inglés, y la sirvienta, que no hablaba alemán. Cada una de ellas había creído que la otra estaba a cargo de Helen. Pronto se hizo evidente que la señora Rask había creado aquella confusión de forma deliberada para poder escabullirse. En cuanto le notificaron lo sucedido al doctor Frahm, mandó a varios escuadrones de enfermeras, camilleros y camareras para que registraran el ala norte. Luego amplió la búsqueda al resto de los edificios y a los terrenos. Cuando estuvo seguro de que la paciente había abandonado las instalaciones, llamó al señor Rask.

Benjamin sabía que no le convenía perder la compostura cuando más la necesitaba. Con aquella voz contenida que tanta gente había intentado imitar sin éxito en los círculos empresariales de Nueva York, mandó sus coches a las aldeas situadas al norte y al sur del Instituto con instrucciones (y dinero) para alistar a sus habitantes en la búsqueda. Helen no podía haber escalado las escarpadas montañas que se elevaban al este y al oeste: debía de haber seguido alguna de las carreteras y después deambulado por las colinas menos abruptas que las rodeaban. Si los aldeanos peinaban las inmediaciones de las dos carreteras que llevaban al Instituto, la encontrarían. En cuestión de horas, se desplegó un ejército de labradores, lecheras y pastores por las

laderas, los bosques y las cañadas.

Mientras esperaba noticias, Benjamin convocó al doctor Frahm en sus aposentos para comunicarle que se marchaban. El director entró, contempló el equipaje listo y dijo que lamentaba comprobar que eran ciertos los rumores de su partida. Benjamin se indignó al enterarse de que los habían espiado y convertido en objeto de habladurías. Los rumores debían de haber llegado hasta su mujer, provocando su huida. Benjamin culpó de su desaparición a la indiscreción del personal y a la negligencia del director.

El doctor Frahm hizo caso omiso de aquellas acusaciones y con unas pocas frases apasionadas pero frías intentó explicarle que Helen había realizado progresos considerables, que había respondido bien a las sales y que ahora entendía mucho mejor su enfermedad gracias a sus sesiones con él. Era absolutamente necesario, le dijo, que Helen se quedara y terminara su tratamiento. Por extraño que pareciera, había que interpretar el hecho de que estuviera recreando la fuga de su padre como un signo de mejora.

Benjamin tachó al doctor Frahm de fabulista y charlatán. Justo cuando el director estaba diciendo que la antipatía que Benjamin y él sentían el uno por el otro no tenía que ser un obstáculo para el bienestar de la señora Rask, alguien llamó a la puerta. Entró en la habitación uno de los conductores. Habían encontrado a la señora Rask. Un jornalero la había divisado bebiendo de un arroyo. Mientras Benjamin salía a toda prisa, el chofer lo puso sobre aviso de que las ampollas que su mujer tenía en la cara eran feas, muy feas.

◆

El ala norte cortó sus lazos con el Instituto. Las puertas que daban al resto de las instalaciones se cerraron con llave: se despidió a todas las enfermeras y todo el personal de apoyo locales, desde los cocineros hasta los conserjes. Benjamin había reunido a sus empleados americanos en unas cuantas habitaciones de la otra punta del edificio. Después volvió a su sitio al lado de la cama de Helen, para ayudar a las enfermeras y doncellas que se había traído de Nueva York. Pero había poco que hacer, dado que Helen estaba fuertemente sedada. Benjamin había establecido la dosis que, basándose en su experiencia previa, le parecía la más fuerte dentro de los parámetros seguros. Cuando la habían traído de vuelta, había sido imposible calmarla. Oyendo su desesperada mezcla de alemán e inglés, lo único que estaba claro era que sus palabras no podían seguir el ritmo de sus pensamientos. No permitió que nadie la tocara y, por primera vez durante su enfermedad, se mostró agresiva. Le sangraba la cara de rascarse compulsivamente, y se negó a dejar que le vendaran las heridas. La tuvieron que inmovilizar para sedarla.

Desde que habían traído a Helen de vuelta, al doctor Frahm no se le había permitido verla; ni siquiera podía pisar el Pabellón Norte. Si Benjamin ya había empezado a tomar el control de la situación al hacer las maletas y organizar el viaje a Alemania, la última tanda de incidentes había restablecido su lado más inflexible. No habría más tratamientos basados en supersticiones ni en conjeturas no cuantificables; no habría «sesiones» privadas; no habría espionaje ni habladurías; no habría nada que no le pareciera sensato a él, ni nada que escapara a su autoridad. Ahora que volvía a estar al mando, rememoró las últimas semanas, durante las cuales había aceptado con docilidad las decisiones de su mujer enferma y se había sometido a la charlatanería de Frahm, como si fueran parte de un sueño desorganizado. Se habría marchado de Suiza de inmediato, pero el estado de Helen no le permitía viajar. Por consiguiente, mandó un mensajero a Berlín con instrucciones para sus socios de la Haber. No debían reparar en gastos ni escatimar esfuerzos para encontrar a los mejores especialistas y mandárselos –con equipamiento y suministros– de inmediato a Bad Pfäfers.

Durante la mayor parte del día, Helen parecía flotar boca arriba, sumergida a medias en la inconsciencia, murmurando para sus adentros. Parecía que le hubieran quedado los ojos abiertos por

accidente. Al final se le terminaban cerrando, poco a poco, y se iba adormilando, sin dejar de murmurar, hasta caer dormida por un instante. Siempre se despertaba ahogando una exclamación, como si se hubiera quedado sin aire en su oscuridad interior y hubiera subido pataleando hasta la superficie para regresar al mundo. En vez de concederle reposo, su estupor narcotizado solo parecía intensificar su cansancio extremo. Su cara apenas era visible bajo la máscara inflada de los medicamentos, salpicada por las ampollas y las escamas del eccema. Las compresas solo le proporcionaban un alivio temporal. Benjamin entendía que todo aquello –su confusión, su deterioro físico– se arreglaría cuando llegara la ayuda de Berlín. Lo que lo angustiaba, y sabía que ya no se lo podría quitar nunca más de la cabeza, eran las muñecas de Helen. Su mujer se quitaba las compresas de la cara y se rascaba las costras con gran violencia hasta arrancárselas, como si estuviera escarbando para llegar a su interior. Las enfermeras le ponían guantes y trataban de limitar sus movimientos con sábanas bien prietas y fajas improvisadas, pero no servía de nada. Al final, Benjamin desgarró uno de los camisones de Helen y, tragándose las lágrimas, le ató las muñecas a la barandilla de la cama con los jirones de seda. Cada vez que se despertaba y veía sus ataduras, Helen se mostraba primero sorprendida, después furiosa y por fin inconsolable. En cuanto conseguía tranquilizarse, empezaba a mascullar hasta quedarse adormilada y el ciclo empezaba de nuevo.

El tiempo apenas hacía mella en aquella monotonía incansable. Las únicas huellas que dejaba el paso de los días eran los indicios acumulados de abandono, consecuencia del encierro de Benjamin. A fin de optimizar sus recursos limitados, las doncellas americanas trasladaban en silla de ruedas a Helen a una habitación nueva cada día, dejando atrás sábanas, vendas y palanganas sucias. Los choferes hacían trayectos diarios a las aldeas vecinas en busca de frutas y hortalizas, lácteos y otros productos esenciales. Pero Benjamin apenas comía. Por primera vez en su vida, se dejó barba. La odiaba, pero de alguna manera pensaba que debía estar allí. Era una especie de calendario. Se la afeitaría cuando llegaran los alemanes.

Y los alemanes llegaron. Benjamin salió a recibir al pequeño convoy: dos camiones de color gris pizarra y un sedán negro. Los camiones contenían suministros, equipamiento médico y a seis enfermeras; del sedán salió el doctor Aftus. Mientras las enfermeras descargaban las cajas y baúles y los metían en el edificio, Benjamin llevó al médico a su habitación. Después de unos cuantos comentarios corteses, el doctor Aftus le entregó a Benjamin una carta firmada por los miembros del consejo de administración de Productos Farmacéuticos Haber.

Estimado señor Rask:

Confiamos en que esta misiva lo encuentre bien de salud.

Nos alegramos de presentarle en esta carta al doctor Ladislas Aftus. Como podrá apreciar en su curriculum vitae (adjunto), viene avalado por las mejores credenciales académicas.

La actual línea de investigación del doctor Aftus se centra en el uso del pentilenotetrazol para tratar la esquizofrenia. Este fármaco es conocido por sus beneficios como estimulante que afecta a ciertos trastornos respiratorios y circulatorios. Pero el doctor Aftus le ha encontrado aplicaciones nuevas. Después de una meticulosa investigación estadística, el doctor Aftus ha descubierto que la epilepsia es antagónica a y prácticamente incompatible con la esquizofrenia. Y ha concluido que la concentración elevada de células gliales en los cerebros epilépticos debe de ser la causa de la baja incidencia de esquizofrenia. También ha concluido que inducir de forma artificial ataques epilépticos aumenta la presencia de glía en el cerebro esquizofrénico, y por tanto lo cura. Y se ha dado cuenta de que puede inducir esas convulsiones por medio de un compuesto especial basado en el pentilenotetrazol, que, usado en dosis grandes, provoca convulsiones parecidas a las del gran mal. Nuestros experimentos clínicos, llevados a cabo recientemente en una clínica psiquiátrica de Budapest, han mostrado un alto índice de éxitos.

La terapia convulsiva, que Productos Farmacéuticos Haber está en pleno proceso de patentar, es el futuro de la psiquiatría. Y creemos que la señora Rask es la candidata ideal para recibirla. Como es natural, el doctor Aftus le podrá suministrar todos los detalles mejor que nosotros y responder a cualquier preocupación que usted tenga.

Nuestros pensamientos están con usted y su mujer durante estos momentos difíciles.

Un cordial saludo,

Lorenz Rantzau
Wilhelm von Bültzingslöwen
Dieter Elz
Julius Birk
Reinhardt Liebezeit

◆

Hubo un periodo de espera en el que a Helen le volvieron a quitar los sedantes para que el doctor Aftus pudiera ver «el pleno florecimiento» de sus síntomas. Durante aquel tiempo, Aftus y Rask tuvieron ocasión de conocerse. Quizás porque había recibido instrucciones del consejo directivo de Productos Farmacéuticos Haber para mostrarse especialmente atento con su inversor principal, el doctor Aftus estuvo a su disposición en todo momento para contestar preguntas y discutir en detalle hasta el último aspecto del tratamiento. Benjamin se quedó encantado del contraste con el esquivo doctor Frahm y su críptica palabrería. Comía siempre con Aftus y escuchaba sus explicaciones acerca de la composición química del fármaco y su metabolismo. En su inglés fluido pero laborioso y falsamente patricio, el doctor Aftus habló a Benjamin de sus primeros experimentos con alcanfor y le explicó que había abandonado aquel convulsivo por su acción lenta, que resultaba aterradora tanto para los pacientes como para los médicos. Su nuevo compuesto era rápido y por tanto más humano, un aspecto central de aquel procedimiento en concreto y de su filosofía médica en general. A Benjamin lo impresionó aquel énfasis en la compasión y la amabilidad, ya que le recordó al ardor ético con el que Helen se había dedicado antaño al desarrollo de nuevas terapias psiquiátricas. El doctor Aftus también le ofreció estadísticas exhaustivas de sus experimentos clínicos y le suministró tablas, gráficas y diagramas. Aquellos cálculos derivados de datos empíricos –aquellas cifras– infundieron en Benjamin una sensación de seguridad: se trataba de un tratamiento basado en la observación, la experimentación y las leyes inflexibles de la naturaleza, un trabajo científico que se podía medir con estándares objetivos.

Llegó el día de la primera inyección y Benjamin se quedó desconcertado cuando se le negó el acceso a la habitación de Helen. Pidió a una de las enfermeras que fuera a buscar al doctor Aftus. Al cabo de unos minutos, estaban conversando en voz baja en una de las salas vecinas vacías. Antes de que Benjamin pudiera decir nada, Aftus le presentó una súplica levantando las manos y cerrando los ojos. No le había querido comentar aquello antes al señor Rask, pero las convulsiones no eran un espectáculo fácil de presenciar, sobre todo para un profano. Sería deplorable que ver la parte más desagradable del tratamiento lo llevara a cuestionar sus enormes beneficios. Y por encima de todo, ¿no sería razonable ahorrarle a la señora Rask la

ansiedad y la preocupación de su marido? El procedimiento sería breve, y el señor Rask podría visitarla en cuanto se terminara y su mujer hubiera descansado.

Benjamin se pasó la mañana supervisando los detalles relativos al viaje de vuelta a los Estados Unidos. El doctor Aftus le había garantizado que se podrían marchar pronto, posiblemente en menos de diez días. El efecto de su terapia convulsiva era casi instantáneo. La señora Rask estaría débil, sí, pero el doctor Aftus se había ofrecido voluntario para acompañarlos y cuidar de ella durante el viaje a través del Atlántico, y también para continuar el tratamiento en Nueva York, ya en la comodidad de su hogar. Nada podía complacer más a Benjamin. Estaba ansioso por regresar a su oficina y volver a hacerse cargo de sus negocios. Entre sus muchos proyectos, el más importante era una absorción completa de Productos Farmacéuticos Haber, que, a la vista de los hallazgos revolucionarios del doctor Aftus, parecía una inversión de lo más prometedora.

Una enfermera llamó a la puerta, anunció que la señora Rask estaba lista para recibirlo y se marchó. Mientras se ajustaba la corbata, Benjamin se dio cuenta de que todavía llevaba la barba. Se quitó la camisa y se afeitó para su mujer.

El señor Aftus se reunió con él en el pasillo y le hizo un breve informe mientras caminaban hasta la habitación de Helen. Su mujer había reaccionado de forma más que favorable al tratamiento. Habían empezado con una dosis baja para medir su tolerancia. Había sido un éxito tan grande que ahora se estaba planteando aumentar la dosis considerablemente para aprovechar al máximo cada sesión y acortar el proceso. Cuando llegaron a el cuarto, Aftus hizo una pausa antes de girar el pomo. El señor Rask debía tener en cuenta que su mujer estaría bajo los efectos del fenobarbital, que se usaba para controlar los ataques epilépticos, y por tanto algo confusa. Quizás ni siquiera pudiera hablar. Y por encima de todo, debía recordar lo que le habían dicho en numerosas ocasiones: que la terapia convulsiva se basaba en el shock, y que por tanto la señora Rask, en fin, había recibido un shock.

Benjamin se acercó a la cama con cautela reverente. Helen miraba la pared. El pecho le subía y le bajaba débilmente y un poco demasiado deprisa. Benjamin hizo un poco de ruido con los zapatos sobre las baldosas, intentando anunciarse. Helen se volvió hacia él. Su cara era una ruina desolada. Una cosa rota y abandonada, agotada de ser. Sus ojos no miraban a Benjamin, sino que parecían estar allí solo para que su marido pudiera asomarse a los escombros de su interior. Él se inclinó sobre ella, le besó la frente chamuscada y le dijo que había sido muy valiente y lo había hecho muy bien. Confió en estar sonriendo.

◆

Un vacío sin sonido. Nadie, en aquel mutismo hermético, se atrevía a perturbar la postración silenciosa de Helen. Como no hablaba, todo el mundo guardaba silencio; como no se movía, todo el mundo permanecía inmóvil. Las enfermeras y las doncellas se convirtieron en sombras blancas. Benjamin tomaba sus frugales comidas a solas en su habitación, donde pasaba todo su tiempo. Los sonidos que llegaban flotando por el aire desde las demás partes del Instituto tenían un tono subacuático: los pacientes que bromeaban en idiomas distintos de camino a los baños termales, el retumbar de los pies coordinados que seguían a un instructor de calistenia, la música ocasional, el estrépito de los conserjes. El concierto disonante de la vida parecía ser interpretado a modo de provocación para los retraídos habitantes del pabellón norte y sus votos de silencio.

El doctor Aftus le había descrito a Benjamin con todo detalle (aunque no hasta que se volvió estrictamente necesario comunicárselo) las secuelas de la primera inyección de pentilenotetrazol. La explicación había sido clara e incluso brutal. También le había mencionado el hecho deplorable de que había gente en la comunidad médica que confundía su tratamiento con un acto punitivo de violencia contra el demente: tal era la intensidad de esas convulsiones que, por desgracia, resultaban esenciales para su terapia. Aun así, nada de lo que le pudieran haber contado a Benjamin lo habría preparado para el estado de trance catatónico en el que se encontró a Helen después de su primera sesión. Nunca se había negado a afrontar ninguna de las facetas de su mujer, por dolorosas o confusas que le resultaran. Había mirado a los ojos a la tierna falta de amor que había mostrado por él durante todo su matrimonio; había presenciado como se apartaba de él para acercarse a sus escritores y músicos; había hecho frente sin pestañear al nuevo yo de Helen, poseído y desfigurado por la enfermedad. Pero aquel cadáver viviente que había quedado después del tratamiento era más de lo que podía soportar. Aquella ausencia –pese al hecho de estar, físicamente, allí– era la encarnación más siniestra y literal del miedo de Benjamin a que Helen lo abandonara. Apenas lo consolaba el hecho de que el doctor Aftus hubiera predicho el estado actual de su mujer y le hubiera asegurado que aquella era la reacción estándar y esperada a la terapia convulsiva, una reacción que, en el futuro, sería considerada «de libro de texto». Por lo general hacían falta tres inyecciones para ver unos

resultados claros, que, según le volvió a garantizar, eran prácticamente milagrosos. Tal como le solía decir, sería como si Helen se despertara de repente de un largo sueño. A veces incluso podía percibirse una ligera mejora con la segunda inyección. Desconsolado, pero con su fe en Aftus intacta, Benjamin autorizó la sesión siguiente.

Benjamin esperó en un banco situado junto a la entrada principal del edificio. Una débil media luna hacía una muesca en el cielo diurno; las murallas de los Alpes parecían más formidables; el aire enrarecido y eléctrico lo mareaba. A excepción de sus años de estudiante, nunca había pasado tanto tiempo lejos de Nueva York. Estaba cansado de sentirse extranjero: cansado de la naturaleza, de Suiza, de la ociosidad, de los médicos, de recibir explicaciones y de someterse a aquellas explicaciones a la vez que las negaba. Saber que estaría de camino a casa dentro de aproximadamente una semana lo hacía todavía más intolerante a su entorno. Volvió a levantar la vista, ofendido, para mirar aquella luna fuera de lugar.

Se abrió la puerta y salió una de las enfermeras americanas, dando tumbos y sollozando. Se detuvo de golpe y se inclinó hacia delante, apoyando las palmas de las manos en las rodillas, llorando y tratando de recobrar el aliento. Estaba negando con la cabeza, diciéndole que no al suelo, cuando lo divisó. Benjamin habría podido jurar que, en el mismo instante en que la mujer se impuso a su sorpresa y su vergüenza, hubo un centelleo de odio en sus ojos. Pero todo había pasado demasiado deprisa. Casi de inmediato, la mujer le dio la espalda y se marchó corriendo a los aposentos de las enfermeras. Poco después Benjamin fue convocado a la habitación de Helen.

Llevaba dos días sin ver a su esposa. Se detuvo frente a la puerta, preguntándose si quizás debería esperar a la inyección siguiente y a la mejoría que supuestamente había de acompañarla. Por fin entró. Al abrir la puerta esta vez, se encontró a Helen sentada en cama y apoyada en unas almohadas, de cara a él. ¿Había un tenue matiz de triunfo en sus rasgos agotados? Sin quererlo, pensó que aquella debía de ser la expresión que tenían las mujeres después de dar a luz. ¿Vio también un asomo de sonrisa? Se adentró unos pasos en la habitación y, sin de duda, vio que su mujer articulaba su nombre en silencio. De rodillas junto a la cama, la abrazó (clavícula, omóplato, columna) y lloró, creyendo, por primera vez desde que la enfermedad la había reclamado, que se iba a curar.

Durante los tres días siguientes, Helen permaneció inmóvil y callada. Su silencio tenía algo incuestionable, muy parecido a la mudez de los animales. Aun así, Benjamin no albergaba dudas sobre su mejoría. Incluso en pleno agotamiento aturdido, su mujer se encontraba más presente, y aunque no interactuara de forma plena con su entorno, por lo menos era tenuemente consciente de él. Durante sus

breves horas de visita –el doctor Aftus era inflexible en su exigencia de descanso–, Helen miraba a Benjamin, daba la impresión de reconocerlo y hasta parecía transmitirle indicios tenues de afecto con la mirada. Cuando cerraba los ojos para descansar, le daba un apretón suave en la mano, como si se despidiera de él durante un rato.

La mayor parte de sus pertenencias ya habían sido empaquetadas y enviadas en camiones de alquiler mientras les preparaban la casa de Nueva York para Helen según las especificaciones del doctor Aftus. Ahora que su fe en la recuperación de su esposa había quedado plenamente restablecida, la atención de Benjamin regresó a su trabajo. Aunque carecía de información de fuentes directas (todavía sufría la ignominia de tener que leer periódicos), veía muchas oportunidades en la remodelación de las prácticas financieras que tenía lugar en los Estados Unidos. Era el momento perfecto para introducirse en el nuevo orden que estaba surgiendo después del crac. Y por supuesto, seguía adelante con la adquisición de Productos Farmacéuticos Haber. Ya había mandado un mensajero a Berlín con una carta donde manifestaba sus intenciones.

Benjamin no era un hombre supersticioso, pero en la tarde de la tercera inyección de Helen, la última antes de su partida, regresó a su sitio en el banco de al lado de la entrada. Después de tantas semanas de inactividad, le complació experimentar aquella contracción del tiempo que tenía lugar cuando se perdía en el trabajo. Si se lo hubieran preguntado, habría sido incapaz de decir con exactitud en qué pensaba durante aquellos momentos, y sin embargo su proceso mental tenía una claridad imposible de traducir. Durante aquel ensimismamiento distraído que precedía a todas sus grandes ideas empresariales, era como si sus sentidos perdieran de vista el mundo. Incluso su yo se disolvía en la corriente de pensamientos impersonales. Por aquella razón no aceptó de inmediato la presencia del doctor Aftus, pese a que sus ojos lo habían visto acercarse con pasos lentos. Solo cuando se sentó al lado de Benjamin adquirió Aftus la solidez de lo real.

El doctor Aftus juntó las palmas de las manos, asegurándose de que cada dedo fuera un reflejo exacto del otro. Luego separó las manos, respiró hondo y dijo que había ocasiones en que los números y las estadísticas no significaban nada: todas las pérdidas eran absolutas y ni los triunfos del pasado ni los del futuro las podían mitigar.

Benjamin parpadeó en respuesta las palabras del médico.

Después de otro suspiro, el doctor Aftus añadió que el corazón de la señora Rask, que tan bien había respondido hasta entonces, le había fallado. Era consciente de que su pésame siempre sería insuficiente y, por supuesto, estaba a la disposición del señor Rask si este decidía emprender una investigación judicial.

Las montañas, el suelo y el cuerpo de Benjamin quedaron despojados de sustancia y de peso. Todo era hueco.

No se levantó: el planeta se hundió.

Benjamin entró en el edificio y tomó el pasillo que llevaba a la habitación de Helen, sorprendido de ver que sus pies se movían y que su mano giraba el pomo.

Las enfermeras se quedaron petrificadas. Benjamin se acercó a la cama. Ellas se apartaron.

Retiró la sábana como si fuera la piel de una fruta delicada. No había señal alguna de descanso en la cara de Helen. Todo el dolor había quedado sellado en su interior. Su cuerpo parecía distorsionado. Benjamin dio un paso atrás, intentando corregir mentalmente su postura.

Alguien mencionó su clavícula. Benjamin se volvió. Era la enfermera americana que había salido del edificio corriendo y llorando hacía unos días. Dijo que las convulsiones de la señora Rask habían sido tan violentas que se había roto la clavícula.

◆

Cuando Benjamin regresó a Nueva York, ya era demasiado tarde para pésames, mensajes de condolencias y memoriales. Pocos se atrevían a hablar con él; menos todavía tenían valor para darle consejos. Quienes se los daban le dijeron invariablemente que debería vender la casa: estaba abarrotada de recuerdos, y nadie querría vivir con tantos fantasmas, por muy amables o cariñosos que fueran. Él jamás se molestaba en responder. Había dejado intactas todas las habitaciones. No como en un museo. No como si estuviera esperando, desquiciado por el dolor, a que sucediera algo milagroso en ellas. De hecho, casi nunca se aventuraba fuera de su cuarto y su oficina. Las habitaciones habían sido preservadas simplemente porque, sin ellas, el universo sería un lugar más pobre. En su estado actual, contenía las habitaciones de Helen.

La casa, sin embargo, no estaba entre los pensamientos más destacados de Benjamin. Si algo reflejaba su dolor, era el celo redoblado con el que había vuelto a su trabajo. Intentó realizar una de sus discretas pero decisivas intervenciones en el mercado, centrándose principalmente en la manipulación de la moneda. Después de la Ley Bancaria de Emergencia, la Reserva Federal había impreso grandes volúmenes de dinero para satisfacer cualquier demanda posible después del pánico bancario de 1933. De forma casi simultánea, el gobierno había suspendido el estándar del oro, dejando que el dólar flotara sobre los mercados extranjeros. Haciendo uso de las enormes reservas de oro que tenía por el mundo (y en previsión de órdenes ejecutivas que regularan su comercio), Rask hizo una fuerte apuesta contra el dólar, dando por sentado que este se devaluaría como resultado de las cantidades ingentes de moneda que estaba emitiendo el gobierno. Realizó una gran inversión en la libra esterlina, el Reichsmark y monedas más lejanas, como el yen. Por un momento, los mercados respondieron a su influencia. Con el tiempo, sin embargo, la economía reaccionó favorablemente al paquete de políticas gubernamentales, y el beneficio de Benjamin fue solo marginal. También decidió que el New Deal estaba condenado al fracaso, y que Wall Street se resentiría de la serie de regulaciones introducidas en la Ley de Valores. Basándose en esas intuiciones, decidió repetir su jugada de 1929 y orquestar posiciones cortas a una escala gigantesca. En mitad de sus maniobras, tuvo que reconocer que se equivocaba. El mercado estaba respondiendo bien a las acciones gubernamentales, y

Benjamin se vio obligado a dar marcha atrás. Sus pérdidas monetarias no fueron tan grandes como el perjuicio que sufrió su reputación. Se decía en Wall Street que sus especulaciones con la moneda habían ido desencaminadas desde el principio, y que su intento fallido de golpe a la bolsa, emprendido a imitación de su éxito anterior, demostraba que solo tenía un truco viejo en la chistera. El público general –o por lo menos el lector medio de la sección de finanzas del periódico– se indignó al ver al señor Rask apostar contra la recuperación del país.

Durante aquel tiempo, la señora Brevoort hizo gala de un dolor exuberante, explorando todas las posibilidades sociales del luto. Encontró un brillo insospechado en los tonos más intensos del negro y se aseguró de rodearse de plañideras a fin de resaltar su propia versión arrogante del duelo, que ella calificaba de «decoroso». No es improbable que tras aquel espectáculo ligeramente bufonesco de pesar que representaba para su círculo de allegados sintiera un dolor genuino. Hay gente que en ciertas circunstancias esconde sus emociones verdaderas detrás de la exageración y la hipérbole, sin darse cuenta de que su caricatura amplificada revela la medida exacta de los sentimientos que pretende ocultar.

Inmediatamente después del regreso de Benjamin, se dedicó a ir a visitarlo a diario, sin importarle si estaba o no. Organizaba las cosas de la casa, tiranizaba al servicio y se daba aires de estar a cargo de todo. Rask, sin embargo, permanecía empantanado en el trabajo, ciego a las exhibiciones de la señora Brevoort y casi nunca disponible para ella. En el curso de las pocas conversaciones que tuvieron en aquel periodo, la señora Brevoort le insinuó más de una vez la posibilidad de irse a vivir a la casa: a Benjamin le irían bien la comodidad y la compañía que solo le podía ofrecer alguien próximo a Helen, alguien que la hubiera conocido y que lo entendiera a él. Benjamin nunca se dio por enterado de aquellas insinuaciones. La señora Brevoort y Benjamin no tardaron en distanciarse, hasta que su única conexión fueron las facturas que ella no paraba de mandarle a su oficina.

Con el paso del tiempo, Benjamin tuvo que admitir un hecho aterrador: la muerte de Helen no había alterado su vida. No había cambiado nada sustancia: la diferencia solo era de grado. Su luto simplemente era una expresión radical de su matrimonio: ambos eran el resultado de una combinación perversa de amor y distancia. En vida de Helen, Benjamin había sido incapaz de salvar el abismo que los separaba. Aquel fracaso nunca se había convertido en resentimiento, ni tampoco le había impedido buscar nuevos puentes. Ahora, en cambio, por mucho que su amor siguiera siendo el mismo, aquella distancia se había vuelto absoluta.

Seguía financiando las organizaciones benéficas de Helen y recurrentemente patrocinaba orquestas, bibliotecas y fundaciones para

las artes. Asociado a donaciones y becas, el nombre propio de ella se volvió sinónimo de excelencia: «una Helen» era uno de los honores más prestigiosos a los que podían aspirar compositores o escritores, y eso complacía inmensamente a Benjamin. La obra benéfica de su mujer asociada a la investigación de nuevos métodos psiquiátricos, sin embargo, fue interrumpida. Era un mundo que Benjamin no quería revisitar. Aunque al final no compró Productos Farmacéuticos Haber, sí que conservó sus participaciones en la empresa: sus sentimientos nunca le habían nublado el juicio a la hora de tomar decisiones empresariales, y aquella no era una excepción. Pese al fracaso del doctor Aftus, Benjamin seguía creyendo que la Haber era una inversión beneficiosa, y ciertamente generaba unas ganancias tan regulares como impresionantes. La terapia convulsiva allanó el terreno para lo que al cabo de unos años se convertiría en la terapia de electroshock. Para entonces, sin embargo, Benjamin ya había apartado a la Haber de la farmacia (y la había despojado de las dos primeras palabras de su nombre) para dedicarla a la industria química y a la consecución de contratos gubernamentales en distintos países.

Si Benjamin se hubiera contentado con hacer una gestión conservadora de su patrimonio, aun así su fortuna habría sido comparable con la economía de un país pequeño. Pero en los años que siguieron a la muerte de Helen, su fascinación por las genealogías incestuosas del dinero –capital que engendraba capital que engendraba capital– permaneció inalterada. Aún era un inversor eficaz, y de vez en cuando tenía algún arranque creativo. Aun así, pese al crecimiento continuo de su cartera de acciones, reinaba la percepción generalizada de que se encontraba en franco declive, de que sus métodos tenían algo rancio. Nada se acercaba a los márgenes de su era dorada. A fin de cuentas, todo el mundo estaba de acuerdo en que no hacía falta un gran talento para ganar dinero teniendo tanto. Algunos lo creían desconectado de la nueva realidad política. Otros pensaban que nunca se había recuperado de la pérdida de su mujer. Muchos decían que simplemente era viejo. Pero la mayoría se mostraban de acuerdo en una cosa: había perdido su magia. Su aura mística se había desvanecido. Había desaparecido el genio que encontró beneficios allí donde todo el mundo encontró la ruina. La impresión general era que se había terminado la era de Benjamin Rask.

Aun así, seguía igual de comprometido con sus negocios que siempre. Y sus últimos años se parecieron bastante a los primeros, cuando empezó a operar en la casa de sus padres en la calle 17 Oeste. Lo único que hacía era trabajar y dormir, a menudo en el mismo sitio. No le interesaba el entretenimiento. Solo hablaba cuando era necesario. No tenía amigos ni distracciones. Aparte de un cuerpo más lento y de algunas dolencias menores, quizás solo existiera una

diferencia sustancial entre el Benjamin de antaño y la persona en que se había convertido ahora: de joven había creído que renunciaría a todo por su vocación, mientras que de mayor estaba convencido de haberle dado una oportunidad a la vida.

Mi vida

ANDREW BEVEL

PREFACIO

Mi nombre lo conocen muchos; mis actos, algunos, y mi vida, pocos. No es algo que nunca me haya preocupado demasiado. Lo importante es el cómputo de nuestros logros, no lo que se cuenta de nosotros. Aun así, como a menudo mi pasado ha coincidido con el de nuestro país, últimamente me he convencido de que le debo al público compartir algunos de los momentos decisivos de mi historia.

No escribo estas páginas con la intención de satisfacer el deseo, tan frecuente en los hombres de mi edad, de hablar de mí mismo. Todos estos años he sido muy reacio a realizar declaraciones de ninguna clase. Esto debería bastar para demostrar que nunca he sentido inclinación a hablar públicamente de lo que hago. Toda mi vida he estado rodeado de rumores. Me he acostumbrado a ellos y nunca niego los chismes ni las habladurías. La negación es una forma de confirmación. Pero confieso que el impulso de responder a algunas de esas ficciones y refutarlas se ha vuelto apremiante, sobre todo desde que pasó a mejor vida mi querida mujer, Mildred.

Mildred fue la presencia discreta y constante en mi vida que hizo posibles tantos de mis logros. Considero que es mi deber asegurarme de que su recuerdo no se atenúe, y de que su sereno ejemplo moral perdure en el tiempo. Ofreceré aquí un retrato de mi querida esposa, resignado a saber que no conseguirá honrar plenamente su dignidad, su honestidad y su gracia.

Hay otra razón que me ha llevado a reunir mis pensamientos y recuerdos en este libro. Llevo más de una década presenciando una lamentable decadencia no solo de la vida financiera de nuestro país, sino también del espíritu de su gente. Donde antes habitaban la perseverancia y el ingenio, ahora deambulan la apatía y la desesperación. Donde antes reinaba la autosuficiencia, ahora usurpa su lugar un sometimiento mendicante. El trabajador ha quedado reducido a la condición de pordiosero. Un círculo vicioso se ha adueñado de nuestros hombres físicamente capaces: cada vez dependen más del gobierno para mitigar la miseria que crea ese mismo gobierno, sin darse cuenta de que esa dependencia solo perpetúa lo lamentable de su situación.

Mi esperanza es que estas páginas sirvan como recordatorio de la determinación infatigable que ha definido hasta ahora a nuestro pueblo. También confío en que mis palabras blinden al lector, no solo para soportar las lamentables condiciones de nuestra época, sino

también cualquier intento de sobreprotegerlos. Quizás este libro ayude a mis compatriotas a recordar que solo mediante la suma de aguerridas acciones individuales consiguió esta nación elevarse sobre las demás, y que nuestra grandeza no habría sido posible sin la interacción libre de las voluntades singulares. Es con este espíritu que ofrezco al público la narración de mi vida.

Sé que los días que me quedan por vivir son menos que los que ya he dejado atrás. No hay forma de escapar de esta contabilidad tan básica. A cada uno de nosotros se nos concede una cantidad determinada de tiempo. Solo Dios sabe cuánto. No podemos invertirlo. No podemos esperar ninguna clase de retorno. Solo podemos consumirlo, segundo a segundo, década a década, hasta que se agota. Pese a todo, aunque nuestros días en esta Tierra sean limitados, siempre podemos, por medio del trabajo y del esfuerzo, confiar en extender nuestra influencia al futuro. Y por esa razón, tras haber vivido mi vida con la mirada puesta en la posteridad y con la esperanza de mejorar las vidas de las generaciones futuras, me adentro en estos años que me quedan no con nostalgia de todo lo que ya no existe, sino con emoción por lo que todavía está por venir.

Nueva York, julio de 1938

I. ANTEPASADOS

Soy un financiero en una ciudad gobernada por financieros. Mi padre era un financiero en una ciudad gobernada por industriales. Su padre era un financiero en una ciudad gobernada por comerciantes. Su padre era un financiero en una ciudad gobernada por una sociedad estrechamente unida, indolente y puritana, como la mayoría de las aristocracias de provincias. Esas cuatro ciudades son todas la misma: Nueva York.

Aunque esta es la capital del futuro, sus habitantes son nostálgicos por naturaleza. Cada generación tiene su propia idea de lo que era «la antigua Nueva York» y asegura ser su legítima heredera. De todo eso resulta, por supuesto, una perpetua reinvención del pasado. Y eso, en consecuencia, significa que siempre hay nuevos antiguos neoyorquinos.

Los primeros descendientes de los colonos holandeses y británicos que pasaban por nuestra nobleza local no querían saber nada de aquel inmigrante alemán que se había hecho primero trampero, después comerciante de pieles y por fin magnate inmobiliario. Y solo sentían desprecio por el barquero de Staten Island convertido en magnate naviero y ferroviario. En cuanto aquellos comerciantes y constructores se unieron a los escalafones superiores de la sociedad, sin embargo, fue solo para mirar con superioridad a los recién llegados de Pittsburgh y Cleveland con sus fortunas grasientas y tiznadas de hollín. Como su riqueza era más enorme que nada imaginado hasta entonces, eran objeto de desdén y hasta se los tildaba de ladrones. Aun así, después de conquistar la ciudad, aquellos industriales a su vez mostraron su desprecio por los banqueros que estaban remodelando el paisaje financiero americano y dando entrada a una nueva era de prosperidad, tachándolos de especuladores y apostadores.

El caballero de hoy en día es el arribista de antaño. Detrás de este repertorio de personajes, sin embargo, hay una presencia constante: el financiero. Fue la inversión, la concesión y solicitud de préstamos y, más en general, la administración eficaz del capital lo que sostuvo a la ciudad en cada uno de estos periodos, con independencia de lo que se produjera y se vendiera. Pese a todo, así como esta ciudad ha cambiado de una generación a la siguiente, también ha cambiado el significado de la palabra «financiero».

No soy historiador y no tengo intención de ofrecer una explicación académica de la evolución de las finanzas americanas. Tampoco me

dedico a la genealogía ni busco exhumar hasta el último detalle de mi pasado familiar. Mi objetivo en estas páginas es circunscribirme a los eventos y personajes que se encuentran en la intersección de estos dos círculos.

WILLIAM

Mis antepasados ya hacían de bancos a título personal en muchos sentidos antes de que los bancos propiamente dichos se establecieran por todo el país. Esa estirpe de hombres de negocios arrancó en mi familia poco después de la Declaración de Independencia, en un momento en que, además del First Bank of United States, constituido en 1791, solo existían cuatro instituciones financieras privadas. Es un honor para mí seguir los pasos de mis antepasados y cumplir humildemente con el deber de salvaguardar su nombre.

Mi bisabuelo Wiliam Trevor Bevel se mudó de su Virginia natal a Nueva York con la intención de expandir el negocio familiar. Su padre cultivaba tabaco a una escala modesta. Se ganaban la vida bien, pero William le veía más potencial a la empresa. ¿Por qué debía limitarse a exportar artículos producidos en América? ¿Por qué no abastecer también la demanda creciente que los prósperos terratenientes locales tenían de productos europeos de importación?

Los planes de William se vieron momentáneamente trastornados por el embargo de Thomas Jefferson de 1807, que puso de rodillas a nuestra economía, y no a la británica, que había sido su objetivo. En mitad de su guerra con Francia, Inglaterra había recurrido a incautar mercantes americanos, confiscar su cargamento y obligar a sus tripulaciones a ponerse al servicio de la Marina Británica. A modo de respuesta Jefferson decidió librar una guerra comercial. No se importarían productos ingleses a América. Y lo que era más importante, no se permitiría que ningún artículo americano abandonara nuestras costas rumbo a las suyas. La meta era paralizar la industria británica, tan dependiente de nuestras materias primas. Pero fue nuestra nación la que más sufrió. Se echaron a perder cosechas enteras. Se obligó a los plantadores a dejar que el fruto de su esfuerzo se quedara acumulando polvo en los almacenes.

La impopularidad de aquella forma burda de intervención gubernamental se hizo patente. Sus efectos se discutían en todas las calles y se sentían en todos los hogares. William entendió que era una situación insostenible. Y sabía que se iba a tener que levantar el embargo a tiempo para las elecciones presidenciales de 1808. Para aquello, no obstante, aún faltaba un año. Por consiguiente, urdió un plan.

William solicitó un préstamo de considerable cuantía usando como aval la propiedad de su padre y a continuación pidió otro

rehipotecando la primera suma. Se cargó de deudas para poder comprar a quienes, como sus padres, no conseguían vender sus productos. Pero en lugar de tabaco, que no habría podido almacenar como era debido, adquirió productos no perecederos, en particular algodón de las tierras del sur y azúcar de la recién adquirida Louisiana. Su operación se basaba en el supuesto de que podría vender las mercancías en Europa cuando se levantara el embargo y liquidar sus deudas al tiempo que obtenía un beneficio.

En todas partes los productores se las veían y se las deseaban únicamente para conservar sus patrimonios en manos de sus familias. William, que solo tenía veintiséis años, fue recibido como un salvador. Los precios cayeron en picado mientras los dueños de plantaciones competían unos con otros para cerrar tratos con él. Y mientras pudo, hizo lo que estaba en su mano para ayudar al máximo número de gente, proporcionando ayuda a incontables familias muy necesitadas.

Todo esto sucedió deprisa y dejó de ser un buen negocio en cuestión de meses. Otros compradores lo imitaron y pronto ya fue imposible conseguir gangas. Para entonces, sin embargo, William ya estaba en posesión de unas existencias impresionantes. Poco después concluyó el embargo. Para cuando terminó de vender su inventario en Europa, ya había amasado un capital sustancioso.

Casi de la noche a la mañana, mi bisabuelo se convirtió en una autoridad financiera. La gente acudía a él para pedirle consejo y dinero prestado. Sus tarifas siempre eran mucho más bajas que las de los pocos bancos que existían. Y a medida que se multiplicaban aquellos préstamos, se le ocurrió que podía empezar a realizar transacciones con ellos, creando así, casi a solas, un próspero mercado secundario. De este surgieron nuevas asociaciones provechosas y oportunidades de inversión.

Era un innovador y un visionario. Sus experimentos con las divisas para sus transacciones europeas, sin ir más lejos, se adelantaron a su época. Fue pionero con los contratos de futuros (por medio de los cuales comprador y vendedor fijaban un precio, inmune a las fluctuaciones del mercado, para unos productos que todavía no existían, como por ejemplo cosechas que ni siquiera se habían plantado), cuando estos todavía eran unos instrumentos financieros exóticos que muy poca gente había probado. Respaldó, para gran beneficio suyo y del país, los billetes del Tesoro que el gobierno hizo circular para sufragar la Guerra de 1812, y que llevarían al primer papel moneda de nuestra nación, emitido en 1815.

Más ejemplos de su visión para los negocios.

Mostrar su espíritu pionero.

Aunque por entonces ya existía una clase mercantil en Nueva York, y la ciudad giraba en gran medida en torno a los negocios, también se

consideraba de mal gusto hablar de dinero. Es más: estaba mal visto involucrarse en cualquier clase de industria. Se suponía que un caballero de verdad era alguien dedicado al ocio. De las operaciones financieras que hacían ese ocio posible, sin embargo, no se hablaba en sociedad. Aquello colocaba a mi bisabuelo en una posición incómoda. Aunque sus servicios eran muy apreciados, quienes se beneficiaban de ellos le hacían el vacío. Harían falta tres generaciones para empezar a corregir aquella tendencia hipócrita, sin terminar de suprimirla.

A lo largo de su carrera empresarial, William siempre se aseguró de recordar sus inicios durante el embargo de Jefferson. Aquella experiencia le había impartido dos lecciones que se tomaba muy en serio. La primera era que las condiciones ideales para los negocios nunca se daban espontáneamente. Había que crearlas. Aunque al principio el embargo había hecho trizas sus sueños, había terminado encontrando la manera de darle la vuelta a la situación para su beneficio. Y su segundo y principal descubrimiento era que el interés propio, si se encauzaba correctamente, no tenía por qué estar divorciado del bien común, tal como demostraban de forma elocuente todas las transacciones que había llevado a cabo en su vida. También yo me he esforzado siempre por seguir esos dos principios: uno debe crear su propio clima favorable y el beneficio personal tiene que ser un bien público.

Y no es el único rasgo que me asemeja a mi antepasado. Se da el caso de que mi bisabuelo tenía inclinaciones artísticas. Fue, de hecho, el único miembro de la familia que dio señales de tal disposición, además de mí. Sin haber recibido jamás educación formal en el terreno de las bellas artes, era un dibujante consumado. Aunque carezco de destreza con el carboncillo o la tinta, me gusta creer que he heredado su buen ojo. Y confío en que mi colección de arte, de la que hablaré más tarde, dé testimonio de esto. Pero hay un parecido más, y más literal, entre nosotros. Entre los muchos dibujos de William, hay unos cuantos autorretratos. Tengo uno de ellos delante ahora mismo. Mirarlo es como mirarme al espejo.

CLARENCE

A pesar de su éxito, o quizás precisamente por él, Nueva York nunca se terminó de abrir a William. En consecuencia, se casó con una familiar de uno de sus socios de Philadelphia. En Louisa Foster tuvo a una compañera muy afectuosa. También era una mujer práctica y con muy buen gusto que supervisó hasta los últimos detalles de la casa que construyeron en la calle 23 Oeste. A sus primeros dos hijos los perdieron a los pocos meses de vida, a raíz de una rara enfermedad respiratoria. Por esa razón el tercero, Clarence, nacido en 1816, llevó una vida bastante recluida. Durante sus primeros años, el niño apenas salió de casa, donde lo mantenían apartado de las ráfagas repentinas de viento, del polen, del polvo y de cualquier otra posible amenaza para sus pulmones.

Clarence tenía una gran mente para las matemáticas. Su pasión por los números se incrementó durante el aislamiento de sus primeros años. La soledad y su talante estudioso, sin embargo, lo volvieron un poco ermitaño. Aunque no conservo recuerdos de mi abuelo, sé que sufría una grave tartamudez que, por supuesto, le dificultaba todavía más la interacción social. Poseía todas las cualidades comúnmente asociadas con la genialidad intelectual. Era despistado y retraído y su trabajo lo absorbía en detrimento de las tareas cotidianas más básicas, para las cuales era encantadoramente inepto.

En contra de los deseos de su mujer, William mandó a su hijo a la Universidad de Yale. Clarence se encontró a gusto en el resguardado mundo académico: por primera vez estuvo rodeado de sus iguales en el plano intelectual. Destacaba en geometría, álgebra y fluxiones. Tímido y solitario, pese a todo consiguió llamar la atención del profesorado y volverse una especie de leyenda académica.

Su tratado matemático. Título. Resumir.

Al acercarse la fecha de su graduación, se lo animó a quedarse más tiempo en Yale y continuar con sus estudios a fin de convertirse en profesor de matemáticas, un título que se acababa de añadir al catálogo de la universidad. Y a punto estuvo de hacerlo. Pero se estaban gestando problemas en su ciudad, Nueva York.

El precio del algodón se había desplomado, mientras que el del trigo, que constituía el sustento de la mano de obra, había subido como resultado de las malas cosechas. Debido a que el algodón se empleaba como valor de garantía para la mayoría de los préstamos, hubo una oleada de impagos. Esto, junto con la subida de tipos de

interés, llevó al Pánico de 1837. William tuvo que hacer gala de una gran fortaleza y astucia para reubicar sus inversiones. Solo gracias a su inmensa destreza fue capaz de proteger su patrimonio y legárselo casi intacto a Clarence. Pero me temo que tuvo que pagar un precio. No es improbable que esa crisis tuviera algo que ver con el ataque al corazón que se llevó a William a finales del año siguiente.

La recesión que siguió al pánico no dejó tiempo para llorar su muerte. Clarence tenía un talento asombroso para los números. Tenía los contactos de su padre. Tenía la reputación de su apellido. Tenía capital. Había una cosa que le faltaba, sin embargo: habilidad social. Ninguna iniciativa empresarial podía triunfar plenamente sin una verdadera comprensión de la conducta humana. Para Clarence, sin embargo, las finanzas eran una pura abstracción matemática. Por ese motivo, bajo su guía, la familia entró en un periodo que favorecía la estabilidad por encima de la expansión.

Sus métodos únicos y discretamente creativos. La era de la Banca Libre. Oportunidades en la fluctuación de la moneda, etc. 2-3 ejemplos.

A pesar de su personalidad reservada, Clarence se casó joven. Puede que ese fuera el acontecimiento más afortunado de su vida. Thomasina Holbrook, mi abuela, lo amaba justamente por todas aquellas cualidades que lo alejaban del resto del mundo. Tommy, como la llamaban sus allegados, siempre cuidó bien de él y se reía cariñosamente de sus excentricidades, que le parecían adorables.

Más sobre Tommy.

EDWARD

Después de la guerra de Secesión, el negocio familiar afrontó el momento más difícil de su historia. Clarence vio la necesidad de dar un giro drástico. Se deshizo del algodón, del tabaco y del azúcar, no porque hubieran caído los precios ni porque las plantaciones hubieran sido arrasadas por la guerra o confiscadas por el gobierno federal, sino porque era lo correcto. En este sentido, siguió las enseñanzas de su padre, según las cuales el beneficio personal debía coincidir con el bien del país. Después dimitió y le cedió el mando a su hijo, mi padre.

Edward era un reflejo invertido de su padre en casi todos los sentidos. Mientras que Clarence era retraído, Edward era sociable. Si uno solo actuaba después de efectuar cálculos minuciosos, el otro se comportaba de forma impulsiva y tenía una intuición infalible. El padre era de baja estatura y sus rasgos delicados parecían reflejar la amabilidad de su espíritu, mientras que el hijo tenía una constitución alta y fornida que evidenciaba su fortaleza de carácter.

Ni ayas ni tutores podían contener a Edward, y se lo calificó casi unánimemente de niño rebelde. Corría de arriba abajo por las escaleras de la casa de la calle 23, ocupaba todas las habitaciones con sus juegos, pintaba escenas extravagantes en las paredes y desmantelaba el mobiliario para construir fuertes. Líder nato, reclutaba a otros niños e incluso a adultos para que siguieran sus órdenes. Lo que todo esto demuestra es que desde la más tierna edad ya tenía la capacidad de moldear el mundo a su voluntad.

Tommy, siempre intuitiva, entendía que el problema no era la conducta de su hijo. Era simplemente que su entorno le venía pequeño. Así pues, se hizo construir una casa de veraneo en el condado de Dutchess. En La Fiesolana, una magnífica villa de estilo florentino a orillas del río Hudson, Edward estaba en su elemento. Allí no se reprimían sus juegos salvajes y se le daba rienda suelta para que agotara sus energías. Aprendió todos los deportes imaginables y destacó en todos ellos. Ya en la infancia demostró ser un jinete natural, y durante su primera juventud descubrió la caza, que se terminaría convirtiendo en su gran pasión. Sigo conservando las cabezas de las piezas que se cobró por todo el país. Pronto La Fiesolana pasó a ser más que una simple casa de veraneo. Fue, hasta el final, el verdadero hogar de mi padre.

Clarence mandó a su reticente hijo a Yale. Atlético, imponente y provisto de un encanto rústico, mi padre no tardó en convertirse en el

centro de atención de todos los encuentros deportivos y sociales. Era uno de esos hombres poco frecuentes que, sin intención alguna, quebrantaban las normas del protocolo y la etiqueta pero de alguna forma conseguían que todo el mundo se sintiese aún más cómodo. Sin embargo, aunque le iba bien en los estudios con un esfuerzo mínimo, estaba impaciente por salir al mundo real y dejar su marca. Y, a decir verdad, mi padre no necesitaba una educación formal. Había nacido con sus talentos ya plenamente formados.

A Clarence lo decepcionó pero no le sorprendió que su hijo anunciara que al terminarse el verano no iba a regresar de La Fiesolana a New Haven para comenzar el tercer año de carrera. Se llegó a una solución de compromiso. Mi abuelo exigió a Edward que lo acompañara a diario a su despacho. Mi padre se quejó, pero no tardó en encontrarle el gusto a la situación.

La naturaleza competitiva del trabajo y su éxito inmediato satisfacían al deportista que llevaba dentro. Resultó que Edward era un hombre de negocios nato, tal como demostrarán mis páginas dedicadas a su vida y su legado. No tardó en convertirse en la cara visible del negocio familiar y conducirlo por rutas todavía más exitosas. Detalles.

En uno de los muchos eventos sociales a los que ahora le tocaba asistir le presentaron a Grace Cox. Muchos la consideraban el mejor «partido» de su quinta. Y había quien pensaba lo mismo de Edward. A nadie le sorprendió, por tanto, ver que su primer encuentro terminaba en noviazgo. El noviazgo no tardó en llevar al compromiso, y poco después a la boda.

Más sobre madre.

Grace completó la nueva vida de Edward. La pareja pasó varias temporadas ocupando el centro de la vida social de Nueva York. Y en los veranos se llevaban Nueva York con ellos a La Fiesolana. Si aquel tramo del Hudson ha florecido hasta convertirse en lo que es hoy, se debe en parte a que sus amistades y socios se construyeron casas en las parcelas vecinas para estar cerca de mis padres.

Más sobre las maravillosas cualidades de madre en el capítulo siguiente. De momento baste con decir que Grace hacía honor a su nombre. Su belleza, su elegancia y su desenvoltura le conferían un aire de autoridad amable. Se la admiraba universalmente. Y en los momentos de oscuridad, era el faro al que la gente acudía para que les recordara sus mejores cualidades y sus aspiraciones más nobles.

Uno de aquellos momentos llegó en 1873, cuatro años después de que mis padres se casaran. Aquella primavera se desplomaron todos los mercados de Europa. Poco después quebró la Jay Cooke & Company, la mayor sociedad de inversión de la época. Hubo una estampida bancaria. Entretanto, la escasez en la oferta de moneda,

combinada con la sobreabundancia de productos generada por el boom de la manufactura posterior a la guerra de Secesión, llevó a una caída sin precedentes de los precios. Los años siguientes, y hasta el final de la década, se conocerían como la Gran Depresión. Un puñado de periodistas nada imaginativos ha robado recientemente este nombre para describir nuestra recesión más reciente, una inconveniencia que parece casi benigna en comparación con el original de 1873.

Fue durante esa difícil época cuando Grace se convirtió en el corazón mismo no solo del círculo de amistades de mis padres, sino también de varias asociaciones benéficas que habían nacido para mitigar el golpe de la crisis. Dueña de sí misma y sobriamente jovial, tranquilizaba y animaba incluso a los más ansiosos de sus allegados. Algunas anécdotas.

Entretanto Edward, con su intuición infalible, había reclamado la devolución de sus préstamos antes del pánico y había negociado con éxito una partida de bonos de la New York Central Railroad. Esto, junto con otras decisiones arriesgadas pero astutas que contaré más adelante, le proporcionó a mi padre una reserva disponible de dinero en metálico en un momento en que este escaseaba. Ahora se encontraba en una posición única para ayudar a paliar la contracción de la economía. Y una vez más demostró, tal como habían hecho sus antepasados, que el beneficio personal y el bien común no eran conceptos antagónicos, sino que en manos capaces se podían convertir en las dos caras de la misma moneda.

Nací en 1876, pocos años después de aquellos acontecimientos. Todas las versiones concuerdan en que aquel fue el inicio de la época más feliz de mis padres. Descubrieron los placeres domésticos y se entregaron a la vida familiar. Al cabo de unos meses, nos mudamos a La Fiesolana con mis abuelos Clarence y Tommy. Mi padre venía del trabajo los fines de semana y se marchaba abatido todos los lunes, y su forma de compensarnos por su ausencia era irse de compras compulsivas por la ciudad a fin de poder volver con regalos para mi madre y para mí. Me entristece no poder acordarme de aquellos días, pero me consuela saber que los últimos años de mi padre también fueron los más felices.

La aflicción que acabaría con su vida ya llevaba un tiempo gestándose, inadvertida. Un aneurisma roto se lo llevó una tarde mientras se preparaba para marcharse de la oficina. Nunca he dejado de preguntarme cómo le pudo pasar aquello a semejante ejemplo de salud. Mi familia quedó despojada en un solo instante de la felicidad que había alcanzado hacía tan poco. Yo tenía cuatro años.

La tragedia no tardó en golpear otra vez. Clarence, mi abuelo, sucumbió a la pena por la muerte repentina de su hijo. Siempre

retraído, empezó a rechazar toda interacción. Se pasaba los días debajo de un roble, contemplando el río. Fue allí donde su corazón, roto, se detuvo.

Poco a poco, mi madre superó lo bastante la pena como para llevar la casa y convertirse en la presencia cariñosa que daría forma a mi existencia. Adoptó un rol activo en mi primera educación, supervisando a mi aya y a mis tutores y siguiendo de cerca sus programas de estudio. Fue durante aquella época cuando empecé a mostrar una aptitud poco usual para las matemáticas.

Mi madre encontró a los mejores instructores posibles para fomentar aquellos talentos y contrató a profesores con las mejores credenciales de la ciudad. Su fe en mis dones, sin duda magnificada por su amor de madre, era tal que hasta me trajo a un joven académico de Cambridge para que me impartiera lecciones. Pero también esto le pareció insuficiente, y poco después de mi octavo cumpleaños me mandó a una escuela en New Hampshire.

En la mayoría de los sentidos, fue la decisión más adecuada, dado que mi facilidad aparentemente espontánea con los números se la debo a la rigurosa formación que recibí durante mis primeros años. Solo hay una razón por la que desearía no haberme ido de casa. En mitad de mi tercer año de escuela, mi madre contrajo una grave enfermedad. No conseguí volver a casa a tiempo para que nos despidiéramos. Es una de las grandes penas de mi vida. Leal como siempre, Tommy permaneció cariñosamente a mi lado hasta que empecé la universidad. Creo que esperó a verme ya encaminado en la vida para permitirse a sí misma descansar por fin.

II. EDUCACIÓN

Mis años de colegial y universitario revelaron una interesante amalgama genealógica: en mí, el temperamento de mi padre formaba una aleación con el espíritu de mi abuelo. Sin ser exactamente el rey del campus, llevaba una vida social activa. Y sin ser un académico ermitaño, siempre obtenía unos resultados excelentes, sobre todo en el terreno de las matemáticas. Es algo que debo agradecerle a mi madre. Fue ella la primera en ver, ya desde el principio, mi aptitud innata para los números, y fue también ella la primera que fomentó mi talento heredado para el álgebra, el cálculo y las estadísticas.

Todo financiero ha de dominar múltiples disciplinas, porque las finanzas son el hilo que recorre todos los aspectos de la vida. Son el nodo donde confluyen las distintas corrientes de la existencia. Los negocios son el denominador común de todas las actividades y empresas humanas. Esto a su vez significa que no hay asunto que no ataña al ámbito del hombre de negocios. Para él, todo es relevante. Es el verdadero hombre del Renacimiento. Y por esa misma razón me dedico a la búsqueda del conocimiento en toda disciplina concebible, desde la historia y la geografía hasta la química y la meteorología.

Mi visión de los negocios es científica. Toda inversión requiere el conocimiento en profundidad de una miríada de detalles específicos. Para que triunfe una iniciativa empresarial, hay que convertirse en especialista, a veces de la noche a la mañana, en todos sus aspectos. Siempre he dicho que mi verdadero trabajo empieza al sonar la campana del cierre, cuando me pongo a estudiar carpeta tras carpeta de registros industriales, resúmenes detallados de asuntos de actualidad e informes sobre los últimos avances tecnológicos. Mis años de estudiante me dieron una sólida base para este tipo de curiosidad disciplinada.

Este capítulo mostrará que no hay inversión que devuelva mayores dividendos que la educación. Nunca he abandonado este credo, y me considero un estudiante perpetuo. Con el paso de los años, Mildred y yo hemos trabajado sin descanso para garantizar que otros reciban las oportunidades que tuve yo.

INFANCIA

Padre. Describir primeros recuerdos de él. Volvió a ser un niño que construía fuertes, jugaba en el bosque y se inventaba aventuras. El incidente a orillas del río.

Edward había salido claramente a Tommy. Estratega brillante. Su coalición durante el Pánico del 73. Rescate del negocio familiar. Emisión entera de bonos de la NYCRR: trofeo.

Madre

MATEMÁTICAS con gran detalle. Talento precoz. Anécdotas.

UNIVERSIDAD

Afianzamiento del carácter.

Hacer amistades duraderas y poner a prueba el carácter. Igual de esencial para los negocios que dominar los números.

Los muchachos. Anécdotas variopintas. Archie, Cager, Dick, Fred, Pepper, etc. La fraternidad. Liviandad general. ¿Humorístico?

Accidente de equitación. Confinado en cama. Encontrar perspectiva y centrarse. Fin de las distracciones juveniles.

Receptivo al arte.

Prof. Keene primer mentor genuino en matemáticas. Vio talento y potencial. Panegírico.

Exalumnos, biblioteca, etc.

APRENDIZAJE

III. NEGOCIOS

Un siglo exacto separa la eclosión en los negocios de mi abuelo y la mía. William encontró su oportunidad durante el embargo de 1807. Yo aproveché la mía durante el Pánico de 1907. Los dos vimos la necesidad de saltar a la palestra en aquellos momentos de crisis. Por entonces William no dudó en hipotecar la finca familiar varias veces para invertirlo todo en su empresa. De la misma forma, yo no tuve reparos en usar el capital que él había adquirido y mis antepasados habían expandido a lo largo de las décadas.

El pánico como oportunidad para forjar relaciones nuevas. (Siguiendo el ejemplo de Edward en 1873.)

SECCIÓN ENTERA: ¿«Aproximación racional a los negocios»?
Ampliar algunos modelos matemáticos desarrollados bajo la tutela del Prof. Keene. Adaptar fórmulas de negocios. Hacerlas accesibles para el lector medio. ¿Sección «Nuevos proyectos empresariales»?
Consolidación.

Fin de la política de no intervención, inicio de las regulaciones gubernamentales: demandas antimonopolio, políticas monetarias, banca central, Comisión Monetaria Nacional.

Primer encontronazo con la prensa. Opinión pública. El valor del silencio.

La Cartera de Inversiones Bevel. Limitó la cantidad de acciones disponibles y protegió el valor para los accionistas.

Salvaguardar el futuro de la nación. Medidas preventivas.

SECCIÓN ENTERA: ¿«Tormenta en el horizonte»?

Jekyll Island. Oposición al banco de la reserva federal.

Rva. Fed. Peligro y precauciones.

Arte. Colección, etc.

Recesión de 1920-21. Rva. Fed.

IV. MILDRED

Ya hace casi dos décadas que Mildred entró en mi vida y la cambió para siempre. En ella encontré no solo consuelo y apoyo, sino también inspiración. No soy dado a los arranques de lirismo, pero me resulta inevitable afirmar que Mildred fue mi musa. Gracias a ella, una carrera ya exitosa se elevó a nuevas alturas. No es casualidad que mis años más prósperos fueran también los más felices.

Hay gente que está dotada de una visión excepcionalmente clara. No hay nada que les resulte demasiado complejo ni misterioso. Las respuestas que para los demás son invisibles se encuentran a plena vista para esa minoría iluminada. Su acercamiento al mundo es elemental e infalible. Ven más allá de las falsas complicaciones y encuentran las verdades simples de la vida. Mildred gozaba de esa lucidez. Además, las dificultades de sus primeros años y su salud siempre delicada le habían conferido esa sabiduría inocente pero profunda de quienes, como los niños o los ancianos, están en los márgenes de la existencia.

Era demasiado frágil y buena para este mundo, y se nos apagó demasiado pronto. Las palabras no bastan para expresar lo mucho que la echo de menos. El mayor don que he recibido fueron los años que pasé a su lado. Me salvó. No hay otra forma de decirlo. Me salvó con su amor a la belleza y su amabilidad. Me salvó creando un hogar para mí.

UNA NUEVA VIDA

En otoño de 1919, la esposa de un socio comercial mío organizó una cena para presentar en sociedad a la señora Adelaide Howland y a su hija, que acababan de regresar de una larga estancia en Europa. Apenas conocían a nadie en Nueva York, y la velada en su honor estaba destinada a ampliar su círculo social.

Las circunstancias de su viaje eran bastante peculiares. Lo que había empezado como una agradable gira para ampliar la educación de su hija terminó siendo una estancia prolongada y casi permanente en el extranjero. Primero, la larga y fatal enfermedad pulmonar del señor Howard, y después el estallido de la Gran Guerra les habían impedido durante años salir del Viejo Continente.

Originarias de Albany, madre e hija habían desembarcado en Nueva York en la primavera de 1919 y habían decidido quedarse aquí. Apenas tenían un puñado de amistades en la ciudad, pero la señora Howard quería un nuevo comienzo para su hija y pensó que Nueva York sería un entorno más acogedor para una extranjera. Porque en eso se había convertido prácticamente su hija tras pasar en Europa sus años de formación. Incluso tenía un ligero y encantador acento que resultaba imposible de ubicar. Aunque se le atenuó con el tiempo, por fortuna nunca terminó de perderlo.

La tarea de describir los rasgos de Mildred queda muy lejos de mis habilidades verbales. Jamás podría hacer justicia a su delicada elegancia. Sí puedo decir que me fascinó en cuanto nos presentaron. Aquella primera impresión nunca se disipó. Al contrario. Cuanto más la conocí, más se intensificó su belleza, porque su encanto y su desenvoltura eran las manifestaciones externas de su espíritu. Imagen vale más que 1.000 palabras: reproducir aquí el retrato de Mildred en La Fiesolana que hizo Birley.

Su madre le dio permiso para pasear conmigo por Central Park. No puedo decir que durante aquellas caminatas nos conociéramos mejor, porque la sensación que nos daba era que nos conocíamos desde siempre. Aun así, durante aquella primavera compartimos detalles de nuestros pasados y esperanzas para el futuro. Pero nunca nos sentimos como dos personas que se presentan el uno ante el otro. Éramos más bien como dos viejos amigos que se reencontraban tras pasar mucho tiempo separados. La sensación de intimidad fue inmediata, igual que mi certidumbre de haber encontrado por fin a mi afectuosa compañera.

Como sus padres se habían visto consumidos por las penurias de la enfermedad y la guerra, Mildred se había hecho cargo en gran medida de su propia educación. Le atraían las artes, y su buen gusto natural había acabado siendo su mejor mentor y maestro. El estatus heredado de una obra no significaba nada para ella. No le importaban las opiniones de los críticos y le traían sin cuidado los dogmas académicos.

Más aún que la pintura amaba la literatura. Era una lectora incansable que seguía sus inclinaciones por encima de las reglas que le dictaban los guardianes del gusto, trazando así su propio camino. Ampliar.

De todas las artes, sin embargo, era la música la que ocupaba el lugar más prominente en su corazón. Sin sus hermosas grabaciones, que nunca dejaban de sonar en el fonógrafo, y sin los pequeños recitales que organizábamos de vez en cuando para un puñado de amistades, nuestro hogar habría sido igual de frío que un museo. La calidez que irradiaba Mildred era su cualidad más maravillosa y también la mayor aportación que hizo a mi vida. Veía la belleza del mundo, y, mientras tuvo fuerzas en su delicado cuerpo, su misión fue ayudar a los demás a verla también.

La estancia demasiado breve de Mildred entre nosotros dejó huellas indelebles. Su amabilidad y su generosidad marcaron a todo el mundo. Ejemplos. Y sé que su amabilidad seguirá alcanzando a las generaciones venideras, mucho después de que yo me vaya.

EL HOGAR

Años antes de nuestra boda, yo había adquirido una casa en la calle 87 Este, cerca de la Quinta Avenida. Aunque siempre había estado vacía, desde el primer momento tuve planes para ella. Con el tiempo fui comprando una serie de propiedades anexas. Mi intención era ser dueño del tramo occidental restante de mi manzana y también de la sección equivalente al norte, hasta la esquina de la Quinta Avenida. De esa manera, me podría construir una casa con vistas a Central Park.

Se dio el caso de que, poco después de mi boda, me encontré en posesión de la última pieza de aquel rompecabezas. Por fin quedaba consolidada nuestra parcela. ¡Cualquiera que sepa algo de la situación inmobiliaria de Nueva York entenderá que aquella ambición, modesta en comparación con otras, fue uno de los mayores triunfos de mi carrera!

George Calvert Leighton y su firma trazaron los planes arquitectónicos, la hilera de casas adosadas fue demolida rápidamente y empezamos a construir de inmediato. Durante aquella fase del proyecto, Mildred y yo nos mudamos a La Fiesolana. Mi mujer se quedó encantada. Gracias al tiempo que había pasado en la Toscana, apreciaba genuinamente la perfección con que Tommy, mi abuela, había replicado lo mejor de Italia en el condado de Dutchess.

En cuanto Mildred estuvo instalada, infundiendo vida y calidez a cada habitación con sus pequeños toques, reanudé mi trabajo en Manhattan. Fue una época de mucho ajetreo, puesto que me dediqué a ayudar a sacar la economía de la recesión que había estrangulado al país después de la Gran Guerra, y que he descrito en el capítulo III. De lunes a viernes, al salir del trabajo, visitaba las obras de la casa. Y todos los fines de semana emprendía el viaje a La Fiesolana cargado de regalos para compensarla por mi ausencia. Igual que mi padre.

La casa estuvo terminada dos años más tarde. La felicidad de Mildred después de mudarnos fue también la felicidad más abrumadora que he experimentado nunca. Se deleitaba con las pequeñas tareas y encontraba la mayor satisfacción en los placeres simples de la vida. El hecho de que su mayor lujo fuera una taza de chocolate caliente al final de la jornada debería hablar con elocuencia de su naturaleza humilde y sencilla.

Pequeñas anécdotas cotidianas.

El destino cruel quiso que Mildred contrajera su enfermedad poco después de instalarse en nuestra nueva residencia. Una fatiga incesante

fue el primer síntoma de lo que terminaría siendo una larga agonía. Los médicos le prescribieron reposo en cama y una dieta enriquecida, pero todo el descanso y la comida del mundo no bastaron para devolverle la salud. Al principio no podía reunir la energía suficiente para seguir el ritmo de nuestros compromisos sociales. Pese a todo, por débil que estuviera, seguía haciendo su vida por toda la casa. Pronto, sin embargo, se vio incapaz de asistir a los recitales musicales que tan gratos le resultaban.

Como no podía ir a las salas de conciertos, trajo la música a casa organizando pequeños recitales en nuestra biblioteca. Eran reuniones informales y sin pretensiones. En el salón de la segunda planta, que tenía una acústica excelente, tocaban solistas o conjuntos de cámara. Con frecuencia se nos unían un puñado de amistades para asistir a aquellos programas vespertinos. Recuerdo perfectamente la sonrisa melancólica de Mildred, su mirada extasiada y la forma en que meneaba suavemente las manos sobre el regazo, como si estuviera dirigiendo una orquesta.

Poco después de empezar a ejercer de anfitriona de nuestras pequeñas veladas musicales se vio obligada a renunciar a sus amados paseos por el parque. Eso, sin embargo, no mitigó su amor a la naturaleza. Empezó a pasar las horas más frescas de la mañana en nuestro invernadero y desarrolló un interés apasionado por las flores. A lo largo del año recibía especímenes exóticos de distintas partes del mundo. Su mirada pictórica encontraba un placer sin fin en componer ramos de todas las formas y tamaños, muchos de ellos inspirados por los cuadros de nuestras paredes.

Una afición particularmente encantadora que tenía consistía en reproducir hasta el último detalle los arreglos florales de algunas de nuestras pinturas. El jarrón del fondo de un Ingres, los jardines de Fragonard, con sus distintos ramilletes, las coloridas guirnaldas y ramos de un Van Thielen, las cascadas florecientes de Boucher... Mildred les dio vida de forma literal. Era tanta su pasión que hasta compré unos cuantos cuadros de De Heem, Ruysch, Van Aelst y otros artistas holandeses especializados en flores solo para consentirle a Mildred su encantador pasatiempo.

Más escenas domésticas. Sus pequeños toques. Anécdotas.

Por culpa del declive de sus fuerzas se vio confinada o bien a sus habitaciones, o bien a un sillón de la galería central, donde le gustaba pasar las tardes y las veladas. Allí se sentaba con un libro y una taza de chocolate caliente, rodeada de música, arte y flores. Era una lectora ávida, a quien le atraían todos los géneros, desde la poesía italiana hasta los grandes clásicos franceses, y ambas cosas las leía en el idioma original. A medida que se deterioraba su salud, sin embargo, empezaron a gustarle las novelas de misterio. Aunque Mildred siempre

mostraba una indiferencia absoluta hacia el prestigio establecido de una obra, de entrada, como una niña dulcemente rebelde, me ocultó aquella pasión que acababa de encontrar. Luego la tachó de simple distracción, o de pasatiempo ligeramente embarazoso. Aquellos libros no eran verdadera literatura, dijo. Quizás tuviera razón. Pero lo cierto es que, a medida que se deterioraba, los dos encontramos placer en ellos.

Entre mis recuerdos más gratos de aquellos años se cuentan nuestras cenas juntos, en que me hablaba de los libros que había leído. No me acuerdo muy bien de cómo empezó aquella costumbre, pero con el tiempo la convertimos en una especie de ritual. Cada vez que terminaba de leer una novela que le había gustado, me la contaba durante la cena. Tenía una memoria prodigiosa y la sagacidad de la señorita Marple. No había detalle lo bastante pequeño como para escapar a su atención. Su forma de escrutar hasta la última migaja de información habría avergonzado al detective más meticuloso. Entre el primer plato y el postre me narraba un libro de cabo a rabo, incluyendo las notas a pie de página de sus conjeturas y predicciones. Confieso que aprendí a disfrutar de aquellos pequeños misterios. Pero solo en sus apasionadas versiones. Era maravilloso mirarla, iluminada, perdida en la narración. Tan cautivada se quedaba por la trama, y yo tan cautivado por ella, que se nos enfriaba la comida de los platos. ¡Cómo nos reíamos cuando nos dábamos cuenta! Siempre me pedía que adivinara quién era el asesino, pero yo había estado demasiado distraído mirándola, y nunca eran el mayordomo ni la secretaria que yo le sugería como sospechosos principales. Con eso nos reíamos aún más, mientras yo fingía regañarla por hacer que se nos enfriara la comida.

Ni siquiera en los momentos más duros se quejó ni perdió la alegría. Y jamás dejó de hacerse cargo de una infinidad de detalles invisibles pero maravillosos a mi alrededor. Todos aquellos pequeños gestos cariñosos mejoraban mi vida sin que yo me diera cuenta. Aunque la quise y la aprecié desde el momento mismo de conocernos, solo después de que se fuera me di cuenta de lo trascendental y ubicua que había sido su influencia en mi mundo cotidiano...

BENEFACTORA

No es casualidad que el inicio de la obra filantrópica de Mildred coincidiera con el declive de su salud. Con su sabiduría intuitiva, entendía que todos los momentos importaban. Si ella no podía mejorar, entonces haría del mundo un lugar mejor.

El apoyo activo de Mildred a las artes en general y a la música en particular empezó en el momento en que se vio incapaz de asistir a más a conciertos. Esto siempre me ha resultado extremadamente conmovedor. Y el hecho de que se convirtiera en una benefactora tan incansable justamente cuando ya no fue capaz de gozar de los frutos de su generosidad es una prueba incontestable de la abnegación de Mildred.

Más sobre el espíritu de Mildred.

En 1921 se hizo mecenas de la Metropolitan Opera con una cuantiosa donación. Para expresar su agradecimiento el señor Gatti-Casazza, el director general, nos mandó al coro para que nos cantara villancicos bajo nuestra ventana. No me olvidaré nunca de las lágrimas de Mildred, mezcla de gratitud con asombro total, cuando contempló a los cantantes plenamente caracterizados para la representación de la Natividad que le habían montado solo para ella. Este fue solo el primero de una larga lista de gestos procedentes de una variedad de instituciones e individuos del mundo de las artes. Sabiendo que Mildred estaba demasiado débil para asistir a recitales públicos, algunos de los músicos venían a presentarle sus respetos en persona. Era habitual que aquellas visitas tuvieran lugar a la hora del té, cuando yo estaba en el trabajo. Seguramente eso era lo más conveniente, ya que mi ausencia ayudaba a Mildred a vencer su timidez y a cultivar las amistades artísticas que tan importantes terminarían siendo en su vida.

Durante aquellos años también prestó apoyo con regularidad a la Orquesta Sinfónica y la Sociedad Filarmónica de Nueva York, patrocinando a sus respectivos primeros violinistas. También hizo mucho por los Young People's Concerts de la Sociedad Filarmónica, una serie de conciertos matinales para toda la familia que ella misma había ayudado a poner en marcha en 1924. Era de capital importancia para Mildred asegurarse de que los jóvenes recibían la educación musical que a ella le había faltado. Por eso intervine cuando decidió ayudar al Institute of Musical Art a adquirir la casa de invitados de la familia Vanderbilt en la calle 53 Este para crear aquel mismo año la

Juilliard Graduate School. Más detalles sobre la transacción y el significado personal de comprar la casa de los Vanderbilt.

El amor de Mildred a la música nunca la hizo abandonar su pasión por los libros. Se hizo ardiente defensora de las bibliotecas públicas. No solo en ciudad. También en poblaciones fabriles de las inmediaciones de su Albany natal, donde la cultura nunca había seguido los pasos de la industria. Y por todo el país. Ritual de pedirle a un niño que cortara la cinta inaugural en su lugar. Negativa a usar el apellido familiar para bautizar los edificios o a exhibir en público su generosidad.

No es fácil donar dinero. Requiere una planificación y estrategia considerables. Si no se gestiona de la forma apropiada, la filantropía puede perjudicar al donante e inculcar malos hábitos en el receptor. Desarrollar. La generosidad es la madre de la ingratitud.

A medida que crecían las obras benéficas de Mildred, vi necesario organizarlas de manera racional. Por esta razón creé en 1926 la Fundación Benéfica Mildred Bevel. No solo la doté de unos fondos amplios, sino que también gestionaba esos mismos fondos para que las donaciones siguieran una estrategia sistemática y no agotaran el capital. Arquitectura financiera general de la FBMB. Por qué fue tan innovadora. Hitos.

Mildred y yo discutíamos cómo adjudicar los fondos durante nuestras reuniones matinales ordinarias en el invernadero, antes de irme al trabajo. ¡Oh, cómo se emocionaba! La misma excitación que buscan tantas mujeres en las compras compulsivas y extravagantes ella la encontró, de forma redoblada, en dar a los demás. Elegía causas e instituciones con un entusiasmo irreprimible, pero también atendía a mis llamadas a la razón y se dejaba guiar siempre que sus decisiones eran poco seguras financieramente. Mi estrategia metódica refrenaba su comprensible pasión. Yo garantizaba que sus nobles esfuerzos tuvieran el alcance más amplio y el mayor impacto posibles. Lista de algunos beneficiarios y causas.

Prueba del éxito de la Fundación Benéfica Mildred Bevel es que sigue prosperando hoy en día, mejorando las vidas de artistas tanto emergentes como establecidos de todo el país. Y yo

DESPEDIDA

Gestionar la enfermedad de Mildred fue quizás el mayor desafío de toda mi vida. A medida que su estado empeoraba, empecé a traerle a los mejores médicos del país. Después de cada nuevo examen médico, departía con ellos en privado, solo para ver confirmados los hallazgos del reconocimiento anterior. Con unanimidad, los médicos comentaban lo sorprendente que les parecía que se la viera tan relativamente fuerte, teniendo en cuenta el estado avanzado de la malignidad. Todos lo atribuíamos a su espíritu positivo y a su visión optimista de la vida.

Por esta razón le escondí el pronóstico durante todo el tiempo que pude, mostrando una actitud jovial y asegurándome de que siguieran intactos todos los pequeños rituales y placeres que componían su existencia. Simplemente temía que no fuera lo bastante fuerte como para soportar la verdad. La dura realidad destruiría la disposición alegre que la había sostenido hasta entonces. Me duele decir que no me equivocaba. Cuando por fin le revelé el diagnóstico, la palabra misma la llenó de un terror que a su vez aceleró su declive.

Crónica breve y decorosa del rápido deterioro de Mildred.

Después de consultarlo largo y tendido con médicos tanto de Nueva York como de Europa, encontré un sanatorio en Suiza donde algunos pacientes con enfermedades supuestamente incurables habían experimentado recuperaciones casi milagrosas. El lugar, un centro apartado y situado entre Zürich y Saint-Moritz, me despertó la curiosidad. Pero del mismo modo que no había querido compartir las malas noticias con Mildred si no era necesario, ahora tampoco me sentí inclinado a darle falsas esperanzas. No hay nada más dañino para un enfermo que las decepciones.

Pronto el viaje sería imposible para Mildred.

Sus recelos. Carrera contra el tiempo.

Arreglos finales de los asuntos de Mildred en Nueva York. Dejar la oficina de Nueva York en marcha durante la ausencia.

Despedida de amigos. Breve crónica del viaje.

El sanatorio estaba en un lugar resguardado, rodeado de un entorno exuberantemente boscoso. En un valle sito en mitad de la ladera de una montaña, ofrecía vistas encantadoras de las praderas y colinas. El aire fuerte y vigorizante hacía de tónico, y desde el primer momento ya pude ver su efecto fortalecedor sobre Mildred. Su cara recuperó el color y sus pasos ganaron confianza.

La campiña europea le recordó su infancia a Mildred. Pasaje breve sobre el tiempo que pasó en Europa con sus padres.

Se adaptó de forma inmediata. Médicos y enfermeras cautivados con ella, etc.

Pruebas. Rutina diaria. Tomar las aguas. Dieta, ejercicio, paseos modestos, etc. Dolor.

Poco después de nuestra llegada, y en cuanto los médicos terminaron de hacerle pruebas, el director del establecimiento pidió verme. No hizo falta que hablara. Sé perfectamente la cara que tiene un hombre con malas noticias. Después de los circunloquios y los graves preámbulos esperables, tuvo la cortesía de no andarse con rodeos. No había cura. Me gustaría poder decir que la noticia me sorprendió. El director me aseguró, sin embargo, que mi decisión de poner a Mildred en sus manos había sido acertada. El sanatorio y su entorno ofrecerían las mejores condiciones posibles durante aquel difícil periodo. Y resultó ser verdad.

Mildred debió de notar o adivinar que su enfermedad era incurable. Siguió mostrándose igual de dulce que siempre, pero su jovialidad y alegría dieron paso a una serenidad y un aplomo nuevos. Parte de ella ya había ascendido a un reino superior.

Ejemplos de la sabiduría inocente de Mildred durante aquella época. Sus ideas sobre la naturaleza y Dios. Último paseo por el bosque. Incidente tierno con un animal.

Solo una vez me atreví a interrumpir la tranquilidad de su rutina, cuando conseguí llevarle el cuarteto de cuerda del Grand Hotel Saint-Moritz al sanatorio para que le dedicaran un concierto privado. El director y algunos de los médicos se nos unieron para celebrar aquella velada inolvidable. Yo le había pedido al cuarteto que tocara algunas de las piezas favoritas de Mildred. Nombrar algunas. No sería exagerado decir que se vio transportada. Al terminar el recital se la veía llena de vida y de vigor, casi como si hubiera sido curada mágicamente. Tal era el poder que ejercía la música sobre ella.

Aquella ligera mejoría me animó a emprender, reticentemente, un viaje de un solo día para hacerme cargo de una situación crítica que se me había presentado. Zürich, a sesenta millas del sanatorio, es la sede de la bolsa suiza, y también, no hace falta decirlo, una de las capitales bancarias del mundo. Unos asuntos urgentes exigían mi presencia allí. Fue el único momento en que me alejé de su lado, y ahora desearía no haber acudido a aquella cita.

Siempre recordaré cómo me puso el dorso de la mano en la frente antes de que me marchara. Y nunca me perdonaré no haberme darme cuenta de que aquel gesto tan inusual era su despedida. Cuando regresé de la ciudad, ya no estaba con nosotros.

V. LA PROSPERIDAD Y SUS ENEMIGOS

Toda vida se organiza en torno a un pequeño número de acontecimientos que nos impulsan o nos frenan en seco. Pasamos los años que median entre esos episodios beneficiándonos de sus consecuencias o padeciéndolas, hasta que llega el siguiente momento decisivo. El valor de un hombre lo establece el número de esas circunstancias definitorias que es capaz de crear para sí mismo. No siempre necesita tener éxito, porque puede haber gran honor en la derrota. Pero ha de ser el actor principal de las escenas definitorias de su existencia, así de las épicas como de las trágicas.

Sea lo que sea que nos ha repartido el pasado, nos corresponde a cada uno de nosotros cincelar nuestro presente a partir del bloque informe del futuro. Mis antepasados ofrecen abundantes pruebas de esto. Los Bevel hemos sobrevivido a numerosas crisis, pánicos y recesiones: las de 1807, 1837, 1873, 1884, 1893, 1907, 1920 y 1929. Y no solo las hemos sobrevivido, sino que hemos emergido de ellas más fuertes, teniendo siempre en mente el interés de nuestra nación. Si ni mis antepasados ni yo hubiéramos entendido que era necesario salvaguardar una economía sana y próspera para todos, nuestras carreras ciertamente habrían sido muy breves. El brazo egoísta siempre es corto.

Por eso me indignan las acusaciones infundadas y difamatorias que se hacen a mis prácticas financieras. ¿Acaso nuestro mismo éxito no es una demostración lo bastante convincente de todo lo que hemos hecho por este país? Nuestra prosperidad es prueba de nuestra virtud.

Tal como expondré aquí con detalles irrefutables, mis actos durante la década de 1920 contribuyeron no solo a crear sino también a prolongar el crecimiento que experimentamos durante aquella década. Los periodistas y los historiadores excesivamente entusiastas se refieren a aquellos años como «la burbuja». Con el uso de ese término insinúan que aquella época de abundancia fue una fantasía precaria condenada a estallar. La verdad, sin embargo, es que la era de prosperidad que disfrutamos antes de 1929 fue el resultado de unas políticas económicas meticulosamente diseñadas, con las cuales una serie de acertadas administraciones tuvieron el sentido común de no interferir. No fue un «boom» pasajero predestinado a convertirse en «crac». Fue el destino realizado de América.

DESTINO REALIZADO

Después de que el Viejo Mundo se llevara a sí mismo al borde de la destrucción, quedó claro que el futuro pertenecía a América. Mientras Europa permanecía cargada de deudas y desgarrada por unas animadversiones nacionalistas que la Gran Guerra solo había profundizado, los Estados Unidos entraron en una década de gran prosperidad.

Fue una era rebosante de invenciones, un nuevo Renacimiento. Al terminarse la guerra, la electricidad solo alimentaba una cuarta parte de las fábricas de América. Diez años más tarde, las máquinas de vapor ya casi habían desaparecido y prácticamente toda nuestra producción era eléctrica. Las lámparas incandescentes se volvieron ubicuas. Las lavadoras, aspiradoras y otros electrodomésticos acudieron en ayuda de tres cuartas partes de las amas de casa americanas. El cine y la radio trajeron disfrutes nuevos a millones de personas durante sus horas de ocio.

La producción en masa de automóviles creó un círculo fenomenal de prosperidad, donde el consumo y el empleo se alimentaban entre sí. En torno a la automoción floreció una serie de industrias adyacentes, desde las refinerías de petróleo hasta las fábricas de caucho. Se pavimentaron miles de millones de carreteras. Las flotas de camiones aceleraron el comercio. A principios de siglo había 8.000 coches registrados en los Estados Unidos. Al llegar 1929, la cifra se había elevado a casi 30.000.000.

Pero la mayor industria americana de la época eran las finanzas. Después de la deflación de 1920, explicada en el capítulo III, arrancó un periodo de crecimiento económico sin precedentes. Con la inflación general a cero, los tipos de interés se mantuvieron bajos. Las acciones se cotizaban a la baja y los dividendos eran buenos. Nunca en nuestra historia se había invertido una parte tan grande de la renta nacional. Durante la primera mitad de la década los beneficios subieron un 75 por ciento, y la mayor parte de aquel superávit fue a parar a la bolsa, causando un incremento enorme de las cotizaciones. Para dar algo de perspectiva, en 1921, justo después de la recesión, el índice Dow alcanzó su mínimo histórico de 67 puntos. En 1927 pasó de los 200 por primera vez. Esto fue lo que impulsó la producción en América. Esto fue lo que financió todas las aquellas innovaciones tecnológicas vertiginosas y también su consumo. El presidente Coolidge no lo podría haber dicho mejor: «El negocio de América son los negocios».

¿Cómo empezó aquella época de abundancia? Tras la recesión de 1921, y a fin de apoyar el plan de prosperidad, sentí el deber de hacer todo lo que estuviera a mi alcance para impulsar el mercado y restaurar la confianza que había borrado la recesión. A finales de marzo de 1922 adquirí de forma sucesiva acciones de una serie de compañías automovilísticas, ferroviarias y también de caucho y acero. En el curso de los días siguientes hice subir la cotización de la United Steel hasta un valor récord de 97 5/8. Las acciones de las siderúrgicas independientes subieron por imitación, igual que las de Baldwin Locomotive, International Nickel, Studebaker y otras.

El nivel de crecimiento del mercado a 3 de abril de 1922 solo se había «alcanzado una vez en toda la historia previa de la Bolsa», como admitiría incluso el *New York Times* al día siguiente. Reacio como siempre a concederme ningún mérito, el *Times* llamó «movimiento misterioso» a la fuerza que estaba impulsando el mercado.

Si cito estas transacciones particulares de principios de 1922 es solo porque constituyen un hito histórico. Aquel día de abril inauguró una época que no tuvo nada de «burbuja», sino que asentó los cimientos de un futuro de gran abundancia. A lo largo de los años siguientes llevé a cabo muchas operaciones similares, que permitieron que una multitud de empresas americanas, fabricantes y corporaciones aumentaran sus emisiones de valores y se capitalizaran. Ese es mi historial. Y esos son los antecedentes que el lector necesita para entender 1929.

Solidez financiera: más datos y cifras contrastados. Que sea accesible para el lector medio.

Siempre he evitado la política y he rechazado todos los cargos que se me ofrecieron. Pero me enorgullece decir que durante aquella época contribuí a guiar las políticas monetarias y comerciales en la dirección adecuada, ofreciendo asesoramiento informal cuando se me solicitaba. La relación amigable con el gobierno se inició en 1922, cuando el presidente Warren G. Harding nos convocó a mí y a otros hombres de negocios a la Casa Blanca para ayudarlo a cumplir su promesa electoral de traer prosperidad a nuestra población poniendo «América en primer lugar».

Gracias a la implantación de los recortes fiscales y las tarifas proteccionistas que llevábamos tanto tiempo reclamando, la producción alcanzó un máximo histórico y las cifras de empleo subieron sin parar por todo el país. En 1921, el tipo impositivo marginal máximo era del 77 por ciento. Al llegar 1929, ya habíamos conseguido bajarlo al 22 por ciento. En vez de llenar las arcas de Washington, aquel dinero regresó a las empresas, y generó nuevos empleos para los trabajadores americanos. Me alegra haber podido echar una mano a la hora de dar forma a aquellas políticas monetarias y fiscales, y de haber ayudado a que el mercado discurriera por el

camino adecuado.

Éxito fabuloso de 1926. Triunfos incomparables. Histórico.

Durante aquel tiempo no solo vi realizado el destino de nuestra gran nación, sino también el mío. Hacía apenas unos años que Mildred y yo nos habíamos mudado a nuestra nueva casa de la calle 87. Durante un breve periodo, antes de que la alcanzara la fatiga que se convertiría en el primer síntoma de su enfermedad, la vida fue

Párrafo breve Mildred, placeres domésticos. Hogar es un bálsamo en esos días felizmente frenéticos.

MÉTODO

Se ha escrito mucha ficción sobre mi rol en el mercado. Y el público se ha pasado demasiado tiempo hablando de mi «premonición» de las fluctuaciones de la bolsa, sobre todo durante mis logros históricos de 1926 y los acontecimientos que tendrían lugar tres años más tarde. Espero que se me disculpe, pues, por hacer una breve pausa para establecer los hechos.

Dicen que la educación de un niño empieza varias generaciones antes de que nazca. Esto es cierto, y en mi caso mi educación financiera empezó hace más de un siglo, con mi bisabuelo William, de quien heredé el sentido de la audacia empresarial. Esa instrucción siguió con mi abuelo, que me legó su cabeza para las matemáticas. Y concluyó con mi padre, que me transmitió una parte de su intuición infalible. Hacia 1922, organicé toda aquella rica herencia intelectual en torno a un método diseñado por mí mismo.

Mi trabajo real empieza después de la campana del cierre, que es cuando llevo a cabo mi investigación y mi análisis. Llevo años creando registros y diagramas de los movimientos financieros e industriales del mundo entero. Tal como escribí en el capítulo II, un verdadero hombre de negocios ha de dominar múltiples disciplinas. El espectro de mis intereses, sin embargo, es tal que jamás sería capaz de gestionar el volumen de información acumulado. Por consiguiente, ya hace tiempo que recluté a un equipo de estadísticos y matemáticos para que formaran una verdadera mente colectiva. Bajo mi supervisión directa, esos investigadores estudian extractos bursátiles, evalúan registros industriales, predicen tendencias futuras a partir de las dinámicas del pasado y detectan patrones en la psicología de masas.

A continuación, someto todos estos datos a un riguroso análisis matemático y los contrasto con toda una serie de patrones estadísticos y probabilísticos que he desarrollado con el paso de los años. Mi punto de partida para este sistema fue el trabajo que realicé en mi juventud bajo la tutela del profesor Keene en Yale, descrito en un capítulo previo. A lo largo de mi carrera, fui ampliando y ajustando aquellos descubrimientos a las exigencias específicas de las finanzas. El resultado fue una red radicalmente nueva de cálculos y algoritmos, adaptable a una amplia variedad de contingencias mercantiles.

El lector entenderá la necesidad de discreción y me perdonará por no entrar en detalles acerca de este aspecto en particular. Baste con decir que las conclusiones alcanzadas al final de este proceso son las

que dan forma a mis transacciones, operaciones diarias y planes a largo plazo. El resto, lo que pasa en el parquet de la Bolsa, solo es la ejecución de esas decisiones.

Se ha hablado mucho de mi capacidad para «volar a ciegas» durante los momentos en que el ticker no podía seguir el ritmo del volumen de transacciones. La intuición me ha ayudado mucho durante mi carrera, y le debo gran parte de mi reputación a ella. Pero para tener un éxito continuado como inversor hay que seguir ciertas reglas. Mi ventaja nace del hecho de añadir la ciencia y la interpretación objetiva de grandes volúmenes de datos a mi intuición es lo que me da ventaja. El resultado es lo que tantas veces se ha confundido con «adivinación». Es esa combinación única de instinto y método lo que siempre me ha permitido adelantarme a la cinta de cotizaciones. Incluso en estos tiempos presentes de más calma, obstaculizados por unas restricciones asfixiantes, todavía consigo prosperar gracias a mi fórmula. Pero hablaré de mis logros presentes en el último capítulo de este libro.

DESTINO TRAICIONADO

El mercado siempre tiene razón. Nunca la tienen quienes lo intentan controlar. Aun así, durante la segunda mitad de la década de 1920, en pleno apogeo del éxito legítimo y denodado de América, dos fuerzas desencaminadas irrumpieron en escena con la intención de hacer justamente eso. Por un lado, los especuladores y los bucaneros que buscaban ganar dinero rápido inflando los precios de forma temeraria con dinero prestado. Por otro lado, la torpe maquinaria de la Reserva Federal, que intentó de forma ineficiente frenar a aquellos tahúres por medio de una serie de intervenciones artificiales, mal concebidas y nada oportunas que solo consiguieron perjudicar a los inversores legítimos. La confluencia de aquellos aficionados codiciosos y de los torpes burócratas conseguiría finalmente destruir el mercado de la prosperidad.

Los acontecimientos que condujeron a la debacle de 1929 no fueron sino la perversión de todo lo que había sido magnífico en los años anteriores. El crédito flexible, las cifras elevadas de empleo y la oferta amplia de productos novedosos estaban inextricablemente ligados entre sí. Animada por sus salarios regulares y por la abundancia de la primera mitad de la década, la gente perdió el miedo a endeudarse y empezó a comprar automóviles y electrodomésticos a plazos. La resultante sobreexpansión del crédito no detuvo a nadie.

Los trabajadores se convirtieron en consumidores. Y pronto los consumidores se convirtieron en «inversores». Debido a que la deuda ya no conllevaba el estigma de otros tiempos, las masas no vacilaron en poner en juego un dinero que en realidad no les pertenecía. Aquellos nuevos operadores no eran dueños de los valores a los que estaban apostando. El grueso de sus transacciones se realizaba con márgenes, a través de préstamos a la vista. Con unos tipos de redescuento bajos, las entidades de crédito menos escrupulosas atrajeron a la población general ofreciéndole dinero barato. Individuos que antes de 1924 nunca habían visto un ticker se convirtieron en expertos financieros de la noche a la mañana. A nadie le preocupaba que aquella especulación temeraria socavara los cimientos de la prosperidad que tanto nos había costado ganar.

La bolsa se convirtió en el pasatiempo favorito de América. El desenfreno de la especulación apalancada atrajo a un sinfín de don nadies con sueños de grandeza, que eran siempre los actores más irresponsables del mercado. Los millonarios menores se engañaban a sí

mismos diciéndose que se habían «hecho de oro» y que podían multiplicar su botín de forma indefinida. Las bandas de arribistas sin disciplina, turistas bursátiles y otra chusma animada por crupieres inescrupulosos abusaron del éxito de los empresarios esforzados.

Todo el mundo estaba jugando a las finanzas con dinero de juguete. ¡Hasta las mujeres entraron en el mercado! En las páginas de la prensa sensacionalista se mezclaban los «consejos» y «trucos» para invertir con los patrones de costura, las recetas y los cotilleos sobre los rompecorazones de Hollywood. La revista *Ladies' Home Journal* publicaba editoriales firmados por financieros. Viudas y empleadas domésticas, jovencitas descocadas y madres «jugaban a la bolsa» por igual. Aunque la mayoría de agencias de corretaje respetables seguían una política estricta de no aceptar mujeres, por todo Nueva York aparecieron salones de inversión para señoras, y en las poblaciones más pequeñas algunas amas de casa guiadas por «corazonadas» abandonaban sus deberes domésticos para seguir el mercado en las oficinas locales de telégrafos y dictar por teléfono sus transacciones al final de la jornada. Al principio de la década, las mujeres solo representaban un 1,5 por ciento del total de especuladores ociosos. Al final se acercaban al 40 por ciento. ¿Podía haber algún indicador más claro del desastre que se avecinaba? El descenso de la ilusión colectiva a la histeria solo era cuestión de tiempo. Yo sabía que era mi deber hacer lo posible para rectificar aquella situación.

Sin embargo, como ya he indicado antes, en aquellos años hubo una segunda fuerza en juego: la Reserva Federal. Ya he dejado abundantemente claro en el capítulo III que siempre me opuse a la creación de ese organismo regulador, pero dado que es una carga que tenemos que soportar, lo normal habría sido esperar que por lo menos frenara aquella orgía de especulación. Sin embargo, el Comité de la Reserva Federal fue demasiado tímido a la hora de tomar las riendas, y después, en un intento desesperado de corregir sus errores previos, tiró de ellas con demasiada fuerza. Entre enero y julio de 1928, el Comité elevó el tipo de redescuento del 3,5 por ciento al 5 por ciento. Fue una maniobra demasiado débil como para refrenar el uso del crédito en la distribución de valores, pero demasiado asfixiante para la salud económica del país. Un ejemplo clásico de los intentos estatales de corregir de forma artificial una situación que el mercado habría rectificado de forma natural, si se le hubiera dejado operar libremente.

Los indicios de estancamiento y de colapso inminente estaban a la vista de todos. Hacía un tiempo que se percibían evidencias de recesión económica, como por ejemplo un cierto abatimiento en la industria automovilística y la sobreproducción de otros bienes duraderos. Todo el que se podía permitir un automóvil, un frigorífico o una radio ya los había comprado. Los precios de los bienes de mercado

estaban cayendo. Y, más aún, los tipos altos que había impuesto el Comité solo podían desestabilizar las condiciones monetarias en Europa y perjudicar el comercio exterior americano. Era inevitable una corrección del precio de los valores.

Pese a todo, en 1929 la bacanal especulativa alcanzó unos niveles sin precedentes. Aquel verano, el Dow casi se duplicó, pasando de 200 a un máximo histórico de 381,17. Aquello no era crecimiento. Era locura. El 3 de septiembre de 1929 Wall Street alcanzó su máximo de préstamos de corretaje. Justo entonces, en un intento desesperado de ejercer más presión, el Comité subió el tipo de interés un punto adicional más, hasta llegar al 6 por ciento.

También: La Res. Fed. ordena a los bancos que dejen de suministrar dinero para préstamos a la vista, acabando con la demanda de valores. ¿Acaso la Res. Fed. creía sinceramente que el volumen enorme de acciones recién emitidas se iba a comprar con efectivo?

A la vista de estas condiciones, el 5 de septiembre empecé a deshacerme de mis activos. El *Times* informó de que «totalmente de improviso, se desató una tormenta de ventas en Wall Street», que resultó en «una de las horas más frenéticas de la historia de la bolsa». En una ironía amarga que se remontaba a 1922, empecé por las acciones de United Steel, que arrastraron en su caída a General Motors y General Electric, y luego a Radio, Westinghouse y American Telephone. La caída repentina no tardó en ir más allá de los valores de primer orden. El ticker no paró hasta las cinco de la tarde para poder transmitir los 2.500.000 de acciones que se habían liquidado aquel día.

Lamento decir que mis acciones no consiguieron serenar el mercado. Hacían falta medidas más drásticas. Siempre he sido un defensor del interés público, aun cuando pueda parecer que mis acciones van en su contra. El historial de las inversiones a largo plazo que realicé en empresas y que llevaron al crecimiento de América habla por sí mismo. En 1929, sin embargo, asqueado por un lado por la codicia depravada que estaba trastornando los asuntos bursátiles y mortificado por el otro por el intervencionismo desatado de la Reserva Federal, me sentí obligado a adoptar una posición corta. No solo porque fuera la estrategia más razonable como hombre de negocios. También fue mi intento, en calidad de ciudadano preocupado, de corregir y purgar el mercado. Y tal como habían hecho mis antepasados, demostré que el beneficio, cuando se obtiene de forma responsable, coincide con el bien común.

Tal como yo había previsto, las intervenciones de la Reserva Federal terminaron por provocar el pánico entre bancos y entidades de crédito. Se reclamó la devolución de los préstamos al corretaje. De la noche a la mañana, los mercados que hasta hacía unas horas iban al alza

empezaron a caer. Pronto, las acciones que servían de avales de los préstamos al descubierto valieron menos que el papel en el que estaban impresas.

La tasa de interés mínima se vino abajo el 23 de octubre. Durante las dos horas previas a la campana del cierre, el Dow perdió casi el 7 por ciento de su valor del día previo. Se hicieron una cantidad vertiginosa de demandas de margen adicional. La mañana siguiente, el *New York Times* declaró que la ola repentina de liquidaciones la había causado «la necesidad de reajustar los niveles de precios, resultantes de las compras públicas excesivamente entusiastas». Hasta ahí, todo correcto. A continuación, sin embargo, el artículo empezaba a incurrir en falsedades y conspiraciones. No contento con aislar la causa verdadera de la debacle, también necesitaba añadir un toque de intriga. A fin de aplacar a aquel publico «demasiado entusiasta» al que acababa de denunciar, el *Times* se dedicaba a continuación a mencionar una supuesta «manipulación planificada» y operaciones furtivas consistentes en «ventas estratégicas para hundir las cotizaciones por parte de operadores poderosos, que eligieron sectores vulnerables para vender al por mayor».

No hacía falta ser Sherlock Holmes para deducir que aquellas frases iban dirigidas a mí. Pero tal como confirmará cualquier profesional genuino, es imposible que una sola persona o grupo de personas controlen el mercado. La idea de unos cuantos conspiradores que mueven los hilos de Wall Street mientras fuman puros en un salón es ridícula. El 24 de octubre, conocido como el Jueves Negro, se vendió la increíble cifra de 12.894.650 de acciones en la Bolsa de Nueva York. El lunes 28, los precios siguieron desplomándose. El Dow experimentó la caída más drástica de su historia, al hundirse un 13 por ciento, 38,33 puntos, en una sola sesión de operaciones. Al día siguiente, el Martes Negro, todos los records quedaron pulverizados cuando se vendieron en el parquet 16.410.030 acciones. Al llegar la hora del cierre, la cinta de cotizaciones ya llevaba dos horas y media de retraso. Aquellas cifras enormes confirmaron que el mercado estaba haciendo frente a unas fuerzas más poderosas que un solo hombre, grupo o consorcio.

Al final de todo, el Dow había caído 180 puntos, que era casi exactamente lo que había ganado durante los desquiciados meses del verano. Se habían retirado más de la mitad de los préstamos al corretaje. Durante aquella avalancha de liquidación no hubo compradores, a pesar de los precios. Para entonces yo ya había cerrado todas mis posiciones, y me produce cierta satisfacción decir que al comprar mis coberturas pude proporcionar por lo menos cierto alivio a una multitud de vendedores desesperados por encontrar comprador.

Mis acciones salvaguardaron la industria y los negocios de América.

Alejé de nuestra economía a los operadores inmorales y los destructores de la confianza. También protegí a la libre empresa de la presencia dictatorial del Gobierno Federal. ¿Obtuve algún beneficio de esos actos? Sin duda. Pero a largo plazo, también lo obtendrá nuestra nación, liberada tanto de la piratería bursátil como del intervencionismo estatal.

VI. RESTAURAR NUESTROS VALORES

8 de julio, 1932, el Dow alcanza un mínimo de 41.

Desde el Pánico de 1907, cuando hasta mis colegas más prominentes apoyaron la creación de la Reserva Federal, me he opuesto a dicha institución. Allí donde ellos vieron un mecanismo preventivo, yo vi la forja de la que vendrían los grilletes de la regulación. Ahora, 30 años más tarde, en plena era de intervención gubernamental ilimitada, la historia me ha dado la razón.

Decisiones erróneas que arruinaron

Leyes Bancarias de 1933-35. Factor perturbador que hostiga a la comunidad empresarial. Enemigas del idealismo americano. Usurpación del poder. Engaño maquiavélico al público. Asalto temerario a las finanzas de

«Comisión Federal de Mercado Abierto». ¡Absurdo! O tenemos Mercado Abierto o tenemos «Comisión Federal», ¡pero no podemos tener al primero cercado por la segunda!

Logros recientes, después del fallecimiento de Mildred. Prosperidad a pesar del dolor y de las condiciones políticas hostiles. Lista.

VII. LEGADO

Hasta la última de nuestras acciones está gobernada por las leyes de la economía. Cuando nos despertamos por la mañana estamos intercambiando descanso por beneficios. Cuando nos acostamos por la noches renunciamos a unas horas potencialmente provechosas para renovar nuestras fuerzas. Y a lo largo de nuestra jornada emprendemos incontables transacciones. Cada vez que encontramos la forma de minimizar nuestros esfuerzos e incrementar nuestras ganancias, estamos efectuando un acuerdo comercial, aunque sea con nosotros mismos. Se trata de unas negociaciones tan incorporadas a nuestra rutina que apenas las percibimos. Pero la verdad es que nuestras existencias giran en torno al beneficio.

Todos aspiramos a una mayor riqueza. La razón de esto es simple y se puede encontrar en la ciencia. Como en la naturaleza no hay nada que sea estable, es imposible limitarse a conservar lo que uno tiene. Igual que el resto de las criaturas vivas, o prosperamos o morimos. Es la ley fundamental que gobierna todo el ámbito de la vida. Y es por puro instinto de supervivencia por lo que todos los hombres desean

Smith, Spencer, etc.

Evangelio de la Riqueza, Individualismo Americano, el Camino a la Riqueza, el Individuo y su Voluntad, etc.

Testamento Filosófico.

Etc.

Recuerdos de unas memorias

por
IDA PARTENZA

I

Cerradas durante décadas a casi todo el mundo, ahora las puertas de paneles están abiertas al público de martes a domingo entre las 10 a. m. y las 6 p. m.

Me pasé años evitando la entrada principal de la Bevel House, en la calle 87 entre Madison y la Quinta Avenida. De vez en cuando, al cruzar el parque, divisaba la planta superior del edificio a través del follaje. La piedra caliza que se oscurecía con el paso de las estaciones; las persianas cerradas sin importar la época del año.

Hace unos seis años, sin embargo, encontré abiertos los postigos. Al cabo de unas semanas apareció un artículo en el Times *que informaba de que, tras un largo litigio por la mansión, por fin iban a empezar las obras para convertir la casa en el museo en que debería haberse convertido después de la muerte de Andrew Bevel. Poco después, el edificio quedó cubierto de andamios y envuelto en malla. Empezaron las reformas. Al cabo de un par de años, en la primavera de 1981, no había publicación de Nueva York que no incluyera artículos sobre Bevel House, la última «joya» de la ciudad, un «tesoro» histórico, una «reliquia» cultural.* The New Yorker *me pidió que escribiera algo sobre la reapertura de la casa, sin conocer mi conexión previa con ella. Rechacé el encargo.*

Pasaron cuatro años. Se acabó la oleada de atención que había recibido Bevel House y el edificio se convirtió en una simple parada obligada más de la Ruta de los Museos. También yo me olvidé de ella. Como vivía en el downtown, me resultaba fácil evitarla e incluso desterrar su imagen de mi mente. A veces una cadena arbitraria de asociaciones devolvía mis pensamientos a la casa y despertaba una vez más mi curiosidad. Siempre que estaba visitando a alguna amiga o haciendo algún encargo en el Upper East Side y el azar me llevaba a aquel tramo de la Quinta Avenida, me detenía un momento junto a la elaborada verja que separaba la acera del jardín apartado de la calle y me asomaba a las ventanas. Pese a todo, movida por una superstición muda, siempre guardaba las distancias con la entrada de la calle 87 Este.

Pero después, hace unos meses, más o menos cuando cumplí setenta años, leí por casualidad en la Smithsonian Magazine *que la Fundación Bevel acababa de añadir a su colección los documentos personales de Andrew y Mildred Bevel. «Los archivos incluyen correspondencia, agendas de compromisos, álbumes de recortes, inventarios y cuadernos que documentan las vidas del señor y la señora Bevel», declaraba el breve artículo. «Estos materiales ofrecen una perspectiva única de la historia de*

una pareja cuyo legado filantrópico sigue dando forma hoy en día a la vida pública y cultural de América.»

Quizás debido a que acababa de cumplir setenta, aquella noticia –enterarme de que aquellos documentos estaban a disposición del público– tuvo un profundo efecto en mí. Nunca me han importado demasiado los aniversarios ni los fetiches decimales de ninguna clase. Aun así, no podía dejar de pensar en los acontecimientos que habían dado forma a mi vida de escritora a lo largo de casi cinco décadas. Y los documentos de la familia Bevel están al principio de todo.

La misma fuerza que me había impedido acercarme a la Bevel House durante tanto tiempo ahora tiraba de mí hacia ella. Como un eco invertido, regresaron las preguntas que se me habían borrado de la mente, obstinadas, escapando del silencio y aumentando en intensidad con cada repetición. Toda una serie de acontecimientos, escenas y personas que ya había olvidado regresaron a mí con una nitidez que desafiaba la realidad física que me rodeaba. Y quizás porque venían de tan lejos y a tanta velocidad, aquellas preguntas y recuerdos impactaban en la imagen de mí misma que se había solidificado a lo largo de los años, a veces hasta atravesarla.

En más de un sentido, les debo el hecho de ser escritora a los Bevel, por mucho que Mildred ya llevara años muerta cuando conocí a Andrew. Pero nunca me he permitido contar la historia que me vincula a ellos. Quizás porque todavía tenía miedo de la venganza de Andrew, aunque fuera desde la tumba. Pero es más probable que fuera porque siempre he tenido la sensación, aunque inexpresable, de que mi relación con el señor y la señora Bevel es una de las dos o tres fuentes de las que brota mi escritura; otra de esas fuentes, más predecible, es mi padre. Mucho de lo que he escrito en las últimas décadas es una versión en clave de la historia de esa relación. A veces, cuando estoy en mitad de un proyecto –una novela sobre un fotógrafo callejero, un artículo sobre observatorios astronómicos o un ensayo sobre Marguerite Duras–, me doy cuenta de que trata una vez más de los Bevel. Nadie aparte de mí repararía jamás en esa conexión, por supuesto. Aun así, esas alusiones encriptadas y a menudo involuntarias han alimentado mi obra desde sus mismos inicios. Así pues, aunque de forma imprecisa, todos estos años he creído que, si acudía directamente a ese manantial, lo encontraría contaminado o incluso agotado. Pero ahora que tengo setenta años es distinto. Ahora me siento lo bastante fuerte.

Y por eso mismo me encuentro esta mañana de otoño frente a esas puertas inverosímilmente abiertas. Para revisitar el lugar donde me hice escritora. Para buscar las respuestas a los enigmas que creí que debía dejar sin resolver a fin de que pudieran alimentar mi obra. Y para conocer finalmente, aunque solo sea a través de sus papeles, a Mildred Bevel.

El interior de la casa está en penumbra. Dos mujeres vacilan en el margen de la oscuridad, examinan un mapa y por fin desaparecen.

Después de contemplar un rato la fachada, me doy cuenta de que no es

el edificio lo que estoy mirando, sino mis recuerdos, que lo cubren como papel de calco.

Trabajé un tiempo en esta casa. Pero nunca entré por la puerta principal. Siempre me hacían pasar por la de servicio.

Eso fue ya hace casi medio siglo.

Lo único que veo al otro lado de las puertas de paneles son sombras.

Entro.

2

No había necesidad de confirmar la dirección exacta del anuncio del periódico. Aunque llegaba con casi una hora de adelanto, cuando me presenté en Exchange Place la cola de mujeres jóvenes que había frente al edificio ya doblaba la esquina de Broad y casi llegaba a Wall Street. Varios hombres aminoraban la marcha al pasar y, sin llegar a detenerse del todo, hacían algún chiste o comentario. Casi todos se ajustaban la corbata o se enderezaban las chaquetas, asegurándose de tener un aspecto pulcro y formal antes de hacer sus comentarios lascivos.

El rascacielos de color ceniciento ocupaba casi toda la manzana. Como yo solo había divisado su corona piramidal desde la ribera de Brooklyn, no pude evitar pararme y levantar la vista. Las líneas severas y limpias ascendían por los paneles de piedra caliza solo para ser interrumpidas por cornisas de cobre con tracerías recargadas, arcos góticos y bustos de gladiadores de aspecto futurista. En un gesto codicioso y cómico, el edificio reclamaba para sí la historia entera, no solo el pasado sino también el mundo por venir.

A la vuelta de la esquina se estaba levantando un nuevo rascacielos. Su esqueleto anguloso parecía agazapado para saltar sobre todos los edificios vecinos. De alguna forma, el vacío de su estructura lo hacía más grandioso. Como canoas fantásticas, las vigas de acero surcaban el cielo colgando de cables invisibles. Más abajo, sus sombras magnificadas se deslizaban por las calles, haciendo que algunos transeúntes confusos levantaran la vista para mirar aquel breve eclipse. Tuve un momento repentino de mareo cuando vi que una de las vigas que flotaban en las alturas estaba salpicada de hombres.

Sentí algo en el cuello y me volví para ver que las mujeres que esperaban a lo largo de la pared me estaban mirando, pensando seguramente que debía de ser una forastera impresionada.

Ocupé mi lugar al final de la cola: reconocí unas cuantas caras de haberlas visto en otras colas parecidas. Y, igual que en aquellas ocasiones, todas llevábamos nuestras mejores ropas. En algunos casos, eso significaba un traje de tweed de espiguilla, en otros un vestido de noche, aunque fuera una mañana de verano. A mí la falda me iba un poco pequeña. No se notaba, pero era incómodo. Tenía que llevar la chaqueta desabotonada. Ambas prendas, lo bastante simples como para ser inmunes a los cambios de la moda, habían pertenecido a mi madre.

A excepción de los grupos de amigas que charlaban animadamente, la mayoría no hablábamos con nadie. Me saqué el espejo de la polvera y me arreglé el pintalabios. Por el espejo vi hacer lo mismo a la mujer que tenía detrás. Para cuando volví a guardar mis cosas en el bolso, ya se habían sumado a la cola por lo menos cinco mujeres más. Releí el periódico que traía el anuncio. Había una reseña de *Brighton Rock* de Graham Greene, un libro del que yo no había oído hablar, y que todavía no he leído. Solo me acuerdo porque, según la reseña, la heroína se llamaba Ida. Me pareció un buen presagio.

Décadas después, cuando revisara las bobinas de microfilmes del *New York Times*, aquel detalle me permitiría establecer la fecha de aquella mañana. 26 de junio de 1938.

Tenía veintitrés años y vivía con mi padre en el barrio en el sur de Brooklyn hoy conocido como Carroll Gardens, en un pequeño apartamento donde todas las habitaciones estaban conectadas como los vagones de un tren. Íbamos peligrosamente atrasados en el pago del alquiler y le debíamos dinero a todo el mundo a quien conocíamos. Aunque había un fuerte sentimiento de solidaridad entre los vecinos de nuestro pequeño enclave italiano vecino al río, entre las calles Congress y Carroll (de solo ocho manzanas por tres), muchos de nuestros amigos y conocidos estaban pasando los mismos apuros que nosotros, y prácticamente habíamos agotado nuestro crédito en el vecindario. Tras darme cuenta a una edad temprana de que el dinero que ganaba mi padre como impresor nunca nos alcanzaría para cubrir nuestros gastos básicos, había empezado a trabajar en las tiendas cercanas: limpiando, organizando las existencias, haciendo recados y, cuando fui mayor, atendiendo el mostrador. Pero eran todos trabajos temporales, y mi paga apenas complementaba los magros ingresos que le daba a mi padre la composición tipográfica.

Igual que muchas mujeres jóvenes de por entonces, creí que hacerme secretaria me permitiría «alcanzar tecla a tecla la independencia económica», como rezaba un popular anuncio de la Remington de aquella época. Con ayuda de unos cuantos libros de la biblioteca y una máquina de escribir prestada, aprendí los fundamentos de la contabilidad, la estenografía y la mecanografía al mismo tiempo que me presentaba a ofertas de trabajo por toda la ciudad. Al principio jamás pasaba de la primera ronda de pruebas. Sin embargo, cada una de aquellas entrevistas fallidas era una lección impagable, y, a medida que pasaba el tiempo, cada vez quedaba más cerca de que alguien me contratara. Pasé un año trabajando para una agencia de empleo temporal, y fue al final de aquel periodo cuando me encontré esperando en la cola inmóvil que llevaba al rascacielos de Exchange Place.

3

Mi primer libro, una recopilación de cuentos, se publicó cuando yo tenía nueve años. Uno de los relatos trataba de una conspiración de peces y de sus planes fallidos para deponer a la humanidad y conquistar la tierra firme. La infeliz heroína de otra de las historias era una niña que se moría por partes, una extremidad por vez, hasta quedar reducida a un ojo. También había un cuento que trataba de una niña de nueve años que vivía en lo alto de una montaña con su padre, un ladrón de joyas al que la niña ayudaba todo el tiempo a escapar de la cárcel.

Tengo aquí conmigo el único ejemplar existente de ese libro. Es muy delgado, en formato octavilla. Más bien un pliego, en realidad. El azul de la cubierta se ha descolorido con los años, haciendo que el negro de las palabras destaque más de lo que había buscado el diseño original. Creo que la fuente debe de ser alguna variante de la Bodoni. Las palabras están muy separadas entre sí sobre ese horizonte pequeño y apagado:

Siete cuentos
IDA PARTENZA

Lo imprimió y lo encuadernó mi padre. Una tirada de un ejemplar.

También componía e imprimía pósteres de felicitación, a menudo decorados con ilustraciones xilográficas rudimentarias, para conmemorar mis cumpleaños o el final del curso escolar. A veces, sin razón alguna, me hacía tarjetas de visita con títulos extravagantes: «Ida Partenza, Mezzosoprano»; «Ida Partenza, Meteoróloga»; «Ida Partenza, Directora General de Correos». Más o menos por la misma época, algunos de los ejercicios que yo escribía para la escuela fueron subrepticiamente recopilados y reunidos en un volumen titulado *Ensayos*.

En la misma época, mi padre y yo editamos e imprimimos durante una temporada un periódico, *The Carroll Gardens Weekly*, un pliego doblado que pese al nombre no tenía nada de semanal. Yo entrevistaba a tenderos, policías y vecinos en busca de historias, normalmente relacionadas con nacimientos, mascotas perdidas, gente que se venía a vivir a los edificios circundantes o se marchaba y cosas por el estilo. El periódico también incluía temas destacados de las noticias (entre número y número yo recogía recortes en un álbum), una novela por

entregas (que yo escribía con el seudónimo Caroline Kincaid), un horóscopo (completamente inventado) y otras secciones misceláneas e inconstantes. De aquel efímero periódico no han sobrevivido ejemplares.

Hojeando *Siete cuentos*, siempre me surge la misma pregunta. ¿Conservó mi padre mis numerosas faltas de ortografía por respeto a mi escritura o porque le resultaban invisibles? Como sospechaba esto último, nunca me atreví a preguntárselo. Después de su muerte he tenido la sensación inexplicable de que aquellos errores ortográficos nos unen más. De que nos encontramos en ellos.

En torno a 1966, varios años después de su muerte, escribí un texto sobre mi padre que saldría recopilado en mi cuarto libro, *Flecha en el vendaval*, título que tomé prestado (adaptándolo un poco) de una colección de poemas de Arturo Giovannitti. Tal como explico en aquel texto, aquel poeta nos ayudó a mi padre y a mí a conectar. A los diez o doce años, tuvimos una fase en la que leíamos juntos su obra, normalmente después de cenar, y nos reíamos juntos hasta las lágrimas. Mi padre odiaba con todas sus fuerzas a Giovannitti, pese al buen corazón y las todavía mejores intenciones del poeta. Y es que la peor literatura, decía mi padre, se escribe siempre con las mejores intenciones. Y así es como aprendí también yo a odiar aquellos poemas.

La última estrofa de «Utopía», dirigida a cierto «amo», ofrece una idea precisa del estilo de Giovannitti:

> Llegará el día en que no os esclavizará el oro,
> en que vuestro gobierno no se basará en el robo;
> y así yo, que ahora amigo te llamo, podré llamarte,
> cuando seas recto y honrado, «¡tunante!»

A petición de mi padre, yo le recitaba versos como estos en un estilo apasionado y declamatorio, lleno de énfasis histriónicos, asegurándome de subrayar todas las palabras arcaicas y las rimas cuestionables con un acento italiano bufonesco y gestos ampulosos. Y nos moríamos de la risa.

Ahora, años después de la publicación de aquel texto sobre mi padre, me sorprendo a mí misma revisando una vez más mi vida con él. Pero hay algo que ha cambiado. Nuestras parodias domésticas aparecen bajo otra luz. Mis risas frenéticas y casi violentas tienen una resonancia distinta. Me doy cuenta ahora de que no era del poeta de quien me estaba riendo.

Giovannitti había nacido en 1884 (cinco años antes que mi padre) en la región de Molise (al lado mismo de la Campania natal de mi padre), y se había marchado de Italia en 1900 (no mucho antes que mi

padre), primero a Canadá, donde trabajaría, brevemente, en una mina de carbón (mi padre había pasado una temporada en una cantera de mármol del norte de Italia), y después a los Estados Unidos, donde empezó a colaborar de inmediato con un periódico político para inmigrantes, que en breve pasó a corregir (mi padre componía los tipos para un periódico parecido). Se hizo activista y no tardó en adquirir prominencia a escala nacional tras ser injustamente encarcelado en Massachusetts por ayudar a organizar la huelga del sector textil de 1912, una huelga que respondía a las condiciones brutales a las que la American Woolen Company sometía a los trabajadores de sus fábricas, la mayoría italianos: en la fábrica de Lawrence, los turnos de trece horas seguidas terminaban a menudo con dedos y brazos amputados; el trabajo infantil era una práctica común; las mujeres eran víctimas de abusos por parte de sus superiores y, cuando estaban embarazadas, a veces trabajaban hasta el momento mismo de dar a luz, en algunos casos pariendo entre los telares. La esperanza de vida era de veinticinco años. Durante aquella larga huelga, Giovannitti pronunció apasionados discursos y les recitó su poesía a los obreros. Algunos de aquellos poemas adoptaban la forma de homilías religiosas, la más famosa de las cuales, «El sermón del parque público», terminaría recopilada en el libro del que solíamos burlarnos mi padre y yo.

Cuando ya llevaban casi un mes de huelga, un agente de policía mató a Anna LoPizzo, trabajadora fabril. A Giovannitti lo acusaron de haber incitado las protestas que habían provocado aquel derramamiento de sangre, pese al hecho de encontrarse a millas de distancia del lugar donde LoPizzo había recibido el disparo mortal. Se celebró un juicio de dos meses, durante el cual se lo exhibió, junto con dos de sus camaradas, dentro de una jaula. Sobre esta experiencia escribiría un largo poema en prosa, «La jaula». «Como águilas lisiadas y caídas eran los tres hombres de la jaula [...] Nunca más se elevarían a sus altos nidos [...] Extraño les parecía tener que estar allí por lo que habían escrito unos hombres muertos en libros de antaño.» Después de que obreros de toda América hicieran una colecta de fondos para su defensa legal y adoptaran su causa como estandarte de los derechos laborales y la libertad de expresión, fue absuelto. Al cabo de un año publicó *Flechas en el vendaval*, con un prólogo enardecido de Helen Keller.

En mi libro yo admitía que, ya de adulta, había entendido que mi padre tenía razón: los poemas eran, en su gran mayoría, tan horrorosos como bienintencionados. Y es un juicio que sigo manteniendo. Sin embargo, ahora, años más tarde, he descubierto algo. Cuando me acuerdo de las representaciones infantiles que hacía en la cocina familiar, me quedo horrorizada. Porque me doy cuenta de

que en realidad mi padre estaba celoso. Nunca le había gustado la poesía, y tampoco tenía criterio ni marco de referencia para juzgar obras líricas de ninguna clase. Entonces, ¿por qué obsesionarse con aquel libro en concreto? No era por ninguna razón literaria, ni tampoco porque Giovannitti fuera «tan solo un socialista». Simplemente, no soportaba que Giovannitti, que era casi de su edad y había llevado una vida muy parecida a la suya, hubiera alcanzado esa posición tan destacada.

Eran casi dobles, pero mientras que uno de ellos prosperaba y brillaba, el otro trabajaba en el anonimato. Giovannitti era una figura pública, un combatiente eficaz que organizaba huelgas, hablaba con elocuencia desde la cárcel, pronunciaba discursos públicos y escribía libros. Tenía una voz. Y de eso quería mi padre que yo me mofara. Él era el director de aquel vodevil y yo la actriz: una caricatura viviente de Giovannitti, representado como un italiano grotescamente pretencioso que intentaba compensar su condición de extranjero y su fuerte acento exhibiendo palabras inglesas arcaicas y pomposas. La voz que creamos para parodiar al poeta se acompañaba de gestos ostentosos de las manos y de toda clase de manierismos, y era tan caricaturesca que por comparación el personaje de Chico Marx o la forma en que Paul Muni interpretaba a Tony Camonte en *Scarface* parecían retratos sutiles de los italianos americanos. Pero he llegado a entender que, a través de aquella caricatura, mi padre –con sus ambiciones imposibles, sus nobles proclamas y su acento imborrable– me estaba pidiendo que me burlara *de él*. Era de sí mismo de quien se estaba riendo. Y ahora, tanto tiempo después de su muerte, eso me hace sentir un cariño que a él le habría resultado detestable.

Mi padre no tenía nada que invitara a la compasión. Hasta su cara era dura de una forma que, de niña, me parecía romana en un sentido imperial: su nariz, un triángulo; sus labios, una línea severa; su ceño, a menudo agarrotado por la determinación. Su cuerpo esbelto tenía algo soldadesco.

Si jamás admitía debilidad alguna, ¿cómo podía solicitar compasión? Incluso sus fracasos eran prueba de su espíritu heroico. Demostraban que el mundo lo había tratado con injusticia, y su mera presencia ya era testimonio de su resiliencia. Por eso sus opiniones rígidas y a menudo mal informadas se convertían en dogmas irrefutables, sobre todo cuando la razón y el sentido común las cuestionaban al unísono.

Tal como escribí en *Flecha en el vendaval*, la crónica que hacía mi padre de los años previos a su viaje a América abunda en contradicciones. Son pocos los datos más o menos indiscutibles. Nació en el pueblecito de Oliveto Citra, en la Campania, cerca de Santa Maria Capua Vetere, el pueblo natal de Errico Malatesta, uno de los

padres fundadores del anarquismo. De no ser por un joven sacerdote que se hizo cargo de él, seguramente habría sido igual de analfabeto que sus padres y que la mayoría de sus amigos (hasta el final de sus días escondió su ortografía vacilante y su caligrafía insegura detrás de una escritura teatralmente briosa). En su primera adolescencia se apartó de la iglesia para acercarse a la política, coincidiendo con una temporada en que su padre y él estuvieron trabajando en una cantera de mármol de Carrara. Regresó al sur completamente cambiado: distanciado de su padre, de su fe y de su patria. Había adquirido un odio profundo al Estado italiano creado por el Risorgimento. La misma palabra «Italia», decía a menudo con desdén, solo aludía a un poder burgués centralizado. Después de visitar algunos pueblos y aldeas vecinos, se puso en contacto con varios grupos anarquistas de la zona de Oliveto Citra. La política conquistó su vida. Afirmaba haberse pasado noches enteras inmerso en sus libros y días enteros caminando por los campos, hablando de tierra y libertad con campesinos y jornaleros. Durante la producción de materiales propagandísticos quedó claro que tenía un don para la tipografía.

El cerco en torno a su grupo no tardó en estrecharse. Encarcelaron a varios de sus camaradas, y pareció que con cada redada las autoridades se estaban acercando más a mi padre. También lo habían puesto en una lista negra, y le resultaba imposible encontrar trabajo. Por esa razón decidió en última instancia emigrar a América con uno de sus amigos más próximos del círculo anarquista.

El alcance y la profundidad de la militancia política de mi padre me siguen resultando un misterio hoy en día. Dado que sus camaradas están muertos y la documentación es escasa, a menudo mi única fuente de información son las historias que contaba, pero era un narrador tan apasionado que casi nunca vacilaba en sacrificar la verdad en aras del espectáculo. De cada una de sus historias podía incluso haber varias versiones, que creaba a la medida de su público. En algunas de sus crónicas, su participación política se limitaba a su trabajo con la prensa y a ayudar a repartir los periódicos y panfletos clandestinos que imprimía. En otras versiones afirmaba haber estado implicado, siempre de forma poco clara, en «acciones» contra las «instituciones burguesas». A veces era un don nadie, una mera herramienta para la causa, igual que su imprenta de tipos; otras veces parecía haber sido una figura bastante prominente, tanto en Italia como aquí, en Nueva York, donde afirmaba haber estado próximo a Carlo Tresca y haber pronunciado discursos recibidos con ovaciones de pie en el Circolo Volontà de la calle Troutman o en los famosos pícnics celebrados en Ulmer Park. Algunas versiones contadas en voz baja incluían vagas insinuaciones de violencia.

Jamás se aventuró más allá de las costas de la vida insular que se

había construido en Brooklyn. El racismo y la discriminación contra los italianos, a quienes se percibía a menudo como forajidos de piel oscura, eran muy reales y trascendían los simples estereotipos y burlas. El flujo de inmigrantes de Italia a los Estados Unidos durante el cambio de siglo constituyó en su tiempo el mayor éxodo del planeta. Y las reacciones en su contra podían ser igualmente enormes. El linchamiento de once italianos americanos en Nueva Orleans en 1891; las Redadas de Palmer de 1919, dirigidas contra activistas de izquierdas y cargadas de una virulencia especial contra los italianos; la Ley de Cuotas de Emergencia, aprobada con la firma del presidente Harding en 1921, que en la práctica limitaba la llegada de inmigrantes italianos a la vez que seguía dando la bienvenida a gente del norte de Europa, seguida por la todavía más severa Ley de Inmigración de 1924, firmada por Coolidge; el asesinato judicial de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti en 1927; estos fueron algunos de los acontecimientos que moldearon, en parte, las vidas de los italianos americanos de la época. Mi padre nunca me lo confesó, pero sé que los insultos que tenía que soportar a menudo (a veces delante de mí) lo hicieron retraerse más a la pequeña sección italiana de Carroll Gardens y al seno de su grupo anarquista. Si no contamos a sus clientes, sus conversaciones con gente de fuera de su comunidad inmediata eran muy limitadas. Era un náufrago en su isleta gris y resentida, atrapado entre el país objeto de su rencor que había dejado atrás y la tierra que lo había acogido sin aceptarlo del todo.

No cabe duda de que aquel aislamiento también era resultado de la tozudez de mi padre. Se había creado a sí mismo una situación marginal y desplazada en varios órdenes de la vida. Su trabajo era el ejemplo perfecto. Mi padre se enorgullecía de la obsolescencia de su oficio. Era un tipógrafo manual a quien le resultaban ofensivos los nuevos sistemas automatizados. Decía que se había perdido el toque humano. La linotipia y todas las demás máquinas le habían robado el alma a la página. Antes las líneas de texto se *componían*, decía siempre, moviendo las manos como un director de orquesta. Eran unas líneas *melódicas*, añadía invariablemente, por si acaso su oyente no había captado el paralelismo con la música. Ahora ya no hacía falta talento alguno. Solo pulsar letras y palabras en un teclado. Él era lo bastante joven cuando se introdujo aquella nueva tecnología y la podría haber aprendido con facilidad. Pero se había negado. El hombre se había convertido en la máquina de la máquina. Él presentaría batalla.

El poco dinero que ganaba venía de imprimir elaboradas invitaciones en cartulina gruesa para bodas, bautizos, graduaciones, memoriales y otras ocasiones. Pero odiaba aquella clase de trabajo. Basura burguesa frívola. Y su antipatía iba más allá de la gente que lo

contrataba. Se extendía a las instituciones que había detrás de aquellas ceremonias y celebraciones. Iglesia. Familia. Estado.

Aun así, pese a sus diatribas, siempre se apasionaba con su trabajo y estaba encantado cuando una tarjeta o un sobre que había impreso le quedaban especialmente elegantes. Su perfeccionismo inflexible le había granjeado una sólida reputación por todo Nueva York y más allá. Pero había poco trabajo. En los años treinta había poca gente que tuviera los medios y la inclinación necesarios para dar fiestas.

Cuando estaba sin trabajo, imprimía pasquines y panfletos para su grupo anarquista. Con el tiempo, aquellos panfletos se volvieron más frecuentes que sus elegantes invitaciones impresas en *intaglio rilevato*. Así pues, mientras trabajaba a tiempo parcial en una panadería de la calle Court, llevándoles la contabilidad y ayudando en el mostrador los fines de semana, estudié estenografía con un manual y aprendí mecanografía por mi cuenta con una Smith Corona a la que le faltaba la «M» y que había tomado prestada de la panadería con la esperanza de encontrar un trabajo que diera más dinero.

Mi padre no lo aprobaba. Decía que ser secretaria era una ocupación degradante. Prometía independencia, pero no era más que un nudo más en el sometimiento milenario de las mujeres al dominio de los hombres.

4

La cola empezó a moverse. Como nos admitían en grupos, en vez de ir avanzando lentamente cada cinco o diez minutos dábamos varios pasos. Había algo exageradamente liberador en aquellas breves caminatas. A medida que llegábamos a la entrada, vi que varias candidatas entraban en el edificio pero ya no volvían a salir. Di por sentado (y más tarde confirmé) que las debían de hacer salir por una puerta trasera, seguramente para evitar que las que ya habían terminado nos contaran algo.

Si la mayoría ya habíamos estado calladas durante la espera, cuanto más nos acercábamos a la puerta, más extremo era el silencio. Estábamos solas. Y aunque en el aire no flotaba sensación alguna de hostilidad, nos enfrentábamos las unas con las otras.

El portero, que llevaba un emblema de hojalata de Inversiones Bevel como si fuera una medalla, contó hasta doce señalándonos las cabezas con el índice mientras nos dejaban entrar en recepción. Nos dijeron que esperáramos junto a un escritorio. Las paredes de mármol verde desaparecían en dirección a un techo remoto. Lo que no estaba hecho de piedra estaba hecho de bronce. Nada brillaba pero todo emitía un resplandor pálido. Los sonidos tenían una cualidad táctil, y todas hacíamos lo posible para no contaminar aquel espacio con nuestros objetos audibles. Detrás del escritorio apareció un hombre y, tal como había hecho el portero, nos fue señalando una por una con su bolígrafo. Entendimos que quería saber cómo nos llamábamos. «Ida Prentice», dije, sintiendo que se me ruborizaban las mejillas como siempre que usaba aquel nombre falso.

A las dos mujeres de más edad de nuestro grupo, y también a una chica joven y regordeta, les enseñaron una salida lateral; a las demás nos llevaron a un ascensor.

Nos dejaron salir en la planta quince o diecisiete. Al contemplar la cuadrícula de calles llenas de coches diminutos y silenciosos, el río con sus remolcadores y, más allá, los muelles y el humilde perfil de Brooklyn, me di cuenta de que nunca había estado a aquella altura. Desde allí arriba la ciudad se veía limpia y silenciosa. Más tarde me enteraría de que el edificio tenía setenta y un pisos.

Se abrieron unas puertas dobles que había al fondo de la recepción para revelar un recinto amplio, saturado del traqueteo furioso y preciso de las máquinas de escribir y de un olor oscuro y oleoso a tinta. Todas las empleadas eran mujeres. Aunque yo había trabajado

en algunas salas de secretarias, ninguna se acercaba en envergadura a la que ahora tenía delante. Cuesta recordar las cifras exactas, pero debía de haber por lo menos seis hileras de unos ocho escritorios cada una. Y en cada uno de ellos, una chica más o menos de mi edad, con la cabeza ligeramente ladeada para ver mejor la página que estaba copiando. De hecho, el tronco entero estaba ladeado hacia la derecha, disociado de las manos, que permanecían centradas. El centro era la máquina de escribir.

Nunca había visto a tantas mujeres trabajando bajo el mismo techo.

Nos llevaron por el pasillo, que quedaba entre dos hileras de mesas, y doblamos la esquina para encontrarnos nuevamente con seis hileras de ocho escritorios cada una. Y una vez más, en cada mesa, una secretaria absorta en su trabajo. Estas, sin embargo, no tenían máquinas de escribir, sino calculadoras. Me dio un vuelco el corazón. Solo había visto aquellas máquinas en libros y en anuncios de revistas, y no tenía ni idea de cómo operarlas. Las mujeres de aquí parecían trabajar más despacio que las mecanógrafas. Tecleaban cada número con gran determinación y luego tiraban de la palanca para añadir la cifra al total provisional. Como siempre había varias mujeres tirando de palancas, el efecto era un bramido mecánico constante. Una vez más nos llevaron por un pasillo. Sentí alivio cuando llegamos al final sin detenernos.

Doblamos la esquina para encontrarnos, por tercera vez, con las mismas hileras de escritorios. Por suerte, era otra sala de máquinas de escribir, pero esta estaba vacía. Nos asignaron una máquina a cada una. Al lado había una página vuelta del revés. Nos avisarían de cuándo debíamos darle la vuelta a la página y empezar a teclear.

La prueba empezó y terminó en un minuto. Supe que era un minuto porque me había puesto a prueba a mí misma una y otra vez hasta interiorizar aquel segmento de tiempo. También supe que había mecanografiado unas ciento veinte palabras y que había cometido unos cuantos errores de poca importancia.

Después nos dieron bolígrafo y papel y nos pidieron que nos preparáramos para una prueba de dictado. Nos dijeron que era uno de los aspectos más importantes del puesto, y que para pasar a la siguiente fase había que ser una estenógrafa impecable. Una mujer leyó un texto deliberadamente laberíntico, diseñado para hacer que nos equivocáramos. Me he olvidado de qué decía, pero era, en esencia, un galimatías del estilo: «Las obligaciones contractuales asumidas por las partes contratantes estipulan, dentro de las limitaciones y estipulaciones manifiestas en la cláusula precedente, que, hasta donde alcance su conocimiento, las partes previamente mencionadas procederán de acuerdo con sus deberes anteriormente prescritos». Lo leyeron deprisa.

Nada más empezar, la chica que estaba a mi lado cometió una equivocación, rompió la página y empezó desde cero con una nueva. Le pidieron que se marchara de inmediato.

La prueba continuó durante unos minutos más. Al terminar, entregamos nuestras páginas y nos acompañaron de regreso a la recepción, donde nos indicaron que esperáramos mientras calificaban nuestras transcripciones.

5

Mi padre nunca se consideró un inmigrante. Era un *exiliado*. Para él, existía una distinción trascendental. No había elegido marcharse; lo habían echado. No había venido a los Estados Unidos para prosperar; era justamente su rebelión contra la idea misma de la prosperidad lo que lo había desterrado a América. Las visiones de calles pavimentadas con oro nunca habían iluminado sus sueños, y era sordo al evangelio del ahorro y el trabajo duro; de hecho, predicaba que toda propiedad era un robo. No tenía nada en común con sus compatriotas con ambiciones más mercantiles, y se aseguraba de recalcarlo en todo momento.

En calidad de exiliado, sus puntos de vista tanto sobre su patria como sobre su país de adopción eran a menudo contradictorios: una amalgama de resentimiento y añoranza, de gratitud y antipatía. Aseguraba detestar a la nación que había matado y perseguido a sus camaradas y lo había expulsado. Sin embargo, los Estados Unidos no podían ofrecer nada que se acercara siquiera a las canciones, los platos y las tradiciones de la Campania, todo lo cual formaba parte de nuestra vida diaria a través de lo que mi padre tarareaba, de lo que cocinaba y de las historias que contaba. Declaraba su desdén por el pueblo imbécil que se había rendido ante Mussolini y sus matones de camisas negras. Pero trataba a los americanos con esa condescendencia paternal que a menudo se dedica a los estudiantes lentos y a las mascotas obedientes. Estaba resentido con sus padres por no haber conservado el dialecto de sus antepasados y haberse sometido de forma voluntaria al toscano, que representaba la opresión del Estado centralizado. Pero, aunque a modo de protesta contra el «italiano» se había pasado, no sin dificultades, al inglés, aun así este le resultaba un idioma expresivamente deficiente, de vocabulario limitado y construcciones rústicas, sin que jamás le pasara por la cabeza que aquellos defectos eran, de hecho, suyos. De forma invariable, aquellas contradicciones personales se resolvían con declaraciones universales de gran envergadura: «No tengo país. No quiero tenerlo. La raíz de todos los males, la causa de todas las guerras: Dios y la patria».

Aunque agradecía la idea americana de libertad, recelaba de ella, viéndola como sinónimo estricto de conformismo o, peor todavía, de la mera posibilidad de elegir entre versiones distintas de una misma mercancía. No hace falta decir que estaba en contra del consumismo y

de la alienación que lo alimentaba. Era un ciclo perverso: los obreros desempeñaban trabajos deshumanizadores a fin de producir productos superfluos que compraban ellos mismos. Por eso había celebrado la Gran Depresión, convencido de que, gracias a ella, las masas explotadas por fin despertarían a sus verdaderas circunstancias históricas y condiciones materiales, lo cual precipitaría la revolución.

Por encima de todo, detestaba el capital financiero, que veía como la causa de todas las injusticias sociales. Siempre que acabábamos caminando por los muelles, me señalaba el bajo Manhattan, trazando el perfil con el dedo y explicando que nada de aquello existía en realidad. «Un espejismo», lo llamó. A pesar de todos aquellos edificios tan altos, y a pesar de tanto acero y cemento, me decía, Wall Street era una ficción. Yo había oído aquel discurso tantas veces que me sabía de memoria todas sus frases centrales, motivos, crescendos, cadencias y el gran final.

–El dinero. ¿Qué es el dinero? Bienes de consumo en forma de pura fantasía. –Un asentimiento solemne de la cabeza, el ceño repentinamente fruncido, un suspiro–. No me gustan los marxistas, ya lo sabes. Ni su Estado ni su dictadura. Ni su forma de hablar, con esas explicaciones en bloque, reduciendo el mundo a un argumento único. Igual que la religión. No, no me gustan los marxistas. Pero Marx... –Y volvía a poner aquella cara, como si lo estuviera torturando una visión demasiado hermosa–. Tenía razón en una cosa. El dinero es una mercancía fantástica. Una fantasía. Ni lo puedes comer ni te abriga, pero representa toda la comida y toda la ropa del mundo. Por eso es una ficción. Y eso mismo lo convierte en el patrón con el que valoramos todas las mercancías. ¿Qué comporta eso? Pues que el dinero se convierte en el bien de consumo universal. Pero recuerda: el dinero es una ficción; bienes de consumo en forma de pura fantasía, ¿entiendes? Y eso es doblemente cierto en el caso del capital financiero. Las acciones, los valores, los bonos. ¿Crees que alguna de las cosas que compran y venden esos bandidos del otro lado del río representan algún valor real y concreto? No, para nada. Las acciones, los valores bursátiles y toda esa porquería no son más que promesas de un valor futuro. Así pues, si el dinero es una ficción, el capital financiero es la ficción de una ficción. Con eso comercian todos esos criminales: con ficciones.

En mi adolescencia, un impulso extraño se adueñó de mí y se negó a soltarme hasta bien entrada mi vida adulta: el deseo de provocarle a mi padre las mismas reacciones que me habían aterrado de niña. Cuando estaba en plena diatriba, nunca se lo podía contradecir. Jamás le pasaba por la cabeza la posibilidad de equivocarse; nunca se planteaba perspectivas distintas; tampoco pensaba que una cuestión pudiera tener más de una faceta. Los desacuerdos y diferencias

normales que constituyen cualquier intercambio animado de ideas se los tomaba como afrentas personales. Sus argumentos no estaban abiertos a debate; eran hechos. Aunque afirmaba ser anarquista, en aquel sentido era un autoritario: no había espacio para la disensión en lo tocante a sus creencias, que se presentaban siempre como leyes matemáticas. Cuestionar cualquiera de aquellos principios daba lugar a una furia desproporcionada. Insistir en aquel cuestionamiento suscitaba un silencio testarudo, que era su argumento último e irrefutable. En parte porque, con el paso del tiempo, sus reacciones se habían vuelto más cansinas que amenazadoras, y en parte porque era una forma de rebelión fácil y entretenida, durante un tiempo provocar a mi padre se convirtió en mi principal pasatiempo. No siempre era intencionado (a menudo me encontraba a mí misma en mitad de una pelea sin saber cómo había empezado), y la cosa podía volverse desagradable, pero a veces era incapaz de evitarlo. Necesitaba llevarle la contraria, aunque a cambio me tocara soportar su fría hostilidad durante días

–Pero si lo que venden son ficciones, ¿cómo pueden ser criminales? Se supone que las ficciones son inofensivas, ¿no? –Era la clase de objeción que yo le planteaba solo para enfadarlo. Podía incluso rematarla con una pregunta retórica condescendiente–. Ves la contradicción, ¿no?

–¿Inofensiva, la ficción? Mira la religión. ¿Inofensiva, la ficción? Mira a las masas oprimidas, satisfechas con la suerte que les ha tocado porque se han creído las mentiras que les imponen. La historia misma es una pura ficción; una ficción provista de ejército. ¿Y la realidad? La realidad es una ficción con presupuesto ilimitado. Nada más. ¿Y cómo se financia la realidad? Pues con otra ficción: el dinero. El dinero está en el centro de todo. Una ilusión que todos hemos acordado sostener. De forma unánime. Podemos discrepar en otros asuntos, como los credos o las afiliaciones políticas, pero todos estamos de acuerdo en la ficción del dinero y en que esa abstracción representa unas mercancías concretas. *Todas* las mercancías. Míralo. Está todo en Marx. El dinero no es una sola cosa, nos dice. Es, potencialmente, *todas* las cosas. Y por esa razón no está conectado con nada.

–Un momento. ¿En qué quedamos? ¿El dinero es todas las cosas o no es nada? Porque si…

–Por eso –me decía medio gritando– el dinero no dice nada de la gente que lo tiene. Nada. El dinero no dice nada de sus dueños. A diferencia de tener, no sé, talento, que sí define a una persona. La relación del dinero con el individuo es completamente accidental.

–¿Qué posesión o qué cualidad individual *no* sería accidental para ti? ¿Dónde trazas tú (o Marx) la línea divisoria? Pongamos por caso que tengo un talento particular. Pongamos por caso que ese talento es

tocar el violín. Se podría decir que mi talento me define porque lo tengo de nacimiento. Pero ¿acaso mi nacimiento no es un puro resultado accidental del encuentro entre mamá y tú? ¿Qué tiene eso de esencial?

Mencionar a mi madre (y asegurar que su relación, lejos de ser un evento predestinado, había sido un simple accidente) siempre era un ataque calculado, y el silencio subsiguiente de mi padre demostraba que había sido eficaz.

Silencio.

Más silencio.

–¿Has terminado? –me preguntaba después de un momento incómodo–. ¿Puedo terminar yo ahora? ¿O quieres añadir algo? Puedo esperar.

–Papá, no es así como funcionan las conversaciones. Cuando la gente tiene una conversación...

–Muy bien. Házmelo saber cuando hayas terminado. Te escucho. Adelante.

–He terminado.

Nada.

–Por favor, sigue, papá.

–Y justamente porque el dinero es todas las cosas (o puede ser todas las cosas), a la persona que lo tiene le pasa algo extraño. Como dice Marx, es como si alguien encontrara por puro azar la piedra filosofal. ¿Sabes qué es la piedra filosofal?

–Sí, sé qué es la piedra filosofal.

–La piedra filosofal te otorga todo el conocimiento. Todo. Todo el conocimiento de todas las ciencias. Imagina que alguien encuentra esa piedra. Por pura suerte. De pronto tendrá todo el conocimiento, con independencia de sus características individuales. Aunque sea un idiota de remate. Todo. Todo el conocimiento.

–Sí, sí. Entiendo.

–Pues tener dinero te pone en la misma situación respecto a la riqueza social que la piedra respecto al conocimiento. ¿Y sabes por qué?

–¿No es una comparación un poco forzada? O sea, si...

–Te diré por qué. Y estoy citando a Marx. Porque el dinero representa la existencia divina de los bienes de consumo. Los bienes reales y concretos (estos zapatos, esta hogaza de pan) no son más que la manifestación terrenal de esa idea divina (todos los zapatos posibles, el pan que ni siquiera ha sido cocido todavía). El dinero es, como dijo Marx, el dios de los bienes de consumo. Y esa –con la palma vuelta hacia arriba trazó un arco que abarcaba todo el downtown de Manhattan– es su ciudad santa.

Después de tener incontables veces aquella misma conversación con

mi padre, decidí hablarle sin tapujos de mi prueba para el puesto en Inversiones Bevel. Sí, debíamos varios meses de alquiler y teníamos deudas con la mayoría de las tiendas del barrio, pero admito que me producía cierta satisfacción la idea de trabajar en una firma financiera. Disfrutaba de aquella provocación. Y como necesitábamos el dinero, pensé que mi padre simplemente se tendría que tragar sus principios.

La mañana de mi primera entrevista llevaba la ropa de mi madre. Aquello siempre hacía que los dos nos sintiéramos visiblemente extraños, así que no me sorprendió que al verme entrar volviera la mirada hacia su imprenta. Me había guardado mi anuncio para el último momento posible, justo antes de salir de casa. Iba a ser directa y concisa.

–Me voy a presentar para un trabajo en Wall Street –le dije.

Mi intención había sido dejarlo ahí. Dejar que lo aturdiera la fuerza de aquella breve declaración. Quizás incluso lo hiciera abrir los ojos ante el hecho de que necesitábamos el dinero desesperadamente. Pero fui incapaz de seguir mi plan. Mi padre se limitó a continuar cargando la bandeja de los tipos móviles.

–El salario está muy bien, si lo consigo –recuerdo que añadí, dándome cuenta de inmediato de que, por el mero hecho de justificarme antes de que él me contestara, ya había perdido.

También él debió de darse cuenta de esto, y seguramente por eso no se molestó en contestar ni levantó la vista de la bandeja de los tipos.

Y tampoco contestó al cabo de unas horas, cuando volví y le dije que había sido la única de mi grupo de doce que había pasado a la ronda siguiente, una entrevista personal.

Fui a la cocina y lavé los platos, que se habían pasado la mañana en el fregadero.

6

Dos días más tarde volví a Exchange Place. Esa vez no había cola. Me limité a entrar por la puerta, me acerqué al mostrador de mármol verde, me anuncié y me entregaron un papel, que a continuación yo tenía que darle al ascensorista. El ascensorista ya debía de haber llevado a varias candidatas a aquella planta, porque en vez de desdoblar el papel se limitó a mirarme la ropa y pulsó un botón.

Me dejó salir en una planta baja con aspecto de archivo o de oficina de registros. Las paredes estaban cubiertas de cajas y de carpetas hasta el techo. Reinaba una atmósfera académica. Por fin una mujer levantó la vista de su libro de contabilidad y vino a recibirme mientras me susurraba una disculpa. Cuando la vi acercarse sonriendo, me di cuenta de que era la mujer de más edad que había visto en aquel edificio. Aparentaba unos cuarenta y cinco años. Después de confirmar que estaba allí por la oferta de empleo, me llevó a una mesa de la parte de atrás y me hizo unas cuantas preguntas triviales para ayudarme a relajarme. La máquina de escribir ya tenía puesta una hoja de papel de color crema con el membrete verde oscuro de Inversiones Bevel. Era un papel visiblemente caro, grueso, con marca de agua y un grano precioso. A mi lado había otra candidata escribiendo a máquina en el mismo tipo de papel. La mujer amable me explicó que tenía que escribir una breve autobiografía. Un autorretrato, lo llamó. Una página nada más. En media hora. Me deseó buena suerte y volvió a su mesa.

Yo había hecho incontables pruebas para trabajar de secretaria. Todas habían incluido transcribir o escribir al dictado. Pero nunca me habían pedido que escribiera nada original, mucho menos sobre mí misma. La sorpresa, sin embargo, no me duró mucho. El asombro enseguida cedió el paso al terror, una sequedad efervescente que siempre me ha cubierto como espuma en situaciones de peligro. La hija autodidacta de un anarquista italiano no tenía nada que hacer en Inversiones Bevel.

Casi sin pensarlo, me puse a teclear con una confianza en mí misma inexplicable. Dije que vivía en Turtle Bay, un barrio que no había pisado nunca (aunque el nombre siempre me había gustado), y que no estaba en Brooklyn. Mi padre, el señor Prentice, trabajaba de dependiente en una mercería. Con unas cuantas pinceladas melodramáticas pero dignas, conté la muerte de mi madre. Había encontrado consuelo haciendo de voluntaria en la iglesia (me las apañé para mencionar que mi familia era de linaje episcopal) y en la

literatura. Después de aquellas breves frases, y sabiendo que todas las demás chicas harían una crónica lineal de sus vidas, decidí adoptar una estrategia atrevida. Expliqué que, como la mayor parte de mi vida todavía estaba por venir, me sentía movida a escribir una autobiografía prospectiva. El resto del texto fue una combinación de mis deseos más sinceros (viajar y escribir) y de lo que creía que se esperaba de las ambiciones de una mujer (ser esposa y madre). El estilo era lo bastante florido como para hacerlo destacar pero sin pasarme. Concluí con una reflexión sobre el tiempo y sobre cómo nos correspondía a cada uno de nosotros tallar nuestro presente a partir del bloque informe del futuro; o algo por el estilo.

En cuanto terminé, la sala quedó en silencio. Ninguno de los archivistas usaba máquina de escribir. Y hasta entonces no me di cuenta de que la candidata que estaba a mi lado ya se había marchado. La mujer amable reparó en el silencio y se me acercó. Me agarró del hombro y se puso otra vez a hacerme preguntas reconfortantes al mismo tiempo que me conducía de vuelta al ascensor. Mientras esperábamos, me pidió que le enseñara mi texto. Lo leí con ella, sin apenas creer lo que había escrito. Sus asentimientos con la cabeza mientras lo leía me subieron los ánimos. Me devolvió la página haciéndome comentarios de aprobación. Llegó el ascensor y le dijo al ascensorista que me llevara a una planta situada en la parte intermedia del edificio. Antes de que se cerraran las puertas, se despidió de mí con los dedos cruzados.

Cuando se volvieron a abrir las puertas del ascensor, fue para revelar una sala de estar ficticia, mucho más cómoda que ninguna de las de verdad que yo había visitado en mi vida. Había cuatro o cinco candidatas más con sus páginas de color crema, la mayoría de las cuales me saludaron con un gesto de la cabeza y una media sonrisa (una de ellas era la chica que había estado tecleando a mi lado). Todavía me acuerdo de lo que sentí al sentarme en el borde de la butaca de terciopelo, contemplando la sobria decoración que me rodeaba, sintiendo el aire delicadamente refrigerado en las pantorrillas y escuchando los ruidos efímeros de la sala antes de que los absorbieran la gruesa moqueta y la mullida tapicería: tuve la sensación de no conocer mi ciudad.

Mientras evitábamos mirarnos y corregíamos imperfecciones inevitables o invisibles de nuestra ropa, creo que todas sentíamos algo parecido. Todas salvo una. Era la única que llevaba un atuendo apropiado, no solo adecuado a la estación del año y con los colores a juego, sino también de confección impecable. Su expresión no conseguía ser del todo desdeñosa. Después de un rato me di cuenta de que era porque casi no tenía cejas. Se levantó y se paseó varias veces por la sala, aparentemente sin más propósito que demostrar que podía

levantarse y pasearse por la sala, que no la intimidaba el espacio y que ese era su lugar natural. Una de aquellas pequeñas caminatas la llevó hasta la mesa de la secretaria. Le comentó algo en voz baja, curvando los labios para formar algo que no era una sonrisa. Las dos soltaron una risilla por lo bajo.

Al otro lado de la ventana dos grúas en movimiento parecían a punto de estrellarse la una contra la otra: un engaño de la perspectiva. Empezó a sonar un martillo neumático y después otro. Un chirrido de sierras circulares. El retumbar de los escombros arrastrados por una excavadora. Los ruidos llegaban a la sala de espera convertidos en poco más que un zumbido, como si la zona en obras fuera un parque infantil y todas las herramientas y camiones fueran de juguete.

Se abrió una puerta. Salió una candidata con traje marrón. Aunque tenía las manos vacías, por su postura daba la impresión de estar abrazándose algo muy valioso contra el pecho. Parecía afligida. Caminó hasta el ascensor cabizbaja y se quedó esperándolo cabizbaja. La secretaria le dijo a la mujer bien vestida que ya podía entrar en la oficina. La mujer se quedó rebuscando en su bolso, fingiendo que no la había oído. La secretaria le repitió que la esperaban dentro. Esta vez la mujer le dedicó una mirada irritada. Cerró el bolso y entró en la oficina. Por fin llegó el ascensor y la chica del traje marrón entró a toda prisa y se pegó a una de las paredes, donde se volvió invisible.

A diferencia de la chica de la entrevista anterior, a la mujer bien vestida la podíamos oír desde donde estábamos, por mucho que no se distinguieran palabras concretas. Hablaba deprisa y en tono animado, y se interrumpía de vez en cuando para reírse. Solo hubo unas cuantas pausas durante las cuales, presumiblemente, habló la otra persona. La secretaria se puso a doblar papeles y a meterlos dentro de sobres. Las demás fingimos que no nos dábamos cuenta de nada, completamente entregadas a nuestra incomodidad.

De pronto se detuvo el parloteo de la mujer. Una pausa. Volvió a hablar, pero pareció que la interrumpían. A continuación habló en voz más baja, tanto en términos de volumen como de registro. Una última pausa y la puerta se abrió tan de golpe que el aire agitó el montón de sobres que la secretaria tenía en la mesa. La mujer salió.

–En fin, espero que le parezca más adecuada una de *estas* –dijo, señalándonos con un gesto despectivo del mentón–. A mi tío le va a encantar enterarse de esto.

Llamó al ascensor y ahora le tocó a ella quedarse allí esperando, indignada y herida en su orgullo. El ascensor llegó bastante rato después de que hicieran entrar a la candidata siguiente.

Media hora más tarde me llegó el turno a mí.

Yo solo había visto ejemplos tan magníficos y austeros de art déco en el cine: en oficinas estereotipadas de capitanes de la industria,

financieros y magnates de la prensa, todos los cuales solían ser presentados como déspotas despiadados. Las líneas paralelas se perseguían entre sí, trazando trayectorias angulosas que iban desde el mobiliario cromado hasta los patrones del suelo de piedra, y subiendo por los paneles de madera de las paredes hasta llegar a los marcos de la ventana y al exterior de la ciudad, continuando en las fachadas de los edificios circundantes y siguiendo las calles que se entrecruzaban hasta el horizonte.

Un hombre atildado y medio calvo, con gafas y aspecto de brujo –cara chupada, ojos amarillos y un lunar en el mentón curvado–, señaló una silla mientras se sentaba a su lado de la mesa. Al lado de un encendedor enorme de latón tenía una placa con su nombre. Shakespear. «Sin *e* final», tal como lo oiría repetir más adelante, todo el tiempo. Solo entonces noté el fuerte olor a cigarrillos y menta que flotaba en el aire refrigerado.

–Por favor, siéntese, señorita... –hojeó sus papeles, hizo una marca de verificación y escribió unas palabras– Prentice. Hizo usted una prueba de mecanografía impresionante.

–Gracias.

Los martillos neumáticos volvieron a arrancar.

–Y su estenografía... Sí, impresionante.

–Gracias.

–¿Me permite? –Señaló mi «autobiografía» escrita a máquina y se la entregué.

Tardó un rato exageradamente largo en leerla. Cuando terminó, la archivó con mis demás pruebas, garabateó unas notas en un cuaderno que tenía abierto sobre la mesa y me miró.

–Aunque entendemos que corren tiempos muy difíciles, y que la mayoría de las chicas se presentan prácticamente a todas las ofertas de trabajo que se abren, también queremos asegurarnos de que estamos contratando a alguien que no solo *necesite* este trabajo, sino que también *quiera* este trabajando. ¿Usted lo *quiere*?

–Sí, señor.

–¿Por qué?

Nunca habría esperado contestar como contesté. No formaba parte de ningún plan. No lo llevaba preparado. Simplemente me salieron las palabras:

–¿Para qué trabajar en un sitio que fabrica una sola cosa cuando puedo trabajar para una compañía que fabrica todas las cosas? Porque el dinero es eso: *todas* las cosas. O por lo menos se puede convertir en todas las cosas. Es el bien universal con el que medimos todos los demás bienes de consumo. Y si el dinero es el dios de los bienes de consumo, esto –con la palma de la mano vuelta hacia arriba, tracé un arco que abarcaba la oficina y sugería el edificio que la rodeabaes su

gran templo.

Una larga pausa.

–Me gustaría que volviera el lunes por la tarde para hacer una última entrevista. Anúnciese abajo a las cinco en punto. Le dirán adónde tiene que ir.

7

Esta es la única foto que existe de mi madre, tomada antes de que se casara. Debía de tener la misma edad que yo cuando hice mis entrevistas para Inversiones Bevel. Quizás fuera un poco más joven. Lleva un vestido de cuello alto con una hilera de botones pequeños en el medio, tan sencillo que irradia confianza, y que yo imagino de color azul marino. El pelo recogido informalmente sobre la coronilla. Una gentileza atrevida define su rostro. La misma amabilidad decidida se encuentra en sus ojos grises. Siempre me ha apenado que su cara no haya perdurado en la mía.

Esta única foto ha colonizado los pocos recuerdos que tengo de ella. Con el tiempo, me he dado cuenta de que, en casi todas las escenas de las que me acordaba, mi madre aparecía con aquel mismo vestido y peinado. Era imposible detener aquella simplificación de la imagen de mi madre, que ahora se ha vuelto básicamente lo único que tengo. Da igual que esté paseando por Carroll Park, bañándome, caminando por la calle Sackett o acostándome: siempre lleva el vestido de botones de color azul marino hipotético y el pelo recogido. Me resulta devastador que una mujer pueda desaparecer hasta ese punto, sin dejar más rastro que una hija que apenas se acuerda de ella.

Durante años, entre un libro y el siguiente, trabajé en una novela sobre ella. Sigue siendo un proyecto inacabado, y también la peor equivocación de mi vida de escritora. Como pasé tanto tiempo trabajando sin éxito en aquel libro, mi madre adquirió ya para siempre la textura y el peso de un personaje a medio formar en mi mente. Incluso he llegado a desconfiar de mi amor por ella.

Los datos conocidos son escasos. Nació en un pueblecito de Umbria y llegó a América con su hermano mayor y su primo. Mi padre contaba que tenía un don para los idiomas y que aprendió inglés deprisa y lo hablaba con gran elegancia. Era una costurera consumada y tenía muchos clientes en el barrio, donde le caía bien a todo el mundo.

Empezó a verse con un joven, Mattia. Su hermano y su primo no aprobaban la relación: Mattia era anarquista, y lo último que necesitaban en América eran problemas. No estoy seguro de cómo pasó (me enteré de esto casi por accidente y fui atando cabos a lo largo de los años), pero mi madre no tardó en enamorarse del mejor amigo de Mattia, el camarada con el que había cruzado el Atlántico y afrontado las primeras penurias en Nueva York.

Pronto se quedó embarazada de mí y se fue a vivir con mi padre.

Mattia desapareció de escena; mi tío y su primo se mudaron a un pueblo del Medio Oeste. Es poco probable que la negativa de mi padre a someterse a la institución burguesa del matrimonio hiciera feliz ni a madre ni a sus parientes. Aun así, creo que tuvieron una buena vida juntos. Mi padre siempre afirmaba que no existió pareja más feliz. Es posible que sea verdad. La mayoría de mis recuerdos, reales o ficticios, son de una familia alegre. Cuando estábamos las dos solas, me hablaba en italiano. He olvidado la mayoría de aquellas palabras y, junto con ellas, el sonido de su voz.

Murió de la misma manera que muchas otras mujeres a lo largo de la historia, dando a luz. El bebé, un niño, nació muerto.

Yo tenía siete años y la tristeza me desorientó. Me pasé meses experimentando incesantemente esa forma demoledora y desolada de nostalgia que solo conocen los niños.

Me resultaría difícil determinar lo que hice en aquella época. Durante un año, simplemente dejé de ir a la escuela. Me pasaba los días holgazaneando y merodeando por el vecindario. Jugaba a las damas con mi padre. Lo ayudaba en la imprenta. Con el tiempo descubrí la sucursal de la Biblioteca Pública de Brooklyn de la calle Clinton. No puedo determinar el momento en que me hice cliente habitual, pero debía de tener nueve o diez años cuando empecé a pasar las tardes en la sala de lectura y a sacar libros en préstamo. La novela detectivesca se convirtió en una obsesión para mí. Primero fueron Arthur Conan Doyle, S. S. Van Dine y Agatha Christie. Aquellos libros (y una bibliotecaria amable) me llevaron a otros. Dorothy Sayers, Carolyn Wells, Mary Rinehart, Margery Allingham. Ya entrada mi adolescencia, aquellas fueron las mujeres que se hicieron cargo de mí en ausencia de mi madre.

Me reconfortaba la idea de orden que reinaba en sus novelas. Todo empezaba con crímenes y caos. Incluso el sentido y el significado mismos se veían cuestionados: los personajes, sus acciones y motivaciones parecían incomprensibles. Pero tras un breve reinado de la anarquía y la confusión, siempre se restauraban el orden y la armonía. Todo quedaba claro, todo se explicaba y todo volvía a estar bien en el mundo. Aquello me infundía una paz enorme. Y algo quizás más importante: aquellas mujeres me mostraron que no necesitaba conformarme a las nociones estereotipadas del mundo femenino. Sus relatos no trataban exclusivamente de romances y felicidad doméstica. Había violencia en sus libros, una violencia que controlaban *ellas*. Aquellas escritoras me enseñaron, con su ejemplo, que yo también podía escribir cosas peligrosas. Me enseñaron que ser fiable u obediente no servía de nada: las expectativas y demandas de los lectores estaban allí para ser intencionadamente confundidas y subvertidas. Fueron aquellas escritoras las que me inculcaron antes

que nadie el deseo de escribir.

De hecho, contar de nuevo las historias de aquellos libros supuso una parte esencial de mi educación literaria. Mientras cenábamos, le narraba novelas enteras a mi padre, anotadas con mis conjeturas y predicciones. Fascinado, él seguía hasta el último detalle de la trama, y aprendí a llevarlo por sendas engañosas y a hacerle perseguir pistas falsas para aumentar su sorpresa ante la revelación final. Se quedaba tan cautivado que se olvidaba de comer. «¡Mira! ¡Mi comida! ¡Fría otra vez! Culpa tuya», solía decir al acabar, riñéndome en broma mientras nos reíamos.

Al final, igual que en las novelas de detectives que leía en la biblioteca, de la devastación posterior a la muerte de mi madre surgió una especie de nuevo orden, provisto de una lógica y unos rituales propios. Aquel nuevo régimen, a falta de un término mejor, nació de la necesidad.

Mi padre nunca había hecho las tareas de la casa, con la única excepción de cocinar sus «platos especiales», que generaban una cantidad extraordinaria de trabajo para quienes lo rodeábamos. Su imprenta estaba en la habitación central de nuestro apartamento-pasillo, lo cual no tardó en desdibujar y borrar las fronteras entre su trabajo y nuestra vida familiar, entre el cuarto de baño y la cocina, entre la comida y la basura, entre lo limpio y lo sucio. Recayó en mí el mantener las cosas en funcionamiento. Con ocho años, me vi a cargo de la casa. Si no las lavaba yo, no había sábanas limpias; si no barría, se empezaban a ver nuestras huellas en el polvo; si dejaba los platos en el fregadero, allí se quedaban; si me marchaba sin guardar las herramientas y suministros de mi padre, las manchas contagiosas de tinta se multiplicaban por las paredes, las camas y la ropa.

Tras la muerte de mi madre, aquel nuevo rol, que yo desempeñaba de forma inexperta e improvisada, me pareció natural. Me había convertido en la mujer de la casa. A mi padre, anarquista, le resultaba igualmente natural que hiciera falta mano de obra infantil para mantener intacto el *statu quo* entre los géneros.

Aparte de esta fotografía, no queda gran cosa de mi madre. Me acuerdo de las pocas posesiones que tenía en su cajón: un cepillo de peltre para el pelo, un estuche de manicura, unas cuantas medallas de santos escondidas bajo su ropa interior, un reloj roto con la esfera de madreperla, el anillo bañado en oro con la piedra de color azul aguamarina que nunca se atrevía a ponerse (y que yo nunca me quito) y algo de ropa. No me cabe duda de que mi padre, que tras la muerte de mi madre nunca volvió a vivir con otra mujer, la quería mucho. Pero no fue el amor ni tampoco ningún deseo de «aferrarse al pasado» lo que lo llevó a dejar intactas las cosas de su cajón. Simplemente nunca se le ocurrió vaciarlo.

8

Durante las pruebas y entrevistas que hice para Inversiones Bevel, aprendí algo que tendría oportunidad de corroborar muchas veces a lo largo de mi vida: cuanto más cerca se está de una fuente de poder, más tranquilidad reina. La autoridad y el dinero se rodean de calma, y se puede medir el alcance de la influencia de una persona por la intensidad del silencio que la rodea.

En la recepción del piso superior había cuatro secretarias, dos de las cuales estaban al teléfono de forma ininterrumpida. Por un par de puertas laterales no paraba de entrar y salir gente, que se detenía de vez en cuando para conversar un momento en voz baja. Había empleados recogiendo y entregando documentos. Sin embargo, no se oía nada más que murmullos aislados. Era como si, junto con el mobiliario intimidador, las moquetas que uno evitaba pisar y los paneles de madera opresivamente recargados, la sala estuviera equipada con un pedal de sordina.

Me alegró comprobar que también había llegado a aquella fase la chica terriblemente tímida del traje marrón de la última ronda de entrevistas. Nos sonreímos mientras me sentaba delante de ella y de una joven con traje de color lavanda, claramente otra candidata. Mi mirada deambuló de la una a la otra. Guardaban un parecido notable. Pelo negro idénticamente lacio, altura comparable, constitución similar. Sus caras eran sutiles variaciones de la misma idea de cara. Que era mi cara. Porque al mirarlas me di cuenta de que yo también era una variación de aquella idea. Las tres éramos encarnaciones distintas del mismo tipo.

Le avisaron a la chica tímida que ya podía entrar. Mientras se iba, sorprendí a la candidata del vestido de color lavanda mirándome, y a juzgar por su expresión intensa, donde se mezclaban la incredulidad con la indignación, y por la vehemencia con que apartó la vista después de que las dos nos detuviéramos en los ojos de la otra, me di cuenta de que también había percibido el inquietante parecido entre nosotras. Pero el momento de incomodidad fue fugaz. Apenas un momento después de entrar en la oficina, la chica tímida salió, nuevamente cabizbaja y con expresión mortificada. A continuación me llamaron a mí.

En la otra punta de una oficina gris que me recordó a una piscina (y entrar en ella me produjo una sensación como de sumergirme en un elemento distinto), detrás de un escritorio, con el respaldo de su silla

giratoria vuelto hacia mí, había un hombre sentado mirando por la ventana; fuera, devolviéndole la mirada, había un soldador sentado en una viga que parecía flotar en el cielo. Me invadió una oleada fría de vértigo y me quedé paralizada en la puerta. Cada uno de los hombres parecía hipnotizado por el otro. Pero cuando el soldador se acomodó la gorra y el abrigo, sin dejar de mirar al hombre de la silla, me di cuenta de que para él la ventana era un espejo impenetrable.

Es posible que la audacia del soldador y su irreverencia inconsciente (impasible ante el abismo, seguía recolocándose la ropa y contemplando sin saberlo al magnate de la silla giratoria) me inspiraran para actuar como actué. Seguramente el hombre de la silla estaba cansado de las genuflexiones balbuceantes de sus subordinados. Decidí que agradecería un acercamiento atrevido: alguien que tomara las riendas de la conversación.

–Pronto no le quedará una gran vista –le dije.

–Sospecho que a final de mes ya no podré ver el río.

–Y parece que ese edificio va a ser más alto que este.

–Lo va a ser –dijo, girándose en la silla para verme.

La cara de Andrew Bevel no transmitía nada. Igual que en las fotos que yo había visto tantas veces en la prensa, era una cara que había renunciado a la expresión. Imitando su impasibilidad, fingí que no me afectaba su presencia.

–Lo siento. –Me sorprendió descubrir que no me temblaba la voz.

–No lo sienta. Soy dueño de los dos, y en cuanto lo terminen me trasladaré al nuevo. Por favor. –Señaló la silla del otro lado de su mesa.

La distancia hasta la silla era larga.

–Usted no se llama Ida Prentice –dijo mientras me sentaba.

Sentí que me ruborizaba y vi que estaba a punto de perder el terreno ganado con mi despliegue inicial de confianza.

–Por alguna razón, pensé que no llegaría hasta aquí llamándome Ida Partenza.

–Por alguna razón, creo que está en lo cierto. Pero me alegro mucho de que haya llegado hasta aquí.

–Gracias.

Cuando lo tuve cerca descubrí que la cara de Bevel eran casi dos caras: el sorprendente aspecto infantil de la mitad superior, con sus ojos muy azules y unas pecas casi imperceptibles, lo refutaban los labios finos y el mentón severo.

–Su padre es impresor. Vive con él más o menos por ahí. –Señaló hacia el otro lado del río, en la dirección aproximada de Red Hook–. Siento mucho lo de su madre. Yo también perdí a mis padres, a los dos, de pequeño.

Confié en que mi cara no mostrara que había conseguido

intimidarme.

–Pero la historia sobre usted misma que se inventó en su redacción era muy convincente. –Sostuvo en alto la página de color crema que acababa de agarrar de la mesa.

–Parece que mi vida es casi tan pública como la suya.

Se rió, sin moverse, a través de la nariz.

–Es curioso, acaba usted de llegar al fondo de la cuestión. El problema, ciertamente, es mi vida pública. El mero hecho de tenerla es una consecuencia no deseada de mi trabajo. He intentado cortarla de raíz, aplastarla a pisotones. Siempre vuelve a crecer. Siempre. Con fuerzas redobladas. Así pues, he decidido asumir el control de ella. Si he de tener una vida pública, prefiero mostrarle al mundo mi versión.

Detrás de él se movió la viga donde estaba el soldador. Al ver que mi mirada se movía y enfocaba algo situado a su espalda, Bevel se dio la vuelta.

–Me preguntaba por qué estaría tardando tanto. –Se volvió hacia mí–. En fin. Lo importante aquí no soy yo, en realidad. Es mi mujer.

–Lo acompaño en el sentimiento.

–Gracias. Una cosa es la fijación que tiene el público por mi vida. Pero cuando esa obsesión afecta a mi mujer y ensucia su nombre, la cosa cambia. No toleraré que se mancille su imagen, su recuerdo. –Frunció los labios como para asegurarse de que su indignación permanecía sellada en su interior; acto seguido, sacó un libro de un cajón y lo dejó sobre su mesa–. ¿Ha leído esto?

Me pasó el libro por encima de la mesa. Lo agarré. La sobrecubierta era de color verde salvia, y las letras negras y grises, una paleta de colores que recordaba al billete de un dólar. No tenía ilustraciones ni adornos de ninguna clase. Tan solo decía:

Obligaciones
Novela
HAROLD VANNER

Mientras escribo estas palabras, tengo delante el mismo libro que me entregó aquel día Andrew Bevel. La sobrecubierta ya está ajada por el paso del tiempo; la cubierta y contracubierta a punto de desprenderse del lomo descolorido por el sol. Algunos de los pliegos encuadernados están un poco sueltos, como si fueran separatas. Me da la sensación de que esa fragilidad le sienta bien al libro.

–No –contesté, hojeándolo.

–Pues se cuenta usted entre los pocos afortunados. Salió hace cosa de un año. Este escritorzuelo, el señor Harold Vanner, ya casi había caído en el olvido. No es que yo lo conociera. Pero me han contado que tuvo una mala racha. Después de unas cuantas novelas que

obtuvieron un éxito moderado, cayó en desgracia hace unos diez años. Sus libros no vendían. Alcohol. Dipsomanía, al parecer. La historia sórdida de siempre. Y luego, poco después de la muerte de mi mujer, se puso a escribir esto. Había coincidido con Mildred unas cuantas veces. En sociedad. De manera superficial. Creo que incluso es posible que me conociera a mí en una de aquellas ocasiones.

Se dio la vuelta para echar un vistazo al avance de la viga. Ya no la podíamos ver, pero asombrosamente, debido a la altura, se oían voces al otro lado de la ventana.

–En cualquier caso, escribió el libro. Se publicó y obtuvo críticas favorables. Parece que cada persona que conozco lo ha leído; y todos siguen hablando de él. No soy crítico. No me interesa la literatura. Ni siquiera he leído las reseñas. Pero le puedo decir por qué este libro ha causado sensación: porque es evidente que habla de mi mujer y de mí. Y porque da una mala imagen de nosotros.

Me miró, quizás esperando una reacción. Creí que mi silencio sería mejor que cualquier pregunta o comentario.

–Mis amigos y conocidos me transmiten su pesar por el libro. ¿Entiende lo irritante que me resulta? Porque con sus muestras de adhesión me están haciendo saber que han leído esta basura. Parece que la ha leído todo el mundo. Y todo el mundo se da cuenta de que trata de nosotros. Ya lo verá por usted misma. No puede ser nadie más. Y debido quizás a que contiene unos cuantos detalles más o menos correctos, la gente cree que es una fuente fiable. Hasta hay periodistas que siguen pistas e indicios del libro para intentar corroborar ciertas escenas y pasajes. ¿Lo puede creer? Ahora los acontecimientos imaginarios de un relato de ficción tienen mayor presencia en el mundo que los hechos reales de mi vida.

Detrás de su cara se empezó a concentrar algo parecido a la furia. Respiró hondo.

–Déjeme ser claro. Este libro es pura porquería difamatoria. Mis negocios aparecen burdamente tergiversados. Se me presenta como un jugador profesional. Como un estafador. Y el autor afirma que estoy acabado. Que soy viejo y mi tiempo ha pasado. Que he perdido mi magia y estoy en franca decadencia. Mire por la ventana. ¿Le parece a usted que ese edificio nuevo es un signo de derrota? –Hizo una pausa sombría–. En fin, todo esto es irrelevante. Estoy acostumbrado a que me calumnien. Pero Mildred... Lo que este granuja le ha hecho a Mildred... La mujer más amable que ha habido, retratada como una... –Negó con la cabeza–. No pienso permitir que esta invención llena de oprobios se convierta en la historia de mi vida, que esta vil fantasía ensucie el recuerdo de mi mujer.

Puse el libro en la mesa para que la proximidad no me relacionara con él.

–Mis abogados ya se están ocupando del señor Vanner. Pero me temo que me ha llegado el momento de hablar. Toda mi vida he estado rodeado de rumores. Me he acostumbrado a ellos y nunca niego los chismes y las habladurías. La negación es una forma de confirmación. Odio hacer declaraciones públicas de ningún tipo, pero esta ficción exige que la refuten con datos. Y voy a darles datos. Me gustaría que usted, señorita Partenza, me ayudara a escribir mi autobiografía.

Nos miramos un momento.

–Pero, señor, yo no soy escritora.

–Dios sabe que lo último que quiero es un escritor. Al infierno con todos ellos. Lo que necesito es una secretaria. Sé que es usted una excelente estenógrafa y mecanógrafa. Yo hablaré y usted escribirá al dictado. Y veo por esta redacción suya que tiene facilidad con las palabras. «Tallar nuestro presente a partir del bloque informe del futuro.» También tiene un talento para la narración que puede resultar útil.

Se miró el reloj de pulsera.

–Empezaremos la semana que viene. En mi casa. Entretanto, debo exigirle discreción. Ni una palabra de esto a nadie.

–Por supuesto.

–Hable con las chicas de fuera. Le darán todos los detalles. Gracias. –Esbozó un intento de sonrisa–. Y llévese el libro.

Mientras me dirigía a la puerta, oí que Bevel levantaba el auricular.

–Dígale a la otra chica que se vaya.

9

Cuando llegué a casa, me encontré a Jack bebiendo unas cervezas y comiendo sándwiches con mi padre. No lograba acostumbrarme a su bigote. Me parecía falso, como si se lo hubieran pegado a una cara que por lo demás no había cambiado desde nuestra infancia.

Conocía a Jack desde la época en que se llamaba Giacomo. Su familia se había mudado al barrio poco después de que muriera mi madre. En aquella época, mi dolor me había vuelto inaccesible y no me interesaba hacer amigos nuevos, pero unos años más tarde, en la primera adolescencia, estuvimos saliendo juntos una breve temporada. Por entonces, eso significaba dar largos paseos los fines de semana por las calles desiertas del margen del río, durante los cuales Jack calculaba en silencio cuál sería el mejor lugar para el siguiente beso mientras yo intentaba decidir si quería que me besara otra vez o no. Aquello duró unas semanas, y luego nos distanciamos y empezamos a evitarnos por el barrio la mayor parte del tiempo. Al final se fue a la universidad en Chicago, lo cual me pareció impresionante. Regresó al cabo de dos años, convertido en una persona distinta. Era él pero no era él, como pasa en los sueños. Había cambiado su vestuario, había adquirido un vocabulario más amplio, y también aquel bigote. Una identidad completamente nueva para un Jack completamente nuevo: ahora era periodista. La universidad se había vuelto una pérdida de tiempo, decía. La verdad estaba ahí afuera, en las calles. Estaba impaciente por salir al mundo real y dejar su marca. Empezamos a vernos de manera informal y poco clara. Creo que mi deseo de enamorarme era más fuerte que el deseo que tenía de él.

A mi padre se le ensombreció un momento el ceño cuando me vio vestida otra vez con la ropa de mi madre, pero levantó de inmediato el vaso y me invitó a unirme a ellos. Jack me dio parte de su bocadillo.

–En fin. Enseguida termino de contar la historia –dijo mi padre–. Han capturado a Paolo, o sea que yo no puedo volver, y tengo justo delante a un grupo de gente en el arcén. Uno de ellos es un carabiniere. Lo puedo ver. Pero él no me ha visto a mí.

Jack escuchaba con una media sonrisa extasiada.

–¿Qué puedo hacer? –Mi padre se encogió de hombros.

–Sí, ¿qué hizo usted?

–Pues sigo adelante, confiando en que todo salga bien. Necesito contarle algo al carabiniere. Quizás puedo decirle que he dejado mi bolsa un momento sola en el mercado y alguien me ha metido dentro

esos panfletos. Pero acuérdate de que también llevo la escopeta. Quizás consiga explicar una de esas cosas. Pero ¿las dos? No.

–Pero el carabiniere no lo había visto a usted. ¿No podía simplemente deshacerse de la bolsa y la escopeta y recogerlas más tarde?

Jack no vio el destello de irritación en la mirada de mi padre.

–No –se apresuró a decir él; carraspeó y reanudó su narración con el mismo entusiasmo de antes–. Así pues, sigo caminando, con la escopeta apoyada encima del brazo, así. –Se echó un trapo de la cocina sobre el antebrazo–. Como he visto que hacen los cazadores. Pienso: «Pasaré junto al carabiniere y lo saludaré como si fuera un cazador de paseo».

–Buena idea.

Le pedí a Jack que me pasara la sal y él me la dio.

–¡Ah! ¡No, no, no, no! –le gritó mi padre a Jack–. ¡Déjala en la mesa, déjala! ¿Qué clase de italiano eres? La sal no se pasa nunca de mano en mano. ¡Una mala suerte terrible! ¡Y encima se te ha caído un poco! –Se tiró un pellizco de sal por encima del hombro izquierdo–. Ya está. Arreglado.

Recobró la compostura.

–Así que sigo acercándome. Me ven. Voy sudando. El carabiniere me mira directamente. Yo sonrío y sudo. El carabiniere echa a andar hacia mí. Y no son solo esos panfletos en la bolsa. También tengo un montón de información sobre mi grupo. Por eso voy sudando. Y entonces veo que el *carabiniere* tiene la pistola en la mano.

–¡No!

–Seguimos caminando el uno hacia el otro. Me hace una señal con la mano. La gente que está en el arcén se mueve. Entonces veo que están rodeando un bulto grande y negro que hay en el suelo. «¿Está cargada esa escopeta?», me pregunta el carabiniere. Se lo ve agitado. «No, señor», le digo. «¿Tienes balas?», me pregunta. Decido ceñirme a la historia del cazador. «Pues claro», digo. «Estoy cazando.» «Bien», dijo el carabiniere. Y cuando nos acercamos a la gente del arcén, veo que están junto a un caballo. A un caballo caído. Herido.

–¿Qué?

–Sí. Está herido. Y se nota que está sufriendo. «Se me ha encasquillado el arma», dice el carabiniere. Pero por su cara lo sé. Me doy cuenta. El arma no se le ha encasquillado. ¿Me está diciendo que el caballo se ha roto una pata *y* que se le ha encasquillado el arma? El arma no se le ha encasquillado. Le tiene cariño a su caballo y no es capaz de pegarle un tiro. Me doy cuenta.

Mi padre hizo una pausa para asegurarse de que Jack estaba debidamente cautivado.

–En fin. Tengo las balas en la bolsa. La dejo en el suelo. La abro.

Saco las balas, que están debajo del fajo de panfletos y documentos, cierro la bolsa y cargo la escopeta. Me tiemblan un poco las manos. Cuando termino, le doy la escopeta al carabiniere.

–Increíble.

–Espera. El carabiniere no la quiere. –Pausa–. Me dice: «Hazlo tú».

–¿Cómo? ¿Le dijo que lo hiciera usted?

–Sí. Me intenta obligar a matarlo. Por el cariño que le tiene a su caballo. Me doy cuenta. Por eso no puede. Pero tampoco puedo yo. –Mi padre se rió–. ¡Soy incapaz de matar a un caballo! Me está mirando con sus ojazos negros, respirando, pidiendo compasión. ¡Soy incapaz de matar a ese caballo!

–¿Qué pasó entonces?

–Le digo al carabiniere, señalando al caballo: «Señor, su buen amigo lo necesita». Y miro a la gente que nos rodea. «¿Verdad?», les pregunto. Algunos dicen que sí con la cabeza. «No puede fallarle a su buen amigo ahora», le digo. Así no se podrá negar. Ya sabes. La gente habla. ¿Un carabiniere incapaz de disparar a un caballo? ¡Imagínate! Así que agarra la escopeta. Le tiemblan las manos más que a mí. Apunta, sin dejar de temblar. Y por fin, después de una pausa larga, le pega un tiro al caballo en la cabeza.

Pausa dramática.

–Después me devuelve la escopeta, me da las gracias y me voy.

–Increíble. En serio, increíble –dijo Jack, negando con la cabeza–. Ida, ¿conocías esta historia?

–Sí.

–Increíble. –Y volvió a mirar a mi padre–. Debería usted escribir estas historias, ¿sabe?

–Bah.

–No, son historias importantes. Quizás yo lo podría ayudar. Las podríamos escribir juntos. Y publicarlas.

–Bah... Ya veremos. –Mi padre se levantó y se sacudió las migas del pecho, dejándolas caer sobre el suelo de la cocina–. ¡Pero la historia no se ha terminado! ¡La lucha continúa! De hecho, me tendría que ir a esa asamblea.

–Espera –le dije–. Antes de que te vayas, tengo una noticia. He encontrado trabajo.

–¿Ahora mismo? –preguntó Jack–. Por eso te has puesto tan guapa. ¡Felicidades! ¿Qué es?

–Oh, un trabajo de oficina. Ya sabes, escribir al dictado, mecanografiar, esas cosas. Pero es un trabajo fijo. Y pagan muy bien.

–Qué gran noticia –dijo Jack, agarrándome de los hombros.

–Bueno –dijo mi padre–. Me tengo que ir.

Y se fue. Mientras limpiaba la mesa, le dije a Jack que le agradecía mucho que viniera, le trajera cerveza a mi padre y escuchara sus

historias de antaño. Significaba mucho para él. Me puse a fregar los platos.

Jack se me acercó, se apoyó en mí, me besó el cuello y me abrazó.

–La cerveza y el almuerzo eran para nosotros –me susurró al oído–. Pensé que tu padre no estaría, y no sabía que habías salido.

–Gracias. –Me volví, sin sacar las manos del fregadero, le di un beso breve y volví a los platos.

–Mira, creo que yo también tengo buenas noticias. El *Eagle* y el *Herald Tribune*. Están muy interesados en los artículos que les enseñé. Es pronto para saberlo. Pero aun así... Promete mucho.

–¿Y ahora me lo dices? ¿El *Eagle* y el *Herald*? ¡Jack! ¡Qué maravilla! Te dije que las cosas terminarían saliendo bien. ¿Qué artículos les mandaste?

–Para, para. Como te digo: todavía es pronto. Pero, en fin, crucemos los dedos. Tiene muy buena pinta.

Empecé a secar los platos. Jack me volvió a abrazar por detrás.

–Tenemos muchas cosas que celebrar –murmuró.

–Muchas cosas que celebrar, sí. Pero escucha, tengo que leer este libro hoy mismo para mi nuevo jefe. Quizás te pueda invitar a cenar cuando me llegue el primer cheque. A un sitio elegante. Siempre hemos querido ir al Monte's.

Se apartó de mí y me volví a tiempo de ver como se le torcían los labios en una mueca breve de fastidio antes de adoptar una expresión neutra.

–En realidad me tengo que ir. –Se miró el reloj–. Necesito verme con un redactor jefe del *Mirror*. Hay que llamar a todas las puertas.

–Estoy muy orgullosa.

–Todavía no. Pero pronto.

Me besó y se marchó.

10

Al principio, *Obligaciones* era más que literatura; era una serie de pistas. Y yo era más que una lectora; era una detective.

Tenía que haber pistas en el libro. Aunque fuera de manera superficial, Harold Vanner había conocido a los Bevel, y estaba claro que también los había conocido la gente de su círculo. Algunos de los elementos de la novela debían de estar basados en la realidad. Por supuesto, yo no tenía forma de distinguir los hechos de la ficción (y aun después de todas las reuniones que tendría con Bevel, la distinción seguiría sin quedarme clara), pero sospeché que debía de haber un grano de verdad sepultado en el texto. ¿Qué sabía realmente Vanner de Andrew y Mildred Bevel? ¿Por qué iba alguien tan poderoso y ocupado como Bevel a molestarse en cuestionar una obra literaria? Tenía que haber algo concreto en la novela que Bevel necesitaba suprimir y refutar. ¿Acaso estaba completamente a la vista? ¿Acaso Vanner había encontrado algo por pura casualidad, o bien le estaba mandando a Bevel algún mensaje en clave con aquel libro? La novela había sacado a la luz, de forma intencionada o no, algún hecho vital sobre la gente en la que estaba basada. Quizás la verdad estuviera en todas aquellas distorsiones e imprecisiones que tanto molestaban a Bevel.

A medida que leía, sin embargo, fue en la prosa misma, y no en el contenido, en lo que centré mi atención. No se parecía en nada a la de los libros que me habían hecho leer en la escuela, ni tampoco tenía nada que ver con la de las novelas de misterio que sacaba de la biblioteca. Más adelante, cuando por fin fui a la universidad, pude ubicar las influencias literarias de Vanner y evaluar su novela desde un punto de vista formal (por mucho que nunca fuera lectura obligatoria en los cursos que hice, ya que estaba descatalogada y era bastante difícil de encontrar). Pero en la época en que la leí, nunca había experimentado nada parecido a aquel lenguaje. Y me conmovió. Era la primera vez que leía algo que existía en un espacio indeterminado entre lo intelectual y lo emocional. Más adelante he identificado ese territorio ambiguo como el dominio exclusivo de la literatura. También entendí en algún momento que aquella ambigüedad solo podía funcionar en conjunción con una disciplina extrema: la precisión tranquila de las frases de Vanner, su vocabulario discreto, su reticencia a emplear los recursos retóricos que asociamos con la «prosa artística» sin por ello perder de vista un estilo distintivo. La lucidez, parecía

sugerir Vanner, es el mejor escondite para un sentido más profundo, como si fuera algo transparente metido entre otras cosas transparentes. Desde entonces han cambiado mis gustos literarios, y *Obligaciones* ha sido desplazado por otros libros. Pero Vanner me ofreció mi primer vislumbre de aquella región esquiva que había entre la razón y el sentimiento, y fue quien me infundió el deseo de cartografiarla con mi propia escritura.

Más adelante leería algunas reseñas que habían salido al publicarse el libro. Aunque la mayoría eran más o menos elogiosas (*The Nation* lo incluyó entre sus «Libros destacados del año», y apareció en la «Lista de libros navideños para los lectores de *Harper*»), las reacciones no habían sido tan unánimemente positivas como afirmaba Bevel. El *Atlantic* publicó una de las pocas reseñas completamente entusiastas. Un pasaje decía:

> Nuestro canon está saturado de relatos centrados en las clases sociales, en el consumo descarado y en las excentricidades inmoderadas que acompañan a la opulencia. Pero pocas novelas como *Obligaciones* se centran en el proceso en sí de la acumulación de capital. E incluso las narraciones que intentan llevar a cabo una crítica de la riqueza y la desigualdad terminan casi siempre deslumbradas por la misma codicia ostentosa que intentaban desmitificar: una trampa que el señor Vanner evita con habilidad.

Pero también había opiniones implacables. Algunos críticos tacharon el libro de falto de originalidad («epigonal», lo llamó *The New Republic*) y señalaron la influencia innegable de Henry James, Constance Fenimore Woolson, Amanda Gibbons y Edith Wharton. *The New Yorker* dijo que la novela era un simple *succès de scandale* que había obtenido notoriedad por ser una *roman à clef* obvia (ambas expresiones francesas figuran en la reseña), basada en una pareja famosa pero extremadamente reservada sobre la cual todo el mundo quería leer una historia, fuera cierta o falsa.

En cuanto terminé de leer *Obligaciones*, volví a empezar. Solo por mi breve encuentro con Bevel ya me daba cuenta de que había diferencias entre Rask y él, una intuición que podría confirmar durante nuestras muchas conversaciones de las semanas siguientes. El hombre de carne y hueso era más franco, menos elusivo y reservado que su encarnación ficticia. Aun así, parecían parientes lejanos.

Los pasajes que describían las transacciones financieras de Rask me exigían un poco más de esfuerzo, pero aunque en aquella época no estaba familiarizada con muchos de los términos de la novela de Vanner, la crónica general de sus operaciones era bastante clara. Pese a que los actos de Rask desafiaban mi imaginación moral, no me cabía duda de que estaban basados en maniobras de verdad. Y durante nuestras sesiones, el propio Bevel lo confirmaría. Varias veces, con

orgullo de cazador, me explicó que era capaz de adelantarse a sus competidores y convertirlos en sus presas, y también que más adelante, en 1929, había superado en inteligencia al mercado entero, lo había vuelto contra sí mismo y había ganado una fortuna. Mientras trabajaba con Bevel, me dediqué a revisar periódicos y libros de aquella época, y todos confirmaban y describían con gran detalle la mayoría de las operaciones financieras que aparecían tanto en la novela (con algunas imprecisiones y licencias) como en las crónicas de primera mano que me hizo a mí (con algunos retoques orientados al blanqueo y el autobombo). Y no solo eso: descubrí que tanto Vanner como Bevel parafraseaban sin apenas cambios en sus relatos algunas de aquellas publicaciones.

Helen, la mujer de Benjamin Rask, constituía para mí el centro absoluto del libro. No tardé en identificarme con ella. Las dos prácticamente carecíamos de amigas. Las dos teníamos padres dominantes y disfuncionales, consumidos por dogmas insensatos. Las dos éramos mujeres jóvenes que intentaban crecer en resquicios estrechos, tratando de romperlos y agrandarlos. Y me dio la sensación de que Vanner, que mantenía siempre una distancia respetuosa, era capaz de entenderla; y a través de ella, me entendía a mí. Y quizás porque el relato tenía una resonancia personal tan grande, la última parte de la novela me resultaba más enfurecedora cada vez que la leía. ¿Por qué necesitaba Vanner destruir a Helen? ¿Por qué maltratar su cuerpo con tanta violencia en los últimos días de su vida? Y por encima de todo, ¿por qué representarla como loca? Estaba claro que se había tomado toda clase de libertades con la historia de Mildred Bevel, y que le podría haber dado cualquier clase de destino. ¿Por qué aquel, entonces? ¿Por qué romper su mente?

Aun después de tantos años, todavía recuerdo el principal efecto que tuvo aquel primer encuentro con el libro. Después de leerlo, me sentí preparada para mi primera entrevista con Andrew Bevel. Es más: pese a ser una obra de ficción, el libro me había convencido de estar en posesión de una verdad esencial sobre su vida. Todavía no alcanzaba a ver cuál podía ser aquella verdad, pero eso no me impedía creer que de alguna manera ahora le llevaba ventaja.

II

Una taquilla de venta de entradas bajo los medallones y las guirnaldas de yeso. Junto a la chimenea, unas banderolas que anuncian distintas exposiciones. «Oro, plata y bronce: las artes decorativas americanas en el cambio de siglo.» «En la madriguera del conejo: ilustraciones de libros infantiles victorianos.» Ambientador floral. Más allá del recibidor, el vestíbulo, reconvertido en tienda de regalos. Una alfombra de diseños incongruentes subiendo por la escalera. Los mismos apliques dorados al fuego de antaño. La misma consola con tablero de mármol. Las mismas sillas de respaldo recto, pero ahora con una cuerda roja atada entre los reposabrazos.

Me sorprende lo indignada y posesivo que me siento. Los arquitectos encargados de renovar la casa y convertirla en museo han tomado la decisión previsible de alterar la atmósfera beaux arts *original introduciendo cubos de cristal descaradamente contemporáneos y domesticando los excesos recargados del diseño original con líneas rectas disciplinadas. Toda la cartelería usa una tipografía* sans serif*, seguramente elegida para que su austeridad anacrónica resulte irreverente.*

Me desconciertan mi irritación y mi sentimiento posesivo, porque la primera vez que vine aquí el lugar me resultó obsceno. Debería alegrarme de verlo execrado. Sin embargo, esta encarnación de la casa de los Bevel solo añade una capa nueva a mi exasperación hacia ella.

Me resulta particularmente ofensiva la tienda de regalos. Por irracional que sea, incluso me molesta el joven que atiende el mostrador. Echo un vistazo, buscando, por razones desconocidas, avivar mi indignación. De fondo suena una melodía ridícula de la era de la Prohibición. Abundan los bolígrafos, tazas y postales adornados con reproducciones de objetos de la colección y con el logo del museo. Hay una pared dedicada a las baratijas de los Locos Años 20: canotieres, boas de plumas, petacas, pitilleras, vestidos de flapper*. Y al lado de esa sección, un expositor dedicado a Francis Scott Fitzgerald. Ejemplares de todos sus libros. Biografías y estudios críticos.* El gran Gatsby *en distintos idiomas.*

Por supuesto, no hay ni un solo ejemplar de Obligaciones*, de Harold Vanner.*

Fue a través de Vanner como vi originalmente esta casa. Leí su libro unos días antes de poner el pie aquí por primera vez. Aunque su descripción es bastante escueta, mi percepción inicial de este lugar se vio fuertemente condicionada por sus palabras. Hacia el final de la segunda parte de su novela, por fin se conocen las versiones ficticias del señor y la señora Bevel.

Vanner ofrece unos vislumbres rápidos y no del todo precisos de la mansión y plasma la forma en que Helen Rask reacciona a ella.

«Cuando entró por primera vez en la fastuosa morada del señor Rask», escribe Vanner de la encarnación de Mildred, «nada le infundió el cosquilleo del deseo, ni tampoco le hizo sentir aquella excitación indirecta y momentánea que producía imaginar una vida desprovista de restricciones materiales.»

Y era exactamente así como yo tenía intención de reaccionar cuando entré aquí de joven. Estaba decidida a mostrarme indiferente y desdeñosa. No lo conseguí. Por entonces, la casa estaba en pleno apogeo, y tuvo en mí todo el efecto que estaba diseñada para tener. Me hizo sentir indigna de ella. Incómoda y sucia. Como una mendiga, aunque no estuviera pidiendo nada. Me sentí abrumada, sí. Pero como era hija de mi padre, también experimenté asco y rabia, tanto hacia la casa como hacia mi reacción obediente a ella. Lo opuesto a la apatía de Helen.

Ahora, mientras deambulo antes de subir las escaleras que llevan a la biblioteca, mi experiencia de la casa todavía es más contradictoria. Mi afán posesivo y mi indignación inexplicables («Yo sé cómo era realmente este sitio») se mezclan con la indiferencia que no conseguí sentir en mi juventud (la acumulación desapasionada de pinturas de Holbein, Veronese y Turner no constituye una galería, sino una simple sala de trofeos) y con una sensación aguda de añoranza (regresar a un lugar importante después de varias décadas revela lo ajena que una puede llegar a ser a si misma).

Subo la escalera, mirando a mi alrededor, intentado comparar impresiones pasadas y presentes. ¿Debería hacer un inventario de las pinturas, esculturas, estatuillas, piezas de porcelana, jarrones, relojes y lámparas de cuentas? ¿Debería describir las suntuosas estancias? ¿Debería señalar sus funciones y a qué hora del día se tenía que usar supuestamente cada una? ¿Debería intentar transmitir su tamaño? ¿Debería detenerme en las ricas telas, piedras preciosas y tipos únicos de madera que se habían usado por toda la casa? ¿Debería clasificar las distintas clases de mobiliario? ¿Debería mencionar las marcas de los coches que solía haber aparcados en fila frente a la casa? ¿Debería decir cuántos criados trabajaban aquí en los años treinta? ¿Debería hacer una lista de sus distintas obligaciones?

Me vinieron a la cabeza los productos relacionados con El gran Gatsby *que se vendían en la tienda de regalos de abajo. No tengo ningunas ganas de incurrir en una larga descripción de lujos inasequibles. Igual que a Vanner, no me interesa detenerme en la opulencia de la casa. He venido por los documentos. Y nada más.*

En lo alto de la escalera, giro a la izquierda y me adentro por el largo pasillo. Hay unas cuantas puertas abiertas, que revelan habitaciones con pinturas y objetos decorativos en exposición al otro lado de unas cuerdas de terciopelo. Me acuerdo exactamente de qué puerta llevaba a la

habitación de Mildred. Tras todas estas décadas, sigue cerrada. Y al final del pasillo, la biblioteca.

Han cambiado las cosas de sitio. Ahora hay menos libros (la mayoría deben de estar en estantes fuera de exposición), y agradezco las hileras de pupitres utilitarios con lámparas operativas y sillas prácticas, todo diseñado para trabajar de verdad. Unos cuantos visitantes hojean libros de arte de formato grande y toman notas. Sale a recibirme el bibliotecario jefe y caminamos juntos hasta su mesa, donde me presenta a sus dos colegas. Le entrego la carta en la que solicito acceso a los materiales restringidos, y la acepta, disculpándose por esta formalidad necesaria.

Le pregunto qué clase de documentos y libros le solicitan con mayor frecuencia. Me cuenta que la mayoría de sus visitantes son académicos o estudiantes que vienen a investigar la extensa colección de arte. Acuden tasadores de las casas de subastas casi a diario.

–De hecho –dice–, una escritora como usted es una visitante atípica.

Hablamos de los materiales que estoy buscando. Cuando les pido los papeles de Mildred Bevel, los tres bibliotecarios se miran entre ellos y se ríen con discreción.

–Le deseo mucha suerte –dice el bibliotecario jefe, y los otros dos asienten enfáticamente con la cabeza–. La señora Bevel tenía una caligrafía terrible.

–A sus papeles los llamamos «los manuscritos Voynich» –dice el más joven de los tres con una sonrisilla maliciosa.

Chistes de bibliotecarios. El manuscrito Voynich es un volumen en pergamino encuadernado del siglo XV que se encuentra en la Biblioteca Beinecke de Libros Raros y Manuscritos de la Universidad de Yale. Se sabe poco de lo que, a juzgar por las ilustraciones, parece ser un tratado sobre especies de plantas sin identificar y cosmología. El manuscrito podría venir de cualquier parte de Europa Central, y está escrito en un alfabeto inventado que ha desconcertado a varias generaciones de estudiosos. Pese a que se han invertido un tiempo y unos recursos considerables, de momento no ha habido lingüista, criptógrafo ni agencia gubernamental del mundo que lo haya podido descifrar.

El bibliotecario jefe secunda la risilla, pero rápidamente adopta un tono profesional.

–Hay muchas cosas en los archivos de la señora Bevel que no hemos podido entender. Y eso afecta a la forma en que están catalogados sus documentos. Nos hemos visto obligados a agrupar los materiales basándonos meramente en el formato y el tamaño, y no en el tema. Así que nos disculpamos por adelantado si el contenido de las cajas le resulta algo heterogéneo.

Me siento en uno de los pupitres, saco mi cuaderno y un lápiz (aquí dentro no se permite tinta) y espero a que me lleguen las cajas.

2

Me habían dicho que usara la entrada de servicio: daba a un pequeño recibidor para los sirvientes, donde me indicaron que me sentara en una silla. Me alegré de detenerme en aquel espacio intermedio antes de acceder a las habitaciones. Una de las doncellas me presentó a la señorita Clifford, el ama de llaves, una señora mayor que sin embargo tenía un aspecto en cierto modo juvenil: me ofreció una taza de té, aunque me sentí demasiado nerviosa como para aceptarla. Me la dio de todas maneras, llamándome «cariño».

Un mayordomo que parecía estar interpretando a un mayordomo en una película entró y, dirigiéndose más a la habitación que a mí, dijo mi nombre, dio media vuelta y se marchó. La señorita Clifford tomó la taza y me indicó que lo siguiera. El mayordomo me llevó por un pasillo, por unas escaleras y después por un corredor estrecho. Aquello era como los bastidores de un teatro. Ni una sola vez se volvió para asegurarse de que lo estuviera siguiendo. Por fin franqueamos una puerta que daba a la casa propiamente dicha. En cuanto puse el pie en la moqueta, me sentí una intrusa. Cruzamos un salón interminable. El mayordomo llamó a una puerta y me hicieron entrar al estudio de Bevel.

Dentro de los estrechos límites de su expresividad, Bevel me recibió con calidez. Intercambiamos unas cuantas cortesías y me pidió que me sentara a la mesa, frente a la máquina de escribir.

–Antes de que empecemos –dijo, tomando unos papeles de una mesilla–, hay un requisito legal importante que necesitamos cumplimentar. Ha de firmar estos papeles. Lo que dicen, en esencia, es que bajo ninguna circunstancia puede usted contar, compartir ni comentar ninguna de las cosas que se mencionen aquí. Quería darle el documento en persona para que entienda que me tomo esta cuestión muy en serio. Si sigue estas normas, no tendrá nada de que preocuparse. Este documento no tendrá efecto alguno en su vida. Pero me temo que si no lo firma no podremos empezar.

Firmé los papeles sin leerlos. No tenía otro remedio; y por entonces, tampoco tenía intención de divulgar ninguno de sus secretos.

No es improbable que todavía siga atada a un compromiso de confidencialidad por aquel acuerdo. De momento, en mi investigación de los archivos de Bevel aún no ha aparecido ese documento en concreto. El abogado que se ocupa de la herencia me ha dicho que ya no existe el bufete que llevaba por entonces los asuntos de la familia. Y

no tengo intención de seguir indagando en ese sentido.

–Ya ha leído el libro. No hace falta comentarlo. Sé que habrá comprobado, por el simple hecho de visitar mi lugar de trabajo, que soy un empresario serio. Hablaremos de eso largo y tendido, claro. Pero estoy seguro de que ya puede ver que mi ira está justificada y que hemos de trabajar deprisa. Preguntas.

–Ninguna. –Supe que sería un error formular cualquiera de las innumerables preguntas que tenía sobre la relación entre la novela de Vanner y la vida real de Bevel.

–Bien. Procederemos de la manera siguiente. Yo le contaré mi historia tal como me salga. Usted la irá apuntando y, cuando sea necesario, reescribirá las frases para asegurarse de que todo tenga sentido. Eliminar redundancias y contradicciones. Corregir el orden de los acontecimientos (ya sabe que en las conversaciones se suele saltar atrás y adelante). Asegurarse de que nada suene demasiado difícil ni arcano para el lector medio. Y quizás añadir algún que otro embellecimiento. Ya sabe, todos esos pequeños retoques. Para que se lea bien. Yo aportaré la historia, como es natural, pero le dejaré a usted todos los detalles y la tarea de pulirla.

–Por supuesto.

Corregir su estilo y, de hecho, *escribir* su libro eran aspectos del trabajo que no me había esperado. Decidí que las cosas se aclararían sobre la marcha.

–También confío en que aporte usted... un toque femenino en los pasajes relativos a la señora Bevel.

Asentí con la cabeza, todavía intentando orientarme.

–Y ya que he mencionado a mi mujer, hay un aspecto crucial en relación con la novela que ha leído usted. Algo que no debe olvidar nunca. Como ya le he dicho antes, mi esposa nunca sufrió dolencias mentales de ninguna clase. Mildred era una mujer serena y de mente clara. ¿Cómo se puede difamar de esa manera a alguien tan bueno y frágil como ella? Es como burlarse de una niña. –Hizo una pausa, miró primero el ángulo donde la pared se juntaba con el techo y después se miró las manos–. ¿Y cómo puede alguien sugerir que tuve alguna responsabilidad en su muerte? ¿Cómo puede ese escritorzuelo imaginar, ya no digamos publicar, que sería capaz de someterla a ningún experimento médico demencial? Ha de entender usted que no puedo permitir que se imponga esa versión de los hechos. –Se volvió hacia mí como para asegurarse de que aquellas palabras me habían quedado debidamente grabadas en la mente–. Es verdad que murió en un sanatorio suizo. Pero se la llevó el cáncer.

–Lo siento mucho.

Me interrumpió levantando la palma de la mano.

–No es necesario. A trabajar.

–Señor, si no le importa, prefiero sentarme ahí, en ese sofá. No voy a necesitar la máquina de escribir. Usaré taquigrafía y lo transcribiré todo después.

No pudo reprimir su sorpresa.

–Creo que la conversación, como la ha llamado usted, fluirá mejor en un entorno menos oficinesco –le dije.

Una pausa pensativa.

–Muy bien. Si le resulta más cómodo... –Señaló el sofá y se sentó en un sillón que había delante–. Empecemos.

3

Cuando ya me estaba marchando de casa de Bevel, el mayordomo me entregó un sobre y me explicó que se me pagaba por adelantado mi primer salario semanal junto con una cantidad extra para mis gastos iniciales. Quizás necesitara una máquina de escribir nueva y material de oficina. O quizás me iría bien comprar ropa nueva... Recuerdo que disfrutó de su exagerado despliegue de tacto al hacer aquella última sugerencia.

Crucé la Quinta Avenida y encontré un banco tranquilo en el parque donde examinar el contenido del sobre.

Debido a mi educación, había llegado a considerar el dinero como algo inmundo. La suciedad física de los billetes arrugados y grasientos de un dólar y de cinco que estaba acostumbrada a manejar también era moral, ya que los billetes estaban literalmente «manchados del sudor de las masas explotadas». A lo largo de los años, y a medida que me desprendía de los dogmas de mi padre, mi repulsión ética se mitigó hasta convertirse en indiferencia. Dejé de tener opiniones a favor o en contra del dinero en su manifestación física: lo veía meramente como el vehículo tangible a través del cual llevamos a cabo las transacciones comerciales.

Aquel día en Central Park, sin embargo, me dio la impresión de que aquel sobre contenía más que dinero. Nunca había tenido tanto efectivo en las manos. Diez billetes de veinte dólares. (Nuestro alquiler, por entonces, eran unos veinticinco dólares al mes.) Estaban sin usar y adheridos los unos a los otros. Preguntándome cuál sería el olor verdadero del dinero –por oposición al de la multitud de manos que lo habían tocado a lo largo de los años–, acerqué la nariz al sobre. Olía igual que mi padre. Por debajo del olor de la tinta, sin embargo, noté un aroma a bosque. Un olor de fondo a tierra húmeda y hierbas desconocidas. Como si los billetes fueran producto de la naturaleza. Cuando los hojeé dentro del sobre, me fijé en que tenían números de serie consecutivos, algo que yo no había visto nunca. Eso me hizo pensar, con una nitidez casi corporal, en los millones de billetes de veinte dólares que se habían imprimido antes que los míos, y en las posibilidades infinitas que representaban. En las cosas que podían comprar, en los problemas que podían resolver. Mi padre tenía razón: el dinero era una esencia divina que podía encarnarse en cualquier manifestación concreta.

Aquel mismo día me dediqué a hacer recados por Brooklyn. Por mal

que me cayera aquel mayordomo, no se equivocaba: me hacía falta ropa nueva. Es más: me parecía posible que hubiera sido el mismo Bevel quien le había dado instrucciones para que me mandara a comprarme ropa nueva. Decidí hacerlo de inmediato, ya que sabía que aquella tarde mi padre estaba fuera y no quería que me viera con bolsas de la compra.

Me costó lo mío convencer a la dependienta del Martin's de la calle Hoyt de que, aunque quería estar elegante, no deseaba que mi ropa llamara la atención. No paraba de preguntarme por mi jefe y por mi ambiente de trabajo. Le contesté con evasivas y me dediqué a elegir invariablemente los atuendos que ella había descartado por insulsos.

–Una chica tan atractiva como tú... No deberías ir escondiéndote tras esa ropa tan sosa –dijo antes de capitular a mis grises y aburridos deseos.

Mi siguiente parada fue nuestra casera. La única razón de que todavía no nos hubieran desahuciado era que ella quería mucho a mi madre, y por tanto sentía una responsabilidad hacia mí. Sin embargo, mi padre y su imprenta semiclandestina le caían mal casi en la misma medida. Y con cada día que nos retrasábamos con el alquiler, me veía un poco más hija de mi padre. Siempre tardaba una hora en pagarle. Quería el dinero, pero también le incomodaba aceptarlo, y sentía la obligación de tenerme mucho rato en la puerta mientras intercambiábamos cotilleos del barrio. Aquella ilusión de proximidad solía enfriarse al cabo de dos semanas y desaparecer del todo a final de mes.

Algo parecido sucedía en las tiendas donde nos fiaban. Si a mí me había dado vergüenza poner las compras en nuestra cuenta durante semanas y a veces incluso meses, ahora a los tenderos les daba apuro aceptar el dinero que era legítimamente suyo. Su incomodidad generaba largas conversaciones sobre temas triviales diversos, al cabo de las cuales se despedían de mí con algún pequeño obsequio.

Cené en silencio con mi padre, que no me preguntó de dónde había salido toda la comida de la despensa.

Al día siguiente le pedí a Jack que me ayudara a comprar una máquina de escribir. Pensé que eso nos daría algo que hacer (el tiempo que pasábamos juntos cada vez carecía más de propósito), y que quizás le gustaría tener la oportunidad de exhibir sus conocimientos periodísticos. Me había comentado que estaba haciendo trabajos para unos periódicos pequeños de Chicago, y basándome en lo que contaba de sus obligaciones di por sentado que estaría versado en máquinas de escribir y otros aspectos del mundo oficinesco.

Quedamos en una tienda de artículos de oficina del centro de Brooklyn, cerca de los juzgados, que vendía, alquilaba y reparaba máquinas de escribir. Con el sombrero echado hacia atrás y un

cigarrillo colgando de los labios, Jack hizo un montón de preguntas y probó varias máquinas. Me quedó claro, sin embargo, que no sabía escribir a máquina. Evaluó varios modelos, aporreando «alalalalalalalalalalala» tan deprisa como pudo con los índices. Mientras Jack hablaba con uno de los dependientes, probé brevemente unas cuantas máquinas de escribir, confiando en que no me viera. Ya me estaba decidiendo por una Royal portátil de segunda mano (aunque la «e» tomaba demasiada tinta, y se le llenaba el ojo de negro, y la «i» salía a menudo sin el punto) cuando se me acercó antes de que lo viera y pudiera dejar de teclear. No dijo nada, pero noté su resentimiento. No mejoró la cosa el hecho de que me viera rechazar la opción de pago a plazos y abonar 27,50 dólares al contado.

En el trayecto de vuelta me puso al día de sus pistas, exclusivas y corazonadas más prometedoras. Estaba conociendo a mucha gente de redacciones distintas y confiaba en que pronto se alinearan los astros: solo tenía que encontrar el artículo perfecto para el redactor jefe perfecto en el periódico perfecto. Era lo único que necesitaba: meter la cabeza. Y ya estaría de camino a ser columnista.

–Es cuestión de tiempo –dijo–. Pero el tiempo empieza a salirme... –Hizo una pausa incómoda–. Caro.

Me detuve y me tapé la boca, horrorizada.

–Lo siento mucho. No me puedo creer que no te haya ofrecido nada. –Metí la mano en el bolso.

–¡Oh, no! No quería decir...

–Ahorrémonos toda la farsa. –Le di dinero. Se quedó mirando la acera–. Por favor. Acéptalo. Por mí.

Se guardó a toda prisa los billetes en el bolsillo, sin levantar para nada la vista, murmurando unas palabras de agradecimiento y prometiendo que me lo devolvería. Seguimos andando.

–Pero háblame de tu trabajo nuevo –dijo, volviendo a su tono normal–. ¿Para qué quieres la máquina de escribir? ¿No vas a estar trabajando en una oficina?

–Todavía no estoy segura. Ayer trabajamos en su casa. Dice que ya no le gusta ir al downtown. Trabaja todas las tardes desde casa. Y por eso necesito pasar a máquina todas mis notas fuera de horas. Quizás más adelante nos veamos en su oficina. No lo sé.

–Un momento. ¿Estabais en su casa?

–Sí.

–¿Solos?

–Bueno, tiene muchos criados.

–Pero estabais los dos solos.

–Sí.

–No me gusta.

Seguimos caminando sin hablar. Me recordó a nuestros paseos

silenciosos de adolescencia por la ribera del río, durante los cuales él permanecía absorto en sus cálculos de cuándo debía besarme.

–¿Y quién es el tipo ese, si no es mucho preguntar?

–Un hombre de negocios.

–¿Y tiene nombre, ese hombre de negocios?

Me detuve otra vez.

–Escucha. No te voy a pedir que confíes en mí. No te voy a dar nombres que no necesitas solo para reconfortarte. No voy a decir nada para tranquilizarte.

Cuando eché a andar otra vez, con Jack caminando huraño unos pasos por detrás, me di cuenta de que había pronunciado aquellas frases en tono neutro, con calma inexpresiva. Igual que Andrew Bevel.

4

La siguiente vez que lo vi, Bevel estaba muy acatarrado. Aun así, no canceló nuestra cita. Como estaba enfermo, me dijo, no le sabía tan mal perder el tiempo con «aquello» en vez de trabajar de verdad. Era el peor día posible para tener un resfriado: una tarde calurosa y húmeda de verano de Nueva York.

Le entregué mi transcripción a máquina de nuestra primera sesión. Creía haber podado su discurso hasta reducirlo a frases duras e incisivas. Me parecía un texto viril. La impaciencia hacia el estilo que transmitía buscaba denunciar de forma tácita pero vehemente la novela de Vanner. En ningún momento me había desviado de los hechos que me había presentado en su relato.

Leyó las páginas allí mismo. Me pareció que estaba yendo demasiado deprisa para apreciar mi sutil severidad.

–Bueno –dijo, y se sonó la nariz. Estaba sudando. Y quizás molesto–. Es verdad que sus notas son fieles. Los hechos están ahí, en esencia. Habría que corregir alguna cosa. Ya lo haremos. El problema es que esto no me refleja.

–Le aseguro que me he ceñido a…

–Como le digo, sus notas son fieles. Pero si quisiera a alguien para transcribir mis palabras sin más, usaría un dictáfono. En su transcripción se pierde demasiado. El resultado es plano. Y está lleno de dudas. ¿Entiende usted realmente en qué consiste mi trabajo?

–No.

–Gracias por no intentar contestar. Mi trabajo consiste en tener razón. Siempre. Si alguna vez me equivoco, debo usar todos mis medios y recursos para torcer la realidad y alinearla con mi equivocación para que deje de ser una equivocación.

–Debería apuntar todo esto para su libro.

–No sé si está siendo sarcástica o ingenua. En cualquier caso, no haga que me arrepienta de haberla contratado. –Se volvió a sonar la nariz y descolgó un teléfono–. Té. –Colgó–. Sus páginas son demasiado vacilantes.

–Las reescribiré.

–Bien. No sé cuánto rato le voy a poder dedicar a esto hoy, con este resfriado. Pero sí quiero decir una cosa de mis padres. No, no hace falta que saque el cuaderno. No me voy a dignar a responder a las indignantes alegaciones de esa novela. Pero sí quiero que sepa usted que es todo falso. Imaginarse que mi padre tenía una doble vida en

Cuba... Por supuesto que tenía una tabacalera, igual que tenía muchos otros negocios. Pero la mera idea de que se pudiera ocurrírsele poner un pie al sur de la frontera... –Llegado aquel punto, casi se le escapó la risa–. Y mi madre...

Llamaron a la puerta. Entró el mayordomo desagradable trayendo té para una sola persona. Con gravedad y en silencio, le sirvió una taza a Bevel y se marchó.

–Mi madre –continuó Bevel después de que se cerrara la puerta–. ¿Fumadora? ¿De puros? ¿Con esas... *amigas*? Solo por escribir eso, Vanner ya se merece lo que le espera. –Tos–. Repito, esto no es algo a lo que quiera responder de forma directa. Pero ya encontraremos la forma. –El calor, la tos y el té lo habían puesto a sudar–. Volvamos a mi obra benéfica.

Saqué mi cuaderno y me senté en un sofá distinto. Por alguna razón me pareció importante demostrarle que el asiento lo elegía yo.

–¿Por qué no me habla un poco más de sus padres primero?

La exasperación que no mostraba su cara se manifestó en la fuerza con que devolvió la taza al platillo. Me di cuenta de que acababa de cometer un error. Pero mostrarme decidida me había ido bien en el pasado. Quizás pudiera exonerarme insistiendo en mi equivocación.

–Quizás la muerte de sus padres pueda explicar cómo se inspiró en sus antepasados. Y puede ser un buen trasfondo para su obra caritativa. Mostrar qué fue lo que lo llevó a esa clase de obra.

–El toque femenino. –¿Se había ablandado un poco?–. No parece que haya estado usted prestando atención. Quiero páginas firmes, no sensiblerías.

Se secó la frente y de pronto lo vi agotado y vacío. Puede que tuviera fiebre.

–Pero supongo que entiendo lo que me dice. ¿Qué le gustaría saber?

–¿Por qué no me cuenta algún recuerdo de cuando era niño? Unos cuantos párrafos con escenas de infancia irían bien para romper el hielo. Y para mostrar cómo se convirtió usted en el hombre que es hoy. ¿Cuál cree que es el primer recuerdo que tiene de su madre?

Hubo una pausa. Tosió y se secó la frente. Hasta yo estaba empezando a sudar. El largo silencio era incómodo. Pero me negué a romperlo.

–Cuando murió.

Otra pausa.

–Cuando murió me hice esa pregunta. Creo que mi primer recuerdo es una búsqueda de huevos de Pascua.

El silencio empezó a reconstruirse.

–Era una mujer muy cariñosa. Eso hizo que su ausencia resultara difícil. Y brillante. Era brillante. Fue ella quien descubrió mi talento precoz para las matemáticas. A menudo se quedaba durante mis

lecciones y corregía a los profesores particulares. En eso se parecía a Mildred. Las dos eran mujeres brillantes. –Se rió a su manera habitual, a través de la nariz–. Despidió a legiones enteras de profesores. Decía que ninguno estaba a la altura de mis talentos. En un momento dado empezó a decirme que los echara yo. Tenía que informarles de que estaban despedidos y explicarles por qué: lo que no me habían conseguido enseñar y demás. La primera vez que me tocó hacerlo debía de tener seis o siete años. –Hizo algo que quizás fuera reírse ominosamente o quizás despejarse la nariz congestionada–. Qué cara de confusión, ese hombre.

Parecía agotado.

–Este ejercicio no tiene sentido. Y estoy enfermo. Me temo que tengo fiebre. Tráigame esas páginas reescritas el miércoles. Y hablaremos de mi obra benéfica.

5

No nos vimos el miércoles siguiente. Bevel seguía enfermo. Aproveché los días extra que eso me dio para intentar reescribir mis páginas iniciales según sus instrucciones. Era verdad que mi prosa no tenía la fuerza de su presencia. Pero aquella fuerza no radicaba solo en su discurso; también era el efecto acumulado de varios aspectos distintos de su personalidad, de su entorno y de las ideas preconcebidas e intimidatorias que uno tenía de él. Y como aquella fuerza o resolución no era solo verbal, no se podía imitar solo con palabras, y se negaba a cobrar vida sobre la página.

Todos mis intentos fracasaban. Lo más cerca que podía llegar a imitar la voz de Bevel era crear una caricatura. Se adueñó de mí un deseo casi irreprimible de conocer a Harold Vanner. Seguro que tenía algunas de las respuestas que yo buscaba, desde los datos más generales hasta los pequeños detalles. Quizás incluso me pudiera ayudar con mi escritura. No podía ser tan difícil encontrarlo. Pero ¿qué le diría? ¿Que me habían contratado para contribuir a escribir un libro cuya meta principal era desmentir y desacreditar su novela? Y aunque por alguna razón milagrosa Vanner me quisiera ayudar, estaba claro que Bevel se enteraría de que me había visto con él, y ese sería el fin de mi encargo, o quizás algo peor: estaba aquel documento que me había hecho firmar.

Tenía la papelera llena. Olía mi propio pánico.

De aquella desesperación creciente salió mi primer paso decisivo. Decidí que ya no intentaría captar la voz de Bevel. Lo que haría sería crear la voz que Bevel desearía tener; la voz que quería oír.

Después de llenar otra papelera de borradores inservibles, me di cuenta de lo presuntuoso que era mi nuevo plan. ¿Cómo podía yo, por mi cuenta, crear un tono lo bastante grandioso como para cautivar a Bevel hasta el punto de hacerle creer que se estaba oyendo a sí mismo? Necesitaba ayuda.

Fui a la sede central de la Biblioteca Pública de Nueva York, en Bryant Park, y me pasé el día entero rebuscando en el catálogo autobiografías escritas por «Prohombres Americanos». Benjamin Franklin, Ulysses S. Grant, Andrew Carnegie, Theodore Roosevelt, Calvin Coolidge y Henry Ford son algunos de los nombres que recuerdo haber encontrado entre las fichas del catálogo. Si la voz de Bevel, transcrita sin embellecimiento alguno, no era suficiente, le crearía una nueva a partir de todas aquellas. Y lo que las engarzaría

entre sí sería la jactancia y el orgullo de mi padre. Igual que la criatura de Victor Frankenstein, mi Bevel estaría hecho de partes de todos aquellos hombres distintos.

Pude sacar en préstamo algunos de aquellos libros de la Biblioteca Pública de Brooklyn, y dediqué la semana siguiente a leerlos de forma caótica y descuidada, saltando de uno a otro sin demasiado método y tomando notas al azar sin atribuirlas. No tenía formación alguna en investigación de archivos, ni tampoco sabía gestionar una bibliografía. Y eso resultó ser bueno. Porque gracias a mi método desmandado e implacablemente desorganizado, los libros se empezaron a fusionar entre sí. Los detalles individuales de cada hombre –la beatería interesada de Carnegie, la decencia esencial de Grant, el pragmatismo prosaico de Ford, la frugalidad retórica de Coolidge, etcétera– quedaron subsumidos en lo que por entonces me pareció que tenían todos en común: todos creían sin lugar a duda que *merecían* que se los oyera, que las crónicas de aquellas vidas suyas sin tacha *necesitaban* oírse. Todos tenían la misma certidumbre inflexible que mi padre. Y entendí que aquella era la certidumbre que Bevel quería en la página.

Estaba tan absorta en mi trabajo que apenas salía de mi habitación. El momento no podría haber sido más propicio. Mi padre y yo habíamos pasado la semana sumidos en un silencio hostil. Estaba enfadado por mi trabajo en Wall Street, y las cosas seguirían así hasta que yo diera el primer paso hacia la reconciliación. Algo parecido pasaba con Jack. Llevaba sin venir a verme desde la pelea que tuvimos tras comprar la máquina de escribir. No era improbable que los dos pensaran que me había recluido en mi habitación porque estaba dolida. En vez de trabajando, me debían de imaginar haciendo pucheros, regodeándome en mi resentimiento injustificado hacia ellos.

Mi padre ejercía un monopolio emocional. Su felicidad no toleraba disidencia. Cuando estaba de buen humor, se suponía que todo el mundo tenía que sentirse encantado de oír sus largas historias, reírse de sus chistes y participar jovialmente en todos los proyectos que se le ocurrían: reformas domésticas calamitosas, trabajos de impresión interminables o excursiones al Bronx en busca de alguna charcutería italiana que le había mencionado alguien. En cambio, siempre que estaba triste o alguien lo había afrentado, se lo hacía pagar a todo el mundo. Todavía no he visto una cara tan determinada como la suya en los momentos de furia. Por desgracia, era una determinación que no tenía más objeto que ella misma: estaba determinada a estar determinada. En cuanto se sumía en aquel estado, creo que veía cualquier clase de solución de compromiso como una traición a sí mismo, como si admitir algún defecto pudiera erosionar y aniquilar su ser entero. Me pasé veinte años viviendo con mi padre, y después de irme de casa seguimos teniendo una relación estrecha. En todas

aquellas décadas, no se disculpó conmigo ni una sola vez por nada.

Unos días antes de mi siguiente reunión con Bevel, terminé de escribir el prefacio de su autobiografía. Y aunque mi texto no captara su voz exacta, sí que plasmaba mi idea de cómo *debía* ser aquella voz. No es imposible que se me hubiera contagiado una parte del exceso de confianza que le había otorgado a mi Bevel ficticio, pero estaba segura de haber encontrado su voz; y de que me iba a funcionar.

Salí de mi habitación, eufórica, para encontrarme a mi padre trabajando en su imprenta, esgrimiendo su ira moral a modo de ejemplo para nadie en absoluto. Le di un abrazo y un beso.

–Vamos, no te enojes.

–¿Enojarme? No estoy enojado. Eres tú quien lleva días encerrada en tu habitación.

–Estaba trabajando. Ya sabes que estaba trabajando.

No hubo respuesta. Colocó una línea de tipos.

–Y entiendo que no te gusta el trabajo que he encontrado.

–Nunca he dicho eso. Lo dices tú.

–A mí tampoco me encantan algunas cosas de él. Pero es el trabajo que tengo.

–No pongas palabras en mi boca.

–¿Tú dirías que un trabajador de una cadena de montaje de la Ford es un capitalista? ¿Dirías que un hombre que opera una fragua de la U. S. Steel es un imperialista? ¿No son justamente esas las personas por las que luchas? ¿Qué diferencia hay entre esos hombres y yo?

Dejó sus herramientas. En mi entusiasmo, me había olvidado de que, si quería arreglar las cosas entre nosotros, era necesario que mi padre tuviera razón y que yo estuviera equivocada. Ahora se largaría y se pasaría otra semana malhumorado. Sin embargo, sucedió lo imposible.

–Tienes razón –dijo, y hasta lo repitió–. Tienes razón. Vamos, hazme un café y háblame de ese trabajo tuyo.

6

–Bien. Haré unos pequeños cambios más tarde. Avancemos.

Fue lo único que dijo Andrew Bevel después de leer mi nueva versión de su texto. Y era lo único que yo necesitaba.

Nos pasamos la primera mitad de aquella sesión haciendo un esquema del libro entero, capítulo a capítulo. Para entonces ya había quedado claro que no me iba a contar la historia de su vida en orden cronológico, ni tampoco iba a agotar cada tema antes de pasar al siguiente. Aun así, como tenía aquella mente organizada y metódica de contable, Bevel necesitaba saber dónde iba cada acontecimiento. Por consiguiente, diseñamos un andamiaje general, un poco como si fuera la estructura expuesta de su nuevo rascacielos. Mi trabajo cuando pasaba a máquina mis notas al final de cada reunión era clasificar los acontecimientos que había registrado, decidir en qué capítulo iban e hilvanarlos en forma de narración coherente.

Después de un breve prefacio, el libro empezaría con un capítulo sobre sus antepasados, seguido de otros sobre su educación, sus negocios y similares. A menudo, cuando Bevel se dejaba llevar, saltaba de un capítulo a otro y me pedía que anotara alguna frase aislada, palabra clave o simplemente un nombre para desarrollarlos más adelante. El centro del libro lo componían las secciones que reivindicaban a su mujer y las que insistían en su extraordinario talento para los negocios.

También era muy importante para él mostrar que en todos los sentidos sus inversiones siempre habían acompañado y ciertamente promovido el crecimiento del país; incluso en pleno crac de 1929. Se explayó detallando cómo sus antepasados, empezando por su bisabuelo durante la presidencia de Jefferson, habían ligado el beneficio personal al bien de la nación. Aquello, insistió Bevel, constituía la razón de ser de sus prácticas financieras. «El brazo egoísta siempre es corto», decía a menudo. O bien: «El beneficio personal y el bien común son las dos caras de la misma moneda». O bien: «Nuestra prosperidad es la prueba de nuestra virtud». La riqueza tenía para él una dimensión casi trascendental. En ninguna parte se veía eso más claro que en su legendaria serie de triunfos de 1926, repetía a menudo. Aunque encaminadas a obtener beneficios, sus acciones habían tenido invariablemente en consideración los intereses de la nación. Los negocios eran una forma de patriotismo. En consecuencia, su vida privada se había ido identificando cada vez más con la vida del

país. Y eso, me dijo, no siempre le había resultado fácil a Mildred.

–Era muy reservada. Le hago a usted una confesión: me sorprendió que aceptara casarse conmigo. Jamás me hubiera imaginado que se pudiera plantear implicarse en todo... esto. –Miró a su alrededor como si intentara entender qué significaba realmente «esto»–. No puedo... sinceramente, no sé qué habría hecho sin Mildred. Ni dónde estaría. –Aquellas palabras más bien banales tenían una profundidad poco habitual–. Ella... Quiero decir...

El hecho de que Bevel se quedara sin palabras me pareció su mayor despliegue de elocuencia hasta el momento. Aquel hombre cuyo trabajo era tener siempre razón, aquel hombre que nunca se permitía el lujo de dudar, no encontraba las palabras.

–¿Quiere que paremos un momento?

Se intensificó el silencio resguardado.

–Me salvó. No hay otra forma de decirlo. Me salvó con su humanidad y su calidez. Me salvó creando un hogar para mí. Seguramente no podrá usted verlo ahora, pero hubo un tiempo en que este sitio –trazó unas olas suaves con las manos a su alrededor– fue un hogar. Ahora, con cada día que pasa, se va convirtiendo más y más en un museo. En un lugar duro. Pero no hace tanto que fue un lugar amable. Ella... Mildred tenía... Siempre había música. Era... Hablábamos de eso. Siempre había música. –Se había vuelto a quedar sin palabras–. Belleza. Sí. Era una amante de la belleza. Y de la bondad. De la belleza y de la bondad. Eran las cosas que amaba. Y... Son lo que trajo al mundo... Ella siempre...

Se perdió en el pasado y no me atreví a traerlo de vuelta de su ensimismamiento. Estaba empezando a entender por qué la descripción que hacía Vanner de su esposa en la novela lo había llevado a escribir su autobiografía a modo de respuesta.

Llamaron suavemente a la puerta. Entró el mayordomo con el té, pero Bevel lo detuvo antes de que pudiera dejar la bandeja sobre la mesa.

–Somos dos.

–Muy bien, señor.

Dio media vuelta y salió.

–Me encantaría haberla conocido –dije, con miedo a estropear lo que había sido un momento genuino de sinceridad y, hasta cierto punto, de intimidad.

–Usted le habría caído bien. La aburrían los aduladores.

En franca contradicción con el espíritu de la última frase de Bevel, me sentí enormemente orgullosa y halagada.

–Mildred estaba bendecida con una visión excepcionalmente clara. Para ella nunca había nada demasiado complejo ni misterioso. Su acercamiento al mundo era elemental e infalible. Podía ver más allá de

las falsas complicaciones y vislumbrar las verdades simples de la vida. Igual que está usted encontrando la forma de destilar sobre la página la esencia de estas largas conversaciones nuestras, estoy convencido de que, con mi guía, también logrará captar el espíritu de Mildred.

–Gracias. Haré lo que pueda.

–Creo haber dicho ya que su entusiasmo tenía algo infantil. Y es cierto. Pero es igual de cierto que su fragilidad iba de la mano de una especie de sabiduría. Quizás una parte de ella sabía que su tiempo con nosotros sería breve. Siempre tuvo una salud delicada, ya sabe. Por eso nunca recibimos la bendición de un hijo.

–¿Cómo se conocieron?

–De la forma habitual. No es una historia fascinante, la verdad. Mildred acababa de llegar de Europa con su madre, la señora Howland. Después de tantos años en el extranjero (casi toda la vida de Mildred), no tenían amigos aquí. En el momento en que volvieron yo estaba cerrando unos asuntos con cierta persona (los nombres son irrelevantes), y esa persona me pidió que le hiciera el favor de asistir a una cena que había montado para la señora Howland y su hija. Soy conocido por mi aversión a los eventos sociales de cualquier clase. Pero aquello era trabajo. Me sentaron al lado de Mildred.

–¿Recuerda de qué hablaron?

Hizo una larga pausa y se quedó mirando el espacio de encima de mi cabeza.

–Hablamos... Habló ella, de música.

–¿Qué clase de música le gustaba? –Me acordé de los gustos sofisticados de Helen Rask en la novela de Vanner–. ¿Quién era su compositor favorito?

–Oh, le gustaban los grandes, ya sabe. Beethoven... Mozart...

Pareció que iba a decir algo más, pero no lo hizo.

–Para serle sincero, no sé nada de música. Algunos de los recitales a los que asistimos juntos los disfruté bastante, aunque sería incapaz de decirle nada de ellos. Otros conciertos apenas sonaban a música. Siempre pensé que la mayor parte del público se limitaba a fingir que les gustaban. Pero a juzgar por cómo hablaba Mildred después de oír aquellas piezas, estaba claro que ella las entendía. Pero no hace falta perderse en detalles irrelevantes. Esto es lo que necesita usted comprender sobre Mildred –concluyó–. Dejando de lado la música, era una criatura sencilla. Y sensible. Pero de alguna forma, en aquella simplicidad radicaba su gran profundidad. Era sencilla y también profunda, ya sabe.

Asentí con la cabeza sin entender realmente qué quería decir.

–Eso es lo que estoy intentando transmitirle. La profundidad sencilla de quienes están en los márgenes de la existencia. Su infancia y su enfermedad mortal. Asegúrese de usar esas palabras: «Los márgenes de

la existencia».

Hice una pausa deliberada.

–¿Organizaban conciertos aquí, en la casa, como los de...?

Me acordé de la prohibición de aludir al libro de Vanner, pero era demasiado tarde. Bevel me miró un momento lo bastante largo como para transmitir su irritación sin recurrir a gesto alguno.

–Al principio no más a menudo que los demás. Aunque, a medida que Mildred se debilitaba y dejaba de poder salir, empezó a traer la música a casa. Pequeñas funciones en la sala de música de la segunda planta. Por supuesto, apoyé aquellos conciertos y ayudé a traer a los mejores intérpretes. Pero, en general, yo no interfería. La mayor parte de la música sonaba como esos momentos previos al concierto, cuando los músicos afinan sus instrumentos. Aun así, por mucho que no me gustara la mayoría de aquella música, admiraba la audacia y la determinación de Mildred.

–¿Por casualidad ella llevaba un diario? –pregunté, recordando el diario en varios gruesos volúmenes que escribía en la novela el personaje basado en Mildred.

–Solo unas cuantas agendas donde apuntaba sus compromisos con conocidos; y sus conciertos, claro.

–¿Cree que podría hablar con algunas de sus amistades o con unos cuantos de aquellos músicos? Me ayudaría a tener una visión más amplia.

–Señorita Partenza, si estoy escribiendo este libro es para detener la proliferación de versiones de mi vida, no para multiplicarla. Debo hacer hincapié en que no quiero ni más perspectivas ni más opiniones. Esta ha de ser *mi* historia.

–Entiendo.

–Además, Mildred era extremadamente reservada. Y con su salud tan frágil, apenas tenía vida social. Llevaba una vida muy retirada, que dedicaba a nuestra casa y a las artes. En parte, por eso nos llevábamos tan bien; porque a los dos nos gustaba nuestra privacidad. Por supuesto, se reunía con los representantes de las instituciones que participaban en sus obras benéficas. Pero no creo que debamos molestar con esto a directores de museos ni a rectores de universidades. A fin de cuentas, su trato con aquellos hombres se ceñía a cuestiones puramente prácticas. Dudo mucho que pudieran arrojar ninguna luz sobre el personaje de Mildred. Para eso me tiene usted a mí.

–Entiendo. Gracias.

–Lo único que necesita usted conocer es su amabilidad y su amor a las artes. Eso es lo que ha de cobrar vida en la página.

Volvieron a llamar a la puerta y entró el mayordomo con el té.

–Mire la hora que es –dijo Bevel–. Tengo que hacer una llamada.

Discúlpeme. Por favor, llame a mi oficina para organizar nuestra siguiente reunión. Buen trabajo, señorita Partenza.

Y diciendo eso, se marchó.

El mayordomo me miró.

–Así pues, ¿todavía quiere el té? –Sonrió–. ¿*Madam*?

7

Jack vino a casa con un precioso ramo rústico de rosas. Era la primera vez que me traía flores. Escondió en broma la cara detrás de los capullos rojos y puso ojitos tristes. Mi padre, que estaba sentado conmigo en la cocina, se rió y se puso a burlarse de él.

–Flores, ¿eh? Rosas, además. Que significan pasión. ¡Uy, esto se está poniendo serio! Pero espera, déjame que las cuente. ¿Seis? No, no, no, no. Nunca regales un número par de rosas. –Sacó una del ramo–. Ya está. Las rosas en números pares son para los funerales. En números impares son para el amor.

Jack articuló en silencio una disculpa y le acepté las flores. También me había traído una botella de un vino asombrosamente agrio de la bodega de unos amigos suyos en Long Island.

La conversación pasó rápidamente a la política. Animado quizás por el vino, aquella tarde mi padre se mostró particularmente fogoso.

–Ha llegado el momento de la acción. Mussolini aplastando Italia bajo su bota, Franco masacrando España, Stalin asesinando a los suyos con sus purgas, Hitler preparándose para devorar Europa... Sí, ha llegado el momento de pasar a la acción. –Miró por la ventana–. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo? Lo único que nos queda por elegir son formas distintas de terror. De terror e imperialismo. Y nada más. Imperialismo fascista. Imperialismo soviético. Imperialismo capitalista. Son nuestras únicas opciones, parece. Ha llegado el momento de la acción radical.

Sigo sin tener ni idea de qué quería decir con «acción». De cómo de real era aquella palabra. De cómo de en serio había que tomársela. Probablemente no tan en serio como le habría gustado a mi padre. Aunque las vagas crónicas de su pasado contenían referencias a la violencia, nunca terminé de creerme que mi padre hubiera estado implicado en algunos de aquellos actos que describía de forma tan nebulosa. La violencia no tiene nada de impreciso, ni tampoco de nebuloso, y me resultaba sospechoso que sus historias fueran tan poco claras. Aun así, sus camaradas y él se callaban a menudo, como por acuerdo mutuo, cuando la conversación tomaba ciertos derroteros (sobre todo cuando rememoraban sus días en Italia). Aquello me hizo pensar que compartían unos hechos lo bastante terribles o comprometedores como para requerir un silencio inmediato y unánime. Aun así, los coqueteos recurrentes con la «violencia revolucionaria», la insistencia en «la propaganda por el hecho», las

alusiones de pasada a las cápsulas de fulminato de mercurio, los guiños grotescamente indiscretos a Luigi Galleani y a la bomba de 1920 en Wall Street y la irreflexividad generalizada en torno a la posibilidad de un derramamiento de sangre me hacían creer que eran todo puras fanfarronadas.

Daba igual la versión de turno que presentara mi padre, las instrucciones que yo recibía siempre eran las mismas. No debía repetir delante de nadie nada de lo que oyera ni tampoco mencionarle a nadie nunca sus creencias políticas. De niña, eso me causaba ansiedad y excitación a partes iguales. A veces, sin embargo, la carga se volvía demasiado pesada. A fin de cuentas, mi padre hablaba casi exclusivamente de política, lo cual hacía que me resultara difícil contestar incluso las preguntas más triviales sobre él; parecía que cualquier cosa que yo dijera podía traicionar su confianza. Pero también es cierto que a veces me resultaba emocionante que me hubiera confiado aquel gran secreto.

Lo que tienen en común todas las tendencias, ramas y facciones disidentes del anarquismo –y hay bastantes– es su oposición a todas las formas de jerarquía y de desigualdad. No debería ser sorprendente, por tanto, que no abunden los archivos históricos del movimiento, dado que el orden institucional necesario para mantener dichos archivos se contradecía de forma evidente con los principios del movimiento. Por eso mis intentos de determinar el rol de mi padre, tanto en Italia como en América, solo han llevado a callejones sin salida. Esa falta de registros, sin embargo, no solo es resultado de las características del movimiento. A los anarquistas se los perseguía de forma sistemática en los Estados Unidos, donde servían de chivos expiatorios de las ansiedades políticas y, en el caso de los italianos, también raciales. Durante mi investigación del pasado de mi padre descubrí que entre 1870 y 1940 se publicaron en los Estados Unidos unos ciento cincuenta periódicos anarquistas. El hecho de que prácticamente no quede ni rastro de ese número tan enorme de publicaciones, y del número todavía mayor de gente que había tras ellas, demuestra hasta qué punto se ha borrado por completo a los anarquistas de la historia de América.

Por todas estas razones me resulta casi imposible saber lo que quería decir mi padre con «acción radical». Pero recuerdo que su discurso pareció emocionar a Jack.

–He estado pensando –dijo Jack después de una pausa reflexiva–. Quizás mi lugar esté en Europa. Quizás pueda ser reportero allí. En la línea del frente. Como Hemingway. Quizás hasta me pueda *unir* al frente. A las Brigadas Internacionales. Algo así. *Hacer* algo. Esta ociosidad me está matando.

Miré como los dos contemplaban con expresión sombría el fondo de

sus copas y me estremecí de vergüenza. Su pomposidad. Su solemnidad adolescente. Si supieran cómo se tomaban en realidad las decisiones, si pudieran oír lo discreta que era en realidad la voz de la autoridad, si pudieran ver lo imposiblemente lejos que estaban los dos de cualquier modalidad de poder verdadero...

Y luego me volví a estremecer de vergüenza. Esta vez por mí. Porque me di cuenta de que acababa de medir a mi padre y a Jack por comparación con Andrew Bevel. Le había permitido que me convenciera de su superioridad.

Mi padre apuró de un trago lo que le quedaba de vino, anunció que tenía que repartir unos pasquines, hizo un saludo militar burlón y se marchó.

Jack me tomó la mano, esperó a que mi padre bajara las escaleras y cerrara la puerta de la calle y por fin me llevó a mi habitación. El suelo estaba cubierto de notas estenográficas; la cama estaba cubierta de notas mecanografiadas. Antes de que lo pudiera detener, agarró una.

–Dame eso, por favor –dije, mientras hacía un montón a toda prisa con las páginas mecanografiadas. (No me preocupaba la taquigrafía, porque no podría entenderla.)

Se puso a leer.

–«Destino realizado»... ¿Qué es esto, una novela o algo así?

Le arranqué el papel de la mano.

–¡Por Dios!

–Perdón.

–Parece que todo lo que hago está mal. Manifiesto mi preocupación porque estés segura con tu jefe y me gritas. Te traigo flores y trato de disculparme (aunque no debería) y no sirve de nada. Me intereso por tu trabajo y te pones histérica.

–Perdón. Es que no se me permite enseñarle esto a nadie.

–Me preocupo por ti. Nada más.

–Perdón.

Bajé la vista para mirarme los zapatos, acordándome de la candidata avergonzada del traje marrón y de su mirada eternamente gacha.

–Ven aquí –dijo, abrazándome–. ¿Quieres unos achuchones?

No los quería. Mi falta de respuesta y mi ligera rigidez bastaron para dejarlo claro.

Se separó de mí con un gruñido y se fue.

Enrollé las páginas escritas a máquina y las metí dentro de la manga de un impermeable, al fondo de mi armario.

8

Al caminar por Wall Street durante el fin de semana, puede parecer que los asuntos mundiales ya han quedado resueltos, que la era del trabajo por fin se ha terminado y que la humanidad ha pasado a su siguiente fase.

A Bevel no le gustaba el bullicio del downtown de Manhattan en los días laborables. Y como entre semana evitaba su oficina, a menudo hacía ir a sus colaboradores más estrechos los sábados por la mañana para que le pusieran al día del papeleo con tranquilidad. Había pedido verme después de una de aquellas sesiones plácidas de trabajo. Se lo veía animado.

Le entregué mis últimas páginas, todas sobre Mildred: su vida doméstica, los primeros síntomas pronunciados de su enfermedad y el momento en que su salud la había obligado a celebrar conciertos en casa. También me explayaba sobre la sofisticación y la integridad de su gusto, que favorecía de forma radical a los artistas modernos.

–Sí. Bien. Los pasajes domésticos realmente captan a la señora Bevel. Un par de comentarios, sin embargo. Estos párrafos sobre las ideas experimentales y heterodoxas que tenía Mildred respecto a la música hay que quitarlos. –Tachó media página–. No queremos que nadie la vea como una persona arrogante ni afectada. No nos compliquemos. Hagamos que su amor por las artes sea accesible al lector común.

A lo largo de las semanas siguientes recibiría instrucciones parecidas. Con cada párrafo tachado o frase atenuada, crecía mi sensación de traición.

–Necesitamos transmitir con un poco más de énfasis la ternura encantadora de Mildred. Soy consciente de que «ternura» y «énfasis» pueden parecer términos contradictorios. Pero realmente es ahí donde tenemos que concentrarnos. En la naturaleza delicada de Mildred. En su fragilidad. En su amabilidad.

–Por supuesto. Quizás tenga usted algunas anécdotas que lo ilustren.

–Oh, creo que eso lo hará mucho mejor usted.

No refrené una mirada perpleja.

–Bueno, con esa delicadeza suya, estoy seguro de que encontrará el tono correcto.

–Gracias. Pero si pudiera darme unos cuantos ejemplos que muestren la calidez y la amabilidad de la señora Bevel... Pequeñas anécdotas cotidianas, porque normalmente las más...

–Exacto: pequeñas anécdotas cotidianas. Tiene que quedarle clara al

lector la sensibilidad exquisita de mi mujer y el hecho de que sus inclinaciones artísticas impregnaban hasta el último aspecto de nuestra vida doméstica. Por desgracia, yo nunca he tenido demasiado tiempo para libros y recitales, así que no puedo ser muy detallado. Pero una vez más, es mejor así: no queremos que nuestros lectores piensen que era pretenciosa, ni, Dios nos libre, una esnob. Cosa que no era, por supuesto. Y está claro que no nos conviene plasmar ninguna excentricidad artística que se pueda confundir con ninguna clase de... manía. –Hizo una pausa para asegurarse de que yo entendía las implicaciones y la importancia de eso–. Dele un toque hogareño. Siendo una mujer, esa estampa la pintará mucho mejor usted. Yo revisaré las páginas en cuanto las termine, naturalmente.

Esta vez hice lo posible para esconder mi confusión total.

–Antes de que empecemos, quiero comunicarle una noticia excelente. –Cambió de postura en su silla–. Después de largas negociaciones, por fin he sacado de circulación el libro difamatorio del señor Vanner. Como es una novela, se desestimó mi demanda por libelo y calumnias. De entrada intenté una estrategia amistosa, pero ni el señor Vanner ni su editorial aceptaron la generosa oferta que les hice por su contrato. Ayer, sin embargo, después de unas prolongadas discusiones cuyos detalles le resultarían tediosos, finalmente pude adquirir una participación que me permite el control de su editorial. El libro del señor Vanner seguirá en catálogo para siempre, lo cual quiere decir que su contrato con mi recién adquirida editorial nunca vencerá.

–No estoy segura de entenderlo.

–Mientras el libro se venda, el señor Vanner estará atado por su contrato actual. Y se venderá. Porque yo compraré hasta el último ejemplar de cada tirada. Y los reduciré todos a pulpa.

–¿Y si escribe otro libro o saca esta situación a la luz?

–Puede escribir todos los libros o artículos que quiera. Pero le aseguro a usted que no habrá editorial o publicación en esta ciudad (ni en Londres, Nueva Delhi o Sydney, ya puestos) que quiera saber nada de su obra. Y eso si encuentra tiempo para escribir. Ahora mismo debe de estar sepultado bajo todos los pleitos que mis abogados le han echado encima. No nos importa si los ganamos, claro. Pero ahora les toca a él y a sus abogados, si se los puede permitir, demostrar que no es un plagiario y un estafador.

–¿No bastaría con sacar el libro de circulación?

Entrecerró los ojos. Dejó que mi pregunta flotara en el aire un momento.

–¿Está usted sugiriendo que mis acciones son gratuitas?

Por fin había conseguido enojarlo.

–¿Está usted diciendo quizás que me mueven el despecho, la venganza o, peor todavía, que estoy obteniendo alguna clase de placer

perverso en la crueldad? Me da la impresión de que no entiende usted en qué consiste nuestro trabajo. Me da la impresión de que no entiende usted en qué consiste nada de todo esto.

–Sí lo entiendo.

–¿Ah, sí?

–En torcer la realidad y alinearla.

En aquel momento no estaba del todo segura de si la frase encajaba en aquella situación. Pero sí sabía que a la mayoría de los hombres les gusta que los citen.

–Exacto. Y la realidad debe ser coherente. ¿No sería incongruente encontrar rastros de Vanner en un mundo donde Vanner no ha existido jamás?

Por primera vez desde que había conocido a Andrew Bevel, pensé que debería tener miedo.

9

El almanaque subversivo era un calendario de fiestas anarquistas donde todas las conmemoraciones religiosas y patrióticas habían sido reemplazadas por fechas relevantes para la causa: el cumpleaños de Bakunin, la ejecución de Giordano Bruno, la toma de la Bastilla, diferentes huelgas y levantamientos por todo el mundo y acontecimientos similares. Mi padre era uno de los principales proveedores del *almanacco sovversivo* en Nueva York. Hasta imprimía una edición limitada «de lujo», una contradicción que nunca me atreví a señalarle.

Después del Primero de Mayo, la festividad más importante de aquel calendario era el 23 de agosto, el día en que el Estado había linchado a Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. (Aquella fecha también tenía un significado privado para mi padre, ya que el 23 era su número de la suerte, al que atribuía unas cualidades poderosas y místicas.) Ahora estábamos en julio, que era un periodo de actividad febril; además de todo su trabajo habitual, mi padre debía terminar muchas impresiones conmemorativas a fin de mandarlas a tiempo para el aniversario. Yo siempre le echaba una mano durante aquellas semanas frenéticas, pero aquel año estaba enclaustrada en mi habitación, intentando convertir al tenue fantasma de Mildred Bevel en un ser humano tangible.

Nos veíamos para comer rápidamente en la cocina, sándwiches de una sola rebanada y fruta, de pie frente a la encimera, sin usar platos y compartiendo nuestro oxidado «cuchillo bueno»; seguía siendo el «cuchillo bueno» por mucho que la hoja estuviera medio suelta del mango y que la punta, rota como resultado de haber sido usada para todo propósito imaginable, ya fuera cuadrada. Al principio se había negado a hablar de mi trabajo para «la maquinaria especuladora». Aunque normalmente me dolía su frío silencio, por una vez lo agradecí, sabiendo hasta qué punto Andew Bevel se tomaba en serio la confidencialidad y el tratamiento que dispensaba a quienes traicionaban su confianza. Pero después de nuestra última conversación sobre mi trabajo, mi padre se había ablandado un poco. Y a medida que pasaba el tiempo y veía lo mucho que me aplicaba, creció su respeto por mí. El «trabajo» era el baremo con que medía el valor de una persona, y creo que por fin había empezado a verme como a una «trabajadora», el honor más grande que podía concederle a alguien: toda la gente a la que admiraba, viva o muerta, eran «verdaderos trabajadores».

Junto con su respeto vino una curiosidad renovada. Nuestros breves almuerzos se fueron alargando a medida que se multiplicaban sus preguntas. Al principio todas tenían que ver con el aspecto técnico de mi trabajo. ¿No era extraordinario, se preguntaba, que los dos hubiéramos terminado trabajando con la palabra impresa? Un tipógrafo y una mecanógrafa, trabajando codo con codo. Durante aquellas conversaciones descubrimos muchas cualidades comunes a nuestros oficios, y discutíamos cómo daban forma a nuestra percepción del mundo. Le dije, por ejemplo, que había empezado a experimentar el tiempo de forma distinta. Las palabras que mecanografiaba siempre estaban en el pasado, mientras que las palabras en las que pensaba siempre estaban en el futuro, lo cual dejaba el presente extrañamente deshabitado. Mi padre se podía identificar con eso: cada vez que colocaba un tipo móvil en la bandeja, ya estaba viendo las muescas y la cara del siguiente. El «ahora» no parecía existir. También me dijo que la mayor influencia que había tenido su trabajo sobre su vida había sido el hecho de que le había enseñado a ver el mundo al revés. Era el principal elemento en común que tenían tipógrafos y revolucionarios: sabían que la matriz del mundo estaba invertida, y aunque la realidad estuviera del revés, eran capaces de leerla a primera vista.

Pronto aquellas conversaciones más bien abstractas o generales se volvieron más específicas. Mi padre quiso saber más sobre los aspectos concretos de mi trabajo. Como no le quería mentir, intenté evitar las respuestas directas y llené mis vagas explicaciones de detalles irrelevantes para hacer que parecieran más sustanciales de lo que realmente eran. Aun así, insistía en exigir una mayor claridad; no movido por ningún impulso inquisitorial, sino porque sentía un interés genuino. Su curiosidad tenía una intensidad sincera que nunca había mostrado antes. Y me dolía no poder tener una conversación verdadera con él. A medida que mi padre se dio cuenta de que le estaba ocultando algo, empezaron a disiparse la calidez y la camaradería. Empezó a atrincherarse otra vez detrás de la barricada de su silencio hostil.

Una noche cociné una cena de verdad y, por una vez, puse la mesa. Aunque se mostró gratamente sorprendido y agradecido, se aseguró de expresar, a su manera gélida, que no bastaba con aquello para ganármelo. En mitad de nuestra cena silenciosa, dejé mis cubiertos, respiré hondo y me disculpé. No había sido franca con él. Una parte de mí tenía miedo de cómo reaccionaría a la verdad, dije. Y eso no era todo. Me habían hecho firmar papeles donde juraba mantener mi trabajo en secreto. Pero ¿cómo podía no confiar en mi propio padre? A continuación procedí a contarle una elaborada mentira según la cual mis transcripciones ultrasecretas trataban de complejas maniobras

empresariales y absorciones con la complicidad de Washington. Usé muchos términos financieros que había aprendido de Bevel, sin saber exactamente qué significaban pero segura de que mi padre todavía los conocería menos.

Se quedó fascinado.

Por mucho que me dijera a mí misma que con aquellas historias nos estaba protegiendo a los dos, me sentí una traidora. En vez de serle leal a mi padre, me había puesto del lado de uno de sus enemigos declarados.

III

El bibliotecario jefe me trae tres cajas de archivo grises que contienen carpetas que a su vez contienen papeles, documentos y en algunos casos unos paquetitos envueltos en papel marrón y atados con cordel que contienen unos frágiles cuadernos y libretas que en ocasiones contienen páginas sueltas y hasta finos diarios o agendas encajados entre las páginas.

Cuando reviso estos materiales, me queda claro que no los ha leído nadie desde que se archivaron. Al desatar los paquetes, el cordel deja una cruz pálida sobre el envoltorio. Mover un recorte de diario que estaba metido dentro de un cuaderno revela debajo una decoloración de varias décadas. Una cinta para marcar la página, intacta durante años, ha dejado una ligera depresión en el papel. Hay páginas pegadas entre ellas. Hay lomos que se resquebrajan. Hay bordes y esquinas quebradizos que se me deshacen sobre el pupitre.

Soy la primera persona en tocar muchos de estos documentos desde que Mildred Bevel los tuvo entre sus manos. Eso me hace sentirme cerca de ella, y paradójicamente la distancia irremontable que nos separa acentúa esa sensación.

Sus primeros archivos tienen fecha de 1920, el año en que Mildred y Andrew se casaron. No hay nada de su vida anterior. Quizás su madre y ella no pudieron traerse de Europa nada más que sus pertenencias indispensables; o quizás quiso empezar de cero en la vida.

Saco la primera agenda de cubiertas color burdeos y bordes jaspeados. «Pusey & Company, calle 123 Oeste, Impresiones y Artículos de Papelería. Catorce imprentas de cilindro y de platina siempre en funcionamiento.» Mi padre odiaba las imprentas de cilindro.

A lo largo de ese primer año, parece que Mildred esté intentando llenar las páginas de su agenda, pese a tener pocas actividades y al hecho de que apenas sale. Las páginas están pautadas: una línea para cada día y una hilera para la mañana, el almuerzo, la tarde y la velada. Se limita a escribir «en casa» una y otra vez. Noto su aburrimiento. A veces tiene sesiones de «probar ropa», pero también estas acaban siendo «probar ropa en casa».

Tal como me ha señalado el bibliotecario, su caligrafía resulta casi impenetrable. El hecho de que en esta agenda solo haya unas cuantas palabras que se repiten me ayuda a aprender a leer su escritura. Su «s» es una simple línea en diagonal, apenas distinguible de su «f, su «l» y su «t», que son idénticas entre sí. Su «n» es una «v» invertida. Tomo nota de esto, consciente de que los textos más largos costarán más de descifrar. Su

caligrafía tiene un aire rúnico.

Me viene a la cabeza de repente que, en Obligaciones*, Vanner describe los diarios en los que Helen escribe día y noche durante su crisis nerviosa, preguntándose si en el futuro reconocerá su propia escritura*.

Aunque confío en encontrar la versión real de esos diarios en alguna de las cajas, la mayor parte de los documentos más antiguos no tienen nada destacable. Durante los primeros meses parece que Mildred hace unos cuantos intentos de socializar. Unas tardes con una tal señora Cutting, otras con la señora Bartram, la señora Kimball o la señora Twichell; algunos de estos apellidos son simples conjeturas o aproximaciones. Unas cuantas veces se reúne con grupitos compuestos por estas y otras mujeres. Varios «almuerzos», citas con el dentista. Pero sus esfuerzos se vuelven cada vez más esporádicos, y al final parece que Mildred simplemente ha renunciado tanto a visitar a sus nuevas conocidas como a recibirlas en casa. Calendarios yermos. Agendas anémicas. Aun así, como estas últimas se encuentran ordenadas alfabéticamente, me resultan útiles para familiarizarme con la peculiar grafía de Mildred. Empiezo a hacer un seguimiento de las variaciones de cada letra. Es cierto que su caligrafía cuesta de leer. También es cierto que después de pasar el tiempo suficiente con estas palabras y de mirarlas en su contexto, pueden descifrarse algunas. Pero nadie parece haber pasado ningún tiempo con todos estos documentos. Nadie se ha molestado.

Como conocí a Andrew, me imagino lo sola y asfixiada por el aburrimiento que debió de sentirse Mildred. Al mismo tiempo admiro su firme resistencia. Está claro que debía de tener abiertas todas las puertas de Nueva York. Podría haber visto a quien fuera y haber ido a cualquier parte. Artistas, políticos, todos los grandes nombres de la época. Fiestas, galas, cenas. Veo algo heroico y al mismo tiempo enigmático en su negativa a ceder a ninguna de esas tentaciones obvias. De alguna forma, el suyo no parece un rechazo desdeñoso. Tampoco parece resultado de la timidez ni del miedo.

Por supuesto, soy yo quien le está asignando a Mildred estos atributos. Lo único que tengo para juzgarla son una serie de cuadernos prácticamente vacíos, el testimonio de hace cincuenta años de Bevel y la novela de Vanner.

Sin embargo, a principios de 1921 se produce un cambio radical. Empieza a asistir a conciertos. O, por lo menos, empieza a registrar esas salidas. No siempre está claro cuáles son las piezas musicales; unas veces nombra tanto al compositor como al intérprete y otras se limita a escribir «concierto». Durante los meses posteriores y el año siguiente, noto un desplazamiento de la «ópera» al «recital». Al lado de algunos de esos recitales hay escrito un «87», que debe de indicar que los eventos se celebran aquí, en su casa.

Las filas y columnas antes vacías de sus agendas se empiezan a salpicar

(nunca a saturar) de nombres. Aunque muchas semanas permanecen en blanco, ahora parece que Mildred tiene cierta vida social. Pero sus conocidas no son, por lo general, damas de la sociedad neoyorquina. Recibe a hombres (y a veces solo a hombres), muchos de los cuales figuran entre los músicos más prominentes de la época. Solo soy una aficionada sin educación musical formal, pero hasta yo reconozco algunos de los nombres que se mencionan a lo largo de los años. Aparece con cierta frecuencia el director Bruno Walter. También los violinistas Fritz Kreisler y Jascha Heifetz. Los pianistas Artur Schnabel y Moriz Rosenthal. Los compositores Ernest Bloch, Igor Stravinski, Amy Beach, Mary Howe, Raimund Mandl, Ottorino Respighi y Ruth Crawford se cuentan entre los nombres que puedo descifrar. Quizás incluso Charles Ives. Más adelante, en una agenda de 1928, si no lo leo mal, distingo a Maurice Ravel.

Si todos estos nombres ya impresionan, aparece algo todavía más destacado. En otoño de 1923 me encuentro, con mayúsculas bien claras y entusiastas, la anotación «LIGA DE COMPOSITORES: APORTADOS 10.000 $». Es la primera vez que aparece en los documentos de Mildred una suma de dinero asociada con una institución cultural.

Me levanto, camino hasta el fichero situado junto al mostrador del bibliotecario y me pongo a mirar las fichas del catálogo. La biblioteca alberga un panfleto de veintiocho páginas titulado La Liga de Compositores: Memoria de actuaciones y resumen de actividades generales de 1923 a 1935. *Solicito ese documento y me llega al cabo de unos minutos*.

Cuando leo la introducción al breve informe, descubro que la Liga fue la primera organización de los Estados Unidos dedicada exclusivamente a la música contemporánea. En 1935, doce años después de su fundación, el consejo estaba repleto de luminarias del calibre de Aaron Copland, Serguei Prokofiev, Marion Bauer, Béla Bartók, Martha Graham, Leopold Stokowski y Arthur Honegger, entre muchos otros. De los veintisiete miembros del consejo auxiliar, veinte eran mujeres. En vida de Mildred –y presumiblemente con su apoyo financiero–, la Liga encargó, patrocinó y estrenó piezas de Schönberg, Stravinski, Webern, Ravel, Krenek, Berg, Shostakovich y Bartók, por nombrar solo a unos cuantos. Aun así, pese a la abundancia de compositores europeos, la Liga consideraba «de importancia especial la tarea de introducir a nuevos talentos americanos, principalmente por medio de recitales menos formales». La casa de Mildred debió de ser el escenario de muchos de aquellos conciertos, que seguramente se parecieron a los que describía Vanner en su novela. Aquellas debían de ser las actuaciones «heterodoxas» que «apenas sonaban a música» y que Andrew me pidió que quitara de sus memorias.

En la autobiografía de Bevel, a la dulce, enfermiza y sensible Mildred solo le gustaban las melodías bonitas. Era como una niña con una caja de música. A juzgar por sus descripciones, uno se la imaginaba meneando la

cabeza con una media sonrisa y los ojos cerrados, siguiendo el tempo, un poco desacompasada, con las manos sobre el regazo cubierto por una manta. De acuerdo con la caracterización paternalista que hace su marido, Mildred era una adorable diletante a quien le gustaba la música de la misma forma en que a otras mujeres les gusta el ganchillo o coleccionar broches. Siento que se aviva mi vergüenza por haberlo ayudado a crear esa imagen de ella.

De las agendas de Mildred no emerge nada parecido a esa figura inocente, infantil y condescendientemente «femenina». De acuerdo con estos documentos, un año después de su boda Mildred sale de su aislamiento y empieza a pasar tiempo con algunos de los compositores, intérpretes y directores de orquesta más importantes del siglo XX. Por mucho que a Andrew no le interesara la música, o incluso si directamente le desagradaba, ¿acaso eso no era digno de mención? ¿Quién omitiría el hecho de que su esposa acostumbraba a ejercer de anfitriona de músicos de la talla de Pau Casals o Edgard Varèse? ¿Por qué presentarla como una niña con una simple afición?

Parece que Mildred hacía lo posible para no salir en la prensa. Solo encuentro unos pocos recortes en que se la mencione, de pasada, en calidad de benefactora o asistente a algún evento, con su nombre entre otros. Tanto su pasión como sus aportaciones eran asuntos privados. Supongo que la gente de su círculo –la alta sociedad– debía de estar al corriente de su vida cultural, y no puedo evitar pensar que esa es una de las razones de que Bevel me eligiera a mí, una chica de Brooklyn, para el trabajo.

Llegado 1925, la caligrafía de Mildred se deteriora todavía más. Su letra parece a menudo una serie de arañazos. Hay páginas que resulta demasiado difícil intentar descifrar. Es frustrante que sus palabras se vayan volviendo más y más impenetrables justo cuando empieza a dar señales de interés por la política y los asuntos de actualidad.

Abro un álbum de recortes de prensa sin fecha. Muchos de los recortes están rodeados de abundantes apostillas y notas al margen.

«A fin de probar el radioscopio de lado a lado del Atlántico, los alemanes intentarán enviar texto y fotografías por el aire de forma instantánea»; «Emisión de bonos tachada de poco segura: el plan de 100.000.000 $ de Smith es un gesto puramente electoralista para gastar por todo el estado, dice». «Llegan dos millones de dólares en oro del Japón: el cargamento ya suma nueve millones en exportaciones desde septiembre destinados a proteger el libre intercambio.» «Nuevo mínimo en los precios del grano: el maíz y la avena ya se venden por debajo de las cifras de 1924-1925.» «Nueva bombilla eléctrica reduce costes de lámparas: los fabricantes acuerdan un estándar que reducirá los 45 diseños a 5.»

Me paso un buen rato hojeando el álbum. Igual que las actividades musicales de Mildred, estos recortes no concuerdan con la versión hogareña e infantil de su mujer que describe Andrew. Su encarnación de la señora

Bevel es incompatible con alguien que comenta sobre política (aunque sea en privado) o que tiene un interés, por efímero que sea, en los asuntos de actualidad. Y el álbum de recortes parece igualmente fuera de lugar en la versión de Mildred que ofrece Vanner. Helen Rask, la esteta callada, jamás diseccionaría y glosaría las noticias. Y justamente por el hecho de que la imagen de ella que pone de relieve este álbum difiere tan drásticamente del retrato que ofrecen ambos hombres, me da la impresión de que solo ahora vislumbro por primera vez a la Mildred Bevel real.

Cuando termino con la primera caja, decido tomarme un descanso de las runas de Mildred y solicito el último de los archivos de Andrew Bevel del año 1938.

No hay gran cosa que ver, seguramente porque la mayoría de sus registros se los quedaron las secretarias de su oficina. A fin de cuentas, esta es una colección de documentos personales, y Andrew Bevel apenas tenía vida privada. Agendas, libretas de direcciones y listas de regalos, entre cuyos artículos hay candelabros, mesas de billar (para tres personas distintas), gemelos (para dos) y una caña de pescar.

La cuarta carpeta que saco me hace perder la sala de vista.

Aquí está la inconfundible «e» de mi Royal portátil, con su ojo ennegrecido por el exceso de tinta.

Aquí está mi «i», a menudo sin punto.

Aquí están mis esquinas discretamente dobladas.

Aquí está el sistema de símbolos de edición que diseñé por entonces y que todavía uso.

Aquí están mis pulcras notas, más escolares que profesionales.

Aquí estoy, a los veintitrés años, más nítida que en ninguna foto, yo.

Paso las páginas una por una. Son los borradores de la autobiografía de Bevel, incluidas varias de sus notas a mi texto. Sus comentarios suelen carecer de palabras: se limita a suprimir esta línea, tachar aquel párrafo o mover un pasaje rodeado de un círculo a la parte superior o inferior de la página por medio de una flecha abrupta. Desperdigados por las páginas hay asteriscos que indican secciones que hay discutir en persona, a fin de poder señalarme las imprecisiones, corregir el tono o indicar otras revisiones demasiado extensas para ponerlas por escrito.

Me detengo en un pasaje que cuenta cómo su bisabuelo montó su negocio.

> *William solicitó un préstamo de considerable cuantía usando como aval la propiedad de su padre y a continuación pidió otro rehipotecando la primera suma. Se cargó de deudas para poder comprar a quienes, como sus padres, no conseguían vender sus productos. Pero en lugar de tabaco, que no habría podido almacenar como era debido, adquirió productos no perecederos, en particular algodón de las tierras del sur y azúcar de la recién adquirida Louisiana.*

Me acuerdo de mi padre. Siempre decía que todo billete de dólar se

había impreso en papel arrancado de la escritura de venta de un esclavo. Todavía lo puedo oír: «¿De dónde sale toda esa riqueza? De la acumulación originaria. Del robo fundacional de tierra, medios de producción y vidas humanas. A lo largo de toda la historia, el capital ha provenido de la esclavitud. Mira este país y el mundo moderno. Sin esclavos, no hay algodón; sin algodón, no hay industria; sin industria, no hay capital financiero». Sigo leyendo el borrador. Por supuesto, no hay mención alguna a la esclavitud.

Sí, por entonces mi padre y yo necesitábamos el dinero; sí, Bevel era intimidante, y yo era joven. Pero nada de todo eso me reconforta.

Llego a la sección que trata de Mildred. Después de revisar sus papeles y hacerme una idea de quién pudo ser en realidad, me dan dentera las escenas triviales que inventé para ella. Me horroriza ver hasta qué punto Andrew expulsó a su mujer de su autobiografía; me avergüenza mi complicidad. Hay varios segmentos, del todo inofensivos en mi opinión, que ha eliminado con firmeza. Por lo que he descubierto al revisar hoy sus papeles, se trata de pasajes que presentaban una versión extremadamente diluida de Mildred. Sin embargo, una vez muerta, su marido creyó necesario reducir todavía más su presencia. La decisión de Bevel de escribir una autobiografía estuvo movida en gran medida por su deseo de limpiar el nombre de su esposa y demostrar que no era la reclusa mentalmente enferma de la novela de Vanner. Leyendo estas páginas, sin embargo, da la sensación de que, más que para reivindicar a Mildred, las escribió para convertirla en un personaje completamente anodino y seguro: igual que las mujeres de las autobiografías de los Prohombres que leí durante la época en que estaba construyendo la voz de Bevel. Para ponerla en su sitio.

Quizás fuera eso lo que intentó hacer también Vanner. ¿Por qué presentar aquella imagen rota de Mildred en su novela? Es una pregunta que no he parado de hacerme desde que leí Obligaciones. *A lo largo de los años me he planteado distintas respuestas –celos, venganza, pura malicia–, pero a falta de detalles sobre la vida de Vanner, siempre llego a la misma conclusión: le rompió la mente y el cuerpo simplemente porque eso le daba una historia mejor (una historia que no pudo resistirse a contar, por mucho que la degradara a ella y en última instancia lo destruyera a él). La convirtió a la fuerza en el estereotipo de la heroína trágica que ha existido durante toda la historia, creado para ofrecer el espectáculo de su ruina. Para ponerla en su sitio*.

La siguiente caja que me traen contiene los extractos financieros de la obra benéfica de Mildred. Igual que la pasión por la música que resulta tan palpable en sus agendas contradice la imagen de aficionada decididamente conservadora que pintó de ella Andrew, estos documentos cuestionan la idea de Mildred como filántropa pasiva o inconsciente. He aquí alguien que no solo sabe exactamente a quién asignar sus dádivas, sino que también usa sus aportaciones para dar forma a las instituciones a las que apoya.

Todos sus donativos parecen estar rigurosamente restringidos, y en cada caso Mildred especifica cómo hay que gastar los dividendos del capital que ha donado.

Todo está escrito en tinta púrpura. Usa un sistema de contabilidad que no consigo entender del todo, en parte porque su caligrafía es difícil de leer (y mis conocimientos de contabilidad se limitan a lo que aprendí por mi cuenta hace cincuenta años), pero sobre todo porque los métodos de Mildred son muy idiosincráticos. No se trata de balances contables ordinarios. Su método me recuerda a mis símbolos de edición, que no puede entender nadie más que yo. Parece que las dos nos vimos obligadas a crear nuestras propias herramientas y sistemas a fin de abordar unas tareas para las que no recibimos ninguna educación formal.

Además de las donaciones de Mildred de las que me habló Bevel (como era de esperar, me habló de donaciones a la ópera y a otras orquestas e instituciones culturales muy conocidas), también patrocina subvenciones para estudiantes de humanidades y ciencias, amplía una biblioteca o crea series de becas. A medida que pasa el tiempo, gana en valentía y tiene más fondos bajo su control. A juzgar por las fechas de sus hojas de balance y de algunas cartas, parece claro que el nacimiento de la Orquesta Sinfónica de Albany debió de ser resultado directo de sus donativos.

Llegado 1926, parece que la mayoría de sus contribuciones se canalizan a través de la Fundación Benéfica Mildred Bevel. Eso puede explicar que sus registros financieros personales se reduzcan alrededor de ese periodo. Recuerdo que Andrew me explicó que había creado la Fundación para ella. Hizo que pareciera que había sido un regalo. En su versión, su meta era inculcar un método a las donaciones impulsivas y caóticas de Mildred. Afirmaba haber financiado y gestionado la Fundación y haberla usado para refrenar los despilfarros benéficos de su mujer. Estos documentos revelan justamente lo contrario: Mildred aparece como una filántropa reflexiva y disciplinada.

Cuando llego a la correspondencia, me doy cuenta de que constituye la mayor parte del archivo de Mildred: dieciséis carpetas llenas de cartas dirigidas a la señora Bevel. Ni una sola escrita por ella. Me dedico a abrir sobres más o menos al azar y a examinar el contenido. La mayoría son cartas de agradecimiento. Músicos de todo el país que le dan las gracias por comprarles pianos, violonchelos y violines; directores de orquestas de pueblo que le dan las gracias por los instrumentos y fondos para sus orquestas; alcaldes y congresistas que le dan las gracias por abrir sucursales de librerías; una carta del gobernador Al Smith que le da las gracias por el ala de humanidades de la Universidad del Estado de Nueva York en Troy.

Después del crac de 1929, cambia el contenido de algunas de las cartas. Además de todo su mecenazgo cultural, está claro que se ha implicado en ayudar a quienes lo han perdido todo durante la crisis. Ahora su énfasis

está en la vivienda y en los préstamos a empresas. Los dueños de fábricas, tiendas y granjas le escriben para hacerle saber cuánto ha hecho por ellos y por sus comunidades la ayuda que han recibido. Pero esas cartas se ven superadas en número por un aluvión renovado de gratitud de la misma clase de beneficiarios a los que favoreció en el pasado: bibliotecas, instituciones musicales y universidades.

Solo quedan unas cuantas cajas. Se disipa mi esperanza de encontrar algo parecido a los diarios que menciona Vanner en su novela. Bevel afirmaba que nunca habían existido, y si alguna vez existieron, debieron de ser destruidos o expurgados de esta colección. Pero podría suceder simplemente que Mildred nunca escribiera ningún diario, y que ese hábito simplemente formara parte de su encarnación ficticia.

Se han arrancado páginas de muchas agendas y cuadernos. Conciertos (menos). Fórmulas o cómputos breves e indescifrables. Cenas celebradas en su casa con pequeños grupos. Estoy bastante segura de distinguir el nombre de Harold Vanner en tres de esas listas de invitados.

2

–Ida.

Frente a mi apartamento me estaba esperando un joven con traje de raya fina que, extrañamente, no llevaba ni camisa ni corbata.

–¿Quién es usted?

–Hablemos dentro.

–¿Quién es usted?

–Abre la puerta y hablemos en el vestíbulo. No te conviene que los hombres de Bevel te vean conmigo.

Miré a mi alrededor. Solo había unas pocas caras familiares en mi calle. Me negué a abrir la puerta, así que hablamos escondidos en el pequeño hueco del portal de mi edificio. Sostuve la llave con la punta asomando entre los nudillos, como si fuera una daga.

–Mi padre y mi novio están arriba. Si se acerca más, gritaré.

–Qué dramática. –Se apoyó en la pared y se metió las manos en los bolsillos para demostrar que no tenía intención de tocarme–. Seré breve. Esto es lo que sé. Sé que eres la secretaria de Andrew Bevel. Sé que vas a su casa varias veces por semana, siempre por la tarde, y que te quedas allí hasta que oscurece. A veces hasta tarde. Sé que estás a solas con él. Sé que Bevel te cuenta su vida. Y sé que tomas notas. –Hizo una pausa para ver el efecto de sus palabras en mí; lo miré con expresión neutra–. Eso es lo que sé. Y esto es lo que quiero. Quiero copia de todo lo que escribas. Del texto de verdad. Como ves, tenemos mucha información sobre ti. Y si intentas engañarnos, nos daremos cuenta.

–Váyase.

–Dentro de un momento. Este es el trato: si me das lo que quiero, no denunciaré a tu padre al FBI por su imprenta comunista, su agitación política y sus actividades antiamericanas. Hasta me ha pasado por la cabeza que podrías estar espiando a Bevel para él. Sería una lástima verlo deportado.

–¿Quién es usted?

–Hay una heladería en Metropolitan con Union. Si no estás ahí el miércoles a la 1:30 con mis páginas, hablaré con mi amigo del FBI. ¿*Capisce*?

Se marchó.

Me temblaban las rodillas. Un vacío asfixiante en los pulmones. Vi la llave que me asomaba del puño. Por debajo del miedo, un agotamiento sin fondo. Recobré la compostura y subí con mi padre.

3

Tachar. Contarle la verdad a Bevel. Era la mejor opción. Un desconocido quería información sobre él. Me había intimidado. Amenazado. Pero ¿qué pasaría si Bevel pensaba, y no era descabellado hacerlo, que yo ya había revelado algo? ¿Cómo podía demostrarle que no había traicionado su confianza? Pensándolo bien, yo no conocía ningún secreto delicado sobre él. Pensándolo bien, nuestras conversaciones habían sido bastante banales; solo habíamos comentado su vida a grandes trazos, habíamos hablado vagamente de algunas de sus operaciones financieras y él me había contado de forma más vaga todavía unas cuantas historias superficiales sobre su mujer. Y nada más. Pero esa no era la cuestión. Yo había firmado aquellos papeles que me había dado Bevel. Sabía lo que les hacía a quienes invadían su intimidad. Mi padre y yo seríamos aplastados y borrados.

–¿La estoy aburriendo?

–Lo siento, señor. ¿Podría repetir usted la última frase?

–No.

–Lo siento mucho.

Tachar. Estaba harta de disculparme.

–Como nos reunimos aquí, en mi casa, a esta hora, y estamos tomando el té, quizás se haya llevado usted la impresión de que este es mi tiempo libre. Yo no tengo tiempo libre.

Miré la moqueta, repasando su patrón laberíntico con la mirada.

–No volverá a pasar.

–Mi rol le tiene que quedar claro al lector medio. Seguramente, de no haber sido por mí ni siquiera habría existido la bonanza de Coolidge. Lo dijo el presidente. Tachar. Tapé agujeros, apuntalé cosas y protegí al público inversor de los especuladores durante todo el tiempo que pude. El resultado fue el mercado al alza más espectacular de la historia. El estímulo más grande de todos los tiempos para la industria y los negocios americanos. Cualquiera que mire con atención la economía después de la recesión de 1920 y hasta 1927 puede ver mi mano ahí. Cómo hice subir ciertas acciones clave para que el mercado entero subiera por imitación. Mire los casos de U. S. Steel, Baldwin, Fisher y Studebaker en 1922. Aquel fue el principio del mercado de la prosperidad. Aquello mismo. Y lo hice yo. Yo. Por supuesto, incluso *aquello* se percibió como una conspiración. Alexander Dana Noyes, o alguno de sus secuaces del *Times*, lo llamó «maniobra misteriosa» en vez de reconocer mi mérito. Tachar.

Andrew Bevel no vacilaría. Mi padre y yo seríamos aplastados y borrados. Quizás incluso pensara que todo el plan de chantaje había sido idea mía: que yo me había inventado la historia entera de aquel hombre sin corbata y con traje formal de raya fina para extorsionarlo a él, a Bevel, para mi beneficio. Sí, seguramente sería eso lo que pensaría. Que lo había planeado todo yo.

–Como le digo, ese fue el principio. Pero en realidad deberíamos prestar atención a 1926. ¿Cuándo ha habido, en la historia mundial de las finanzas, un éxito como el mío de 1926? ¿Cuándo? Como era de esperar, hubo acusaciones de fraude, que fue la única forma en que los periodistas ramplones pudieron explicar mis logros, la única forma en que esos aspirantes a novelistas podían explicar mis triunfos sin precedentes. Esto último está bien, pero táchelo. ¿Hace falta decir que mis operaciones de aquel año abarcaron transacciones a través todo el mercado? ¿Cómo podría cualquier estafa englobar un espectro de acciones tan amplio? La mera idea de que cualquiera pudiera manipular o penetrar en todas y cada una de las empresas con acciones en la Bolsa de Nueva York es ridícula. Elevé a la nación entera conmigo. Y en vez de darme gracias, la prensa me vilipendió. Fui yo quien estimuló y en gran medida impulsó la prosperidad de aquellos años. Así que no quiero oír ninguna teoría absurda de que hubo una conspiración para hacer caer la bolsa. Como si yo tuviera tiempo o ganas para confabularme con otros. Tachar.

Pero también podía ser una prueba. Quizás fuera Bevel quien me había mandado al hombre sin corbata para ver con qué facilidad me venía abajo. Una prueba. Para ver cómo gestionaba las cosas. Para ver cómo de leal y segura de mí misma era. Si ese era el caso, ¿cuál era la reacción correcta? Quizás lo mejor fuera no decir nada. Quizás quería que me valiera por mí misma. Que lo solucionara yo sola. Tachar. Era posible que el hombre sin corbata fuera más poderoso de lo que yo había pensado de entrada. Quizás representaba a algún financiero rival. Quizás trabajaba para el gobierno. Quizás había mencionado a aquel amigo ficticio con contactos a modo de señuelo para esconder que era él quien trabajaba para el FBI.

–La gente me reprocha que me deshiciera de mis acciones antes de octubre de 1929. ¿Es culpa mía que lo viera venir? Mire, yo predije que la deflación había tocado fondo en 1921 y que podíamos esperar que empezaran a subir los precios otra vez. Y tuve razón. En aquel caso nadie pareció detectar conspiración alguna. ¿Y por qué? Pues porque les gustó lo que predije. En cambio, en 1929, fui el hombre del saco, el instigador de los hechos vaticinados. ¿Y por qué? Pues simplemente porque no les gustó lo que oían. Así que decidieron que yo había encabezado una conjura para hacer caer la bolsa. Tachar.

¿Qué podía revelar yo? Las bravatas de Bevel. Unas transacciones

que la prensa ya había cubierto años atrás. Sus historias nebulosas e incoherentes sobre una esposa a la que no parecía haber conocido. Y todo eso no tardaría en hacerse público igualmente. Estaría en el libro de Bevel. Que era sobre todo una ficción. Bevel me había pedido que creara una voz para él. Me había pedido que rellenara varias lagunas sobre su mujer con historias inventadas por mí. Así pues, ¿por qué no venderle a aquel hombre sin corbata otra ficción, tal como ya había hecho cuando mi padre me había insistido para que le diera detalles sobre mi trabajo? Sí, la solución era esa. Había creado un Bevel ficticio para el Bevel real; había creado un Bevel ficticio para mi padre; podía crear con facilidad otro Bevel ficticio para mi extorsionador.

–Mis acciones permitieron a una multitud de negocios, fabricantes y empresas de América aumentar sus emisiones de acciones y capitalizarse. Mire la United States Steel. Intercambiaron bonos por acciones ordinarias, eliminando de esa forma su deuda por completo. Y fue efecto directo de mis actos. Ese es mi historial. Eso es lo que hice. Ese es el trasfondo con el que debemos mirar la debacle de 1929. Si me vi obligado a asumir una posición corta en el mercado, no fue solo para preservarme a mí mismo, sino también para preservar la salud financiera de nuestra nación, que estaba bajo el ataque tanto de las hordas de especuladores como de los reguladores del gobierno. Pero dejemos todo eso para la siguiente sesión. Espero encontrarla en mejor forma entonces.

–Lo siento mucho.

4

Transcribir y reformular las palabras de Bevel. Inventarme una vida para Mildred. Componer una ficción para el hombre sin corbata. En los días siguientes me dije a mí misma que era el trabajo lo que me mantenía confinada en casa. Pero era el miedo. Aparté el escritorio de la ventana y lo pegué a una esquina, y allí, encorvada sobre mi máquina de escribir, me dediqué a trabajar en aquellas historias.

Hacia el final de aquella semana de reclusión, me di cuenta de que escribir una historia completamente inventada para el extorsionador me iba a inspirar considerablemente de cara a la otra historia que estaba desarrollando para Bevel. Las dos narraciones se daban forma y se nutrían entre sí. Lo que era un callejón sin salida en una demostraba ser un camino abierto en la otra. Tener que inventarme por completo los hechos del informe para el hombre sin corbata me permitió tomar prestado de aquellas páginas para llenar ciertas lagunas que habían constituido obstáculos importantes en la autobiografía de Bevel o en el retrato de Mildred. Asimismo, lo que resultaba inviable en las memorias iba a parar a las páginas para el chantajista. Pasajes que había escrito y me habían gustado, pero cuyo estilo no encajaba con el del resto; largas exposiciones de naturaleza técnica que Bevel había cortado; pequeñas escenas secundarias que había redactado pero no me habían gustado: distorsioné todos aquellos párrafos y páginas y los volví inofensivos –y, con suerte, también imposibles de atribuir a mí– antes de injertarlos en el relato para el extorsionador.

Escribir todos aquellos textos simultáneamente requirió todavía más investigación. Me di cuenta pronto de que mis pinceladas eran demasiado gruesas y mis historias carecían de esos pequeños detalles (un objeto mundano, un lugar específico) y baratijas verbales (el nombre de una marca, algún manierismo) que se usaban a menudo para sobornar a los lectores y que creyeran en la verdad de lo que estaban leyendo. A mi pesar, afronté el hecho de que iba a tener que dejar mi apartamento y regresar a la sede central de la Biblioteca Pública de Nueva York. Eché mano de mi estuche de maquillaje, que casi nunca usaba, para resaltarme las cejas, aplicarme colorete y tratar de añadirle un poco de edad a mi cara. También me cubrí la cabeza con un pañuelo atado por debajo de la barbilla y me puse la gabardina ancha de mi padre, que me ayudó a parecer mayor y más pequeña. Nada de todo aquello consiguió que se me hiciera menos atroz el trayecto en metro. Gracias a todas mis novelas de misterio, sabía que

lo peor que puedes hacer cuando sospechas que te están siguiendo es darte la vuelta. Habría estado empapada de sudor incluso sin el pañuelo y la gabardina.

Una vez más, me resultó de gran ayuda mi falta absoluta de método. Saqué cosas de los discursos de Woodrow Wilson, del extravagante tratado sobre la prosperidad de Roger Babson, de la *Autobiografía* de William Zachary Irving, de *El individualismo americano* de Herbert Hoover, de la *Educación* de Henry Adams (quizás el único de todos los libros de los Prohombres que me gustó) y de una serie de volúmenes sobre la historia de las finanzas. De todos estos, el que más me influyó fue *Los hombres misteriosos de Wall Street* de Earl Sparling. Al haber crecido con historias de detectives, el título me atrajo de inmediato. Era una recopilación de retratos de financieros, escrita en 1929. Jesse Livermore, William Durant, los hermanos Fisher, Arthur Cutten, Andrew Bevel... Estaban todos allí. En aquellas páginas encontré las respuestas a muchas preguntas, y también saqué ideas de ellas cada vez que tenía que describir alguna operación financiera turbia. También busqué cómo habían cubierto a Bevel y sus transacciones el *Wall Street Journal*, el *New York Times*, *Barron's*, *Nation's Business* y otras publicaciones.

Para los detalles que me permitieran dar cuerpo al lado personal de la historia de Bevel que le iba a entregar al chantajista, me pareció más conveniente recurrir a la ficción. Nuevamente, apunté una serie de títulos que más tarde sacaría en préstamo de la Biblioteca Pública de Brooklyn. Intenté leer la *Trilogía del deseo* de Theodore Dreiser, pero solo pude acabar *El financiero* y la mitad de *El titán*. Los banqueros y corredores de bolsa trágicos de Nathan Morrow y sus descripciones de las orgías de despilfarro de los años veinte se colaron en mis páginas. *Los cambistas* de Upton Sinclair me enseñó a dibujar a Bevel con trazos sombríos de villano, y también me dio la inspiración para los lujos con los que salpiqué las páginas para mi extorsionador: yates, oficinas palaciegas, mansiones.

Como aquellas novelas ya estaban un poco anticuadas, acudí a la prensa. La mayoría de los números de *Fortune, Forbes* y otras revistas parecidas que encontré en la Biblioteca Pública de Nueva York incluían largos perfiles de financieros, industriales y familias patricias. En aquellos artículos sobre Morris Ledyard, los Gould, Albert H. Wiggin, los Rockefeller, Solomon R. Guggenheim, los Rotschild y James Speyer encontré detalles de transacciones financieras, descripciones de residencias, itinerarios de viajes y crónicas de fiestas suntuosas y de toda una serie de hábitos, idiosincrasias y pasatiempos que adjudiqué a los Bevel. También cité muchos anuncios de los que componían la mayor parte de aquellas revistas y otras parecidas, anuncios que promocionaban artículos de lujo de los que no había

oído hablar jamás. A Bevel lo llevaban por la ciudad en un MaybachZeppelin con motor de aviación de doce cilindros, pero conducía a doscientos kilómetros por hora en un Super Sports Delage cuando iba a Glen Cove, donde tenía anclado su yate transatlántico a diésel de cien metros de eslora, traído recientemente de los diques secos de Bath. A veces iba y venía de la ciudad con su aeroplano Fokker, equipado con un salón y un bar, mientras bebía vinos *grand cru* de Burdeos.

Me costó mucho más encontrar libros que pudieran ayudarme con la historia de Mildred. Después de leer la reseña de *Obligaciones* de Vanner que mencionaba a Edith Wharton, a Amanda Gibbons y a Constance Fenimore Woolson, había buscado sus obras de inmediato. Aun así, como eran una generación o dos anteriores a Mildred, sus círculos sociales en Nueva York o sus grupos de expatriados americanos en Europa se veían demasiado antiguos. Después de consultar con unos cuantos bibliotecarios, leí, de forma caótica, todo lo que me pudiera resultar inspirador, desde *Etiqueta* de Emily Post hasta *Chica mala* de Viña Delmar. Pero mi objetivo, si es que mi caótica estrategia tenía alguno, eran autoras americanas más o menos contemporáneas cuya obra pudiera resultar pertinente. Entre ellas recuerdo a escritoras tan enormemente dispares como Dawn Powell, Ursula Parrott, Anita Loos, Elizabeth Harland, Dorothy Parker y Nancy Hale. Solo unas pocas de ellas resultaron relevantes para mi trabajo, y ninguna captaba la atmósfera de opulencia discreta que yo quería para Mildred. Aun así, aunque no puedo decir que me gustaran todas, algunas de las autoras que descubrí durante aquella intensa exploración se convirtieron en los cimientos de mi canon personal, tal como he escrito en *Ante las palabras*; aunque en mi libro no revelaba cómo había llegado a conocerlas.

Escribir sobre Mildred (en cualquiera de aquellas versiones) fue con diferencia el aspecto más difícil de mi trabajo. No tenía nada en que basarme. Si ninguno de los libros que leí me ayudó, la descripción ambigua e intencionadamente vaga de Bevel todavía acrecentaba más el vacío que había en el centro de su retrato. Parecía claro que el rol de Mildred en la escena musical de Nueva York había sido más importante de lo que Bevel estaba dispuesto a admitir. Pero nada sugería que sufriera los problemas mentales graves que destruían a su álter ego, Helen Rask, en la novela de Vanner.

Había dos cosas que me veía obligada a suprimir de cada frase que escribía sobre ella. En primer lugar, la innegable complejidad de su carácter, que me llegaba a través de las ofuscaciones de Bevel y de sus intentos de hacerla más «accesible». En segundo lugar, mi convencimiento de que entendía su difícil situación, por lo menos hasta cierto punto. Vivir con Bevel. La asfixia. La soledad. Calcular

todas tus acciones y reprimir todos tus impulsos.

Enfrentada con aquel callejón sin salida, me acordé de Harold Vanner. Me habían gustado muchas cosas de su retrato de Helen Rask, así que quizás pudiera encontrar inspiración en algún otro de sus personajes femeninos.

Aunque el miedo que había sentido al salir de Brooklyn se había disipado después de varias horas entre libros y revistas, regresó convertido en una oleada de terror cuando me puse a hojear las fichas del catálogo en busca de la obra de Vanner. Busqué por todo el cajón correspondiente a los nombres VAM-VAR, deteniéndome todo el tiempo en el mismo lugar y sintiendo un vuelco en el corazón cada vez que confirmaba el vacío.

Vann, William Harvey, *Notas sobre la escritura de James Howell*, 1924.
Vannereau, Maurice, *L'Ornière, pièce sociale en 1 acte,* 1926.

Era inconcebible que la Biblioteca Pública de Nueva York tuviera un ensayo ignoto de un crítico desconocido y también una obra de la que no había oído hablar nadie escrita por un autor francés sin fama alguna, y en cambio no tuviera ni un solo libro del autor que debería haber estado entre aquellos dos nombres. Ni rastro de Vanner. Nada. Ni un solo título. Le pregunté a una bibliotecaria. Me dijo que todo lo que tenían estaba en aquellas fichas. Pero yo sabía que era simplemente imposible que una de las colecciones más grandes y completas del mundo no tuviera ningún libro de Harold Vanner. Sus primeras obras habían cosechado cierto éxito, y *Obligaciones* se había reseñado en muchas partes. Solo había una explicación posible. Bevel, uno de los principales donantes de la biblioteca, había torcido y alineado la realidad.

El caos es un vórtice que aumenta la velocidad de sus giros cada vez que se traga algo nuevo. Como me pasaba los días trabajando sin parar, no me quedaba tiempo para hacerme cargo de la casa. Platos en el fregadero y toallas en el suelo, latas abiertas y números antiguos mohosos de *Cronaca Sovversiva*, cortezas de pan y corazones de manzana podridos. Moscas y ciempiés, trapos sucios de tinta y la bañera atascada. Nada de todo esto preocupaba en absoluto a mi padre. Despejaba la zona que necesitaba, se limpiaba los utensilios en la camisa, se hacía un bocadillo o trabajaba en los componentes de una página y pasaba a lo siguiente, dejándolo todo tal como estaba. Para él fue una época de dicha. Estaba feliz de que pasáramos tiempo trabajando juntos. Su alegría es el único buen recuerdo que tengo de aquella época.

Jack se presentó una tarde cargado de disculpas, explicaciones y

exigencias. Lo dejé hablar y me dediqué a decirle que sí con la cabeza. Cuando terminó, le pedí que echara un vistazo al apartamento, y, luchando por refrenar una ráfaga de cólera que sabía que terminaría en lágrimas, le pregunté si le parecía que tenía tiempo para sus necesidades. Examinó el apartamento con cuidado. Y cuando me pareció que ya estaba a punto de marcharse, se quitó la camisa, se la guardó en la mochila y se puso a limpiar la cocina en camiseta. Era el último regalo que habría esperado de él, y me sentí conmovida. Le dije que no tenía que hacer nada, que no pasaba nada... Todo lo que se espera que digas en esas situaciones.

–No, no. Vamos –dijo con seriedad cariñosa–. Tienes trabajo. Ve. Yo me encargo de esto.

Le di un beso, sin apenas reconocer aquella nueva versión de Jack pero abrumada de gratitud, y regresé a mi habitación cruzando el taller de mi padre. Forcejeaba con su imprenta, tratando de ajustar alguna pieza inaccesible. Le dije que Jack acababa de llegar, pero no me hizo caso y le dirigió un insulto a la máquina mientras insistía en alcanzar la pieza que le daba problemas.

Al cabo de un par de horas ya casi había terminado las páginas falsas. Sonaban creíbles. Había incluido toda la jerga que Bevel solía quitar de su autobiografía (siempre decía que quería llegar a un público amplio, al «hombre común» o al «lector medio») y la había distorsionado hasta generar un galimatías enrevesado pero verosímil que en modo alguno se podía relacionar con ninguna operación financiera real. Pensé que mi chantajista valoraría positivamente algo que no pudiera terminar de entender. Todas aquellas disquisiciones se entretejían para formar una crónica más amplia de la vida de Bevel. Aquella versión cumplía con las expectativas que me parecía que debía de tener de un magnate como Bevel la mayoría de la gente, educada con el cine y las novelas. Había descripciones exuberantes y detalladas de su casa y sus posesiones; había dignatarios extranjeros y limusinas; había viajes improvisados a Europa y a Palm Beach; había actrices y champán, senadores y caviar. Para rematar el conjunto, tomé de la casa de Gatsby unas cuantas salas de música estilo María Antonieta, salones estilo Restauración y baños soterrados. Y también incluí, por supuesto, la dosis adecuada de hastío e incomodidad moral.

Era casi la hora de la cena y yo apenas había desayunado. Se me ocurrió comprar algo especial para el bueno de Jack y para mi padre. Un pollo asado. Quizás incluso una botella de vino. Después de enrollar las páginas terminadas y guardarlas en la manga del impermeable, me preparé para marcharme. Mi padre seguía ocupado con la imprenta. De camino a la salida, me detuve en la cocina. Jack había hecho un trabajo excelente y había pasado al baño, donde ahora estaba de rodillas en el suelo de azulejos, forcejeando en la bañera

para desatascarla. Le di un beso en la cabeza y le dije que iba a por la cena.

–Ya sé que no es el mejor momento –dijo, levantando la vista con timidez–. Con lo ocupada que estás y tal. Pero... me preguntaba si me podrías pasar un artículo a máquina. Se lo quiero enseñar a alguien del *Sun*. Quedaría mucho mejor. Sin prisa. Tengo las páginas aquí, pero si no puedes...

Era la primera vez que Jack me pedía ayuda abiertamente o reconocía mis talentos.

–¡Por supuesto! Lo que necesites. No debería tomarme mucho tiempo.

–Gracias. Quedará mucho mejor –repitió–. Te dejaré las páginas en tu mesa.

Fui de tienda en tienda, repasando mentalmente la autobiografía falsa. Era conveniente borrar ciertos detalles que podían resultar comprometedores. Se reconocían algunos manierismos míos que hacía falta cambiar; un pasaje que había descartado al principio, después de pensarlo, me pareció eficaz y digno de ser rescatado. Volví a toda prisa a casa para no olvidarme de las correcciones.

Jack seguía trabajando en la bañera; mi padre seguía insultando a su imprenta. Dejé las bolsas de la compra sobre la encimera y fui a mi habitación a escribir mis notas. En mi mesa estaba el sobre con el artículo de Jack. Lo dejé sin abrir y volví a la versión para el extorsionador. Corregí unas cuantas frases y taché un párrafo o dos. El pasaje descartado que quería recuperar tenía que estar en una de las bolas de papel arrugado más cercanas a la superficie de mi papelera. Tomé una bola y la alisé. Estaba en blanco. Otra. En blanco. Otra. En blanco. Casi todas mis páginas descartadas habían desaparecido, reemplazadas por papel en blanco.

Aterrada y desconsolada, fingí disfrutar de la cena. Necesité todas mis fuerzas para evitar que se me fuera constantemente la vista a la mochila de Jack.

5

Lo único que me reconfortó tras descubrir el robo de los papeles descartados fue que todos formaban parte de la ficción que estaba escribiendo para mi chantajista. No había nada en aquellas páginas que pudiera comprometer a Andrew Bevel, ni tampoco llevar hasta mí. El alivio que me causó darme cuenta de esto era más intenso que la furia y la tristeza que sentía cuando pensaba en Jack. Una vez más, me resultó descorazonador descubrir que me importaban más Bevel, sus valores y sus amenazas que mis amigos y mi familia. El dolor de que me hubiera traicionado alguien tan próximo a mí parecía irrelevante comparado con las consecuencias de una violación de la confidencialidad. Y lo que lo hacía todo doblemente desalentador era el hecho de que era verdad: perder a un amigo no era nada comparado con afrontar la cólera de Bevel. Tal era la magnitud de su poder. Su fortuna cambiaba la realidad circundante. Y esa realidad incluía a la gente: su percepción del mundo, igual que la mía, también se veía atrapada por la fuerza gravitatoria de la riqueza de Bevel y cambiada por ella.

Desde mi primera reunión con él ya había notado que tenía que oponerme a aquella fuerza. No por ningún impulso rebelde. Más bien porque intuía, y no tardaría en confirmar, que la estima que me tuviera dependería en gran medida de la eficacia con que consiguiera resistirme a su enorme influencia. Los dos parecíamos disfrutar más de nuestras reuniones (aunque está claro que «disfrutar» es una palabra excesiva) cuando yo era capaz de vencer mis miedos, mostrar agallas e incluso contradecirlo en relación con alguna cuestión trivial. Las agallas eran igual de importantes que la elegancia, claro. No toleraba la mala educación, pero los pequeños actos de insolencia tenue y ambigua lo divertían o, por lo menos, le picaban la curiosidad. Era paradójicamente en aquellas ocasiones cuando su rígida conducta, que yo había llegado a interpretar como un miedo al ridículo profundamente arraigado, parecía ablandarse un poco. Y era en aquellos momentos cuando me las ingeniaba para darles a nuestras sesiones un rumbo más productivo.

Estaba decidida a recobrar el respeto perdido durante nuestro último encuentro. Entre mi descubrimiento de la traición de Jack y mi cita inminente con el hombre sin corbata, me parecía crucial tener de mi lado a Andrew Bevel y saber cómo reaccionaría a la posible publicación de los papeles robados.

–Debo decir que estoy muy contento con su descripción de la señora Bevel –dijo después de mirar mis páginas nuevas–. Contento de verdad. –Volvió al principio y las ojeó de nuevo–. Recibirá usted mis notas, como de costumbre. –Hizo una pausa–. Ahora que lo pienso, quizás deberíamos inventarnos algún pasatiempo adecuado para Mildred. –Se llevó el índice a los labios y se dedicó a contemplar la habitación hasta que vio un arreglo floral en una mesilla junto a la ventana–. Flores. Su amor por las flores. Cómo las combinaba, hacía arreglos y cosas de esas. Escriba una pequeña escena. Hable con la señora Clifford, el ama de llaves, antes de marcharse. Ella le dirá qué clases de ramos ha de describir. Hasta le podría enseñar el invernadero.

No levanté la vista de mi cuaderno, fingiéndome absorta en mis notas. No era el momento de enseñar mi perplejidad.

–Gracias al poder de su imaginación y a su... empatía femenina, ha conseguido usted captar gran parte de la vida privada de Mildred. Y con lo poco social que era Mildred, eso significa *la mayor parte* de su vida.

–Gracias. Precisamente para enriquecer los detalles de la vida privada de la señora Bevel, estaba pensando que quizás hoy podríamos caminar por la casa mientras hablamos. Apenas la conozco, y una visita con usted de guía sería inestimable. Podríamos incluir alguna descripción de una habitación o de una pintura... Sería un telón de fondo más nítido para su vida personal. Y para la de la señora Bevel. Al lector medio le gusta asomarse a estas casas majestuosas, ya sabe...

Había conseguido incomodarlo un poco; estaba claro que mi sugerencia era buena, pero también iba en contra de la obsesión que tenía Bevel con la privacidad. E incomodarlo era justamente lo que yo había buscado.

–Por supuesto. Cómo no. –Intentó esconder su vacilación detrás de sus buenos modales. El hecho de que creyera que debía mostrarse cortés conmigo ya suponía un triunfo inesperado–. Por favor, recuerde que no quiero ninguna descripción ostentosa de la casa –dijo antes de que empezáramos–. Es de mal gusto.

Me llevó de regreso al vestíbulo con suelos de mármol para que pudiera experimentar «la progresión de la casa». Nos cruzamos con unos cuantos miembros del servicio. Algunos estaban limpiando; otros pasaban a toda prisa con sus trajes de tres piezas. Con independencia de su rango, ninguno de ellos nos miró. Parecía que tuvieran instrucciones de hacer su trabajo sin más y fingir que no veían a Bevel.

Primero me enseñó sus pinturas. Se detenía brevemente frente a cada una, señalaba la placa del marco dorado, nombraba al artista y seguía adelante: Corot, Turner, Ingres, Holbein, Bellini, Fragonard, Veronese, Boucher, Van Dyck, Gainsborough, Rembrandt. Tomé notas.

Llegamos a un pasillo cuyas ventanas tenían vistas a un invernadero.

–Esa parte se la dejo a la señorita Clifford, cuando la vea usted por las flores. No sé absolutamente nada de plantas –dijo mientras dejábamos atrás el invernadero–. Aquí es donde paso todas las tardes, en la parte trasera de la casa.

Abrió una puerta para revelar una oficina grande con unos cuantos espacios de trabajo pequeños anexos. Las paredes de todas las salas estaban cubiertas de pizarras saturadas de cifras bursátiles y fórmulas matemáticas; sentados a las mesas, una docena de hombres con máquinas calculadoras se abrían paso por entre carpetas, libros, documentos y resmas de papel. El ambiente era más tranquilo que en la sede de Inversiones Bevel del downtown. Casi parecía una biblioteca.

–En cuanto cierra el mercado, empieza el trabajo aquí. De hecho, me gusta pensar que este es el trabajo de verdad. Las conclusiones a las que llegamos aquí dan forma a mis transacciones, operaciones diarias y planes a largo plazo. Lo demás, lo que pasa en el parquet de la Bolsa, solo es la ejecución de las decisiones que se toman en esta oficina. Todos los hombres que ve son estadísticos y matemáticos. Reclutados de universidades de todo el país. Una reunión de cerebros en toda regla. Estudian registros bursátiles y expedientes industriales, predicen tendencias futuras a partir de otras pasadas, detectan patrones de psicología de masas y diseñan modelos para operar de forma más sistemática. Aquí se evalúan informes, estados de cuentas y planes de futuro de todas las corporaciones o empresas que están o pueden ponerse en mi radio de acción.

Me miró a los ojos hasta que me obligó a volverme. Todavía recuerdo su mirada azul. Estaba o bien intentando extraer algo a través de mis pupilas, o bien intentando introducir algo a través de ellas.

–Mire usted, la intuición me ha ayudado mucho a lo largo de mi carrera, y le debo una gran parte de mi reputación a ella. Añadir la ciencia y la interpretación objetiva de grandes volúmenes de datos a mi intuición es lo que me da ventaja. Es esa combinación única lo que siempre me ha permitido adelantarme al ticker. –Hizo una pausa, examinó a sus hombres y se miró el reloj de pulsera–. Normalmente estamos aquí hasta las nueve.

–¿Y estos hombres ya trabajaban aquí cuando la señora Bevel...? –Fui incapaz de terminar aquella pregunta carente de tacto.

–Por supuesto que no.

Salimos de las oficinas y Bevel me guió por la planta baja deshabitada. Hizo una pausa ceremoniosa en un salón donde había montadas la cabeza de un alce y de un bisonte, un oso disecado, la piel de un puma, con la cabeza rugiente incluida, y otros trofeos de caza.

Presidían aquellos premios dos retratos al óleo de un hombre robusto y fornido que, por alguna razón, parecía estar haciendo un gran esfuerzo para ocultar que era feliz. La pintura de la izquierda lo mostraba con atuendo de caza, un rifle en una mano y un puñado de faisanes inertes en la otra. En la pintura de la derecha llevaba traje de negocios, tenía una pluma en la mano y estaba levantando la vista de un documento.

–Como ya sabe, me complacen mucho los pasajes que ha escrito sobre mis antepasados –dijo Bevel antes de abandonar la sala–. Ahora seguramente podrá describir la cara de mi padre. Al final, este recorrido por la casa no ha sido tan mala idea. Ahora que lo pienso, para entender realmente la historia de mi familia tiene que visitar usted La Fiesolana. Es ahí donde reside nuestro espíritu. Lo organizaré para que pueda ir.

–Gracias. Sería una ayuda enorme.

Nunca lo llegó a organizar.

Galerías, una salón con ventanales, pasillos, una pequeña biblioteca, estudios, comedores, un cuarto de recreo. Ahora Bevel guardaba un silencio poco propio de él, y sus pasos briosos sugerían que quería terminar de una vez con la visita.

–Tenemos muchas de nuestras pinturas prestadas a distintos museos –dijo, señalando con la cabeza una pared vacía–. La señora Bevel expresó el deseo de que las pudiera disfrutar el público.

–¿Ha hecho algún otro cambio reciente en la casa?

–Aparte de la oficina de la planta baja y de los cuadros en préstamo, como es natural, todo se ha dejado como estaba. En memoria de Mildred.

Subimos a la segunda planta. Un salón de baile, más galerías, dormitorios. Había una sala de música, pero no era más que un salón grande con un piano y un arpa; nada parecido al salón de conciertos privado de la novela de Vanner. La biblioteca, con sus suntuosos volúmenes colocados en estantes a alturas inaccesibles, estaba diseñada para alguien a quien no le interesaban los libros. Y yo seguía sin poder detectar el toque hogareño de la señora Bevel. Quizás Andrew Bevel confundía la docilidad que le atribuía con calidez.

Por fin se detuvo frente a una puerta del lado de un pasillo que daba al parque.

–Estas eran las habitaciones de Mildred –dijo con solemnidad.

Nos quedamos mirando el umbral como si estuviéramos frente a su tumba. Tras respetar una pausa decorosa, me pareció el momento de mostrarme una vez más atrevida y cuidadosamente impertinente.

–Me ayudaría mucho ver cómo vivía. Encontraría mucha inspiración entre sus objetos. Podría captar pequeños detalles y cosas cotidianas que darían mucha vida a la historia. Y la harían más creíble.

–Puede ver toda la casa, pero esta puerta permanecerá cerrada.

–Lo siento. Solo...

–No hace falta disculparse. Entiendo que tenga curiosidad. Pero hay cosas que me gustaría guardarme para mí.

Bevel me llevó por la casa en silencio.

–En uno de nuestros primeros encuentros compartió usted unos recuerdos de infancia de su madre –dije por fin–. Mencionó que lo que Mildred y ella tenían en común, además de su naturaleza cariñosa, era su inteligencia. Dijo usted que las dos eran mujeres brillantes.

Se detuvo para mirarme. En sus ojos se despertó algo que me pareció irritación. Pero no sentí que aquella vez su enfado fuera dirigido a mí. Echó a andar otra vez y lo alcancé.

–¿Cómo diría que se manifestaba la inteligencia de Mildred?

–Oh, ya sabe, en una multitud de pequeños detalles. No es fácil llevar una casa como esta, con todo el servicio y demás. Y en sus gustos musicales, claro. Pero de eso ya hemos hablado y ya hemos cubierto todo lo que podía ser útil para el libro. Además, para ser sinceros, hay que tener un don para seguirme el ritmo a mí. –Se rió a través de la nariz–. No es fácil. No es nada fácil seguirme el ritmo a mí. Quizás pueda incluir eso en el libro. En tono moderadamente humorístico. Y por cierto, usted tampoco lo hace nada mal, ¿sabe?

Sentí que se me ruborizaban las mejillas mientras se esfumaba mi necesidad de interrogar y arrinconar a Bevel.

Llegamos a la tercera y última planta. Toda la parte de atrás eran las habitaciones del servicio; la parte delantera, con vistas al parque, era para invitados.

–Aquí se ha alojado a lo largo de los años bastante gente, alguna de mucho renombre. Quizás deberíamos incluir una pequeña lista en el libro. Imagino que a los lectores les agrada leer sobre esas cosas. Aun así, a decir verdad, ni a Mildred ni a mí nos gustaba tener invitados durante periodos largos. Cuanta más gente forma parte de tu vida diaria, más derecho creen tener a difundir historias sobre ti. Es algo que siempre me ha desconcertado. Lo normal sería que la cercanía generara confianza.

–¿Está diciendo que incluso sus amigos difundieron rumores sobre su mujer y usted?

–*Sobre todo* mis amigos. Es lo que creen que significa la amistad: la libertad para convertirte en tema de conversación.

Aquella era mi oportunidad para averiguar cómo reaccionaría si se publicaran los papeles robados con la versión ficticia de su vida.

–¿Trata usted todos esos rumores y habladurías de la misma forma enérgica con que está se está ocupando de Vanner y su novela?

–Cielos, no. No podría ocuparme de mis negocios si tuviera que responder a cada idiotez que se publica en algún diario vespertino. Seguir la pista de todos los rumores y refutarlos requiere demasiado

tiempo. Pero lo de Vanner es distinto. Lo que escribió sobre mi mujer y sobre mí es distinto. Y también lo es su alcance. Pero le agradecería que en adelante evitara pronunciar su nombre.

Se había acabado la visita guiada. Bevel regresó a sus oficinas de la planta baja y a mí me acompañaron a la calle. Ya no me preocupaba el asunto de los papeles robados. A fin de cuentas, era capaz de seguirle el ritmo a Bevel.

6

Llegué a la heladería temprano para garantizarme un lugar seguro, a la vista de todo el mundo y cerca de la puerta. Al entrar, sin embargo, vi al hombre sin corbata con el mismo traje de raya fina. Estaba sentado en la mesa más apartada del local, comiendo una copa helada. El local estaba casi vacío, pero me tranquilizó ver a unos niños bebiendo batidos en el mostrador. No podía pasar nada demasiado malo en presencia de unos niños que bebían batidos. Fui hasta la mesa del hombre sin corbata y me senté frente a él.

–Más te vale haber traído mis páginas –dijo, señalando mi bolso con su cuchara de mango largo.

–¿Cómo sé que con eso ya basta? ¿Cómo sé que después de eso me dejará en paz?

–Bueno, cariño. –Su dicción se vio enturbiada por la cucharada de helado que tenía sobre la lengua–. Vas a tener que confiar en mí.

De pronto, al verlo disfrutar de su copa helada en una heladería, lo entendí todo. Ahora que lo veía en su elemento natural, me quedó claro que aquel tipo no era ningún conspirador a sueldo de ningún periódico sin escrúpulos, del gobierno ni de ningún otro poder superior. No era más que un chico de Brooklyn. Comiendo helado con su único traje bueno.

–Te diré qué haremos. –Metí la mano en el bolso–. Aquí tengo diez dólares.

Dejó de comer y se quedó de piedra al ver el dinero.

–Sé quién te manda –dije–. Di su nombre y los diez dólares son tuyos. En caso contrario, me largo. Y a ver cómo me lo impides.

–Escucha, sabemos que tu padre es un rojo. Si no...

Me levanté y me alejé unos pasos.

–Jack –dijo.

Me detuve. Lo que experimenté en aquel momento aún es, hoy en día, el estándar con el que mido el odio. Volví a la mesa y me quedé de pie, mirándolo.

–¿Cómo te has enterado de lo de Bevel?

–¿Y los diez dólares?

Le di el dinero.

–Te siguió. No le gustaba la idea de que estuvieras a solas con un hombre en su casa, así que se puso a seguirte. Solo para ver quién era. No le costó mucho averiguar quién es el dueño de esa mansión. Luego, en tu casa, leyó un trozo de lo que estabas pasando a máquina para

Bevel. Le pareció que estabas escribiendo la historia de su vida. Así que se le ocurrió vendérsela a algún periódico. Al mejor postor. Con esa exclusiva podría conseguir un buen trabajo. –Se mojó la punta del dedo con la lengua e hizo el gesto de contar billetes con las manos, riendo como un idiota.

–Dile a Jack que Bevel sabe que está detrás de esto. Solo me ha mandado aquí para confirmarlo. Dile a Jack que ya se puede ir olvidando de publicar las páginas que me robó. Dile que Bevel lo sabe todo y que va a ir a por él. Y lo va a destruir. He visto como hacía lo mismo con otra gente. Dile que se marche de la ciudad. Ya mismo.

7

Siguiendo las instrucciones que me había dado Bevel durante nuestra última reunión, me había citado con la señorita Clifford para que me enseñara las flores del invernadero.

Nos encontramos en el recibidor del servicio y me ofreció una taza de té; la rechacé, pero me la trajeron de todos modos, tal como había pasado en mi primera visita a la casa. Después de intercambiar unas cuantas cortesías, le pregunté por su trabajo, sin saber muy bien cuáles podían ser las tareas de un ama de llaves en una casa como aquella. Me explicó que supervisaba a la mayoría de los sirvientes, y que su responsabilidad principal consistía en asegurarse de que todo pasara «sin sobresaltos» en la casa. Le pregunté si también estaba a cargo del mayordomo. No. Me miró con una cara que sugería que tenía la misma opinión que yo del hombre pero no quería hablar de ello. Cambió de tema con elegancia y me preguntó por mi trabajo. Le impresionaba que me pasara tantas horas conversando con el señor Bevel.

Animada por su cordialidad, decidí poner en práctica un plan que había tramado vagamente en los días anteriores.

–Deberíamos visitar primero la habitación de la señora Bevel, ¿no le parece?

–¿La habitación de la señora Bevel? Creía que tenía que enseñarle las flores.

–Sí, y su habitación también. El señor Bevel está terminando un capítulo sobre la señora Bevel y me ha pedido que describa su entorno, así que creo que lo mejor sería comenzar por su habitación. Eso prepararía el terreno para lo demás, ¿no le parece?

Vaciló un momento.

–Supongo que es lo lógico. –Se acercó para recogerme la taza pero la agarré yo y la dejé en el fregadero–. Ay, gracias, amor. Qué amable eres. ¿Vamos?

Nuestros pasos resonaron con ecos concisos en el recinto de mármol del vestíbulo.

–El señor Bevel quiere que les dé un toque femenino a las páginas sobre la señora Bevel. Me iría bien conocer un poco mejor su rutina. ¿Quizás tenga usted alguna anécdota que contarme? ¿Pequeñas historias de su vida diaria?

–Lo siento mucho. Me encantaría haber tenido el placer de conocer a la señora Bevel, pero me contrataron después de que falleciera.

Subir las escaleras pareció dejarla un poco jadeante.

–Ya veo. Quizás me pueda presentar a la gente que trabaja aquí y que la conoció. Sería una charla muy breve, se lo prometo.

Nos adentramos por un pasillo largo. Las gruesas moquetas y cortinas redujeron nuestras voces a un susurro pudoroso.

–Bueno, es que nos contrataron *a todos* después de que falleciera la señora. Poco después del funeral, el señor Bevel decidió vender la casa. Demasiados recuerdos. Creo que se mudó una temporada a un hotel. Despidió a todo el servicio y cerró la casa. Se pasó meses cerrada, quizás un año entero. El señor rechazó una oferta tras otra. Y al final, cuando le llegó una oferta aceptable, en fin... Demasiados recuerdos.

Nos detuvimos en mitad del pasillo. La señorita Clifford recobró el aliento.

–Iban a demoler la casa para construir un edificio de apartamentos atroz. El señor Bevel no se vio capaz. No pudo ver desaparecer el hogar que había construido con la señora Bevel. Así que se mudó de vuelta aquí y contrató a un servicio nuevo. –Bajó la voz–. Pero ya conoce usted al señor. No le gustaría que yo estuviera aquí cotorreando sobre sus asuntos.

Me dio un apretón suave en el hombro y me indicó que la siguiera.

–En fin –dijo en su tono normal–. Aquí estamos. –La señorita Clifford señaló la puerta de Mildred–. Tengo entendido que está todo tal como lo dejó la señora Bevel.

Abrió la puerta y entramos.

Nunca había visto nada parecido a aquel espacio. El dormitorio, situado entre una sala de estar y un vestidor, era una nube angular: celeste, gris, sol y, por alguna razón, olor a ozono. Una cama que era un rectángulo. Una mesilla de noche que era un cubo. Una mesilla de café que era un círculo. En una esquina, unas cuantas curvas limpias se transformaban en un sillón. Todos los muebles parecían tan elementales que en mi recuerdo carecían de color. Meras líneas abstractas.

La sala de estar era igual de serena y simple. El escritorio y la silla habían sido diseñados con el mínimo absoluto de elementos necesarios para que un escritorio fuera un escritorio y una silla fuera una silla. Estanterías vacías, salvo por unas cuantas esculturas de pequeño tamaño; todas eran pura forma coagulada. Una modesta librería recorría la pared más corta.

Llamaron suavemente a la puerta abierta. Una doncella necesitaba la ayuda de la señorita Clifford.

–No tardo nada, cariño –me dijo, dejándome con la doncella–. Echa un vistazo y luego te llevo al invernadero.

Recorrí las habitaciones. No eran los espacios «suaves» y «cálidos» de alguien que había «creado un hogar» para su marido. No eran los

aposentos de una novia infantil y enfermiza. A diferencia del resto de la casa, allí reinaba una especie de calma monástica. Algo que, visto de forma retrospectiva, reconozco como una atmósfera moderna y austeramente vanguardista. Los pocos muebles extraían su elegancia de su funcionalidad discreta. Y la intensidad del lugar provenía de la sensación de que cada objeto (y su colocación) resultaba lógicamente necesario.

Me paseé, intentando sentirme como Mildred pero sin tener ni idea de qué significaba eso. Ni rastro de los diarios que, según la novela de Vanner, había llevado toda la vida. Había pocos escondites en aquellas habitaciones ascéticas con sus estantes y mesas prácticamente vacíos. Como una tonta, incluso miré dentro de los armarios, donde su ropa seguía en fundas y colgada de las perchas, palpando las mangas y los bolsillos de algunos de sus abrigos, como si Mildred (igual que yo) pudiera haber escondido sus textos allí dentro.

Tal vez la librería contuviera alguna pista, aunque estaba convencida de que me encontraría los libros sin leer, seguramente con las páginas sin cortar. Me equivocaba. Estaban todos abundantemente subrayados a lápiz, con las esquinas dobladas y manchas de té y de café. Algunos estaban en francés, otros en alemán y hasta en italiano, lo cual me hizo sentirme irracionalmente próxima a Mildred. Había muchos autografiados por sus autores, cuyos nombres yo no conocía en aquella época y por tanto no retuve. Harold Vanner no se contaba entre ellos. Hojeé volumen tras volumen, deteniéndome en algún que otro pasaje subrayado, confiando en que me dijeran algo de su lectora.

Fui al escritorio, me senté y contemplé la sección del parque que Mildred debía de haber visto a diario. Vi el banco bajo un árbol donde me había sentado después de mi primera sesión con Bevel para contar mi paga. Los cajones del escritorio no estaban cerrados con llave. Papel de carta, papel secante, lápices. Me llamó la atención el papel secante. Estaba cubierto de infinidad de palabras, números y símbolos trazados y vueltos a trazar caóticamente unos encima de otros con tinta púrpura. Todo del revés, claro. Me acordé de mi padre y de su verdad invertida.

Me guardé el papel secante en el bolsillo justo antes de que la señorita Clifford regresara para llevarme a ver las flores.

8

La carta que me entregaron en mano era escueta y estaba escrita a máquina. Pero todo aquello que buscaba hacerla impersonal tenía el efecto paradójico de poner a su autor de relieve. Solo Andrew Bevel era capaz de mandar a alguien que mecanografiara una invitación a cenar y redactarla de aquella manera. No hay tiempo para reunirnos. Trabajaremos cenando. No se vista para cenar.

El mismo conductor que me había entregado el sobre por la mañana me recogió por la tarde y me llevó a la calle 87. Mientras me subía al asiento trasero de la limusina, pude sentir las miradas al otro lado de las ventanas a oscuras, y casi pude oír los susurros que culebrearían por el barrio al día siguiente.

Una vez, cuando trabajaba en la panadería, había oído una conversación humorísticamente resignada entre dos clientes. «Existe un mundo mejor», dijo un hombre. «Pero es más caro.» La broma se me quedó en la cabeza, no solo porque era una perspectiva radicalmente diferente de las visiones utópicas de mi padre sino también porque señalaba la naturaleza ultramundana de la riqueza, que tendría ocasión de confirmar durante mi tiempo con Bevel. Yo nunca había codiciado ninguno de aquellos lujos. Me habían intimidado y enfurecido, sí, pero por encima de todo siempre me habían hecho sentir que molestaba y que estaba fuera de lugar. Como una terrícola desplazada y sola en un mundo distinto; un mundo más caro que también se creía mejor.

Aquella noche en el coche de Bevel, sin embargo, experimenté por primera vez la fría exaltación del lujo. No me limité a verla; la sentí. Y me encantó.

Nunca había estado sola en un automóvil de noche. Al otro lado de las ventanillas, Nueva York iba y venía en completo silencio. Si me reclinaba, la ciudad desaparecía al otro lado de las cortinillas de terciopelo. Los peatones, movidos por la curiosidad de ver quién era el pasajero, se asomaban al interior en todos los semáforos. Eso acentuaba lo extraño de la situación. Me encontraba en la calle y al mismo tiempo en un espacio confinado. Más que los paneles de madera de caoba, los decantadores de cristal tallado, la tapicería bordada y el chofer con gorra y guantes blancos que había al otro lado de la mampara, lo que transmitía una sensación tan grande de opulencia era esa extraña paradoja de estar en privado en público; una sensación que se confundía con la ilusión de haberme vuelto

repentinamente intocable e invulnerable, con la fantasía de tener un control total de mí misma, de los demás y del conjunto de la ciudad.

Cuando llegamos, el conductor me dejó a cargo del desagradable mayordomo, que me acompañó a un pequeño comedor que yo no había visto durante mi visita guiada a la casa. La mesa estaba puesta para dos. Bevel había apartado su plato para trabajar en unos documentos, a los que dio la vuelta mientras se ponía de pie para recibirme.

–Le agradezco la amabilidad de venir tan tarde. ¿Le puedo ofrecer algo? ¿Champán?

Reprimí mis dudas. Rechazar el ofrecimiento tenía algo de cobarde, mientras que aceptarlo resultaría incómodo. Y yo nunca había probado el champán.

–Es muy amable, gracias.

–Así me gusta. No hay nada más agotador que un invitado tímido.

Bevel le hizo un gesto con el mentón al mayordomo, que salió, cerrando la puerta tras de sí. Nos sentamos a la mesa y saqué bolígrafo y cuaderno.

–¿Sabe a qué distancia está la luna?

No esperaba respuesta.

–A unos 380.000 kilómetros –dijo–. ¿Y sabe cuáles fueron las pérdidas en valores de garantía durante el crac? Unos cincuenta mil millones de dólares.

Recolocó su plato y su vajilla en la mesa y me miró. Mis rasgos lograron adoptar la expresión perpleja pero fascinada que Bevel esperaba de mí.

–Si pusiera cincuenta mil millones de billetes de un dólar uno detrás de otro, podría hacer diez veces el trayecto a la luna. Contando la ida y la vuelta. Diez viajes de ida y vuelta a la luna. Y aún se quedaría con cambio.

Lo miré con incredulidad genuina.

–Espectacular, ¿verdad? –preguntó, asintiendo con la cabeza–. He hecho los cálculos.

Pero mi perplejidad no la causaba aquel cómputo absurdo. La causaba Bevel. Nunca me había dicho nada tan inane. Y yo nunca había sentido vergüenza por él.

–Cincuenta mil millones de billetes de un dólar pueden dar casi ciento noventa y cinco vueltas a la circunferencia terrestre. –Hizo girar el dedo índice–. Casi ciento noventa y cinco vueltas a la Tierra. Ese es el dinero que se perdió en valores en octubre de 1929.

Regresó el mayordomo y trajo una bandeja con una copa de champán. Bevel no iba a beber, y ahora me tocaba cargar con aquel estúpido accesorio.

–Esa fue la magnitud del crac. ¿Y se supone que fue culpa *mía*? Esa

clase de cataclismos nunca han sido ni pueden ser resultado de los actos de una sola persona.

Entraron dos doncellas con soperas, nos las pusieron delante exactamente al mismo tiempo y salieron.

–La prosperidad de una nación se basa en una simple multitud de intereses propios que se alinean hasta acercarse a eso que se conoce como el bien común. Si se consigue que los suficientes individuos egoístas converjan y actúen en la misma dirección, el resultado se parecerá mucho a una voluntad colectiva o a una causa común. Pero en cuanto se pone en marcha ese interés público ilusorio, la gente se olvida de una distinción crucial: que el hecho de que mis necesidades, deseos y ansias puedan reflejar los tuyos no significa que *compartamos* una meta. Significa únicamente que tenemos *la misma* meta. Es una diferencia clave. Solo cooperaré contigo en la medida en que sirva a mis propósitos. Más allá de eso, solo puede haber rivalidad o indiferencia.

Tomó dos o tres cucharadas. Comer sopa lo hacía parecer viejo y débil.

–Defender los intereses de otra gente solo porque se dé el caso de que coincidan con los tuyos no tiene nada de heroico. La cooperación, cuando su objetivo es el beneficio personal, no debería confundirse nunca con la solidaridad. ¿No está de acuerdo?

Bevel no quería mi opinión.

–Creo que sí. –Y creo que pensaba que lo estaba.

–A los verdaderos idealistas, en cambio, les preocupa el bienestar de los demás por encima y sobre todo *en contra* de sus propios intereses. Si usted disfruta de su trabajo o se beneficia de él, ¿cómo puede estar segura de que lo está haciendo por los demás y no por usted misma? La abnegación es el único camino que lleva al bien común. Pero a usted no le hará falta que le cuente esto. Lo debe de haber aprendido de las doctrinas y del ejemplo de su padre.

Dejé de escribir. Bevel nunca había hecho ninguna alusión a las actividades políticas de mi padre. No podía ser Jack quien nos había traicionado; no después de las amenazas que le había transmitido a través de su cómplice. Bevel debía de habernos estado espiando todo el tiempo, ya desde mi primera entrevista con él. ¿Acaso lo había sabido todo el tiempo? Tomé mi copa para darle a mi cuerpo algo que hacer. De cerca, se podían oír las cadenas de perlas efervescentes que subían, entrelazadas, a la superficie.

–Oh, se equivoca –dije–. La causa de mi padre es su único lujo. Y de su sacrificio viene su arrogancia.

Di un sorbo y dejé la copa en la mesa con una despreocupación mundana que no sentía, inmediatamente consciente de haberme deshonrado a mí misma por haber descrito a mi padre en aquellos

términos. Y encima bebiendo champán. Días más tarde me sorprendería murmurando en público, respondiendo a mis palabras. Gimiendo. Arrugando el ceño. Estremeciéndome. Incluso ahora siento vergüenza cuando recuerdo y transcribo mis patéticos aforismos.

Bevel vio la agitación que se escondía tras mi despreocupación tensa y me di cuenta de que la estaba disfrutando.

–Tómese su sopa.

Me tomé mi sopa.

–Ya se imaginará adónde voy con todo esto. Quienes más alto se quejan hoy de la depresión son los mismos que la causaron. Todos esos egoístas que hoy denuncian en la prensa que hubo juego sucio... Todos esos especuladores mezquinos que juegan a la ruleta con los márgenes, convertidos de repente en defensores de la justicia y la ecuanimidad. Ninguno de quienes me atacan por mis actos de 1929 le llega a los talones a su padre. Su padre, un revolucionario entregado y sin tacha, es uno de los pocos que podrían lanzar la primera piedra.

Entraron otra vez las doncellas. Hubo un susurro tenue de tela sobre tela; un tintineo apagado de plata y porcelana. Se llevaron los cuencos y en su lugar dejaron platos de pollo hervido y espárragos, sobre los que vertieron una salsa blanca.

–Me imagino que a alguien tan inflexible como su padre no le parecerá bien que usted trabaje para alguien como yo.

Se marcharon las doncellas.

–Mi padre cree en la dignidad del trabajo –dije, con lo que juzgué que sería la cantidad justa de desafío.

Bevel asintió gravemente con la cabeza mientras se servía, con toque delicado de artista, una cucharada de salsa sobre un trozo de pollo.

–En fin. Tengo que comunicarle que no podemos seguir trabajando así.

Intenté tragar la comida que tenía en la boca. Me fue imposible.

–Estoy demasiado ocupado como para dedicarle un tiempo tan valioso por las tardes. Ya vio usted cuánto hay por hacer en mi oficina de la planta baja.

–Señor, si me permite. Quizás podría grabarse a usted mismo con un dictáfono en los momentos en que le resulte conveniente y luego yo puedo transcribir y editar los...

–Por favor. –Recolocó algunos de los objetos de la mesa moviéndolos una fracción de pulgada hacia un lado y el otro–. He alquilado un apartamento amueblado para usted. Se puede ir a pie desde aquí. –Me miró y después apartó la vista–. Eso nos permitirá trabajar antes de la campana de la bolsa o ya de noche, como hoy. Estamos avanzando demasiado despacio, y el libro se está retrasando. Tenerla a usted cerca nos ayudará.

No encontré respuesta.

–Se la espera en el apartamento antes de que termine la semana. Llame a la oficina si necesita ayuda con sus cosas. Y ahora volvamos a 1929 y a la depresión resultante. La gente quiere a un culpable y a un villano. Y, de hecho, hay un culpable y un villano: el Comité de la Reserva Federal. –Señaló mi cuaderno y mi bolígrafo–. Le conviene apuntar esto.

9

Mi padre abrió la puerta cuando me oyó subir la escalera. Se lo veía muy agitado. Supuse que me habría visto salir de la limusina. Pero lo que me dijo era que Jack había pasado por el apartamento para recoger unos papeles que había dejado en mi habitación. Iba con prisa, me dijo mi padre, porque acababa de recibir una oferta de trabajo de un periódico de Chicago. Pero querían que empezara de inmediato, así que se iba directamente para allí. Me preguntó si estaba al corriente de aquello. Sí, mentí. Todo había sido muy repentino, pero me alegraba por él.

A excepción del sobre que contenía el artículo, en mi habitación no parecía que faltara nada. No solo me alivió saber que se había ido; también hizo que mis nuevas circunstancias resultaran más simples. Si Jack no se hubiera marchado, mudarse al apartamento de Bevel habría provocado ataques de celos, peleas y en última instancia una ruptura melodramática.

Recuerdo que me sentí anhelante, casi excitada, ante la posibilidad de ser independiente, una idea que casi nunca me atrevía a plantearme. Pero había otras sensaciones físicas que interrumpían aquella emoción. Una furia que era como una herida en la garganta. Una indignación que era como un golpe en el pecho. Bevel no me había propuesto aquel nuevo acuerdo. No me había pedido que considerara su sugerencia. Simplemente había alquilado el apartamento y me había dicho que me mudara de inmediato. Y aunque me gustara la idea de vivir sola, era insultante que ni siquiera me hubieran preguntado y me hubieran dado órdenes de aquella manera. Aun así, rechazar aquella oportunidad por la forma objetable en que me la habían presentado parecía al mismo tiempo un gesto vanidoso y poco inteligente.

Sabedora de lo mucho que dependía mi padre de mí, nunca me había permitido fantasear en serio con irme de casa. Cada vez se valía menos por sí mismo. Si me marchaba, tendría que seguir pagando su alquiler, además del mío. Pero no era un simple problema de dinero. Mi padre nunca había sido capaz de lidiar con las responsabilidades diarias básicas: limpiar, hacerse la comida y esas cosas. Si se quedaba solo, el caos lo ahogaría.

Ahora, pese a que me costaba creerlo, el dinero ya no era un problema. Bevel pagaría el apartamento nuevo y mi salario era más que suficiente para el de Brooklyn. Eso me permitió convencerme de

que podría cuidar de mi padre y encargarme de sus muchas necesidades, unas necesidades que él no era consciente de tener. Lo visitaría unas cuantas veces por semana para asegurarme de que la cosa no se descontrolara demasiado. Quizás le daría algo de dinero a nuestra casera (a espaldas de mi padre) para que pasara de vez en cuando e hiciera discretamente algunas tareas de la casa. Una oportunidad como aquella no se me presentaría dos veces. Tenía que tragarme mi orgullo, olvidarme de los términos degradantes en que Bevel me había presentado su plan y aceptar su «oferta».

Dejando de lado mis intereses, había una consideración crucial que no podía pasar por alto. Bevel me había pedido que me mudara después de sacar a colación, por primera vez, las actividades políticas de mi padre. No podía ser una coincidencia. Quizás creía poder controlar cualquier amenaza potencial alejándome de mi casa; quizás simplemente quería obligarme a elegir entre mi padre y él. (Ahora entiendo que jamás debí de importarle lo suficiente como para llevar a cabo aquella clase de razonamiento.) Y aunque estaba claro que necesitábamos el dinero, volví a sorprenderme poniéndome del lado de Bevel y no del de mi padre. No me consolaba en absoluto decirme a mí misma que en realidad estaba protegiendo a mi padre al complacer a Bevel y someterme a sus exigencias.

Estaba abandonando a mi padre para pasarme al enemigo. Las acusaciones serían inequívocas y después del veredicto no habría apelaciones. Ya me imaginaba lo que me diría. Que se me había subido Wall Street a la cabeza. Que aquel jefe mío me había lavado el cerebro. Pronto me empezarían a interesar la ropa y los peinados, me iría de vacaciones y tendría hobbies. Estaría de camino a convertirme en una *señora* burguesa. O quizás en algo peor. Porque mi padre se aseguraría de mencionar el hecho de que ningún hombre mayor le alquilaría un apartamento a una jovencita solo para que ella le tomara notas al dictado. Habría una pelea, después de la cual me sentenciaría sumariamente a varios años de cólera silenciosa.

A cualquier otra en mi lugar le habrían preocupado las intenciones de Bevel. Y visto con perspectiva, quizás a mí también deberían haberme preocupado. Pero recuerdo que me planteé la idea de que Bevel me quisiera como amante y la descarté de inmediato. Daba la impresión de que su cuerpo le parecía un accidente desafortunado pero tolerable. No me podía imaginar que quisiera que nadie lo tocara.

Miedos, deseos, sospechas, afrentas. Nada de todo aquello importaba. El plan de Bevel no era negociable. Si quería conservar mi trabajo, tendría que mudarme. Era un alivio darme cuenta de que no tenía opción.

No tenía sentido postergar el enfrentamiento con mi padre. Después de una noche sin apenas dormir, se lo conté todo mientras

desayunábamos (salvo el nombre de Bevel y la verdadera naturaleza de mi trabajo). Me escuchó en silencio, con la cabeza gacha. Terminé de hablar. Nos quedamos mirando nuestros cafés. Y justo cuando ya pensaba que la pausa natural se estaba endureciendo para formar uno de sus arranques de cólera gélida, pasó la mano por encima de la mesa y me agarró la mía.

De niña, me fascinaban los callos de sus dedos y de las palmas de sus manos, endurecidos por los años de meter tipos en la imprenta y manejar sustancias químicas abrasivas. El hecho de que formaran parte de su cuerpo pero también fueran cosas. Solía pellizcarle y pincharle aquella piel con textura de caucho y preguntarle si sentía algo. Invariablemente mi padre fingía no inmutarse y me decía que ni siquiera había sentido que lo tocaba. Era la señal para que lo pellizcara más fuerte, lo más fuerte que podía, hasta que los dedos me temblaban y se me ponían blancos del esfuerzo. Él se limitaba a bostezar o a hacer algún comentario sobre el tiempo, como si allí no pasara nada.

–Esto no es lo que me había imaginado –dijo por fin–. No estoy seguro de qué me había imaginado, pero no era esto.

Le agarré la mano con más fuerza.

–Pero ya es hora. Eres inteligente, y confío en tu juicio. Aunque no esté de acuerdo contigo. –Levantó la vista y me miró a los ojos–. Ya es hora. Ya hace tiempo que es hora. Tienes que irte.

Al decir estas últimas palabras, él también me agarró la mano con más fuerza y me atrajo hacia sí. Sin soltarlo, me levanté, di la vuelta a la mesa y lo abracé.

–Ya sabes que siempre puedes volver a este caos –dijo.

Pasamos el día juntos en una atmósfera de cálida melancolía. Aunque sentía que el amor por mi padre era más fuerte después de nuestra breve conversación, también es cierto que en mi presencia en el apartamento había algo desagradablemente incorpóreo, como si ahora que mi partida era inminente me hubiera vuelto bidimensional. Además, sentía la presión de cumplir lo antes posible con la petición de Bevel; y quizás por encima de todo tenía curiosidad por mi nuevo apartamento y ansia por mudarme.

Empecé a hacer las maletas a la mañana siguiente, mientras mi padre estaba fuera entregando unas tarjetas. Se había ofrecido para ayudarme, pero le expliqué que el apartamento estaba amueblado y que solo necesitaba llevarme unas cuantas cosas. Como me iba a pasar una temporada yendo y viniendo, lo mejor sería mudarme por fases, le dije. La verdad era que quería hacer las maletas y marcharme mientras él estuviera fuera, para ahorrarle el dolor de ver como me iba.

No quedó gran cosa por hacer después de doblar mi ropa de trabajo y elegir unos cuantos libros, artículos de aseo y objetos al azar para llevarme en el primer viaje. ¿Me estaba olvidando algo obvio? Quizás

debería llevarme uno de los carteles de mi padre. Fuera como fuera el apartamento nuevo, uno de los carteles ridículos y cariñosos que mi padre me imprimía de niña me haría sentir en casa y en su compañía. Fui a su habitación y eché un vistazo a sus ficheros. Había letreros que conmemoraban la matanza de Haymarket, carteles que anunciaban reuniones en el Club Social L'Aquila y ejemplares antiguos de *Il Martello* y de *L'Adunata dei Refrattari*, pasquines en italiano que exigían pan y libertad, periódicos dirigidos a obreros de distintas fábricas y números atrasados de algunos de sus diarios anarquistas. E intercalados con aquella propaganda política, encontré algunos de los preciosos carteles que mi padre había impreso para animarme o para celebrar los logros de mi infancia. «¡IDA PARTENZA! ¡DIEZ LEONES SALVAJES! ¡FUNCIÓN ÚNICA! ¡ESTE JUEVES! ¡CARROLL PARK!» «¡EXTRA! ¡LA SEÑORITA PARTENZA EMERGE VICTORIOSA DE TERCERO DE PRIMARIA!» Me acordaba con una nitidez casi táctil de cada una de aquellas veces. Con los ojos húmedos, seguí hojeando aquellas impresiones desordenadas, entre las cuales, al fondo de uno de los cajones inferiores, vi los papeles.

Tamaño carta.

Arrugados.

Escritos a máquina.

A la «e» le sobraba un poco de tinta y tenía el ojo negro.

A la «i» a menudo le faltaba el punto.

10

Un sofá terso en una sala de estar de color ocre de un edificio aséptico de una calle desconocida de un vecindario extranjero de una isla distinta.

Cuando no estaba trabajando con Bevel ni transcribiendo mis notas de nuestras sesiones, me limitaba a quedarme sentada en aquel sofá duro, dibujando mentalmente círculos concéntricos que salían de mi nuevo apartamento y recorrían la ciudad entera. Vacíos que rodeaban vacíos. Y justo fuera del borde exterior del vacío más amplio que contenía todos los demás estaba mi padre. Remoto, pequeño y naufragado.

No me interesaba por qué había robado mis borradores descartados, ni tampoco lo que había hecho o planeaba hacer con ellos; a fin de cuentas eran falsos y no podían ni dañarme ni enfurecer a Bevel, por mucho que los hubiera tomado con intención de mostrar aquella «información del enemigo» a sus camaradas o de imprimir el contenido en uno de sus folletos. Lo único que sabía, lo único que sentía, lo único que me importaba, era que ya no me protegía. Por muy caótico, dictatorial, irresponsable y caprichoso que fuera, siempre me había protegido. Quizás en contra de sus doctrinas y hasta de su propia voluntad, había abarcado mi mundo entero y lo había dotado de significado y de algo que se parecía a la ley, por precario que fuera este término aplicado a él. El suyo era un caos lleno de confianza. Con el tiempo, y por medio de alguna transmutación misteriosa, yo había obtenido una sensación de seguridad de todo lo que era errático e inestable en nuestra vida juntos.

Pese a todo, había elegido siempre respetarlo y admirarlo. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo activa y consciente que había sido aquella elección. A veces me lo ponía fácil y era un placer. Pero lo más habitual era que recayera en mí la tarea de convertirlo en padre. Año tras año, yo había compensado sus defectos. Lo había ayudado a ser mi padre. Y había amado aquella vida dura y complicada que teníamos. Y lo había amado a él por sus principios confusos pero inflexibles, y por sus pasiones, y por sus nociones descabelladas de libertad e independencia. Pero ahora tenía que aprender a amar una idea nueva y todavía difusa de mi padre que aún carecía de forma.

Unos días después de marcharme le mandé a mi padre una breve carta. Había más trabajo del esperado, y Bevel me necesitaba todo el tiempo, fines de semana incluidos. Le dije que iría a Brooklyn al cabo

de un par de semanas, en cuanto las cosas se tranquilizaran en la oficina. «Te echo de menos», le escribí al final. Mi padre nunca sabría lo profundamente sinceras que eran aquellas palabras.

A quien no echaba de menos era a Jack. Descubrir que no había sido él quien había robado mis papeles no cambiaba nada. No me sentía orgullosa por haberlo expulsado de la ciudad; aun así, teniendo en cuenta que me había seguido y había mandado a alguien para extorsionarme e intimidarme, me aliviaba saber que ya no estaba.

En mis notas de aquellos días no queda claro cuántas veces nos vimos Bevel y yo después de mudarme a mi nuevo apartamento. ¿Seis? ¿Nueve? Nunca nos reunimos por la mañana, como él había propuesto. Solo para cenar. Con nuestras comidas insulsas me traían sin falta (y sin que yo la pidiera) una copa de champán. Bevel me acompañó dos o tres veces, creando una ilusión de proximidad moderada; una ilusión que yo sabía que él no compartía.

Quizás porque estaba cansado, y por tanto tenía la guardia un poco más baja, nuestras sesiones vespertinas resultaron mucho más productivas que las reuniones que habíamos mantenido de día. También parecía más receptivo a mi trabajo, y leía por encima las páginas que le entregaba antes del primer plato mientras hacía breves asentimientos de aprobación y alguna que otra apostilla de poca importancia. Por lo general, corregía errores relacionados con sus transacciones financieras y seguía editando los pasajes que hablaban de Mildred. Su preocupación principal era conseguir que tanto sus operaciones financieras como el retrato de su mujer fueran todo lo accesibles que se pudiera para el «lector común». También me señaló la importancia de hacer hincapié en su don para las matemáticas, que tan crucial había resultado para su carrera. Los prodigios y las dificultades de ser un «niño prodigio», sus años bajo la tutela del profesor Keene de Yale, el desarrollo de sus modelos financieros: todo eso tenía que mostrarlo con gran detalle, pero asegurándome también de que al público general le resultara lo suficientemente claro.

Quizás el hecho de reunirnos durante la cena lo predispusiera de manera más favorable, pero también es cierto que, a esas alturas, yo ya dominaba la voz que había creado para él y era capaz de escribir con fluidez en estilo beveliano sin necesidad de pensarlo. Mi trabajo en la versión apócrifa había liberado mi escritura y había ampliado el margen que me concedía a mí misma para inventar. En consecuencia, mi estilo, y las memorias en conjunto, ganaron en confianza, que era lo que Bevel siempre había pedido. Al ritmo que llevávamos, podríamos haber terminado el libro a finales de año, que era la fecha límite que Bevel se había impuesto.

Nuestra última cena careció de esa solemnidad que tienen los finales, ya que ninguno de los dos sabía que no nos íbamos a volver a

ver. Lo encontré, como siempre, trabajando en la mesa, y cuando entré, como siempre, dio la vuelta a las páginas.

–Creo que esta noche me uniré a la señorita Partenza –le dijo al mayordomo cuando se iba a buscarme mi habitual copa de champán. Luego se dirigió a mí–. Debo admitir que estoy satisfecho con la forma que está tomando el libro. Resulta gratificante ver los propios logros desplegados claramente uno tras otro. –Como tenía por costumbre, recolocó algunos de los objetos de la mesa con dedos milimétricos–. Estoy convencido de que mis memorias ayudarán al público general a entender mis logros y su lugar en la historia reciente de nuestra nación. Pese a lo mucho que se me vilipendió después de 1929, ahora ciertamente verán que con mis actos defendí el mismo orden por cuya salvación ahora aplauden a otros.

–¿A otros?

–No hace falta decir que al presidente no hay que nombrarlo para nada. Jamás me rebajo a las rencillas, pero en el libro la insinuación tiene que quedar meridianamente clara. –Barrió la mesa con el dorso de la mano–. De lo que hablo es de la resistencia del individuo. La fortaleza. Hay un hecho central que se tiene que entender: todo lo que he hecho, lo he hecho por mi cuenta. Solo. Sin ayuda de nadie. Y eso es en parte lo que le demostré a todo el mundo durante el crac. Que, mas allá de las circunstancias, siempre queda espacio para la acción individual.

–Bueno... No estaba del todo solo. Estaban sus antepasados... y su esposa. Me dijo usted que la señora Bevel lo había salvado.

–Sí. –Hizo rotar el salero entre los dedos–. Y qué cierto es. Nada me produce una satisfacción mayor que rehabilitar su imagen. Gracias otra vez por ese encantador párrafo donde aparecen los ramos de Gainsborough y Boucher.

El mayordomo llegó con nuestras copas y se marchó.

–A su salud –dijo Bevel, sin apenas levantar la copa en mi dirección, y bebió–. ¿Por qué no me permito esto más a menudo? –Parecía hablarle al vino.

–¿Qué me dice de su mujer? ¿Le gustaba el champán?

Se rió a través de la nariz.

–El chocolate a la taza. Era la única gratificación que se permitía. Sin importar la época del año. –Dobló los labios hacia dentro en una sonrisa reprimida–. Aquellos placeres suyos tan sencillos... –Asintió con la cabeza–. Aquel entusiasmo... Siempre conservó esa excitación desvergonzada que nos enseñan a refrenar en la primera infancia.

Acerqué el bolígrafo al cuaderno, ansiosa por recoger cualquier migaja relacionada con la vida y el carácter de Mildred.

–Ya sabe que no me gustan demasiado los libros, pero qué placer me producía oírle contarme alguna de las novelas que acababa de

disfrutar. –Regresó a su salero–. Novelas de asesinatos. Un simple pasatiempo, claro. Pero siempre trataba de anticiparse a los detectives. Se acordaba de todos los detalles, de la información más insignificante, y me contaba la trama entera. Un libro podía ocupar toda la cena. Y lo confieso: a través de ella llegué a disfrutar también de aquellos pequeños misterios. Así de grande era su pasión. Se iluminaba al contarme aquellas historias. A veces me quedaba tan embobado mirándola que se me enfriaba la comida del plato. Cómo nos reíamos cuando nos dábamos cuenta…

Sabía que no estaba borracha. Pero era la primera explicación que me había venido a la cabeza. Dejé el bolígrafo y miré a Bevel, que aún hacía girar el salero. Aquella era *mi* historia. Lo de contar novelas de detectives durante la cena. Bevel la había leído en mis páginas. Era una de las escenas que yo me había inventado para Mildred, obedeciendo a su petición de crear episodios hogareños usando mi «toque femenino». Se basaba en mis cenas con mi padre, que siempre escuchaba cautivado como yo le contaba el último libro de Dorothy Sayers o de Margery Allingham que había sacado en préstamo de la sucursal de la calle Clinton de la Biblioteca Pública de Brooklyn. Y allí estaba ahora Bevel, repitiéndome mi propia historia a la cara.

Más adelante, con el paso de los años, tanto en el trabajo como en mi vida personal, ha habido muchos hombres que me han repetido mis ideas como si fueran de ellos; como si yo no me acordara de haber tenido aquellos pensamientos. (Es posible que en algunos casos su vanidad hubiera eclipsado a su recuerdo, y que de esa manera, gracias a aquella amnesia selectiva, pudieran reivindicar su epifanía con la conciencia limpia.) Y ya entonces, en mi juventud, estaba familiarizada con aquella forma parasitaria de reescribir la realidad. Pero que alguien me presentara una de mis historias familiares como si fuera suya…

–La mayoría de las veces, yo resolvía el crimen con las pistas que ella me había dado pero me aseguraba de no decírselo. –Bevel levantó su copa, pareció sonreír para sí mismo otra vez y dio un trago más largo–. Siempre le echaba la culpa a alguna secretaria o al mayordomo, y fingía sorprenderme cuando Mildred me revelaba quién era realmente el asesino.

Aquello no estaba sacado de mis memorias de Bevel. Fingir no saber quién era el culpable y señalar con un dedo condescendiente al sospechoso evidentemente incorrecto no era algo que yo hubiera incluido en mi relato sobre Mildred y él. Sin embargo, era justo lo que hacía mi padre cada vez que yo le contaba alguna de las novelas que acababa de leer. El asesino, me decía invariablemente después de seguir con diligencia mis pistas falsas, tenía que ser el hijastro malcriado o la heredera natural desairada. Resultaba embarazoso no

haberme dado cuenta hasta entonces de que solo me había estado siguiendo la corriente. Y me deprimía por partida doble comprobar que la mente de Bevel funcionaba igual que la de mi padre: sin salir del mundo ficticio que había creado para él, Bevel añadido una escena de su propia cosecha donde trataba a su mujer exactamente igual que mi padre me había tratado a mí en la vida real.

Terminamos de comer y, por primera y última vez, bebimos una segunda copa de champán. Como hacía a menudo, Bevel criticó a quienes afirmaban que sus mejores tiempos ya habían pasado y que su estrategia financiera había quedado obsoleta, pese a todos sus éxitos recientes. Luego revisitó varios momentos de su vida que ya habíamos cubierto, haciendo hincapié siempre en el hecho de que sus intereses personales habían convergido con el bienestar de la nación. Su recapitulación giraba en torno al extraordinario éxito que había tenido a partir de 1922 y a su premonición casi sobrehumana de 1926, y alcanzó, por supuesto, los acontecimientos de 1929. Era una «paradoja perversa» que su mayor arranque de genialidad (el que lo había convertido en uno de los hombres más ricos del mundo, a la vez que corregía las tendencias nocivas del mercado) también hubiera dañado tanto su imagen pública. Era la cruz que le tocaba llevar, y la llevaría con dignidad hasta que la historia se diera cuenta de que se la estaban haciendo cargar de forma injusta.

A esas alturas, todo esto parecía redundante, y me marché de la casa convencida de que había sido nuestra sesión menos productiva hasta el momento. Solo había destacado su anécdota falsa sobre las novelas de detectives de Mildred. Qué violento y extraño fue ver mis propios recuerdos plagiados.

Pronto, sin embargo, incluso los aspectos más triviales y repetitivos de aquella cena se cargarían de significado. Aquella segunda copa de champán sería recordada como un brindis de despedida. La revisión tediosa de unos acontecimientos que Bevel ya había comentado varias veces adquiriría visos de coda: los temas centrales de sus memorias engarzados en una última frase.

Me pasé los días siguientes mecanografiando y editando mis notas, como siempre. Habían pasado un par de semanas desde mi mudanza, y todavía era una visitante en mi propio apartamento. Me despertaba en mitad de la noche sin saber hacia dónde estaba mirando. Me intimidaban los porteros y los vecinos. Intentaba no usar ni desordenar nada porque nada era mío. En un intento de reconciliarme con mi padre, colgué uno de sus carteles. «¡IDA PARTENZA! ¡DIEZ LEONES SALVAJES!»

11

Unos cinco días después de nuestra última cena (Bevel había mandado un mensaje para cancelar nuestra habitual reunión de media semana) estaba saliendo de una tienda de la Tercera Avenida donde le acababa de comprar una navaja a mi padre. La había visto muchas veces en el escaparate y, por razones misteriosas, siempre me había atraído. Su hoja recta y su mango de asta le conferían un aspecto falsamente rústico; el diseño sencillo ocultaba una gran elegancia. Sabía que le encantaría a mi padre, así que aquella mañana por fin entré en la tienda. Nunca habíamos pasado tanto tiempo separados, y pensé que nos facilitaría las cosas tener aquel objeto del que hablar cuando nos juntáramos. Quizás ver su entusiasmo por la navaja me haría olvidar lo furiosa y dolida que estaba.

El dueño de la tienda (que vendía utensilios de cocina, artículos de ferretería y baratijas) era italiano, y me alegré cuando me informó de que la navaja era, de hecho, un estilete de Calabria. El hombre insistió en que no era ninguna coincidencia: una parte de mí lo había sabido. La navaja me había llamado y mi instinto italiano había respondido.

Los últimos estertores del verano se mezclaban con los primeros alientos del otoño. En vez de meterme directamente en el metro, pensé que sería agradable caminar por el margen del parque y tomar el tren a Brooklyn en la 59. Crucé Lexington y eché un vistazo al quiosco de la esquina.

«MUERE DE UN ATAQUE AL CORAZÓN EL FINANCIERO NEOYORQUINO ANDREW BEVEL.»

Solo después de dar tres o cuatro pasos entendí la frase. Caminé de vuelta hasta el quiosco. Salía en portada en el *New York Times*. Salía en portada en toda la prensa.

The Sun: «LA MUERTE SE LLEVA A ANDREW BEVEL»

The American: « MUERE A LOS 62 AÑOS ANDREW BEVEL, FINANCIERO COLOSAL»

The Post: «MUERE ANDREW BEVEL, LÍDER DE UN FORMIDABLE IMPERIO BANCARIO»

Il Progresso: «ANDREW BEVEL È MORTO»

The Wall Street Journal: «MUERE ANDREW BEVEL A LOS 62 AÑOS»

The Herald: «MUERE BEVEL»

Sin decidirlo, eché a andar a toda prisa hacia la casa de Bevel. Recuerdo que pensé absurdamente que confirmaría la noticia de su muerte en el quiosco siguiente. Mi paso ligero se convertía en trote un

par de veces por manzana. No era dolor lo que sentía, sino una urgencia inexplicable.

Al torcer por la calle 87, quedó claro que algo pasaba. Había un poco más de gente de lo habitual, moviéndose un poco más deprisa de lo habitual. Después de cruzar Park y llegar a Madison, comprendí que me iba a ser imposible completar mi urgente y difusa misión. Reporteros apremiados, transeúntes curiosos y agentes de policía, todos se dirigían a la Quinta Avenida y se congregaban en forma de multitud desordenada al final de la calle, frente a la entrada de la casa de Bevel, a la cual ya supe que no me dejarían entrar.

Una confusión silenciosa desfiguró los días siguientes. Seguí trabajando en las memorias de Bevel, cambiando de lugar diversas secciones, corrigiendo pasajes al azar y creando y descartando escenas nuevas, imaginándome qué cambios habría introducido él. Tenía el papel secante de Mildred apoyado contra la pared de detrás de mi máquina de escribir. La escritura invertida de color púrpura se negaba a revelar ninguna respuesta.

Entretanto, aunque la historia de la muerte de Bevel seguía saliendo en la prensa, los artículos eran cada vez más breves y aparecían en páginas más interiores. Aunque nadie cuestionaba la causa de la muerte (paro cardiaco repentino; lo habían encontrado en su habitación tres o cuatro horas después del episodio; probablemente podría haberse salvado de haber tenido a alguien cerca cuando sufrió el ataque), ya había desacuerdos sobre su herencia. Al no tener familia inmediata, había legado la mayor parte de su patrimonio a obras benéficas. Yo sabía por nuestras conversaciones que aquello era de suma importancia para él: el sello que de una vez por todas haría que la gente lo recordara como filántropo y benefactor. Su testamento era la piedra angular de lo que él llamaba su «legado», que también era el título del capítulo final de sus memorias. Pero tal como había descubierto durante mis sesiones con Bevel y confirmaría más adelante leyendo sobre las disputas por su dinero, las fortunas casi nunca tienen un solo dueño. Hay muchos intereses y partes ligados a ellas. Más que a un bloque de granito, la riqueza se parece a una cuenca fluvial con muchos afluentes y ramales. El aluvión de reclamaciones y pleitos por parte de socios, acreedores e inversores provocó la congelación de los bienes de Bevel. Gran parte de estos permanecieron décadas en aquel limbo, hasta finales de la década de 1970, que es cuando empezó la renovación que convertiría la casa de Bevel en un museo.

Todos los días esperaba una llamada de la oficina pidiéndome que entregara todas mis notas y documentos y me marchara del apartamento de inmediato. La llamada nunca llegó. Bevel había sufrido una muerte tan repentina que no debía de haber hecho estipulación alguna en aquel sentido. Sin embargo, sí me llamó el

señor Shakespear, el hombre que me había entrevistado antes de conocer a Bevel. Los dos expresamos brevemente nuestro estupor y nuestra tristeza por medio de unos cuantos lugares comunes. Hubo una pausa, después de la cual estaba segura de que sacaría el tema del apartamento. Pero lo que hizo fue hablar de nuestra entrevista. Se acordaba de mis cualificaciones y de mi elocuencia y me quería contratar de inmediato. Le pregunté por su secretaria, la que trabajaba allí cuando lo conocí. Me dijo que no me preocupara por eso. Que mi nuevo cargo no me decepcionaría. Y que él estaría encantado si aceptaba. Después de un periodo adecuado de duelo, claro. De pronto detecté un matiz de respeto en su tono. No me había llamado por mis cualificaciones ni por mi elocuencia. Solo quería a la secretaria privada de Bevel.

Acepté el trabajo, básicamente porque me era del todo imposible volverme a vivir con mi padre.

La visita a mi padre ya era impostergable. Caminar por la Avenida Lexington con la navaja que le había comprado me pareció una recreación superficial de los hechos de la semana anterior; el trayecto en metro estuvo cargado de ansiedad. Mi gran esperanza era que mi padre sacara a colación la muerte de Bevel. Como en circunstancias normales nunca habría mencionado un acontecimiento así, cualquier comentario al respecto sería una admisión tácita de culpa; un reconocimiento de que, gracias a los papeles que me había robado, conocía mi asociación con Andrew Bevel. Lo cual ya habría sido un gesto considerable para un hombre que no se disculpaba jamás.

Me recibió con pompa humorística.

–¡El retorno de la hija pródiga! ¡Ah, creía que te habías olvidado de tu viejo padre! ¡Casi había perdido la esperanza!

Abrazos de oso, besos ásperos. Vació una silla de herramientas y basura y me la ofreció.

–Estoy seguro de que no está al nivel de tu nuevo apartamento. Si me hubieras dicho que venías, habría limpiado.

La casa daba miedo. La suciedad había alcanzado un nivel peligroso e irreversible. Olía a locura. Pero todo eso intensificó todavía más el amor que sentí en aquel momento por él. Un amor tan intrincadamente entretejido de lástima que a partir de aquel día fui incapaz de distinguir una emoción de la otra.

Le di su regalo y lo desenvolvió.

–¡Ah! ¡No, no, no, no! –Tiró la caja sobre un montón de cortezas de queso, clavos y hojas marchitas mientras daba un paso atrás–. ¿Es que no lo sabes? Lo deberías saber. Muy mala suerte. La peor.

–¿Mala suerte? –Tuve miedo de no ser capaz de reprimir mi irritación, así que la enmascaré detrás de una risilla–. ¿En serio? ¿Mala suerte? ¿Qué clase de anarquista eres?

Fue un alivio decir por fin aquello. La satisfacción de reventar sus finas burbujas dogmáticas. Me di cuenta, ya entonces, de que era una forma mezquina (e insuficiente) de vengarme por el robo de los papeles, pero aun así me resultó grata. También era un desafío: ¿sería mi padre capaz, pese a lo que me había hecho, de hacerse la víctima y sumirse en un silencio huraño?

–No, no, no, no. –Lo sorprendente era que no había enfado ni resentimiento en su voz; solo una preocupación grave–. Cuando le regalas un cuchillo a alguien, estás cortando tus lazos con ese alguien.

–¿Qué?

–Sí. Si acepto esta navaja, traerá mala suerte. Nos pelearemos. Cortará los lazos que nos unen.

Siempre había creído que sus pequeñas supersticiones eran simples reliquias de su pueblo natal, igual que las leyendas, anécdotas y recetas que se había traído de allí. Pero parecía tomarse aquello extrañamente en serio. Me encogí de hombros e hice el gesto de agarrar la caja.

–Espera –dijo–. Hay una solución. Dinero.

Lo miré.

–Dinero –repitió–. Te compro el cuchillo. Así es como se soluciona. Porque entonces ya no será un regalo. –Se hurgó en los bolsillos y me ofreció un centavo–. Ten. ¿Me venderías esa hermosa navaja por un centavo?

Acepté la moneda y él tomó la caja en sus manos.

–¡Ah, mira esto! –Sonriendo, examinó el filo con el pulgar–. Teníamos uno como este, ¿te acuerdas? Lo usabas para tallar flechas. Hace una eternidad. Pero este es mucho mejor. Una obra de arte. Debe de haberte costado una fortuna. Muchas gracias, querida.

Usamos la navaja para cortar salami y queso, que comimos de pie mientras charlábamos como en los viejos tiempos. Solo llevaba un par de semanas fuera, pero mi tiempo con mi padre ya se había convertido en los viejos tiempos. No se mencionó a Bevel ni una sola vez. Ni ese día ni nunca.

Todavía tengo el centavo que nos salvó.

IV

La sala de lectura se ha vaciado y se ha quedado a oscuras. Solo hay unas pocas isletas de luz aquí y allá. Veo que todos los visitantes que quedan son mujeres. Están estudiando libros de arte. A juzgar por los movimientos amplios y sueltos de su mano, parece que una de ellas está copiando una ilustración del volumen que tiene en la mesa. Soy, sin duda, la persona de más edad de la sala.

Eso me hace recordar mis años de juventud posteriores a la muerte de Bevel. El breve periodo que pasé trabajando para el señor Shakespear mientras ahorraba para la universidad. Mis años en el City College. Mi apartamento barato y encantador en la calle Thompson. Mi primer trabajo de escritora (redactora publicitaria para la tienda Bonwit Teller). Mi primer relato publicado, un cuento olvidable de realismo social que salió en The Parallel Review. *Mi primer reportaje, para la revista* Today, *sobre cuatro chicas de orígenes distintos a quienes la guerra había dejado huérfanas. La muerte de Harold Vanner, que pasó casi desapercibida. Mi trabajo en* Mademoiselle. *Mi primer libro.*

Durante aquellos primeros pasos de mi vida de escritora, seguí en contacto estrecho con mi padre. Murió unos doce años después de Bevel. Hacia el final ya dependía de mí por completo. Ahora, después de pasar tantas horas revisando la vida de Mildred, mi padre me vuelve a recordar al señor Brevoort, el atormentado padre de Helen Rask, la encarnación ficticia de Mildred Bevel en la novela de Vanner. Y aunque soy consciente de que no podemos estar emparentadas por medio de un personaje literario, esa conexión me acerca a Mildred.

La cuestión de quién debió de ser Mildred nunca ha dejado de perseguirme. No pudo ser la mujer desesperada de los capítulos finales de Vanner. Y siempre supe que no era la sombra insustancial de las memorias inacabadas de Bevel. Pero después de examinar sus papeles y descubrir lo profundamente distinta que era del personaje «accesible» que su marido me pidió que creara, me cuesta perdonarme por haberlo ayudado a perpetrar aquella ficción, por mucho que quedara incompleta y sin publicar.

Ojeo los documentos de la última caja. Más cartas dirigidas a la señora Bevel. Más cuentas. Estoy distraída. Cansada. Abro un libro de contabilidad. Sus pocas entradas parecen guardar relación con la Fundación Benéfica. No tengo fuerzas para descifrar la caligrafía, ni paciencia para entender el hermético sistema contable. Lo único que puedo hacer es hojearlo. Hasta que encuentro un fino cuaderno metido en la parte intermedia. Cuando lo saco, queda un rectángulo descolorido sobre la

página que hay debajo. En la portada, escrita con la letra de Mildred, está la palabra «Futuros». Las primeras páginas han sido arrancadas. Las que quedan contienen párrafos breves y líneas sueltas escritas con tinta púrpura. Hacia la mitad del cuaderno hay una hoja de árbol prensada. Más bien el fantasma de una hoja: venas traslúcidas dentro de un marco de color rojo pálido.

Distintas horas del día seguidas de texto. No me hace falta leerlo para ver que es un diario. La escritura es mucho más pequeña, más apretada y todavía menos legible que en los demás documentos. Harán falta días enteros, quizás incluso semanas, para descifrar el diario, si es que eso es posible.

Me escandalizo a mí misma cuando escondo el diario entre mis cuadernos y me lo guardo en la bolsa. La única otra vez que recuerdo haber robado en mi vida fue cuando me llevé el papel secante de Mildred de su habitación. Por tanto, es la segunda vez que robo algo escrito por Mildred, casi medio siglo más tarde. Me pregunto vagamente si el papel secante se corresponderá con alguna página del diario.

Pero esto no es robar, me digo a mí misma. Es una conversación que comienza con varias décadas de retraso. Un mensaje que por fin llega a su destinataria. Estas páginas han esperado una vida entera para ser leídas. Si es que pueden ser leídas.

Aun así, me molesta mi arrogancia, la sensación de que las palabras escritas ahí me están dirigidas. Me molesta la facilidad con que me convenzo a mí misma de que este cuaderno me corresponde por derecho. (¿Quién conoce a Mildred mejor que yo? ¿Acaso no le forjé yo un pasado a partir del mío? ¿Acaso eso no significa que estamos, de alguna manera indirecta, conectadas?) Me molesta estar tan segura de que Mildred habría querido que yo tuviera estos papeles. Y aun así me levanto, les doy las gracias a los bibliotecarios y salgo del edificio al frío de la calle con el diario de Mildred Bevel en el bolso, pensando en lo maravilloso que sería poder oír por fin su voz.

Futuros

MILDRED BEVEL

AM

Por alguna razón, el fuerte acento de Enfermera me hace sentir que mi inglés no es correcto. «¿La puedo tocar?» En cuanto me toca, se muestra firme. Sus manos tienen la autoridad que le falta a su voz. ¿Puede alguien tan tímido ser tan fuerte? Acostada boca abajo, con la frente apoyada en los antebrazos, me pregunto si Enfermera se transforma cuando no la veo. Por lo menos, el esfuerzo debe de cambiarle la cara. Cuando termina, me cubre con una sábana que primero se infla con una ráfaga de alcanfor y después cae con una vaharada de algo que supongo que serán hierbas alpinas. Carne de gallina. «Ya», susurra siempre antes de salir casi en silencio, dejándome sobre la mesa, donde intento, y a veces logro, convertirme en una cosa.

PM

Me calientan la ropa antes de vestirme. Ojalá hubiera conocido antes este lujo.

AM

El tormento discreto pero implacable de una cama llena de migas.

Dolor de cabeza.

AM

Contenta de retomar el diario después de tanto tiempo. Aunque echo de menos mis gruesos cuadernos Tisseur.

Caja de libros de Londres. Entusiasmo efímero: incapaz de leer. Como si las palabras tuvieran que deshacerse de su significado para hacer el trayecto de la página a mis ojos.

PM

Campanas de la iglesia. Re-fa#-mi-la. Y luego la respuesta retrógrada: la-mi-fa#-re. El tañido convencional. (¿Igual que el del Big Ben?). Con su simplicidad pentatónica arcaica, condensa la mayor parte de nuestro pasado musical: jerarquías tonales, simetría, tensión, resolución. Pero aquí la campana del mi suena más fuerte y más sostenida que las otras. Y un poco abemolada, aunque de forma

exquisita. Si el motivo de la llamada/respuesta contiene nuestra historia, esa extraña 9ª que queda flotando es el sonido de nuestro futuro musical. Se roza contra el re y hace oscilar el aire. Lo siento en el vello de los antebrazos.

Nunca he visto la iglesia.

AM

Ha llamado Andrew desde Zürich, escondiendo sus pregs. de trabajo detrás de un gran despliegue de interés por mi salud. Sé que está preocupado por mí de verdad, así que no me importa su pequeña estratagema.

Ha vuelto a llamar una hora más tarde. Intento de instrucciones y atenciones paternales, órdenes severas que supuestamente me han de ayudar a superar su ausencia.

Ya cansada de la dieta de leche y carne.

AM

Dolor nuevo, desapasionadamente firme. Mis órganos quieren salir de mi cuerpo, escapar.

No se lo diré a Enfermera. No quiero morf.

NOCHE

Ahora puedo leer. Revisada caja de libros nuevos.

Empecé «Voyage in the Dark». La autora (¿galesa?) parece haber crecido en las Indias Occidentales. Se lee como una especie de memorias.

«Una planta hecha de goma con hojas rojas relucientes, de cinco puntas. No le podía quitar la vista de encima. Parecía orgullosa de sí misma, como si supiera que iba a durar eternamente.»

«La orquesta tocó a Puccini y más música de esa donde siempre sabes lo que viene a continuación; lo puedes escuchar por adelantado, por así decirlo.»

Qué bien explicado. Así se define la forma clásica. Una música que casi no necesita que la escuches, porque todo su desarrollo ya está implicado en la forma. Como dice Rhys en su pasaje, «siempre sabes lo que viene a continuación». Es música que crea para sí misma un futuro inevitable. No tiene libre albedrío. Solo un destino que hay que cumplir. Es música fatídica. Igual que el tañido que escucho a diario. El re-fa#-mi-la planta y cultiva la semilla del la-mi-fa#-re en la mente antes de que llegue al oído.

AM
Morf.

NOCHE
Morf.: La narcosis puede ser agradable (me gusta la sedación, aunque salgo de ella melancólica e irritada), pero está claro que crea relatos aburridos. Nunca he querido leer sobre ninguna clase de paradis artificiel y ciertamente no me interesa escribir acerca de mi propio estupor.

PM
A ha vuelto de Z esta AM, cansado. Organizó un picnic sorpresa. Carpa junto al bosque. Al picnic le sobraban sirvientes y mobiliario, pero aun así él estaba incómodo. No paraba de mirar el sol que se filtraba por entre las ramas como si le ofendiera y de aplastar bichos inexistentes. Pero me ha cuidado amablemente. Hasta ha intentado bromear. Tras revisar los detalles de mi tratamiento y las intrigas diplomáticas del mostrador de las enfermeras, ha pasado a lo que le preocupa de los negocios de Zürich. Tiene la costumbre de presentar sus preguntas como si fueran declaraciones categóricas. Le he hecho ver que no era buena idea conservar las acciones de K, G y T. Ha llegado a la conclusión de que tenía que llamar por la AM para cambiar la estrategia.
Después de comer se ha quedado dormido en la carpa. Me he escapado para dar un pequeño paseo. Casi nunca estoy sola.

La imagen de roca recortada contra cielo crea la ilusión de que el orbe entero está en el orbe del ojo.

Los dedos hábiles de la ardilla, los colores fragantes de los pétalos, el pico de piedra incrustado en la cara del pájaro y la hermosa inverosimilitud de su vuelo. Todas las peculiaridades de la vida son resultado de una larga serie de mutaciones. Me pregunto en qué me convertirían las células que están mutando dentro de mi cuerpo, si no me mataran antes.

NOCHE
«Desde una gran distancia vi escribir a la pluma.»

AM
Malestar

PM

He salido. Hasta el borde del bosque.

Naturaleza siempre menos chabacana de lo que la recuerdo. Mucho mejor gusto que yo.

AM

Apenas he dormido.

A otra vez de camino a Z. En parte es por trabajo; en parte es porque mi enfermedad le resulta insoportable. A menudo se enfurece con ella (y ella, por supuesto, está en mí). Me doy cuenta ahora de lo mal que lo he llevado todo. Tendría que haber hecho lo mismo que tantas otras veces: empujarlo en la dirección correcta para que crea que es él quien manda. Al enterarme del tumor, le tendría que haber dicho que algo me pasaba, dejar que sus médicos «descubrieran» la enfermedad y permitirle que se ocupara (de todas formas, no había nada que hacer). Fue un error presentarle la verdad sin solución, apoyada por pruebas y exámenes realizados a sus espaldas. Más que triste, parecía desorientado. Y luego le dije que veníamos aquí. Me siguió, obediente. Nunca lo dejé ayudar.

Menú absurdo:
aldo de carne espesado con tapioca
Gelatina de carne
Leche

PM

Hablo alemán imperfecto con Enfermera. Ella persiste en su inglés imperfecto. Las dos fingimos que esto es perfectamente natural.

AM

A los baños y de vuelta. Dos veces al día, da igual el tiempo que haga, con un séquito excesivo.

Me he enterado de que Paracelso fue el 1er médico de este balneario en 1535 y escribió un tratado sobre las propiedades curativas del agua. No sé nada de Paracelso, pero recuerdo que Padre mencionaba su nombre en relación con sus herméticos, rosacruces, etc.

Me pregunto si me enteré de la conexión entre Paracelso y este sanatorio por mi padre durante nuestros años en Suiza y luego reprimí el recuerdo. ¿Razón inconsciente que me hizo decidirme por este sitio? ¿O simple coincidencia? Imposible saberlo. Pero ¡qué apropiado resulta que el Misterio Último de la Naturaleza vaya a serme revelado aquí!

Masaje. «Ya.»

Llamada de Andrew desde Zürich. Preguntando por la mejor estrategia con Kolbe. Le he dicho que solo podemos llegar a él a través de Lenbach. He oído como le encajaban todas las piezas en la cabeza mientras se lo explicaba.

Ahora que estamos aislados aquí, me doy cuenta de lo solos que hemos estado él y yo.

No es que esté cansada de él. Estoy cansada de la persona en que me convierto cuando estoy con él.

Hemicránea

NOCHE
AM
Nuit sans fin

AM

Llamada de A desde Z. Más preguntas sobre K y L. Le he pedido que me traiga un ejemplar de «Zauberberg». Sería divertido leerlo por fin aquí. Debería haber un ejemplar en el cajón de la mesilla de noche de todo balneario suizo que se precie.

Baño largo.

PM

Nada más privado que el dolor. Solo puede afectar a una persona.

Pero ¿a quién?

Cuando digo «dolor», ¿soy yo quien lo sufre o quien lo causa?

AM
Morf.

NOCHE

Cruel. Me gustaría echar la culpa a la morf. y a sus agrias secuelas. A, de vuelta de Z, ha venido a tomar el té. Le ha costado encontrar tema de conv. Ha terminado hablando de La Fiesolana. Me ha dicho que le habría gustado que pasáramos más tiempo juntos allí. Muchas cosas de la finca que habría querido enseñarme. Historia fam., etc. Ojalá hubiéramos ido más a menudo, ha dicho.

Kitsch. No se me ocurre trad. de esta palabra. Una copia tan orgullosa de lo mucho que se parece al original que termina creyendo que tiene más valor ese parecido que la propia originalidad. «¡Es

idéntico a...!» Sentimiento impostado por encima de emoción real; sentimentalismo por encima de sentimiento. El kitsch puede estar en la mirada misma: «¡La puesta de sol parece una pintura!». Como ahora el artificio es el estándar supremo, el original (puesta de sol) se tiene que convertir en falsificación (pintura), para que esta pueda ser la medida de la belleza de aquella. El kitsch siempre es una forma de platonismo invertido, que valora la imitación por encima del arquetipo. Y siempre obedece a una inflación del valor estético, tal como se ve en la peor clase de kitch: el kitsch «con clase». Solemne, ornamental, majestuoso. Anunciando con arrogancia su divorcio de la autenticidad.

Por eso, le dije a A, solo fui un puñado de veces a La Fiesolana. Porque esa incongruencia «toscana» es una catedral del kitsch.

Me avergüenzo de la ráfaga de vitalidad que me ha recorrido al decírselo.

Tras escribir esto, he ido a disculparme a las habitaciones de A. Me ha dicho que no sabía de qué le estaba hablando y se ha mostrado muy amable. Hemos pasado un rato sentados en silencio. Después de reunir el coraje necesario, me ha preguntado si me molestaría que me regalara una pulsera. Teniendo en cuenta lo que acababa de pasar hacía un rato, me ha parecido insensible adoptar mi postura de costumbre sobre el tema de las joyas. Le he sonreído. Se ha animado y ha sacado una caja del bolsillo. «¡Bien! ¡Porque ya la he comprado!» Es una pulsera fina de oro blanco. Será encantadora cuando pierda brillo.

PM
A en Z.

Hoy es un esfuerzo enorme convencerme de que estoy aquí.
Cuerpo masajeado, bañado, alimentado, acostado.

AM
Cabeza. Vientre.
Masaje.

PM
Correo. Emocionada de encontrar cartas de amigos. Todos con mucho tacto y se disculpan por escribirme, porque no les dije dónde iba a estar. (Por una vez me alegro de no haber sabido guardar uno de mis secretos.) Paquete reenviado de casa. Buenas noticias sobre Fundación Benéfica. Varias cartas de negocios, que destruyo después de leer. Dos largas de HV, manda deliciosos cotilleos neoyorquinos.

(¡Debería hablarle de los personajes de aquí!) Feliz de encontrar carta de TW y luego triste por su contenido. Me dice que Berg lo está pasando mal, se ha visto obligado a venderse partituras de Wozz. (3 vol., 250 £) y de la Suite Lír. (125 £). Lamentable e indignante que se tenga que ver en esa posición. He dado instrucciones a TW para que compre las partituras inmediatamente por el 4x de precio y las done a la Bib. del Cong. Se despide como «tu viejo y leal plomazo», lo cual por lo menos me hace sonreír. Madre. Responder a su despliegue de preocupación me ocuparía una PM entera. Debería escribirle tras una dosis contundente de morf.

AM

Vuelvo de tomar las aguas. Un poco de asco bañarse a temp. corporal. Como meterse en la bañera de otra persona. Intento imaginarme corrientes milenarias atravesando estratos de roca resplandeciente, erosionando minerales curativos cuyas partículas se filtran a través de mis poros, pero no puedo. Quizás deje de venir.

Zumo de frutas. Frambuesas y ruibarbo.

PM

Descanso obligatorio de 90 min., arrebujada en el diván bajo un sol templado, el momento más agradable del día.

Aire suena a cornos franceses.

AM

La soledad de los animales.
A ella aspiro.

PM

Dolor de muelas. Muela suelta.

Oído al pasar: «La basura más encantadora».

NOCHE

Intento cenar en el restaurante por 1a vez. Por supuesto, miradas y murmullos cuando entro. Miradas que son como lenguas. Siempre. Me siento con Cocteau. Me encuentro mejor al cabo de unas páginas. Pero cuando llega el consomé, una mujer francesa, más o menos de mi edad, se levanta y recita un poema empalagoso sobre la amistad (rimando «amitié» con «chocolatier»). Inmediatamente después, otro

paciente, acompañándose a sí mismo al piano, procede a desescamar, destripar y decapitar la trucha de Schubert. Qué gracia. Una niña (¿paciente? ¿visita?) se pone a cantar a capela en ruso. De golpe me ciega la exasperación. Me enfurece lo cautivado que está todo el mundo. Me enfurece hasta un punto sorprendente y desproporcionado. A la niña la sigue alguien que toca una especie de mandolina trémula. Furia en aumento. Comensales o bien transportados por este «momento artístico» o bien encantados por lo chistoso que resulta. Rabia y angustia en mi esternón. Imposible salir sin ser vista. Sudo, me falta el aire, me fallan las fuerzas. Me levanto tan discretamente como puedo y me marcho. Las lenguas.

Incluso en pleno frenesí he podido entender, con claridad diáfana, lo que me pasaba. Estaba viviendo una versión distorsionada de una escena recurrente de mi infancia. De mi época aquí, en Suiza, con mis padres. Cenas con viajeros y emigrantes de todo el mundo. Y las actuaciones de después. A veces, algún artista mediocre. Más a menudo, diletantes de un fervor bochornoso. Uno tras otro, hasta llegar a la atracción principal.

Mi madre atenuaba las luces y les pedía a los invitados que leyeran frases de libros distintos. Yo las repetía cambiando el orden. A veces traía una baraja de cartas para que yo pudiera hacer otros trucos mnemotécnicos. El número central siempre eran las mats. Madre les pedía a los invitados que me plantearan preg. y problemas. La gente no tiene imaginación para las matemáticas, así que los cálc. solían ser tediosos y falsamente complejos. A lo largo del interrogatorio siempre se daba un cambio en el público. Pasaban de distraídos a sedientos de sangre. Por algún motivo, sentían que debían destruirme. Las caras desfiguradas por las muecas que les provocaba el esfuerzo imposible de resolver problemas que rebasaban sus mentes. No paraban hasta derrotarme con sus absurdidades. Después me pellizcaban las mejillas y me daban palmaditas en la cabeza, felicitándome por mis esfuerzos, como vencedores magnánimos.

Yo tenía once. Aquello duró un año. Terminó porque ya no parecía una niña.

Nunca le he contado esta historia entera a nadie. Sobre todo después de casarme con A.

AM

Releer la «confesión» de más arriba me ha hecho pensar en los diarios. Hay diarios que se escriben con la esperanza implícita de que se descubran mucho después de la muerte del autor, como el fósil de una especie extinta de un solo individuo. Otros son posibles gracias a la convicción de que cada palabra evanescente solo será leída mientras

se está escribiendo. Y otros se dirigen a la encarnación futura del autor: un testamento para que se abra durante la propia resurrección. Los tres tipos declaran, respectivamente: «Fui», «soy» y «seré».

A lo largo de los años, mi diario ha ido vacilando entre estas categorías. Y así sigue, por mucho que mi futuro sea breve.

Masaje

PM

Enfermera me mete manos y pies en agua hirviendo mientras me pasa la esponja por la cabeza. También moja un paño en agua hirviendo, lo escurre con unos palos y me lo aplica en el cuello. En cuanto se enfría, pone en su lugar una hoja de mostaza. Por primitivo que sea todo, me alivia un poco el dolor de cabeza. Durante un rato.

NOCHE
Apática
Sueño irregular
Apática

AM
He dormido poco.
Se me niega el jugo de fruta por razones dietéticas inescrutables.

PM

Andrew de vuelta. Contento de cómo le ha ido en Z, atribuye los resultados (como de costumbre) a su «intuición». Me he tenido que controlar para no ladrarle. Despertándome de la morf. Huraña.

AM
Noche en blanco.

A ha conseguido que me levanten prohibición de la fruta. Jugo glorioso de naranjas, chinotti y melocotones que ha traído de Z.

Escribo cartas. Me distraen esos pájaros invisibles incapaces de romper su sometimiento a sus 2 o 4 notas. Me gustaría saber algo de ornit.

PM

He mandado cartas. Madre. PL, Fran, HV, G. Las respuestas a cartas

de negocios las he mandado escondidas en el sobre a D.

Cuando se lo he dado a Enfermera, me he imaginado que me moría mientras mis cartas estaban todavía de camino. Cada página un fantasma.

AM

Sé que tengo los días contados, pero no todos los días son números reales.

Entre mis libros nuevos, «Le chant du monde». Lo dejo después de 2 caps. La simplicidad de Giono resulta un poco simplista. Su nostalgia por la naturaleza y el estado primitivo resulta algo deshonesta. Casi como si se alegrara de que hayamos perdido la naturaleza, porque eso le permite exhibir lo mucho que lamenta esa pérdida. Me recuerda, de forma indirecta, a «Bunte Steine», de Stifter. Me gustaría que me gustara.

Hay muchas cosas que me gustaría que me gustaran. Scriabin, las ostras, Nueva York...

PM

Desganada

Masaje

NOCHE

A acaba de hacer algo encantador. Ha contratado a un cuarteto de cuerdas de un hotel de Z y ha montado un pequeño recital en la biblioteca. También ha traído a camareros de hotel, refrigerios y zumo, igual que en casa. Ha invitado al director, a médicos y otra gente que no conozco. Programa breve y predecible. Versión abreviada de la «Primavera» de Vivaldi, seguida de «Kleine Nachtmusik», J. Strauss y otras viennoiseries. Aun así, muy conmovida por el gesto de A.

A pesar de lo manido de la selección, ha quedado claro que los músicos eran de 1a. Se las han arreglado para «encontrar» algo incluso en ese répert. tan trillado. Después del rec., me he acercado a ellos para charlar. Violista estudió con Hindemith. Chelista ha tocado en la Verein. Segundo violín colabora regularmente con Barcz. Se conocieron todos en Berlín, pero se marcharon después de que a Hitler lo nombraran canciller. ¡Es maravilloso hablar con artistas de verdad! Les he dicho que pueden acudir a mí para lo que necesiten. El chelista

ha sugerido, con humor tímido, billetes solo de ida a América y visados para todos. Les he dicho que cuenten con ello.

Mientras hablaba con los músicos, A se ha dedicado a mirarme desde el fondo de la sala. Estoicamente malhumorado. Igual que en casa.

AM
A en Z.

Vientre

He caminado con Enfermera hasta el borde del bosque. Árboles que crujen de viejos. Un verde delicioso. He pegado la mano a una pila cálida de musgo y mirado como volvía a inflarse despacio, borrando mi huella.

Me ha atacado el dolor. He tenido que tumbarme bajo un árbol. No me acuerdo de la última vez que me tumbé en la hierba, en las hojas, en el liquen. He apoyado la cabeza en el regazo de Enfermera. Me ha acariciado el pelo. Sonidos dulces, húmedos y aromas de la tierra. Bancos de nubes sobre el cielo liso. Debe de haber pensado que mis lágrimas eran de dolor.

NOCHE
Cabeza

Cada vez me cuesta más aguantar el masaje. El contacto. No quiero ofender a Enfermera negándoselo.

AM
La música nació del ruido. Después de un largo viaje, está volviendo a casa.

PM
He perdido muela problemática. No creo que el agujero vaya a tener tiempo de cerrarse.

NOCHE
Leyendo lo último de Arduini. Un poemita encantador sobre Tales de Mileto:

Il greco che fece entrate tutta Cheope nella propria ombra

AM

Jugo. Ruibarbo, frambuesas, menta.

Oído al pasar: «Todo el mundo sabe que estoy aquí de incógnito».

Lasitud

PM

Acaba de llamar A desde Z (otra vez) para pedir consejo. Kolbe, Lenbach, Londres, Nueva York, etc., etc., etc., etc. Como siempre, confunde duda con profundidad, vacilación con análisis.

Dejo de escuchar.

«¿Estás ahí?»

Ha creído que se había perdido la conexión durante mi largo silencio después de su larga pregunta.

«No», le he dicho.

Qué alivio me ha producido decir esa palabra. Más que todo el opio del mundo.

«¿Hola?»

Era cierto. Yo no estaba.

«Soy un desconsiderado», ha dicho. «Necesitas descansar».

«Llevo demasiado tiempo haciendo esto. Se acabó.»

El silencio entre 2 siempre es compartido. Pero 1 de los 2 es su dueño y lo comparte con el otro.

«Pero si tú vives para esto», dijo por fin. «Eres...»

Se arrepintió de sus palabras.

–Exacto. Y se ha acabado.

Colgué, suavemente, para evitar quedar atrapados en otro silencio, que no diría nada salvo que no había nada más que decir.

NOCHE

Insomnio tras la conv. con A. Releo lo escrito. Demasiado tiempo. Todo empezó en 1922, cuando Andrew vio por 1ª vez que la pequeña cantidad que me había dado para la Fil. había generado más que sus fondos. Miró mis libros de contabilidad. Me hizo explicárselos. Semanas más tarde, me dijo que había probado mi método con resultados decepcionantes. Me enseñó lo que había hecho. Se había limitado a replicar mis operaciones pero a una escala mucho mayor. Había tenido en cuenta el impacto en el mercado, sí, pero lo había hecho aplicando una simetría artificial y estéril. Las notas correctas, pero sin sentido del ritmo. Como una pianola. Le hice un esquema nuevo adaptado a su volumen. Y funcionó.

En aquel momento llevábamos 2 años casados. Un periodo

amigable, respetuoso y agotador. Pocos momentos sin esfuerzos. Nos llevábamos bien, pero llevarse bien requiere trabajo. Hacíamos lo que podíamos para cumplir con lo que imaginábamos que eran las expectativas del otro, reprimíamos nuestra frustración cuando no lo conseguíamos y nunca nos permitíamos mostrarnos complacidos cuando éramos los destinatarios de aquellos mismos esfuerzos. No sorprende que pronto cayéramos en la pura cortesía. No hay forma elegante de abandonar los buenos modales.

Me ayudaba mantenerme ocupada con la música y la obra benéfica. Reuniones de la junta y donaciones. Recitales en casa. Amistades nuevas. Todo eso me iba alejando de A, pero él lo alentaba, consciente de que el tiempo que pasábamos separados mejoraba el tiempo que pasábamos juntos.

En cuanto encontramos aquel equilibrio, la vida nos fue bien. Acaso podríamos haber seguido así para siempre.

Pero después de que viera mi contabilidad, iniciamos una especie de colaboración. Me enseñó las reglas de la inversión y yo le enseñé a llevarlas más allá de sus límites. El trabajo me resultaba muy grato.

Por 1ª vez fuimos verdaderos compañeros. Y también, lo reconozco, felices.

Con pleno acceso a sus fondos, los resultados fueron casi instantáneos.

Unas cifras tan grandes que había pocas cosas fuera del reino natural a las que se pudieran aplicar.

La gente, maravillada, empezó a hablar de Andrew y «su toque».

Nos complementábamos. A entendía que sin mi ayuda no sería capaz de sostener el mito que se estaba formando en torno a él. Yo entendía que, si no era a través de él, nunca se me permitiría operar a aquellos niveles. Durante un tiempo los dos disfrutamos de nuestra alianza.

Pero pronto se hizo obvio un desequilibrio: lo que él me podía enseñar (naturaleza de los instrumentos, procedimientos, análisis de balances, etc.) era finito, mientras que mi dominio era inagotable. Las reglas y las def. son fijas; las condiciones y nuestras reacciones a ellas cambian a cada hora. Cierto, A me había proporcionado capital. Pero al cabo de un año más o menos, yo ya se lo había devuelto con creces y podría, en teoría, haberme establecido por mi cuenta.

Sucumbimos a nuestros rôles. Donde hay un ventrílocuo, hay un muñeco. La segunda palabra suena peor que la primera, pero no lo es. A él no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Y a mí no me gustaba que me relegaran todavía más a la sombra y poder hablar solo a través de él.

Todo se vino abajo en 1926. Por entonces creí que aquel era el final de nuestro matrimonio. Con el tiempo entendí que en realidad fue

cuando empezó. Porque he llegado a pensar que uno solo está casado de verdad cuando está más comprometido con sus votos que con la persona a quien aluden.

Igual que muchas otras veces, he subestimado los efectos saludables de la confesión. Es posible que después de esta sea capaz de dormir.

PM

A junto a mí, dormido en el sofá, todavía con la ropa de viaje. Debo de llevar dormida desde ayer AM, cuando me desperté con un dolor increíble y me dieron morf.

Al verlo, lo 1.o que me ha venido a la cabeza ha sido este cuaderno. Parecía intacto, en la misma posición en que lo había dejado en el cajón, con bolígrafo encima en el mismo ángulo. Ahora escondido en un libro de contabilidad. De todos modos, A nunca ha logrado entender mi caligrafía.

El sol mancha la manta a mis pies. Primero agradable y después molesto.

Huelo.

NOCHE

Caldo de ternera. Bicarb.

Masaje insoportable. Pido a Enfermera que lo suspenda. No. Dice que los músculos lo necesitan.

AM

A encantado de verme llevar la pulsera. No hay mención a Z etc.

Bajo la vista para mirarlo desde mi silla de ruedas. Qué frase tan extraña.

Parece satisfecho, recostado en su diván a mi lado, ojeando «The Times».

Yo no quería la silla de ruedas. Enfermera ha insistido. Tenía razón.

Susurro encantador y sin forma del periódico.

Riscos escarpados cubiertos de nieve eterna, crestas azules, bordes serrados y picos incisivos cierran el valle por todos sus lados. Sin carreteras a la vista. Cuesta de creer que haya alguna entrada/salida. ¿Debería pedirle a A que me entierren aquí? ¿Quizás en el cementerio de la iglesia con la campana?

PM

Oído al pasar: «El juego no justifica la vela».

NOCHE

¿Está viva la fresa que tengo en la boca?

¿O su carne, punteada de fresas futuras, ya está muerta?

AM

Otra noche sin dormir y hojeo lo último de Colette. Admirable, como siempre, pero no tengo fuerzas para leer sobre el matrimonio. Tomo uno nuevo de Woolf. ¡Una biografía del cocker spaniel de Elizabeth Barrett Browning!

NOCHE

A ha traído un fonógrafo. He fingido que me encantaba. Nada suena como debería.

¡O, dolorosa vida! Dádivas: oro, lodo.

Re-fa#-mi-la / la-mi-fa#-re.

PM

Leyendo «Flush». Estupenda, aunque la perspectiva del perro es inconsistente, lo cual me distrae. La sumisión cariñosa del perro a su ama confinada en cama resulta maravillosamente asfixiante.

NOCHE

Woolf cita carta de Barrett a Browning: «Es usted Paracelso y yo una reclusa, cuyos nervios me rompieron en el potro y ahora cuelgan sueltos, temblando con cada paso y aliento». ¿Cómo es que de pronto Paracelso está en todas partes?

«The Waves», «Flush»... Siento curiosidad por el próximo título de VW. ¡Los de sus 3 últimos libros juntos podrían formar una frase!

AM

Malestar. Pero tiempo es clemente, sin embargo.

Especie de calistenia pasiva en lugar de masaje. Enfermera me mueve extremidades en vez de hacerlo yo.

Eso me hace darme cuenta de lo poco que conozco «mi voluntad». Quiero mover una pierna. Luego soy consciente de que se mueve. Pero ¿qué la ha movido? ¿En qué momento la suma de impulsos eléctricos anónimos + espasmos musculares se convierte en mí? ¿Puedo llamar legítimamente a esa fuerza «yo»? ¿Qué diferencia hay, en términos de

mi participación, entre que Enfermera me mueva la pierna y que la pierna se mueva «sola»?

Hemicránea. Agua caliente, esponja, emplastos.

PM

A ha vuelto de Z. Intenta ser otra persona conmigo. Sus esfuerzos solo subrayan el poco tiempo que me queda.

Su gentileza tensa es tierna. Pero me da la sensación de que está (sin saberlo) intentando construirse un banco de recuerdos futuros. Las escenas a las que regresará cuando yo no esté. Verá su propia mano arreglándome la almohada y acariciándome la mejilla.

NOCHE

Insomnio. Mis pensamientos de antes sobre A dicen más de mí que de él.

Quizás nos absuelva a los dos terminar la confesión que empecé hace unos días.

O por lo menos me permitirá dormir esta noche.

Entre 1922 y 1926 tejí la tela de araña. Gracias al descubrimiento de las «adherencias» en mats., los nodos de la tela se pudieron propagar en todas direcciones. Los resultados eran repetibles. Era un modelo aplicable que atraía todo hacia sí. Hasta se volvió tridimensional.

A seguía mis instrucciones.

Nuestras ganancias durante aquellos años hicieron palidecer la fortuna Bevel original.

Le expliqué incontables veces a A el principio de adherencia y la arquitectura de la tela de araña. O bien fingía seguir mis indicaciones, o bien perdía la paciencia. Culpa mía. Nunca se me ha dado bien explicar las matemáticas. Pero eso aumentó el resentimiento.

Cuanto más prosperábamos, más nos alejábamos y más se envenenaba nuestra relación.

Se sentía emasculado, me dijo una vez.

Su vanidad era repugnante.

Aun así, nuestra extraña colaboración continuó. A mí me obsesionaba el proceso; él era adicto a los resultados. Pero sería insincero afirmar que para mí era un simple ejercicio intelectual. Dentro de mí, había descubierto una reserva cuantiosa de ambición. De ella extraía un combustible oscuro.

Hacia el final de este periodo (¿principios del 26?) dirigí mi atención a un problema creciente de la bolsa, un problema que se volvía más pronunciado a medida que crecían nuestras transacciones y beneficios: el tráfico.

Durante los repuntes y las caídas, el ticker siempre se retrasaba. Podía haber una diferencia de hasta 10 puntos entre el precio de venta en el parquet y las cifras de la cinta de cotizaciones.

Decidí apropiarme de aquellos retrasos.

Operando con cifras enormes y provocando estallidos de frenesí generalizado, empecé a crear demoras. El ticker no podía seguirme el ritmo y durante unos minutos era dueña del futuro.

Andrew se volvió una leyenda. Todo el mundo lo tenía por clarividente, por un místico.

La verdad era que todo aquello lo permitía una maquinaria obsoleta y sobrepasada:

los corredores no daban abasto con la avalancha de órdenes;

los secretarios no alcanzaban a transmitir las órdenes acumuladas de los corredores al recinto;

cada orden tenía que esperar su turno para ser ejecutada;

luego las cifras actualizadas llegaban a las operadoras de consola de los tickers, que también estaban embotellados:

luego transcurría más tiempo entre la publicación de la cifra ya obsoleta y una nueva orden basada en aquella cifra:

y por fin el círculo de retrasos empezaba de nuevo, aumentado.

Aquel mecanismo deficiente creaba oportunidades de arbitraje.

Era extraño que a nadie se le hubiera ocurrido nunca aprovecharse de aquellas demoras.

Yo les saqué todo el partido que pude.

Una vez le dije de pasada a A que todo nuestro sistema financiero dependía de cuatro personas: los operadores de consola que tecleaban todas las cifras en el ticker de la Bolsa de Nueva York. Uno solo de ellos bastaría para poner al mercado entero de rodillas.

Imagínate, le dije, que pudieras sobornar a 1 de los 4 operadores de consola para que te diera todas las cifras antes de teclearlas en la máquina. Los retrasos harían posible actuar conociendo aquella información sin que nadie se enterara.

Y fue justamente eso lo que hizo Andrew al cabo de unas semanas.

Viendo la cinta de cotizaciones, era obvio.

La trampa solo duró unos meses. Pero ganó una fortuna incalculable. Y el mito de Bevel creció hasta que se convirtió en un dios.

Le dije que era un criminal. Él me dijo que no soportaba su éxito.

Pasamos 2 años sin apenas hablarnos.

AM

A en Z.

Calistenia inerte.

PM
Dolor fuera de mí, como las montañas circundantes, elevándose en oleadas de crestas furiosas, que se petrifican justo antes de romper.

AM
Despierta después de morf.

Este sitio parece lleno de simulacros.

PM
A ha vuelto de Z. Me dice que hay alguien ocupándose de los visados de los músicos del cuarteto.

NOCHE
Insomnio. Siempre capaz de encontrar algún ruido exasperante, algún recuerdo incómodo, algún foco de dolor, algún agravio.

AM
Oído al pasar: «Un visage comme une brioche».

PM
Ejemplos de campanas en la música:
Zauberf. (aunque la celesta del foso nunca me sonó a campanas)
¿Parsifal?
Tosca (matins)
Sinf. Fant.
¿Mahler en casi todas las sinf.? Encantadores cascabeles de la 4ª.

El salto de la percusión a la melodía sacó a la música de su prehistoria y la llevó a su historia.
Campanas de hueso.
Un fémur debe de sonar más grave que una tibia.

NOCHE
Efecto Doppler de la memoria. El tono de los acontecimientos pasados cambia a medida que se alejan a toda velocidad de nosotros.

AM
Descanso nocturno sin morf. Extraño orgullo de producir mi propio sueño.

Cartas.

Un poco mejor. Pero eso solo me hace darme cuenta de que he olvidado la sensación de encontrarme bien del todo.

PM
Nunca he oído la campana de la bolsa.

AM
Hoy el lenguaje me molesta.

PM
Todo diarista es un monstruo: la mano que escribe y el ojo que lee proceden de cuerpos distintos.

NOCHE
Oído al pasar: «Solo finge que está fingiendo».

Leyendo estas páginas, da la impresión de que me apasionan las campanas. Nunca había pensado en ellas antes de venir aquí. Ni siquiera estoy segura de que me interesen ahora. Simplemente no paran de sonar.

Fruta y poco más

Hemicránea

No consigo hacer gran cosa

PM
A Quasimodo, ensordecido por las campanas, le encantaba tañerlas.

AM
Mal
Confinada en cama

PM
A ha vuelto de Z con regalos. No me había dado cuenta de que se había ido.

Unas cuantas frambuesas.

NOCHE

El jugo no me da placer

AM
Mal
Cabeza

AM
Mal

AM
Mal

AM
Mejor. He salido. Piedra encierra el valle bajo una concha de cielo de nácar. Interior de un molusco.

He encontrado un ejemplar ajado de Heine.

Oído al pasar: «Se olvidó de nadar».

PM
Enfermera nunca simula alegría. Nunca da muestras de compasión. Nunca finge saber cómo me siento. Llamarla amiga sería un insulto a la dignidad de sus cuidados impersonales. Aun así...

NOCHE
Leo a Heine en voz alta en mi habitación, oyendo a Schumann en cada sílaba.

AM
Mal
Mareada

PM
Apenas aguanto la violencia de comer.

AM
Le he pedido a Enfermera que me corte el pelo, siempre mojado de las esponjas, los paños húmedos y los apósitos. Se ha negado. He

empezado a cortármelo yo, con unas tijeritas que tengo en el estuche del abrecartas. Nunca había visto a Enfermera tan asustada, así que he parado. No estoy segura de qué ha visto en mis ojos al mirarnos, pero me ha dicho que me espere y ha salido. Ha vuelto con unas tijeras apropiadas. No me ha pedido instrucciones ni ha tratado de aplacarme cortándome las puntas. He sentido los tijeretazos cerca del cráneo.

PM
Acabo de leer lo último de Harland. Novela perfecta para la morf. Me ha gustado no ser capaz de seguirla del todo.

El vaso de la mesa tiene algo milagroso y triste. Agua obligada a someterse a la disciplina de un cilindro vertical. El espectáculo deprimente de nuestro triunfo sobre los elementos.

NOCHE
La campanella.

Una ventaja que tiene mi situación: no hay riesgo de verme sometida nunca más a Paganini, Hummel, Berlioz, Paderewski, Quilter, Saint-Saëns, Tosti, Franck, Lindner, Offenbach, Elgar, Dubochet a Rachmaninov.

AM
Oído al pasar: «No, no: Odessa, Texas».

PM
A ha vuelto de Z. Escandalizado por el corte de pelo. Ha intentado enfadarse. Me ha mirado sobrecogido.

NOCHE
A ha tomado café conmigo. Se va mañana a Z. Ha mostrado un autocontrol encomiable y no me ha hecho ni una sola pregunta de trabajo. Conmovida y agradecida. Le he pedido que se acostara a mi lado. Nos hemos tomado de la mano y hemos mirado el techo sumidos en una plácida soledad à deux.

Desconfío de la oleada de bienestar que me inunda cuando lo hago sentirse bien.

PM

He conseguido leer lo último de Clouvel. Breve. Quizás perfecto.

En libros, música y arte siempre he buscado emoción + elegancia.

AM

Cambio de plumín. A se ha ido a Z, alardeando de autosuficiencia con esa agitación contenida de los hombres muy ocupados.

Me ha recordado a su conducta durante nuestro largo distanciamiento después de la pelea del ticker. Entonces, como ahora, me aparté de los negocios. Entonces, como ahora, él se escondió tras una fachada de diligencia solemne. Nunca nos cruzábamos en la casa. Solo nos hablábamos en público. Se pasaba la mayor parte del tiempo en la oficina y La Fiesolana.

Me volqué en la música y la filantropía. Al principio, por curiosidad, seguí su trabajo. Seguro, razonable, sin nada destacado. No tardé en perder el interés. Mi única relación con los negocios era la gestión de la Fundación Benéfica.

Mirando atrás, me di cuenta de que en realidad nunca habíamos pasado tiempo juntos, salvo durante nuestra colaboración profesional. Sabíamos muy poco del otro, casi nada.

En muchos sentidos, pareció que habíamos regresado a los primeros años de nuestro matrimonio, previos a nuestra colaboración, cuando aprendimos a estar juntos desde la distancia. Pero el espacio entre nosotros se había expandido, lo cual no era malo. Las cosas volvieron a encontrar su sitio. Aquel distanciamiento cortés sería nuestra vida a partir de entonces, o eso me pareció.

Pero luego descendió sobre mí un manto de agotamiento. Lo más extraño de todo: me aplastó bajo su peso al mismo tiempo que me proporcionaba una curiosa sensación de comodidad.

No me podía levantar. Cada vez que estaba erguida sentía que me iba a romper. Miedo constante a las fracturas. A partirme.

Rendirme a aquella pesada fatiga era lo único que me aliviaba.

A se terminó enterando de que estaba confinada en cama. Durante sus primeras y breves visitas, se mostró despectivo e irritado. No paraba de preguntarme por mis «nervios». Más que transmitir preocupación por mí, sus preguntas parecían desafiarme a que le dijera que estaba enferma.

Tuvo que llegar el dolor para obligarlo a prestar atención. Y solo cuando vio todo el peso que había perdido se preocupó de verdad.

El primer dr. no encontró nada. También dijo neurastenia. Sedantes que no tomé.

Mi debilidad le permitió a A mostrar, después de tanto tiempo, los

sentimientos que la amargura y los celos no habían conseguido extinguir. Y eso me permitió ver que el perdón que le había negado había cristalizado, dentro de mi puño, en forma de orgullo rencoroso.

Puede que aquella fuera nuestra mejor época juntos.

A principios de 1929, 2 acontecimientos coincidieron para trastornar aquella armonía precaria. En realidad no fueron acontecimientos, ya que ambos estaban en el futuro. Debería llamarlas 2 predicciones.

1º, mi descubrimiento de que el mercado se iba a desplomar antes de fin de año.

2º, el diagnóstico de mi cáncer, según el cual iba a morir poco después.

PM

Vino el sacerdote a ofrecerme con consuelos empalagosos.

Dios es la respuesta menos interesante a las preguntas más interesantes.

Campanas, campanas, campanas.

El sol mancha la manta. Cada partícula de luz ha viajado del sol a mis pies. ¿Cómo puede haber venido de tan lejos algo tan pequeño? Visto de cerca, el flujo de fotones parecería una lluvia de meteoritos. Mis pies juegan con ellos. El vértigo de la escala (el espacio entre un fotón y yo y una estrella) es un anticipo de la muerte.

Sin revelar mi diagnóstico, gradualmente volví a empezar a darle consejos financieros a Andrew. Y como demostré ser eficaz, me volvió a aceptar. Pero con un aire de cautela. A veces me hacía falta encontrar fórmulas nuevas para que adoptara mis ideas. Tenían que convertirse primero en pensamientos suyos. Llamada y respuesta: yo le daba el re-fa#-mi-la para que a él se le pudiera ocurrir por sí mismo el la-mi-fa#-re.

A pesar de la débâcle inminente, se mostraba escéptico respecto a mi plan y no paraba de decir que el mercado era inmune a las sacudidas. Pero yo sabía que era cuestión de tiempo. Empecé a crear posiciones cortas.

A principios de sept., después de casi un mes de maniobras, liquidé, creando una caída brusca de los precios.

A fin de preservar el valor, los inversores se pusieron a vender sus participaciones durante el declive, con las consecuencias obvias, que llevaron a la última semana de oct. de 1929.

No hace falta decir mucho más. La mayoría de las crónicas del crac son, en líneas generales, correctas, salvo por la omisión de mi nombre. Doy gracias por ese único error.

Repique de campanas de la iglesia invisible.

Mi plan de 1929 se parecía mucho al patrón de esas campanas.

Vender en corto es replegar el tiempo. El pasado haciéndose presente en el futuro.

Como un movimiento retrógrado o un palíndromo.

Re-fa#-mi-la / la-mi-fa#-re

Una canción tocada al revés.

Pero cuando uno va contra el mercado, todo se invierte: cuanto más se devalúa una acción, más grande es el beneficio, y viceversa.

Todas las pérdidas se convierten en ganancias, y las subidas en caídas.

Todos los intervalos de la canción se invierten, se ponen cabeza abajo.

La subida de una tercera mayor (re-fa#) se convierte en la bajada de

una tercera mayor (re-si ♭), un paso descendente (fa#-mi) en un paso ascendente (si ♭-do), la caída de una quinta (mi-la) en un salto equivalente hacia arriba (do-sol).

Re-fa#-mi-la se convierte en re-si ♭-do-sol.

Pero al revés.

La inversión del movimiento retrógrado.

Una canción tocada del revés y cabeza abajo.

Llamada y respuesta.

«La orquesta tocó música de esa donde siempre sabes lo que viene a continuación; lo puedes escuchar por adelantado.»

En 1929, todo el mundo escuchó re-fa#-mi-la y, adelantándose a la música, pensó la-mi-fa#-re.

Pero cuando yo oí re-fa#-mi-la, la respuesta que me resonó en la cabeza fue sol-do-si ♭-re.

En el 29 no repicaban campanas en mi cabeza.

Pero visto con la perspectiva del tiempo, me parece una alegoría adecuada de lo que percibí y pensé.

Mi apuesta contra el mercado fue una fuga que se leía al revés y cabeza abajo.

Donde cada voz era un reflejo horizontal y vertical del tema de origen.

Una versión radical de la Musik. Opfer.

O, mejor quizás, de la Suite para Piano de Schön.

No creo en la magia, pero que el cáncer se volviera tan virulento después del crac no me pareció ninguna coincidencia.

Por fin tuve que confesarle mi enfermedad a Andrew.

Pareció más preocupado por su soledad que por mi ausencia. Aun así, fue un buen compañero.

Tras la devastación del 29, intenté organizar un plan de recuperación. Donar la mayor parte del dinero. Pero estaba demasiado enferma. Atenuada. Consumida por un tratamiento fallido tras otro. Andrew realizó una serie de contribuciones: un puñado de bibliotecas, pabellones de hospital y edificios universitarios. Mortificada al enterarme de que había donado aquellas migajas en mi nombre, le pedí que no lo volviera a usar jamás.

A duerme en una silla a mi lado. Viejo.

Siento que llevo décadas aquí. ¿El tiempo pasa más lento o se ha acelerado?

Cada objeto es una actividad.

Toda la fuerza de este cuenco se consume en manifestarse.

He leído poco desde que terminé a Clouvel. A duras penas puedo con los pequeños dípticos de Sutherland.

«Imagina el alivio de descubrir
Que uno no es el que creía ser.»

El jugo es más dulce de lo normal.
La gente me mira distinto. Como si ya no fuera una de ellos.

Imposible oír mi voz de niña. Recuerdo conversaciones enteras, pero no recuerdo cómo sonaba.

Mal

desorden tras mis ojos

malmalmalma

Algo adentro muerde

Despierto y me encuentro el tobillo enyesado.
Se ha roto mientras me movía bajo los efectos de la morf.
No tengo recuerdos ni siento dolor.
Han despedido a Enfermera.
He exigido que me la traigan de vuelta.
Ahora está aquí.

A veces mi pie bueno toca el yeso. El pie enclaustrado no lo sabe.

Cuando digo que pienso en todo lo que no he hecho,
¿cuál es en realidad el contenido de esos pensamientos?

Se acabaron los baños. Enfermera me frota eau de cologne entre los dedos de los pies y en el interior de las articulaciones. Un frescor ardiente.

La impaciencia de A.

Es maravilloso volver a estar fuera
Acunada por el mundo

Pero cada vez que parpadeo, las montañas desaparecen

Helechos dentro de helechos dentro de helechos dentro de helechos

Árboles abarrotados de pájaros

Hojas que se tiñen de rojo en los bordes
La fauve agonie des feuilles
Guardo una aquí, suspendida en su agonía

Una campana dentro de una campana de vacío no suena

La libertad aterradora de saber que a partir de ahora ya nada se convertirá en recuerdo

He tardado un rato en darme cuenta de que el zumbido solo existía dentro de mi cabeza
¿Un ruido sin ondas es un sonido?

Enfermera me ha limado las uñas, soplando el polvo de tanto en tanto

Las palabras se desprenden de las cosas

Entro y salgo del sueño. Como una aguja que sale de una tela negra y desaparece de nuevo. Sin enhebrar.

AGRADECIMIENTOS

Estaré siempre agradecido al Cullman Center for Scholars and Writers de la Biblioteca Pública de Nueva York, la Whiting Foundation, MacDowell, Yaddo y Artist Relief por su inestimable apoyo.

Muchas gracias a la incomparable Sarah McGrath y a toda la gente de Riverhead, en particular a Jynne Dilling Martin, Geoff Kloske y May-Zhee Lim. Mi gratitud eterna para Bill Clegg, Marion Duvert, David Kambhu, Lilly Sandberg y Simon Toop.

Por su generosidad y su apoyo en diferentes fases de este proyecto doy las gracias a Ron Briggs, Heather Cleary, Cecily Dyer, Anthony Madrid, Graciela Montaldo, Eunice Rodríguez Ferguson y Homa Zarghamee.

Hay unos cuantos amigos en particular que han hecho de este un libro mejor. Tengo una deuda incalculable con Pablo Bernengo, Brendan Eccles, Lauren Groff, Gabe Habash, Alison Maclean y James Murphy.

Jason Fulford y Paul Stasi llevan demasiados años siendo mis interloctures más sufridos y leyendo con estoicismo mis borradores prematuros. Les debo más de lo que puedo expresar aquí.

Anne, Elsa... Para darles las gracias como corresponde necesitaría otro libro entero.

Título de la edición original:
Trust

Edición en formato digital: marzo de 2023

© imagen de cubierta, Sixty Wall Tower, 70 Pine St., Irving Underhill. Cortesía de la Biblioteca del Congreso de Nueva York

© de la traducción, Javier Calvo, 2023

© Hernán Díaz. Publicado por acuerdo con MB Agencia Literaria y The Clegg Agency, 2022

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2023
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1845-1

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es